00101853

THE
ASIATIC SOCIETY OF BOMBAY
TOWN HALL, BOMBAY-400 023.

Digitized with financial assistance from the
Government of Maharashtra
on 25 June, 2016

COLECCION

DE LAS OBRAS SUELTAS,

ASSI EN PROSA, COMO EN VERSO,

DE 101853

D. FREY LOPE FELIX DE VEGA CARPIO,

DEL HABITO DE SAN JUAN.

TOMO VII.

PP-16-3

...Quod tentabam dicere versus erat.
OVID. Trist. lib. IV. El. X. v. 26.

LIBRARY OF THE BOMBAY BRANCH OF THE ROYAL ASIATIC SOCIETY

CON LAS LICENCIAS NECESSARIAS.

EN MADRID: Año de M. DCC. LXXVII.
EN LA IMPRENTA DE DON ANTONIO DE SANCHA:
En la Aduana vieja, donde se hallará.

Goel
SPO 862.3
Veg/Cop
101853

00101853

PROLOGO
DEL EDITOR.

DON FRANCISCO LOPEZ DE AGUILAR en su discreto y elegante discurso, que precede a la DOROTEA, trata de ella y del aprecio que merece con tanto acierto y diligencia, que no nos deja nada que añadir en esta parte: y assi passaremos a referir las demas circunstancias, segun el methodo que nos hemos propuesto. Esta excelente obra * la escribió su Autor en sus primeros años, antes de trocar los estudios por las armas debajo de las vanderas del DUQUE DE MEDINA SIDONIA: Despues corrigió y mejoró notablemente en los ultimos años de su vida estos que havian sido frutos muy sazonados de su lozania: por lo que

¶ 2 en

* En la dedicatoria al Conde de Niebla, p. VII.

en la *Egloga a Claudio* (tom. IX. p. 367) manifiesta el cariño que tenia a este postrero partò entonces de sus Musas, y el deseo de que saliesse a luz, diciendo: *

Postuma de mis Musas DOROTEA
y por dicha de mí la mas querida,
y ultima de mi vida,
publica luz desea,
desea el sol de rayos de oro lleno
entre la Niebla de GUZMAN EL BUENO.

Con efecto tuvo LOPE el gusto de verla publicada en Madrid en la imprenta del Reyno el año de M. DC. XXXII. en 1 tom. en 8. Despues se reimprimió en el mismo tamaño y en dicha imprenta en el de M. DC. LXXV. por Melchor Sanchez, quien en su dedicatoria dice, que *despues de tantas impressiones vuelve hoy a darse a la estampa*: y ultimamente con poca dili-

* Tomo IX. pag. 367

ligencia y menos primor, en II partes en Madrid en la imprenta de D. Pedro Joseph Alonso y Padilla, año de M. DCC. XXXVI. tambien en 8, y se añadió *el Arte nuevo de hacer Comedias*, (que se halla en el tomo IV. de nuestra Coleccion, pag. 405.) y un *Catalogo* de las obras de LOPE *&c.* En la impression de M. DC. XXXII. y en otra hecha en Madrid en la imprenta Real, el año de M. DC. LIV. despues de la Aprobacion de AGUILAR se ve un Emblema, donde está pintado un escarabajo en ademan de acercarse a oler unas rosas: encima tiene el lema: ODORE ENECAT SVO, y al pie este distícho:

Audax dum VEGAE irrumpit Scarabæus in hortos,
Fragrantis periit victus odore Rosæ.

De las Poesias que adornan la DOROTEA, se hallan impressas algunas en el *Parnasso Español*, en varios tomos, don-

donde podran verse. Por lo que toca al merito de ellas, bastará decir, que LOPE en estas composiciones menores no reconoce superior, pues se admiran en ellas todas las gracias que hicieron tan apreciables las de GARCILASSO, VILLEGAS, ESQUILACHE y los ARGENSOLAS.

Al fin de la DOROTEA se ha añadido en esta impression un Indice alphabetico de los *Adagios*, de que con mucha propriedad usó LOPE para dar mas hermosura al lenguaje de esta *Accion en prosa*, que assi la llama; y es sin duda una de las mejores que tenemos en España, y tal vez la mas instructiva y decente.

LA DOROTEA,

ACCION EN PROSA

POR EL PHENIX DE ESPAÑA

FREY LOPE FELIX

DE VEGA CARPIO,

DEL HABITO DE SAN JUAN,

PROCURADOR FISCAL

DE LA CAMARA APOSTOLICA.

AL THEATRO, DE D. FRANCISCO LOPEZ DE AGUILAR.

COmo nuestra alma en el canto y musica con tan suavé afecto se deleyta, que algunos la llamaron harmonia, inventaron los antiguos Poetas el modo de los metros y los pies para los numeros, a efecto de que con mas dulzura pudiessen inclinar a la virtud y buenas costumbres los animos de los hombres: de que se colige quan agreste y barbaro es quien este arte, que todos los incluye, desestima, respetado de los antiguos Theologos, que con él alabaron y engrandecieron, aunque engañados, sus fingidos Dioses, hasta los nuestros con sagrados hymnos el verdadero y solo. Pero puede assimismo el Poeta usar de su argumento sin verso, discurriendo por algunas decentes semejanzas; porque esta manera de pies y numeros son en el arte Poetica como la hermosura en la juventud, y las galas en la disposicion de los cuerpos bien proporcionados, que el ornamento de la harmonia está alli como accidente, y no como real substancia: de suerte que si alguno pensasse que consistia en los numeros y consonancias, negaria que fuesse ciencia la Poesia. La DOROTEA de LOPE lo es, aunque escrita en prosa; porque siendo tan cierta imitacion de la verdad, le pareció que no

no lo seria, hablando las personas en verso, como las demas que ha escrito; si bien ha puesto algunos que ellas refieren, porque descanse quien leyere en ellos de la continuacion de la prosa, y porque no le falte a la DOROTEA la variedad con el deseo de que salga hermosa, aunque esto pocas veces se vea en las Griegas, Latinas y Toscanas. Consiguió a mi juicio su intento, aventajando a muchas de las antiguas y modernas: sea dicho con paz de los apassionados de sus autores, como lo podrá ver quien la leyere, que el papel es mas libre theatro, que aquel donde tiene licencia el vulgo de graduar, la amistad de aplaudir, y la envidia de morder. Pareceránle vivos los afectos de dos amantes, la codicia y trazas de una tercera, la hypocresia de una madre interessable, la pretension de un rico, la fuerza del oro, el estilo de los criados; y para el justo exemplo, la fatiga de todos en la diversidad de sus pensamientos, porque conozcan los que aman con el apetito, y no con la razon, qué fin tiene la vanidad de sus deleytes, y la vilissima ocupacion de sus engaños. Lo que resulta dellos dixeron lepidissimamente PLAUTO en su *Mercader*, y TERENCIO en el *Eunuco*: porque quantos escriben de amor, enseñan como se ha de huir, no como se ha de imitar: porque este genero de voluntad, como Bernardo siente, ni tiene modo, ni modestia, ni consejo. Si algun defecto huviere en el arte, por ofrecerse precisamente la distancia del tiempo de una ausencia, sea la disculpa la verdad, que mas quiso el Poe-

ta

ta seguirla, que estrecharse a las impertinentes leyes de la fabula: porque el assunto fue historia, y aun pienso, que la causa de haverse con tanta propriedad escrito. Yo lo he sido de que salga a luz aficionado al argumento y al estilo: al que le pareciere que me engaño, tome la pluma, y lo que havia de gastar en reprehender, ocupe en enseñar que sabe hacer otra imitacion mas perfecta, otra verdad afeytada de mas donayres y colores rhetoricos, la erudicion mas ajustada a su lugar, lo festivo mas plausible, y lo sentencioso mas grave, con tantas partes de philosophia natural y moral, que admira como haya podido tratarlas con tanta claridad en tal sujeto.

Si reparáre alguno en las personas que se tocan de passo, sepa que los del tiempo, en que se escribió, eran aquellos, y los trages con tanta diferencia de los de ahora, que hasta en mudar la lengua es otra nacion la nuestra de lo que solia ser la Española. Aquello se usaba entonces, y esto ahora, que assi lo dixo Horacio, con haver nacido dos años antes que fuesse la conjuracion de Catilina. Y mas antiguas son las Comedias de Aristophanes, Terencio y Plauto, y se leen con lo que usaban entonces Grecia y Roma: y entre las nuestras mas cerca de nuestros tiempos la Celestina Castellana, y la Euphrosina Portuguesa. Demas, que en la Dorotea no se ven las personas vestidas, sino las acciones imitadas.

Tambien ha obligado a LOPE a dar a la luz publica esta fabula, el ver la libertad, con que

¶¶ 2 los

los Libreros de Sevilla, Cadiz, y otros lugares del Andalucia, con la capa de que se imprimen en Zaragoza y Barcelona, y poniendo los nombres de aquellos impressores, sacan diversos tomos en el suyo, poniendo en ellos Comedias de hombres ignorantes, que él jamás vió ni imaginó, que es harta lastima, y poca conciencia quitarle la opinion con desatinos. Y assi suplica a los ingenios bien nacidos y bien hablados, en cuyas lenguas vive la alabanza, y cuya pluma jamás se vió manchada del vituperio, que no crean a estos hombres, a quien la codica obliga a tanta insolencia, y solo lean a DOROTEA por suya, sin reparar assimismo en aquellos ignorantes, que trasladan Satiras de sus costumbres, no perdonando edades, nobleza, Religiones, honras ni lugares altos: hombres que no saben de los libros mas de los titulos, y que al fin los dejan como cosa que compraron para engañar, y la venden porque no la han menester, aborrecidos del mundo, la escoria dél, la envidia de la virtud, emulos carcomidos de la gloria de los estudios agenos, a quien compára S. AGUSTIN a las lagunas, en cuyo cieno se crian serpientes y animales inmundos, de quien ya queda esperando que entretengan la risa de los Principes soberanos con las lagrimas de la honra; aunque no es possible que sus divinos entendimientos crean, en agravio de los estudios de la virtud, la barbara lengua y pluma de la ignorante envidia, fiera a quien doran los dientes las heridas de la gloriosa fama, quando piensan que los tiñen en la inocente sangre.

DON

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS,

CABALLERO DEL HABITO DE SANTIAGO, SEÑOR DE LA TORRE DE JUAN ABAD, EN EL PROLOGO DE LA COMEDIA EUPHROSINA.

CON grande gloria de la virtud y buen exemplo se han escrito en España con nombre de Comedias, fuera de las Fabulas, historias y vidas, que a la virtud y al valor enseñan y mueven con mas fuerza que otra alguna cosa: como se ve con admiracion en las de LOPE DE VEGA CARPIO, tan dignas de alabanza en el estilo y dulzura, afectos y sentencia, como de espanto en el numero demasiado para un siglo de ingenios, quanto mas para uno solo, a quien en esto siguen dichosamente muchos que hoy escriben, &c.

EL MAESTRO JOSEPH DE VALDIVIESSO,

CAPELLAN DEL SERENISSIMO CARDENAL INFANTE.

ATentamente he visto la DOROTEA de FREY LOPE DE VEGA CARPIO, del habito de San Juan, por mandado y comission de V. Alteza. No tiene cosa opuesta a nuestra sagrada Fé, y a la honestidad y decoro de las costumbres. De su artificio y estilo, que exemplar enseña, y dulce entretiene, no me atrevo a exagerar mi sentimiento, porque los censores de los libros tienen ya quien lo sea de sus censuras, en ofensa grande de la confianza que V. Alteza hace de sus estudios: y assi diré solamente, que tiene la DOROTEA hermosura y entendimiento para salir a luz, siendo V. Alteza servido: que este es mi parecer. En Madrid a 6. de Mayo de M DC XXXII.

EL MAESTRO JOSEPH DE VALDIVIESSO.

DE

DE DON FRANCISCO LOPEZ DE AGUILAR.

VI, por mandarmelo el señor Don Juan de Velasco y Acezedo, electo Prior de Ronces Valles, y Vicario general de Madrid, la Dorotea de FR. LOPE DE VEGA CARPIO, del habito de S. Juan, y Principe de los Poetas Castellanos, y hallé en ella estilo elegante y puro, y tal, que se puede decir justissimamente lo que en otra ocasion escribió un sabio por él:

Usque adeo ut Plauti non sit cultive Menandri
Carpiaco eloquio pulchrius eloquium.

Gusté de sabrosissimos y agudos donayres, quadrandole muy bien lo que por él se cantó contra un infausto Gramatico:

Quid dignum ferula tua notasti
In VEGA nitido elegantiarum
Parente omnium & omnium leporum,
Omnium quoque calculis perito?

Noté finalmente no comun erudicion en las materias y ciencias, que toca con grande y clara noticia dellas, mereciendo en todo rigor de justicia, el grande, aunque breve elogio de este verso:

Scientiarum VEGA CARPIUS phœnix.

Lo que no hallé en todo el contexto fue cosa que se oponga a la piedad y doctrina Catholica, ni publique guerra a las buenas costumbres, antes en prosa grave, y versos dulces y pulidos todo lo referido. Puedesele dar la licencia que merece y suplica. En Madrid a 6. de Mayo de M.DC.XXXII.

PERSONAS QUE SE INTRODUCEN.

DOROTEA, *dama.*
THEODORA, *su madre.*
GERARDA, *su amiga.*
DON FERNANDO, *caballero.*
JULIO, *su ayo.*
CELIA, *criada de Dorotea.*
PHELIPA, *hija de Gerarda.*
CESAR, *Astrologo.*
LUDOVICO, *su amigo*, y de D. FERNANDO.
DON BELA, *Indiano.*
LAURENCIO, *criado suyo.*
CORO DE AMOR.
CORO DE INTERES.
CORO DE ZELOS.
CORO DE VENGANZA.
CORO DE EXEMPLO.

LA DOROTEA
ACTO PRIMERO.
SCENA PRIMERA.

THEODORA. GERARDA.

GERARDA.

EL amor y la obligacion no solo me mandan, pero porfiadamente me fuerzan, amiga Theodora, a que os diga mi sentimiento.

THEODORA.

¿En qué materia, Gerarda?

GERARDA.

De Dorotea vuestra hija.

THEODORA.

No es tanto que ella yerre, como que vos no lo advirtais.

GERARDA.

Como esso puede nuestra amistad antigua y el amor que la tengo.

THEODORA.

Bien se conoce del afecto, con que desde el principio de nuestra platica me le haveis encarecido.

GERARDA.

La mayor desdicha de los hijos es tener pa-

dres olvidados de su obligacion, o por el grande amor que les tienen, o por el poco cuidado con que los crian.

THEODORA.

¿Puedese negar a la naturaleza el amor de la sangre, ni el de la crianza a sus gracias desde la lengua balbuciente hasta el discurso de la razon?

GERARDA.

Puede, quando el castigo importa.

THEODORA.

En la parte de la naturaleza sería quebrar un hombre su espejo, porque le retrata, pues el inocente cristal lo que le dan, esso vuelve; y en la de la crianza, lo que sucede a los animales y aves, que se crian todo el año para matarlos un dia.

GERARDA.

Si el hijo retrata al padre en las costumbres, perdonele, porque le parece; si no bien puede quebrar el espejo, pues que no le retrata, que quando vos erades moza, lo mismo haciades con el cristal, que no os hacia buena cara.

THEODORA.

Esso de quando erades moza, pudierades haver escusado, que ahora tambien lo soy.

GERARDA.

Desconfio de persuadiros a lo que vengo, porque si vos os dais a entender que sois moza, mejor perdonareis a vuestra hija sus defectos, que ningun juez sentencia animosamente, si es culpado en el mismo delito, y en vuestra edad se-

ría

ría poca prudencia acercarse á morir, y comenzar a vivir.

THEODORA.

¿Tanta edad os parece que tengo?

GERARDA.

En buena fe, que es punto el de vuestros años, que qualquiera jugador le quisiera mas que la mejor primera.

THEODORA.

La tema de este mundo mas general es quitarse años a sí, y ponerlos a los otros, y es necedad inutil, porque lo mismo piensa á un tiempo el que se los pone al otro, y cada uno se los quita.

GERARDA.

¿Pues yo qué me quito?

THEODORA.

Gerarda, Gerarda, si vos quereis haceros odiosa, y que huyan de vos vuestras amigas, no hallareis mejor invencion, que andar calificando las edades; porque no hay secreto que mas se sienta descubrir, que el de los años: y ya sé que hay personas tan curiosas de esta impertinencia, que por su gusto buscan los libros del Bautismo de los otros, y encubren con invencion la Parroquia donde se bautizaron; yo tengo, gracias a Dios, todos mis dientes cabales, que si no son tres, no me falta ninguno.

GERARDA.

Galana es mi comadre, si no tuviera aquel Dios os salve.

THEODORA.

Mi brio suple qualquier defecto.

GERARDA.

La casa quemada acudir con el agua.

THEODORA.

Yo sé que envidian mis amigas la tez de mi rostro.

GERARDA.

Como essas necedades hará la envidia.

THEODORA.

Que como nunca me afeyté, no me la quebraron los aderezos fuertes, tan opuestos a la verdad, que adelgazan y quiebran.

GERARDA.

Harto es que el tiempo no haya echado sulcos por tierra tan suya.

THEODORA.

Lo que no puedo negaros es, que estoy un poco mas fresca de lo que solia; pero por esto gozaré de dos mocedades.

GERARDA.

La mula buena, como la viuda, gorda y andariega.

THEODORA.

Las canas aun se dejan entresacar de los demas cabellos, y yo siempre tuve lunares; demas de ser indicio de poco sentimiento no tener canas a su debido tiempo.

GERARDA.

Siempre fuistes muy sentida.

THEODORA.

Quando estas sean canas, la luna tiene manchas.

chas. ¿Y por qué no ha de valer a las mugeres lo que se permite a los hombres? y en verdad que creo, que no sois vos tan niña, que si no me acuerdo mal; me truxistes de las andaderas en casa de mis padres.

GERARDA.

¡Nunca yo huviera dicho aquello de quando erades moza, que tan fuertemente me haveis castigado! si assi riñerades a Dorotea, no os murmuráran vuestras vecinas, y tuvierades mejor opinion en la Corte. Pero direisme vos, que *Quien tunde el paño, quita la cresta al gallo.*

THEODORA.

¿Pues qué hace Dorotea, que merezca mi indignacion?

GERARDA.

¿Para qué finges ignorancia, pues no sois marido bien condicionado? ¿Pensais persuadirme que no lo sabeis, como aquello de los años?

THEODORA.

Direis que la festeja D. Fernando, ¿y para esso, Gerarda, veniades tan armada de sentencias, y tan prevenida de advertimiento?

GERARDA.

Hoy es dia de echad aqui tia: yo, amiga, no soy de aquellas que lo son de la merienda, del presente, del juego, y del coche al rio, ni me ha conocido nadie por sumillera del ageno gusto. ¿Qué ropas ni basquiñas tengo por esso? ¿qué moza me ha conducido? ¿en qué sala he estado mirando los retratos, o hablando con los pajes? A lo que venia me movieron dos

co-

cosas, el servicio de Dios y vuestra honra.

THEODORA.

Direis que no la tengo, porque aquel señor estrangero regaló a mi hija; esso fue con mucha honra, y con palabra de casamiento.

GERARDA.

Robles y pinos todos son mis primos.

THEODORA.

Fuése a su tierra, ¡qué milagro! tambien se fue Eneas de la Reyna Dido, y el Rey Don Rodrigo forzó a la Cava.

GERARDA.

Que no me espanto desso, Theodora, que ya se sabe, que *Libro cerrado no saca letrado.*

THEODORA.

Siempre fue la cartilla de los maldicientes la hypocresia; no vereis memorial que no comience diciendo, que es por escusar la ofensa de Dios, y es por enemistad, o zelos. Hai Gerarda, Gerarda, pareceis al negrillo de Lazarillo de Tormes, que quando entraba su padre, decia muy espantado: *Madre, coco.*

GERARDA.

¿Pues qué tengo yo para què me parezcan los otros negros? ¿por qué no me veo? mi hija Phelipa ya está casada, y quando no fuera muger de bien, como lo es, ¿corre esso por mi cuenta, o por la de su marido?

THEODORA.

Quien al asno alaba, tal hijo le nazca.

GERARDA.

Los padres, Theodora, somos como las aves; en

en sabiendo volar el pajaro, ayudele el ayre, y valgale el pico; pero Dorotea que no está fuera de vuestras alas, y que cada dia vuelve a reconocer el nido, y que ha cinco años que este mozo la tiene perdida, sin alma, sin remedio, y tan pobre, por no darle disgusto, o por miedo que le ha cobrado, que ayer vendió un manteo a una amiga suya, y dice, que por devocion y promessa trahe un habito de picote, la que solia arrastrar Milanes y Napoles en passamanos y telas; ¿para qué será bueno que ande de recoleta por un lindo, que todo su caudal son sus calzillas de obra, y sus cueras de de ambar, esto de dia, y de noche broqueletes y espadas, y todo virgen, capita untada con oro, plumillas, banditas, guitarra, versos lascivos, y papeles desatinados? y ella muy desvanecida de que se canten por el lugar a vueltas de sus gracias sus flaquezas. ¡Qué gentil Petrarca para hacella Laura! qué Don Diego de Mendoza la celebrada Phylis! Hai Theodora, Theodora! ¿la hermosura es pilar de Iglesia, o solar de la montaña, que se resiste al tiempo, para cuyas injurias ninguna cosa mortal tiene defensa? o es una primavera alegre de quince a veinte y cinco, un verano agradable de veinte y cinco a treinta y cinco, un estio seco de treinta y cinco hasta quarenta y cinco? ¿pues desde allí para qué será bueno el hibierno? que ya sabeis que las mugeres no duran como los hombres.

Theodora.

Mas cinços haveis dado, que un juego de bolos.

Gerarda.

Pues sabed que todos son de largo, y que se pierde el juego. Los hombres en qualquiera edad hallan sus gustos, y son buenos para los oficios y para las dignidades: tienen entonces mas hacienda, y son mas estimados: pero como las mugeres solo servimos de materia al edificio de sus hijos; en no siendo para esto, ¿qué oficio adquirimos en la Republica? qué govierno en la paz? qué baston en la guerra? Volved, volved en vos, Theodora, no acabe este mozuelo la hermosura de Dorotea manoseandola, que ya sabeis, con que olor dejan las flores el agua del vaso, en que estuvieron. Yo he sabido, que un caballero Indiano bebe los vientos desde que la vió en los toros las fiestas passadas, que estaba en un balcon vecino al suyo; y sé yo a quien ha dicho, que me lo dixo a mi, que le daria una cadena de mil escudos con una joya, y otros mil para su plato, y le adornaria la casa de una rica tapiceria de Londres, y y le daria mas dos esclavas mulatas, conserveras y laboreras, que las puede tener el Rey en su palacio: es hombre de hasta treinta y siete años, poco mas, o menos; que unas pocas de canas que tiene, son de los trabajos de la mar, que luego se le quitarán con los ayres de la Corte; y yo ví el otro dia un retulo en una calle, que decia: *Aqui se vende el agua para las canas*; tiene linda presencia, alegre de ojos, dientes blancos, que lucen con el vigote negro, como sarta de perlas en terciopelo liso,

muy

muy entendido, despejado y gracioso, y finalmente hombre de disculpa, y no mozitos cansados, que se llevan la flor de la harina, y dejan una muger en el puro salvado, que ya entendeis para lo que será buena.

THEODORA.

Gritá, niños, que baja el vino, hoy a quatro, mañana a cinco. Si trahiades, Gerarda, essa correduria, ¿para qué era menester tanta rhetorica? Veis como os dixe yo, que el memorial comenzaba por el servicio de Dios, y acababa en el del diablo?

GERARDA.

Yo, amiga, vuestro bien miro, vuestra honra, y la de essa pobre muchacha, que mañana se marchitará como rosa, y buscareis dineros para curarla, que esto le dejará Don Fernandillo, y no los juros y regalos del Indiano. Para todo acontecimiento, Theodora, hombres, hombres, y no rapaces, que con la saliva de las mugeres les sale el bozo. Con esto me voy a rezar a la Merced, que en verdad que no me iré a casa sin encomendar a Dios nuestros negocios.

SCENA SEGUNDA.

DOROTEA. THEODORA.

DOROTEA.

BRava conversacion has tenido con la bendita Gerarda; ¿piensas que no lo he oído?

 pues

pues aunque me estaba tocando, mas tenia los oidos en su platica, que los ojos en mi espejo. ¿Esto quieres tú oír, y que se te atreva una vil muger, por el interes que le han dado, a decírte en tu cara, que dés lugar a un hombre, para que yo le admita?

THEODORA.

Quedo, señora dama, quedo, que si a mí me pierden el respeto, ella ha dado la causa.

DOROTEA.

¿Yo la causa? gracia tienes: ¿quándo tuve yo mas dicha contigo? ¡qué presto diste credito a Gerarda! ¡qué presto pudo persuadirte lo que deseabas! Buena eras para juez: dichosa contigo la primera informacion; desdichada la segunda.

THEODORA.

¿Puedes tú negar cosa alguna de quanto ha dicho, ni poner falta en una muger honrada, que solo pretende el servicio de Dios y nuestra honra? ¿Debe de ir ahora a que la premie por ventura el Indiano? Pues en verdad que fue a rezar a la Merced por nosotras, y que es muger que le encargan lo mismo enfermos, necessitados y presos.

DOROTEA.

Enfermos de amor, necessitados de remedio para sus deseos, y presos de su apetito.

THEODORA.

En ésta muger pones falta? buena lengua se te ha hecho, que cierto es perder la verguenza tras la honra. ¿Qué dia se fue a comer Gerar-

rarda, sin haver visitado todas las devociones de la Corte? en qué Jubileo no la hallarán devota? qué sabado no fue descalza a Atocha? qué doncella no ha casado? qué casada no ha puesto en paz con su marido? qué viuda no ha consolado? qué niño no ha curado de ojo? qué criatura no se ha logrado, si ella le bendice las primeras mantillas? qué oraciones no sabe? qué remedios como los suyos para nuestros achaques? qué hierba no conoce? qué opilacion no quita? a qué partos secretos no la llaman? Finalmente para la dicha de una casa no es menester más de que ella la perfume.

DOROTEA.

No te desvanezcas en su alabanza, que todas essas gracias tienen diversos sentidos, y sino son ironias, no se han de entender literalmente.

THEODORA.

La bachillera ya comienza a hablar en el lenguage de su galan: aprovechada está de parola. ¿Es esso lo que le enseña? de ironias quedará rica literalmente, sacólas de los Sonetos? Pierda la ignorante la flor de su juventud en essas boverias, que quando mas medrada salga, quedará celebrada en un libro de pastores, o la cantarán en algun Romance, si de Christianos Amarylis, si de Moros, Xarifa y el galan Zulema.

DOROTEA.

Notable bateria hizo en el muro de tu entendimiento la physionomía liberal del rico Indiano: assi suelen ser ellos, como te le pintó la Circe: y qué bien supo apocar y disminuir las partes

de Don Fernando: ¡qué bien la pagas en elogios el gusto que te ha hecho! Con essa informacion ¿quién no la tendrá por santa, sus devociones por verdaderas, y sus medicinas por milagros? Añade a las hierbas que conoce, las havas que exercita, y en vez de las bendiciones, los conjuros que sabe. Pues si hablas en el mal de ojo, ten por cierto, que son mas los que contenta, que los que quita. Ella fue por quien conociste al Conde: ponga faltas a Don Fernando, que no podrá decir con verdad ninguna mas de que es pobre, pero ¿qué riqueza, como la de su entendimiento, persona y gracias?

THEODORA.

¡O loca, desdichada, perdida, engañada de otro loco! ¿qué gracias, qué persona, qué entendimiento tiene, si le confiessas pobre? ¿quando has visto sobre sayal passamanos de oro? estarás muy desvanecida con que te llama la divina Dorotea; yo visitaré tus escritorios, yo te quemaré los papeles, en que idolatras; y essas locuras, en que estudias vocablos que no nacieron contigo: no te quedará señal de este mozo si yo puedo, y ojalá te le pudiera sacar del alma. ¿Qué me miras? ¿gestos me haces? por el siglo de tu padre, que si te doy una vuelta de cabellos, que no has de haver menester rizos; y dile a Don Fernando, que haga versos a este sujeto, y que me llame Nerona, sacrilega, atrevida a la cabeza del sol, y que quantas hebras te quite, se me vuelvan rayos.

Do-

Dorotea.

Haz burla, no importa, afea mis pensamientos, infama mis costumbres. ¿Qué muertes de hombres has visto a nuestra puerta por vanidades mias? ¿qué casada se ha quejado de la mala vida que le ha dado su marido por mi causa? a qué fiesta voy? de qué ventana me quitas? qué galas me murmuran a donde voy a missa?

Theodora.

Esso, ¿qué no es nada? pues triste de tí, ¿por quién haces essa penitencia? di que eres virtuosa, porque esse mozo te tiene hechizada por darle gusto, porque ya debe de amenazarte, que es lo ultimo del trato de semejantes hombres. Pues desengañate, Dorotea, que no le has de ver, ni hablar mas en tu vida; ¿tú pobre, yo sin honra; tú con habito de picote todo un año, y yo molestada de mis amigas todos los dias? Resuelvete, que te tengo de cortar el cabello, y encerrarte donde aun el sol tenga asco de entrar a verte, o has de dejar essa perdicion, essa locura, essa costumbre, esse trato infame. ¿Lloras? bien haces; pero no pienses enternecerme, que no hago yo aqui papel de galan zeloso, sino de madre honrada.

Scena tercera.

Dorotea sola.

HAi infeliz de mí! ¿para qué vivo? ¿para qué solicito conservar la mas triste vi-

vida que se ha dado a esclava? ¿qual muger de mis años la passa con tantos sobresaltos y desdichas? donde me lleva este amor desatinado mio? ¿qué fin me promete tan desigual locura, de lo que pudieran haver merecido las partes, de que me ha dotado el cielo? Quando haya passado lo mejor de mis años en este labyrintho amoroso, ¿qué tengo de hallar en mi, sino arrepentimiento para los que me quedaren, quando a los que desprecio, les dé venganza? Fernando mio, no querria que mi alma, que allá tienes, te dixesse lo que está pensando, cosa tan nueva, que jamas pensé que llegára a mi pensamiento. No puedo mas, que me veo cercada de tantos enemigos, que no podré escapar la vida, sino es perdiendo el seso: pero si allá te dixere esta novedad en tu agravio, consulta con prudencia tu entendimiento, no con tu amor tus años: ¿pero cómo es possible, que primero movimiento de lo que digo, haya llegado a mi imaginacion? ¿qué puedo querer sino quererte? en qué puedo emplear mis años sino en servirte? qué puedo yo desear como agradarte? ¿qué riqueza como oirte? ¿qué tiempo mas bien empleado que en tus brazos? Cómo viviré yo sin ti? Menos falta me puede hacer la vida, que tus ojos. ¿Quién me consolará de no verte, despues de tantos años de gozarte? esse agrado tuyo, esse brio, esse galan despejo, essos regalos de tu boca, cuyo primero bozo nació en mi aliento, qué Indias los podrán suplir, qué oro, qué diamantes? ¡Mas hai triste! que de

de esta amistad nuestra está ofendido el cielo, mi casa, mi opinion, y mis deudos: mi madre me persigue, las amigas me riñen, los vecinos me murmuran, las envidias me reprehenden, mi necessidad ha llegado a lo ultimo. Fernando no tiene mas que para sus galas: mira las otras mugeres con ellas, ya le parecerán mejor, que el adorno y la riqueza añaden hermosura y estimacion; y la pobreza del trage descuida los ojos, y hace que una muger cada dia parezca la misma, y la diferencia causa novedad, y despierta el deseo. Esto no podrá durar para siempre: y y como no hay cosa mas publica que el amor, aunque jamas lo crean los amantes, será impossible librarle de algun fin desdichado, o en la vida o en la honra, y lo que mas se debe temer, en el alma. ¿Para qué quiero aguardar a que te canses, y me aborrezcas? a que te agraden las galas de otras, y este sayal, que visto sea silicio de tus brazos, y penitencia de tus ojos? No quiero aguardar al fin que tienen todos los amores; pues es cierto, que paran en mayor enemistad, quanto fueron mas grandes. Si havemos de ser enemigos despues, mas vale que ahora nos concertemos con amistad, que quando el trato cessa sin agravio, bien se puede conservar en llaneza sin reprehension, y en voluntad sin miedo. Celia, Celia, dame el manto, y di a mi madre, que voy a missa, resuelta estoy; ¿qué aguardo? Jesus, parece que tropezé en mi amor. O amor, no te pongas delante, dejame ir, pues me dejaste determinar, que en

las

las mugeres la resolucion es dificil, la execucion es facil.

SCENA QUARTA.

DON FERNANDO, JULIO.

JULIO.

Con poca gracia te levantas.

FERNANDO.

Mil desassossiegos he tenido esta noche.

JULIO.

¿No has dormido?

FERNANDO.

Poco, y con mil congojas.

JULIO.

Del calor serian.

FERNANDO.

No sino del primer sueño.

JULIO.

¿Qué soñabas?

FERNANDO.

Una confusion de cosas.

JULIO.

¿Qué sueño hay tan claro, que no séa confuso? Los que grave y suavemente duermen, dice el Philosopho, que no sueñan; pues soñaste, y con fatiga, no tenias quieto el animo: los que sueñan, no por otra causa piensan que vén lo que sueñan, que porque la inteligencia está constante y sossegada: lo que acontece al ligero sueño, no al que por mucha calor se recoge a la parte in-

interior: soñamos lo que havemos hecho, o queremos hacer, y tambien de lo que deseamos nacen tales imaginaciones y pensamientos; por esso es opinion del mismo, que los virtuosos sueñan mejores cosas, que los malos, viciosos, y de perversas costumbres.

Fernando.

Ya comienzas a cansarme con tus philosophias: dejame, Julio.

Julio.

Dime, por tu vida el sueño.

Fernando.

Ya te digo, que me dejes, Julio, ¿por ventura presumes interpretarle? ¡Qué gentil Joseph estaba preso conmigo!

Julio.

Amphytrion fue el primero que interpretó los sueños, y porque esto es de Plinio, el mismo dice, que poniendose la parte siniestra del camaleon al pecho, sueña un hombre lo que quiere, o lo hace soñar a quien quiere.

Fernando.

Como esso dirá Plinio.

Julio.

Cornelio Rufo soñó que perdia la vista, y despertando se halló ciego.

Fernando.

Maldito seas, Bachiller historico, que assi me quieres dar pena, entendiendo por conjeturas la causa, por qué la tengo. Soñaba, o Julio, que havia llegado el mar hasta Madrid desde las Indias.

JULIO.

Ahorrarase mucho porte desde Sevilla a Madrid. Di adelante.

FERNANDO.

Llegaba furioso hasta la puente.

JULIO.

Pobre de Illescas.

FERNANDO.

En una famosa nave enramada de jarcias, y vestida de velas venia un hombre solo, que desde el corredor de popa arrojaba a una barca barras de plata y tejos de oro.

JULIO.

Quién estuviera en la barca.

FERNANDO.

Estaba, ¡hai de mi!

JULIO.

Dilo, ¿qué tiemblas?

FERNANDO.

Estaba Dorotea.

JULIO.

¿Y tomaba el oro?

FERNANDO.

Con las dos manos.

JULIO.

Hacia mui bien, y pluguiera a Dios, que yo estuviera con ella, que aun durmiendo no tuve tanta dicha en mi vida. ¡O si fuera verdad esso que soñaste! ¿qué salieran de mugeres a la mar de Madrid? y mas si arrojaban oro.

FERNANDO.

¿Salieran muchas?

Ju-

JULIO.

Mas que al prado. ¿Pero en qué paró la mar, que estás mas triste, que si temieras anegarte en ella?

FERNANDO.

En que al salir de la barca Dorotea y Celia cargada de oro, llegué yo a hablarla, y se passó de largo sin conocerme.

JULIO.

¿I de esso estás triste?

FERNANDO.

¿Es poca la causa?

JULIO.

¿Pues qué querias, que te diesse del oro?

FERNANDO.

No, sino que me hablasse.

JULIO

¿Soñando pides correspondencias?

FERNANDO.

¿Por qué no? pues como yo me quejé de su desprecio, tambien podia Dorotea hablarme.

JULIO.

Quiero interpretar el sueño.

FERNANDO

Havrás leido a Artemidoro.

JULIO.

Como deseas dar a Dorotea lo que no tienes, de esse pensamiento y solicitud ha nacido que la soñasses rica.

FERNANDO.

Amor quiera que essa sea la interpretacion legitima.

JULIO.

Dichoso eres, pues la enriqueces.

FERNANDO.

No creas en sueños.

JULIO.

No sé lo que te responda, pues siempre sueño que soy pobre, y despierto soy lo mismo.

FERNANDO.

¿Con oro han de vencer a Doretea?

JULIO.

Tendrá disculpa.

FERNANDO.

Ovidio dixo, que mas daño havia hecho el oro, que el hierro.

JULIO.

Estaria mal con el oro, cuyas virtudes no digo, porque le temes: ¿pero qué muerte se ha dado con él, sino es la de Creso, que por su codicia se le dieron derretido? y sabemos que hay oro potable, que conserva la vida, y al fin entra en la confeccion de Arquelines.

FERNANDO.

Si yo tuviera oro, no le comiera, aunque me diera mil vidas.

JULIO.

¿Pues qué le hicieras?

FERNANDO.

Dierale a Dorotea.

JULIO.

Basta el que le ha venido de las Indias; pero pídele hoy algunos tejos, y harémos el potablé, que es de esta suerte, segun doctrina de Leon Sua-

Suavio. Toman en hoja o en polvos una onza, y resuelvenla en humor, añadiendo de vinagre destilado lo que basta: destilase despues a veces separado, hasta que no queda sabor de los dos juntos: echase luego en cinco onzas de agua ardiente, y conservado un mes y reposado se toma poco a poco.

FERNANDO.

No hai cosa, de que no quieras saber algo, y de todo no sabes nada: ¿qué philosopho antiguo o moderno no ha dicho mal del oro?

JULIO.

El oro es como las mugeres, que todos dicen mal de ellas, y todos las desean; y al fin es hijo del sol, retrato de su resplandor, y vivífica naturaleza.

FERNANDO.

No es por esso amarillo.

JULIO.

? Pues por qué?

FERNANDO.

Por el miedo que tiene de que le busquen tantos.

JULIO.

Qué cosa tan trivial y vieja; perdoneme Diogenes.

FERNANDO.

Mas viejo es el oro.

JULIO.

Es verdad, y sus canas son la plata.

FERNANDO.

Ni la cama dorada alivia al enfermo, ni la buena

na fortuna hace al necio sabio.

JULIO.

Tambien te puede perdonar Socrates.

FERNANDO.

Dame aquel instrumento, estudiante de pesadumbres.

JULIO.

De ellas y de philosophia estoy graduado.

FERNANDO.

Saltó la prima.

JULIO.

Sería de la puente, aunque no hay rio.

FERNANDO.

Yo la oí esta noche.

JULIO.

Desvelado estabas.

FERNANDO.

En Dorotea.

JULIO.

Yo pensé, que en ir a la mar a buscarla.

FERNANDO.

El que dixo que fuera comodidad hallar a comprar cartas, y barbas hechas, ¿por qué no dixo instrumentos templados?

JULIO.

Porque fuera impossible, siendo las cuerdas de la materia que vés, porque con la humedad bajan, y con mucha calor suben. Finalmente son como algunas mugeres, que siempre es menester templarlas.

FERNANDO.

Por esso tiran de su condicion, para que alcanzen

zen al punto del que las templa.

Julio.

Muchas quiebran.

Fernando.

Buscar las finas, y arrojar las falsas, que assi hacen los musicos.

Julio.

Una curiosidad hace a esse proposito.

Fernando.

¿Cómo?

Julio.

Que quando desatan la madeja, la dán con el dedo, teniendo en la boca el cabo de la cuerda; y si hace dos sombras, la dejan por falsa, y passan a otro tercio; assi se ha de probar la muger, y en haciendo dos sombras a cada parte, mudarse al tercio de otra.

Fernando.

Yo he templado.

Julio.

A mi costa, que lo he oído.

Fernando.

Oye un Romance de Lope.

Julio.

Ya te escucho.

Fernando.

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo,
porque para andar conmigo,
me bastan mis pensamientos.
No sé que tiene la aldea,
donde vivo, y donde muero,

que

que con venir de mí mismo,
no puedo venir mas lejos.
Ni estoy bien ni mal conmigo,
mas dice mi entendimiento,
que un hombre, que todo es alma,
está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta,
y solamente no entiendo,
cómo se sufre a si mismo
un ignorante sobervio.
De quantas cosas me cansan,
facilmente me defiendo,
pero no puedo guardarme
de los peligros de un necio.
El dirá que yo lo soy,
pero con falso argumento,
que humildad y necedad
no caben en un sujeto.
La diferencia conozco,
porque en él y en mí contemplo,
su locura en su arrogancia,
mi humildad en mi desprecio.
O sabe naturaleza
mas que supo en este tiempo,
o tantos que nacen sabios,
es porque lo dicen ellos.
Solo sé que no sé nada,
dixo un Philosopho, haciendo
la cuenta con su humildad,
a donde lo mas es menos.
No me precio de entendido,
de desdichado me precio,

que los que no son dichosos,
¿cómo pueden ser discretos?
No puede durar el mundo,
porque dicen, y lo creo,
que suena á vidrio quebrado,
y que ha de romperse presto.
Señales son del juicio,
ver que todos le perdemos,
unos por carta de mas,
otros por carta de menos.
Dixeron que antiguamente
se fue la verdad al cielo:
tal la pusieron los hombres,
que desde entonces no ha vuelto.
En dos edades vivimos
los proprios y los agenos,
la de plata los estraños,
y la de cobre los nuestros.
A quien no dará cuidado,
si es Español verdadero,
ver los hombres a lo antiguo,
y el valor a lo moderno.
Todos andan bien vestidos,
y quejanse de los precios,
de medio arriba Romanos,
de medio abajo Romeros.
Dixo Dios que comeria
su pan el hombre primero
en el sudor de su cara,
por quebrar su mandamiento.
Y algunos inobedientes
a la verguenza y al miedo,

con las prendas de su honor
han trocado los efectos.
Virtud y philosophia
peregrinan como ciegos,
el uno se lleva al otro,
llorando van, y pidiendo.
Dos polos tiene la tierra,
universal movimiento,
la mejor vida el favor,
la mejor sangre el dinero.
Oygo tañer las campanas,
y no me espanto, aunque puedo,
que en lugar de tantas cruces
haya tantos hombres muertos.
Mirando estoy los sepulcros,
cuyos marmoles eternos
están diciendo sin lengua,
que no lo fueron sus dueños.
O bien haya quien los hizo,
porque solamente en ellos
de los poderosos grandes
se vengaron los pequeños.
Fea pintan a la envidia,
yo confiesso que la tengo
de unos hombres que no saben,
quien vive pared en medio.
Sin libros y sin papeles,
sin tratos, cuentas, ni cuentos,
quando quieren escribir,
piden prestado el tintero.
Sin ser pobres, ni ser ricos
tienen chimenea y huerto,

no los despiertan cuidados,
ni pretensiones, ni pleytos.
Ni murmuraron del grande,
ni ofendieron al pequeño,
nunca, como yo, firmaron
parabien, ni Pascuas dieron.
Con esta envidia que digo,
y lo que passo en silencio,
a mis soledades voy,
de mis soledades vengo.

JULIO.

¿Cómo no has cantado alguna cosa de Dorotea?

FERNANDO.

Por la pesadumbre que me ha dado aquello del oro.

JULIO.

¿Pues por qué no havia de tomarlo?

FERNANDO.

Porque como la perdiz conoce el halcon, que la ha de matar, conozco yo que me ha de matar el oro.

JULIO.

Tienen oro y muger correspondencia y sympatia, ni hay requiebro que las agrade, como decirles, que son como un pino de oro; y esto no porque son altas, sino porque es el arbol mas grande, para que sea mas el oro.

FERNANDO.

Pareceme que siento chapines.

JULIO.

Esse ruido, y el de las cantimploras dicen que es el mejor.

SCENA QUINTA.

DOROTEA, CELIA, FERNANDO, JULIO.

DOROTEA.

LLama recio, si no te duele la mano.

CELIA.

Si ha rondado Don Fernando, dormirá como se usa, haciendo noche lo mejor del dia.

FERNANDO.

Mira Julio quien nos quiebra la puerta.

JULIO.

Alguno havrá rodado desde el quarto de arriba, o es pobre y sordo. ¿Quién está ahí?

CELIA.

Abre, asaeteado.

JULIO.

Celia, señor; Celia: papelito tendremos.

FERNANDO.

¿De essa manera lo dices, hombre sin alma?

JULIO.

¿Dónde vas, que has quebrado la guitarra por salir de prisa?

FERNANDO.

A recibir el arço embajador de los dioses, la aurora de mi sol, la primavera de mis años, y el ruiseñor del dia, a cuya dulce voz despiertan las flores, y como si tuviessen ojos, abren las hojas.

CE-

Celia.

No vengo sola.

Fernando.

¿Quién viene contigo, que me has turbado? Jesus, ¿es Dorotea? bien mio, el manto sobre los ojos? entra, entra; ¿qué trahes, que tropiezas? Ni Celia alegre, ni tú descubierta, cometa hay en el cielo, el Principe Amor debe de estár enfermo. ¿Aun no hablas? Sientate, mi señora, sientate, la escalera te ha desalentado: un poco de agua, Julio.

Julio.

¿Traheré con ella otra cosa?

Fernando.

Pensé que havias venido: señora, ¿qué es esto? por qué me matas? hante dicho algo de mi? Tu madre me havrá levantado algun testimonio, porque me dejes: pues plegue al cielo; que si he mirado, visto, oido, ni imaginado otra cosa de quantas él ha hecho, fuera de tu hermosura, que la mar, que esta noche he soñado, me anegue y me sepulte, y el oro que te daban, te conquiste.

Julio.

Aqui está un bucaro y unas alcorzas.

Fernando.

Come, bebe, o aqui tienes mi corazon y mi sangre. ¿Qué tienes? Desmayóse. ¿Qué es esto, Celia? Muerto soy, acabóse mi vida. ¿Ah mi señora? ah mi Dorotea? ah ultima esperanza mia? Amor, tus flechas se quiebran, sol, tu luz se eclipsa, primavera, tus flores se marchitan, a escuras queda el mundo.

Ju-

Julio.

Celia, encender quiero una hacha.

Celia.

Calla picaro, que no estás en la comedia.

Julio.

Tenle bien essa mano, que se araña el rostro.

Fernando.

¡O Venus de alabastro, o Aurora de jazmines, que aun no tienes toda la color del dia! o marmol de Lucrecia, escultura de Michael Angel!

Julio.

Ahora yo juraré que es casta.

Fernando.

¡O Andromeda del famoso Ticiano! Mira, Julio, qué lagrimas, parece azucena con las perlas de el Alva: desviale los cabellos, Celia, veamosle los ojos, pues se deja mirar el sol por la nube de tan mortal desmayo.

Dorotea.

¡Hai Dios! hai muerte!

Fernando.

Yá volvió a concertarse quanto havias dejado descompuesto, ya el amor mata, ya el sol alumbra, ya la primavera se esmalta, ¡y yo estoy vivo! ¿Pero cómo la primera palabra ha sido las dos cosas mas poderosas, Dios y la muerte?

Dorotea.

Porque Dios me libre de mi misma, y la muerte ponga fin a tantas desventuras, como cercan mi afligido corazon y flaco espiritu, que la muger mas fuerte al fin es obra imperfecta de la naturaleza, sujeto del temor y deposito de las lagrimas.

Fer-

FERNANDO.

Quando naturaleza, atendiendo a lo mas perfecto, por falta de la materia no hizo lo que pretendia, que es el hombre, sacó muchas excepciones de la comun flaqueza.

JULIO.

Dice muy bien Don Fernando: y assi vemos Artemisias para la memoria, Carmentas para las letras, Penelopes para la constancia, Leenas para los secretos, Porcias para las brasas, Deboras para el gobierno, Neeras para la lealtad, Laudomias para el amor, Cloelias para el valor, y Semiramis para las armas, que con el peyne en los cabellos salió a ganar victorias, mejor que Alexandro con la fuerte celada.

FERNANDO.

Y entre ellas, Julio, cuenta la perfeccion de la hermosura de Dorotea, la limpieza de su asseo, la gala de su donayre, la excelencia de su entendimiento, en que fue superior a todas: y esto no lo digan mis ojos, no mi amor, no mi conocimiento. Calle mi voluntad, y hable la envidia, que no hay mayor satisfaccion que remitirle las alabanzas.

DOROTEA.

Hai, Fernando, que no hay en la desdicha letras, en la fortuna gobierno, aunque fuesse prospera, lealtad en los impossibles, brasas en la influencia, valor con las estrellas, amor en las violencias, secreto en las tyranias, constancia en las envidias, y armas en las trayciones.

FER-

FERNANDO.

¿Qué es esto, mi bien? por qué me sangras á pausas? Dime, Fernando, muerto eres? irá Julio a que vengan por mí; y no me suspendas el dolor en la duda, que es mas fuerte de sufrir el temor, que el mal sucesso, porque imaginado se piensa en que ha de venir, y venido en que se ha de remediar.

DOROTEA.

¿Qué quieres saber de mí, Fernando mio, mas de que ya no soy tuya?

FERNANDO.

¿Cómo, ha venido alguna carta de Lima?

DOROTEA.

No, señor mio.

FERNANDO.

¿Pues quién tiene poder para sacarte de mis brazos?

DOROTEA.

Essa tyrana, essa tigre que me engendró (si yo puedo ser sangre de quien no te adora) esse crocodilo Gitano, que llora y mata, essa serpiente, que imita la voz de los pastores, para que llamando sus nombres, los devóre vivos: essa hypocrita, siempre las cuentas en la mano, y ninguna con su vida, hoy me ha reñido, hoy me ha infamado, hoy me ha dicho que me tienes perdida, sin honra, sin hacienda, y sin remedio, y que mañana me dejarás por otra. Respondíle, pagaronlo mis cabellos: ves aqui los que estimabas, los que decias que eran los rayos del sol, de quien hizo amor la cadena que te prendió el al-

alma, los que llamaban red de amor tus versos; esta color que tu decias, que deseabas tener en la barba, antes que te apuntasse el bozo: estos en fin, mi Fernando, lo pagaron; aquí te traygo los que me quitó, que los que quedan, ya no serán tuyos, de otro quiere que sean; a un Indiano me entrega, el oro la ha vencido, Gerarda lo ha tratado, entre las dos se consultó mi muerte. ¡O cruel sentencia! supo que havia vendido los passamanos del manteo de tela el mes passado, y antes de ayer el de primavera de flores: dice, que es para darte el dinero que juegues, como si tu jugasses, siendo tu mayor vicio libros de tantas lenguas, y que con versos me engañas, y con tu voz como Sirena me llevas dulcemente al mar de la vejez, donde los desengaños me sirvan de tumulo, y el arrepentimiento de castigo. Hai Dios! hai de mí! dejame deshacer estos ojos, pues ya no son tuyos, no hay que respetarlos, no me ha de gozar con ellos quien ella piensa, porque verá en sus niñas tu retrato, que sabrá defenderlos. Hai Dios! hai muerte!

JULIO.

Volvió al estrivo.

FERNANDO.

¿Pues para ocasion de tan poca importancia tanto sentimiento, Dorotea? Vuelve a serenar los ojos, suspende las perlas, que ya parecian arrancadas de sus niñas, no marchites las rosas, ni desfigures la harmonia de las facciones de tu rostro con descompuestos afectos; que te asse-

guro por el amor que te he tenido, que me havias dejado sin alma.

Dorotea.

¿Tenido, Fernando?

Fernando.

Tenido, y tengo, que no es amor sombra que se desvanece en faltando el cuerpo: pensé que te desterraba algun memorial zeloso, o que se havia tu madre muerto subito del mal del mismo nombre con los achaques de cosas agrias, o que venia tu dueño de las Indias. ¿Para tan debil causa tan fuerte sentimiento? restituyeme al corazon la alegria de verte, que me havia quitádo la tristeza de escucharte, y vete en buena hora, que aguardo un amigo para un negocio, y no es justo que te vea, que las damas, y tan hermosas, solo pueden estár sin sospecha en casa de Jueces y de Letrados, no en aposentos de mozos, donde solo hay espadas de esgrima, baules de vestidos, y instrumentos de musica.

Dorotea.

Pienso que no me has entendido.

Fernando.

¿Tán mal he repetido la leccion, que te parece que no hice de ella concepto?

Dorotea.

¿Pues cómo, si te digo que se acaba nuestra amistad, tan facilmente te has consolado?

Fernando.

Como tu lo estuviste para decirmelo.

Dorotea.

Yo vengo muerta.

FERNANDO.

Si lo estuvieras en tu casa, no huvieras llegado a la mia.

DOROTEA.

¿Mas que piensas que te he burlado?

FERNANDO.

¿Cómo lo puedo pensar, si estas veras vienen desde las Indias? Vete, mi bien, que es tarde.

DOROTEA.

¿Aun quieres echarme de tu casa?

FERNANDO.

¿Pues para qué quieres estár en ella, sino piensas volver a verla, como dices?

DOROTEA.

¿Por qué no volver a verla?

FERNANDO.

Porque te vas a las Indias, y hay mar en medio.

DOROTEA.

El de mis lagrimas.

FERNANDO.

Las de las mugeres son entretelas de la risa: no hay tempestad en verano, que mas presto se sosiegue.

DOROTEA.

¿Qué has hecho tu por mi en tantos años, que me obligue à fingir el amor que te he tenido?

FERNANDO.

¿Tambien tú dices, que te he tenido?

DOROTEA.

Y estará bien dicho, que no lo merece quien no siente perderme.

FERNANDO.

Engáñaste, que tú sola te pierdes.

DOROTEA.

Estraños sois los hombres.

FERNANDO.

Antes muy proprios, que nuestra primera patria sois las mugeres, y nunca salimos de vosotras.

DOROTEA.

Vamonos, Celia, que este caballero debe de haver hallado estos dias lo que decia Gerarda.

FERNANDO.

Antes tu has hallado lo que Gerarda decia, que sino fuera por ti, yo pudiera estár casado con mas oro que el que te han trahido; pero aun no he cumplido veinte y dos años.

DOROTEA.

¿Y yo tendré quinientos?

FERNANDO.

¿Digolo yo por esso? o porque si Dios quiere, me queda vida para valerme de ella? que de diez y siete llegué a tus ojos, y Julio y yo dejamos los estudios, mas olvidados de Alcalá, que lo estuvieron de Grecia los soldados de Ulysses.

CELIA.

Qué sequedad de hombre, Dios me libre: ¿ahora cuenta fabulas?

DOROTEA.

Dejale, Celia, que no es sin causa; bien decia yo, que andaba divertido, ya tendrá sueño, que a no ser esta la causa, no estuviera tan bravo de corazon, y tan valiente de ojos.

Ju-

JULIO.

A Celia, Celia.

CELIA.

¿Qué quieres Julio?

JULIO.

Hablame tú a mi, y no me niegues el ultimo abrazo, sino es que te ha venido alguna carta de las Indias con los criados del Indiano.

CELIA.

Dejame bajar, que se va mi señora sola.

FERNANDO.

Cierra essa puerta, necio, y mira desde essa ventana, si vuelve la cabeza Dorotea.

JULIO.

Ni le passa por el pensamiento.

FERNANDO.

Muerto soy, Julio, cierra todas las ventanas, no entre luz a mis ojos, pues se va para siempre la que lo fue de mi alma: quita de allí aquella daga, que el trato es demonio, la costumbre infierno, el amor locura, y todos me dicen que me mate con ella.

JULIO.

Quedo, señor, detente: ¿qué ceguedad es esta?

FERNANDO.

Dejame, que como estanque detenido, rompe la presa el alma, y quiere salir la furia por los ojos. ¡Hai de mi vida! hai de mis esperanzas! *Julio* dejame, y pues a los principios de este amor no fuiste prudente maestro, no seas ahora molesto amigo.

Julio.

Por el balcon no se baja bien a la calle, mejor irás por la puerta.

Fernando.

Abrala el alma por el pecho a mis desdichas: ¿qué tomaré para matarme? qué veneno será mas breve? soliman es de esclavos: yo que lo fui de Dorotea, me mataré con él bajamente, que los venenos honrosos son para Cesares.

Julio.

Leamos a Nicandro, que él nos dará venenos.

Fernando.

¡Qué falsa risa!

Julio.

¡Qué fina locura!

Fernando.

Llamame un barbero presto, sangraréme de la vena del corazon, y luego que se haya ido, me quitaré la venda; que si el amor a los principios passa por aquellos espiritus sutiles de atomo en atomo a inficionar la sangre, y en la mas pura tiene assiento, sacandola, saldrá tambien con ella; que si hasta los desmayos del animo es aphorismo physico, en casos que lo piden, ¿quál se puede ofrecer como este?

Julio.

No me agrada el argumento, porque si amor es lo mismo que la sangre, ningun semejante puede expugnar su semejante, que es impossible, como el calor al calor, y el frio al frio.

Fernando.

Bestia, esso es por sí, pero no por accidente:

qué

qué gentil Philosopho, sabiendo que por el mio ya son contrarios.

JULIO.

Lo que yo sé es, que aquel gran Medico Triverio dixo en su methodo, que la buena figura de la cabeza indicaba el temperamento del cerebro: nunca me pareció que la tenias bien hecha; fuera de que un excelente calor vicia las operaciones, y este tu amor desatinado no te deja conocer la razon con la templanza, que en tales ocasiones tienen los hombres cuerdos: sino te vales de la prudencia, mortal te juzgo, sin ir a los pronosticos de la Nosomantica de Moufeto, que para esto yo sé mas que Hipocrates. ¿Qué andas en esse escritorio? qué buscas? qué rasgas? deja los papeles, deja el retrato; ¿ qué te ha hecho essa divina pintura? respeta en esse naype los pinceles del famoso Phelipe de Liaño, que no es justo que prives al arte de este milagro suyo, ni deste gusto a la envidia de la naturaleza, zelosa de que pudiesse, no solo ser imitada en sus perfecciones, sino corregida en sus defectos.

FERNANDO.

Vive Dios que te mate.

JULIO.

Matame; pero no has de tocar al retrato, que está inocente.

FERNANDO.

Pues yo tengo de irme.

JULIO.

¿A donde?

FER-

FERNANDO.

A Sevilla, porque estár a donde vea mi muerte, es sufrir tantas quantos instantes tuviere el dia.

JULIO.

¿No es mejor no ver la causa?

FERNANDO.

Es impossible, no haviendo tierra en medio.

JULIO.

No me desagrada que te ausentes; ¿pero con qué dinero?

FERNANDO.

Marfisa, a quien siempre he despreciado, aunque nos hemos criado juntos, y que la dejé injustamente por esta ingrata, socorrerá nuestra necessidad liberalmente.

JULIO.

¿Con qué achaque?

FERNANDO.

Con algun engaño.

JULIO.

Bien dices, vamos a verla.

FERNANDO.

Guarda essos papeles, y esse retrato; pero de suerte que no le vea.

JULIO.

Pobre mancebo, perderá el seso; ¿pero cómo puede perder lo que no tiene?

FERNANDO.

¿Qué dixiste?

JULIO.

Que no tiene que perder quien ha perdido á Dorotea.

FER-

FERNANDO.

¡Hai Julio, qué bien dices! pues si vieras el entendimiento que tiene sobre tanta hermosura.

JULIO.

El entendimiento no se vé, antes bien se diferéncia del sentido, en que aquel es una potencia aprehensiva de las cosas exteriores, sin real suscepcion, sino por sola recepcion de las especies, y el entendimiento por quien el hombre aprehende no la misma cosa, ni sus partes, o alguna corporal calidad de ella, sino recibiendo dentro de sí la especie de aquello que aprehende.

FERNANDO.

¿Bestia escolastica, ahora me repites palabras? estoy yo para sentir lo que digo? meteme por tu vida en la opinion, con que Aristoteles dissentia de Platon en las especies, que pensó que se criaban con el entendimiento. Lo que yo quiero decir, bien lo entiendes, que por lo que se habla o se escribe, se conoce el que los hombres tienen, y en essos papeles se puede ver y conocer el entendimiento de Dorotea, como en sus Rimas el de Laura Terracina, o la Marquesa de Pescara: y por esso que has dicho, muestra essos papeles.

JULIO.

¿Ahora los descoges? no tienes tú mucha gana de ir a Sevilla.

FERNANDO.

Escucha este: Fernando mio, ¿para qué son buenas tantas satisfacciones? las que me diste anoche fueron bastantes, que mas me deseno-

jaron tus lagrimas entonces, que ahora tus palabras, que no hay Rhetorica para persuadir corazones airados, como efectos tan humildes; solo me deja cuidadosa tu poca edad, no sea que el haverte enternecido naciesse de tus años, y no dé tus sentimientos. Si yo alabé a Alexandro de ayroso y gentil hombre, no fue en comparacion de tu persona, sino en descuido de mi ignorancia: pusisteme la mano en el rostro, el agravio consiste en ser por zelos, que por amor no importára: dirás tú que dél nacieron ellos, y estarános bien el creerlo a mí y al rostro. Si querias herrarme para que supiessen que era esclava tuya, ¿de dónde has imaginado, que yo reparo en que todos lo sepan? Pero puedo assegurarte, que quando del golpe del rostro sonó el eco en el alma, dixo ella humilde: Sufre Dorotea, que el mismo que te ha ofendido, te ha vengado, pues mayor que tu dolor será su sentimiento; pero entre estas amorosas humildades advierte, que en las mugeres de bien no es burla para tomar exemplo; que si con esto havemos los dos sabido a lo que llega la llaneza del trato, no hay que aguardar a segunda experiencia, porque aunque dicen que la muger es animal que gusta del castigo, no todas son tan seguras que no derriben al dueño, y se le vayan donde no las alcance. Lo que ahora te pido es, que vengas a ver el rostro que ofendiste, para saber qual está mas encendido, o el tuyo con la verguenza de lo que hiciste, o el mio con las señales que me dejaste.

Ju-

JULIO.

Yo me acuerdo de essa noche, y de essas locuras.

FERNANDO.

¡O quien la huviera muerto!

JULIO.

Señor, mira que es tarde para hablar a Marfisa.

FERNANDO.

Este papel es de mi letra, versos son; ya me acuerdo, que me los volvió para que se los cantasse: quiero leerlos.

Zegala, assi Dios te guarde,
que me digas si me quieres,
que aunque no pienso olvidarte,
importame no perderme.
A tus ojos me subiste,
en ellos vi como llueven,
quando quieren, perlas vivas,
y rayos, quando aborrecen.
Si fue verdad tu lo sabes,
mis desconfianzas temen,
que como hay justos que engañan,
havrá lagrimas que mienten.
Los hechizos de tu llanto
divinamente me prenden,
pues mis ojos de los tuyos
veneno de perlas beben.
Tus lagrimas me asseguran,
tus regalos me entretienen,
tus favores me confian,
y tus zelos me enloquecen.

Mas en medio de estas cosas,
por qualquiera enojo leve,
si quieres, ¿cómo es possible
que te vayas, y me dejes?
Tres dias ha que te fuiste
a los prados y a las fuentes,
dejando las de mis ojos,
a donde pudieras verte.
¿En qué mejores cristales
quien ama mirarse puede,
si espejos del alma vivos
fueron las lagrimas siempre?
O me quieres, o me olvidas;
si me olvidas, ¿cómo vuelves?
y si me quieres, zagala,
¿cómo gustas de mi muerte?
Por hablar con las serranas
acaso y sin detenerme,
¡hai Dios, qué duras venganzas
de culpas que no te ofenden!
Trahen del bayle a tu choza
mil almas tus ojos verdes,
y no los riño zeloso,
Dios sabe si culpa tienen.
Y tú me matas a mí,
que si he pensado ofenderte,
antes que mire otros ojos,
los mios llorando cieguen.
Zagala del alma mia,
vuelve por tu vida a verme,
mas ninguna obligacion
te trayga, si me aborreces:

Que

Que yo me sabré morir
desesperado y ausente,
porque me debas matarme,
porque no te canse el verme.

JULIO.

Pues bien, ¿qué havemos de hacer con repetir ternuras? si estás arrepentido de partirte, conmigo no hay para que hacerte valiente.

FERNANDO.

¡Hai Julio! qué bien dixo Seneca, que mientras el animo está dudoso, por instantes se muda impelido a diversas partes de varios pensamientos. ¿Soy yo quien se determina de no ver a Dorotea? no es posible; ¿pero cómo puedo verla con este agravio? mayor desdicha seria quedarme a verle: animo corazon desesperado, que nadie le puso en tanto mal, que no le pudiesse sufrir.

JULIO.

¿Ataré los papeles?

FERNANDO.

Aguarda, veamos este; ¿qué piensas dice? no te acuerdas quando fuimos al arroyo?

JULIO.

Como si ahora fuera.

FERNANDO.

Respondeme a unos versos que le hice al brio y gracia, con que anduvo aquel dia, que fue el de mayor perdicion para mis ojos.

JULIO.

De los versos me acuerdo yo, y podria decirtelos.

FERNANDO.

Dimelos, Julio, hagamos con toda solemnidad las honras a esta ausencia.

JULIO.

Unas doradas chinelas,
presas de un blanco liston
engastaban unos pies,
que fueran manos de amor.
Unos blancos zapatillos,
de quien dixera mejor,
que eran guantes de sus pies;
justa, aunque breve prision:
Descubriendo medias blancas
poco espacio, de temor
de que no pudieran serlo
sin esta justa atencion.
Asiendo las blancas manos
un faldellin de color,
alfileres de marfil,
que dieron uñas al sol,
Me enamoraron un dia,
que con esta misma accion
la bellissima Amarylis
un arroyuello soltó.
Rieronse los cristales,
ojala tuvieran voz,
porque dixeran su dicha
sin murmurar la ocasion.
Bien hayas tú la serrana,
mil años te guarde Dios,
que aun para saltar arroyos

tie-

tienes brio y perfeccion.
Tu gusto goze otros tantos
el venturoso pastor,
a quien amorosa has dado
de tus brazos possession.
Quando sales en chinelas,
me ha dicho mas de una flor,
que las pisas sin quebrarlas,
tus pies tan ligeros son.
No suele passar la Aurora
por los prados tan velóz,
aunque en no dejar estampas
se quejan de tu rigor.
Mas la que en ellas no dejas,
les dará mi corazon,
que envidioso de las flores
a recibirte salió.
Años ha, bella Amarylis,
que el alma a tus ojos doy,
mas no a tus pies, que aun apenas
los vió mi imaginacion.
Quando te calzas, sospecho
que es dificultad mayor
el hallar tus pies tus manos,
que el encarecerlos yo.
Tus zapatillos un dia
han de pensar, y es razon,
que se te han ido los pies,
o que son un pie los dos.
Solo me ha dado cuidado,
(quiero bien, temiendo estoy)
que puedan tener firmeza

pies que tan ligeros son.
¡Hai, serrana, quién pensára,
mas no digas que yo soy,
que de unos pies tan ligeros
hiciera flechas amor!
Esto le dixo à Amarylis
un villano que la vió
que saltaba un arroyuelo,
que lo demás murmuró.

FERNANDO.

Estaba por alabarte la hermosura, la gracia, el brio, el gusto, la alegria, que es una de las partes, que constituyen una muger hermosa, que tuvo aquel dia Dorotea: mas ¡hai Julio, que es poner impossibles a mi partida! mejor es imaginar que soy muerto, y que mi alma sola es la que va a Sevilla: ea, Julio, buen animo.

JULIO.

No te he oydo en todos estos amores tan gracioso disparate, ¿quién te ha dicho que las almas de los amantes ausentes van a Sevilla?

FERNANDO.

La mia digo, Julio.

JULIO.

Los que aman y se ausentan, suelen decir por encarecimiento, que dejan el alma a lo que aman, porque está mas donde ama, que donde aníma, que apartada del cuerpo perece, ni se saca de la potencia de la materia; y assi les parece a los amantes, que no la llevan, pues que no viven, y que ella assiste como inmortal donde la dejan.

Es-

FERNANDO.

Estoy por tenerlo por cierto.

JULIO.

Essa razon solo se puede perdonar a un loco, y en este proposito te quiero decir lo que siento de algunos melindrosos Catones; que en viendo en las Comedias un galan muy tierno, presumen que el Poeta mira sus costumbres mismas, censura indigna de hombres cuerdos, que de las cosas naturales hacen milagros: porque alli solo se imita un mozo desatinado que sigue a rienda suelta su apetito, y mientras mejor fuere el Poeta que le pinta, mas vivos seran los afectos, y mas verdaderas las acciones. Dixo Catulo, que si sus escritos eran lascivos, su vida era honesta; mas respondiendo a tu pensamiento, que imagina barbaramente, que deja a Dorotea el amar (aunque bien sé que no lo entiendes assi, por loco que te tiene la fuerza de esta passion invencible) digo que sucede a los amantes lo que a las brujas, que piensan que van con el cuerpo donde las llevan imaginariamente, y assi suelen ellos ver las acciones de sus damas, y dar credito a sus zelos.

FERNANDO.

Yo te confiesso, Julio, que en mi tierno y amoroso natural tiene esta passion mas fuerza.

JULIO.

Toda causa de limitada virtud puede producir efecto mas intenso en la materia dispuesta, que en la que no lo está.

FERNANDO.

¿Y qué hará donde la virtud es grande?

JULIO.

Lo que se vé en esta precipitada locura.

FERNANDO.

Yo hago lo que me manda mi honra.

JULIO.

¡Qué amor tan honrado, para ser libre!

FERNANDO.

No toda la honra está sujeta a leyes.

JULIO.

La que no está sujeta a ellas, no es honra.

FERNANDO.

Los hombres hacen honra de lo que quieren.

JULIO.

Un hombre ha de querer lo que es justo para ser honra.

FERNANDO.

Justo es huir de perderla.

JULIO.

No la perdieras, si huyeras dentro de Madrid de Dorotea.

FERNANDO.

Las ocasiones cerca, el peligro es cierto, a la ausencia me remito, si bien con desconfianza.

JULIO.

Siguiendote cumpliré con tu amistad, no con mi obligacion.

FERNANDO.

Yo ví, yo amé, este error vive en mí, como dixo el Damon de Virgilio.

JULIO.

La raíz de todas las passiones es el amor; de él nace la tristeza, el gozo, la alegria, y la desesperacion.

FERNANDO.

Essa me lleva, no sé si dejando el alma.

JULIO.

Amor tiene facil la entrada, y dificil la salida.

FERNANDO.

Mucho me ha de costar el deshacerme de la tenacidad de la costumbre.

JULIO.

Assi dixo un Poeta:

Pintarle de colores como á loco,
y no llamarle amor, sino costumbre.

SCENA SEXTA.

MARFISA, CLARA, D. FERNANDO, JULIO.

MARFISA.

¿Clara?

CLARA.

Señora.

MARFISA.

¿A qué hora vino a acostarse Don Fernando?

CLARA.

Sentí la puerta, y despertóme mas el cuidado que el ruido, y antes que me volviesse a dormir, dieron las quatro.

MARFISA.

¡Qué perdicion de hombre!

CLARA.

Los años le disculpan.

MARFISA.

¿Sabes lo que pienso?

CLARA.

Ya sé yo lo que siempre estás pensando.

MARFISA.

Que le tiene hechizado Dorotea.

CLARA.

¿Hechizos llamas cinco años de trato?

MARFISA.

Essos havian de cansarle.

CLARA.

Si estuviera casado, que aun no quiso la lengua Castellana, que de casado a cansado huviesse mas de una letra de diferencia.

MARFISA.

No es tan hermosa como dicen.

CLARA.

¿Dónde la viste?

MARFISA.

En la Merced un dia.

CLARA.

Pues no tienes razon, que es linda moza, de gentil disposicion, buen ayre y talle, los ojos son bellissimos, aunque algo desvergonzados.

MARFISA.

Esso quieren los hombres.

CLARA.

Mientras que no los tienen, que despues mas los

los querrian honestos.

MARFISA.

Esso es donayre, que quando conquistan las mugeres, las querrian libres, y despues santas.

CLARA.

Son unos ojos, que antes que los enviden, quieren.

MARFISA.

¿Por naturaleza, o por artificio?

CLARA.

Lo uno y lo otro, como respondió el convidado al page, que le preguntó, si lo queria tinto, o blanco. La boca es graciosa, y la pesa de reirse, aunque le dén causa. Pica en flaca, pero no de rostro.

MARFISA.

Es muy de caras redondas: ¿cómo le va de color?

CLARA.

Trigueño claro.

MARFISA.

¿El cabello?

CLARA.

Algo crespo, efecto de aquel color.

MARFISA.

Si fuera hombre, fuera atrevida y cobarde.

CLARA.

¿Quién té lo ha dicho?

MARFISA.

Yo lo he leido.

CLARA.

Lo que es el entendimiento es notable, la condi-

dicion amorosa, el despejo desenfadado, el hablar suave con un poco de ceceo, con que guarnece de oro quanto dice, como sino bastára de las perlas de los dientes.

MARFISA.

Maldita seas, pinta mentiras, que pesadumbre me has dado: ¿qué mas hiciera Don Fernando en sus versos?

CLARA.

De ellos lo he sabido, mas que de mis ojos.

MARFISA.

Nunca tengas dicha, aunque por ser tan necia, no te alcanzará esta maldicion.

CLARA.

Pues aun no te he dicho como canta y danza.

MARFISA.

Ya se emienda la ignorante, grossera, descortés, y bachillera, que por hablar dice lo que no sabe: qué de parte está la tonta de su D. Fernando.

CLARA.

Mas es tuyo, que mio.

MARFISA.

¿Quándo fue mio? Pues con havernos criado juntos, aun no he merecido mas amor que la llaneza de tratarnos sin cumplimiento.

CLARA.

El y Julio su ayo, ó su perdicion vienen, muy aprisa, y a la puerta se queda su amigo Ludovico.

MARFISA.

¿Cómo vienes de esta suerte?

FER-

Fernando.

No sé como te lo diga, ponte Clara a la reja, y mira si viene alguna justicia.

Marfisa.

¿Qué has hecho? Triste de mí!

Fernando.

Anoche....

Marfisa.

Dî adelante.

Fernando.

Anoche entre la una y las dos estaba hablando, no sé como la nombre.

Marfisa.

Yo lo diré por tí, si se te ha olvidado. ¿Hablabas con Dorotea?

Fernando.

Con esse demonîo, Marfisa.

Marfisa.

¿Ella, o yo? que juntas el demonio con mi nombre, y siempre te lo parezco.

Fernando.

Dejame, por Dîos te lo suplîco, que no es tiempo de quejas: hablaba en fin con ella, contandole que havia soñado mil disparates de la mar de las Indias, de los galeones, y de la plata: passaron dos hombres, amo y criado, detenianse mas de lo que pueden dar licencîa aquellas horas, desviéme de la reja, dixela que cerrasse la ventana, y sentéme en una piedra, que sirve a los caballos y a los amantes de la calle, que todo es uno: volvieron tan descorteses, que quisieron reconocerme, metiendo los embozos

de

de sus capas en la mia, mayormente el que la trahia con oro: puseme en pie ligero, no de otra suerte que el toro, que cerca de la baca estaba echado, quando por la senda, que divide el prado, siente latir los perros del cazador, que en confianza del plomo no le teme. ¿Qué quieren? dixe.

Marfisa.

Esso no dixera el toro.

Fernando.

¿Parece que te burlas?

Marfisa.

¿Pues qué he de hacer, sabiendo quan mal se juntan una comparacion y un sobresalto? Pero esso te ha quedado del curso de los versos.

Julio.

Señor, mira el peligro.

Fernando.

Ya lo veo, Julio. Marfisa, escucha: respondieronme: Saber lo que hace en aquella reja. Estaba, le dixe, preguntando si havia de venir a aquellas horas algun hombre tan necio, que me lo preguntasse; puse el broquel al pecho, porque es grande, y hace mas daño, que provecho, quitando la vista, y sacando las espadas, se la puse al uno de los dos con gentil ayre.

Julio.

¿Y yo era nada entonces?

Marfisa.

No hagas mas efectos por Dios, que temo lo que queda: di presto, que bien puedes, pues vienes vivo.

Fer-

FERNANDO.

Maté al uno, y herí al otro.

JULIO.

¿Y yo mondaba nisperos?

FERNANDO.

No se ha visto en el mundo valor como el que tuve.

JULIO.

¿Y yo quedéme en casa?

FERNANDO.

Bien lo hizo Julio. ¿Qué tienes? ¿lloras por mí o por el muerto?

MARFISA.

Lloro por entrambos.

FERNANDO.

Mira si tienes que darme, que me voy a Sevilla, mientras passa esta furia, porque temo que han de saber quien lo ha hecho, o me conozca el que ha quedado vivo.

MARFISA.

Triste de mí! que sino es mis joyuelas, no tengo otra cosa que darte; pero pierdanse, pues te pierdo, que eras mi mejor joya: estas arracadas tienen diez diamantes.

FERNANDO.

No te las quites, Marfisa.

MARFISA.

Quien no ha de oir tus palabras, ¿para qué quiere galas en los oídos? Voy por mis cadenas, y lo demas que tenga algun valor.

JULIO.

Gran ceguedad es la tuya, pues esto no te obliga.

Fernando.

No puedo mas, que no hay fuerzas contra la influencia del cielo y el alvedrio del alma: mas ¿cómo lo ha creido?

Julio.

Es uno de los defectos de las mugeres.

Fernando.

¿Quedaron las mulas a punto?

Julio.

Con sus maletas y cogines.

Fernando.

¿Qué pusiste en la mia?

Julio.

Un vestido negro, y alguna ropa blanca en una manga verde, que me prestó Ludovico.

Fernando.

¿Tienes botas?

Julio.

Una sola.

Fernando.

De cuerdo digo.

Julio.

De lo mismo la llevo; pero de estas botas la sed son las espuelas.

Fernando.

Por la calle de Dorotea havemos de passar, que quiero que vea con sus ojos mi sentimiento: tú harás ruido, para que se ponga a la ventana.

Julio.

No será menester, que en sintiendo que miran, ella se tendrá el cuidado.

Fer-

FERNANDO.

Valgame Dios! y lo que ha passado por mi desde las nueve a las doce.

JULIO.

La comida me holgára yo que huviera passado.

FERNANDO.

En Getafe comerémos.

JULIO.

No saldré yo de Madrid en confianza de Getafe.

FERNANDO.

¿Qué te parece, si fue verdadero el sueño?

JULIO.

Calla que viene.

MARFISA.

Mis cofres he revuelto, y quanto hé hallado que sea oro, llevas en este lienzo.

FERNANDO.

Mi alma sale a la fianza, y en prendas de esta liberalidad te dejo mi memoria, escribiré en llegando, y escribiré en mi corazon la escritura de este recibo, para que te cobres de él, si Dios me deja volver a verte; testigos tus ojos, mira con qué quieres que la firme.

MARFISA.

¿Qué firma como tus brazos?

FERNANDO.

No llores, Marfisa mia, que no acertaré a partirme, porque no hay remoras para detener una alma, como las lagrimas de lo que se adora.

MARFISA.

En tu rostro las estampo, a efecto de que te

acuerdes, que las lloraron mis ojos casi en los tuyos, por engañarme de que eran tuyas.

FERNANDO.

Alguna mia se ha mezclado en ellas, y yo te juro, que las que me has puesto, han hecho en mi rostro las letras de tu nombre; ¿pero qué esclavo truxo en el mundo hierros de diamantes? Yo me parto.

MARFISA.

Yo me quedo muriendo.

JULIO.

A, señora Clara, ¿qué manda para Sevilla?

CLARA.

Que saludes en mi nombre la Giralda.

JULIO.

¿No me das algo para el camino?

CLARA.

Esta sortija de azabache.

JULIO.

Cosa de precio digno.

CLARA.

La fineza de los amores es estimar las cosas de poco precio, que las que le tienen, sin amor se estiman.

JULIO.

Tambien el amor se prueba en socorrer la necessidad de lo que ama.

CLARA.

¿Quién te ha dicho que te amo yo, para socorrerte?

JULIO.

Dame essa gargantilla, que por vida tuya que es-

estás mejor sin ella, porque essa nieve no ha menester mas adorno que su hermosura.

CLARA.

Resfriaréme, si me la quito.

JULIO.

Yo te daré una liga.

CLARA.

Pareceré caballo con vanda al cuello.

JULIO.

¿Qué trahes en essa bolsilla?

CLARA.

Unos pedazos de bucaro, que come mi señora; bien los puedes comer, que tienen ambar.

JULIO.

No los gasto de Portugal, mejor como bucaros de Garrovillas.

CLARA.

Mi ama llora, voy a consolarla.

JULIO.

No lo voy yo de ti; pero algun dia.

CLARA.

¿Pues qué pensabas, que era yo la menfecata de Marfisa, que paga los zelos de Dorotea con sus joyas? Vete, Julio, que no es nobleza comprar caro, y vender barato, vestir locos, y no pagar criados, y dar una muger a un hombre lo que ha menester para sí misma, sino es que ya con lo que nos hurtan del trage, tambien quieran que les valga el privilegio de nuestras condiciones; pero en llegando a esto tomense nuestros aliños, nuestros rizos, nuestros moldes y nuestros espejos; pero al pedir no toquen, por-

porque lo tenemos executoriado desde el principio del mundo, revalidando essa exencion, quantos siglos hasta el presente han presidido al tiempo.

Scena octava.

Theodora, Gerarda, Celia, Dorotea.

Gerarda.

Esté en buen hora la honra de las viudas, el exemplo de las madres, la maestra primorosa de las cortesias, la caritativa huespeda de las desamparadas; muger, aunque con poca dicha, que merecia ser Princesa de Transilvania.

Theodora.

Notable vienes, Gerarda, hablando a lo moderno y a lo antiguo. ¿Cómo has casado el Maguer y la Primorosa, esta moza, y aquel viejo?

Gerarda.

Ya, Theodora, nuestra lengua es una calabriada de blanco y tinto.

Theodora.

Con esso la hablas de tan buena gana.

Gerarda.

Un asno entre muchas monas cocanle todas.

Theodora.

No te enojes por mi vida: ¿de dónde vienes?

Gerarda.

Vengo de donde nací, y voy a donde tengo de morir: en la Merced he cumplido con algunas de mis devociones.

Theo-

THEODORA.

Tose el Padre Prior? bueno será el Sermon.

GERARDA.

Pues en verdad que no vengo a predicar, sino a tomar doctrina de vuestra virtud.

THEODORA.

Tal sea mi vida, qual es la perdiz con lima. Ya, Gerarda, no querria mas de que saliesse esta moza bien morigerada de mi educacion.

GERARDA.

¿Y essas dos palabritas de dónde son, Theodora? Bien digo yo, que se pega la habla como la sarna.

THEODORA.

Comer a gusto, y hablar, y vestir al uso ¿Rezaste por nosotras, como lo prometiste?

GERARDA.

A los cinco Rosarios me deparó mi dicha ¿quien dirás, Teodora? mas que no lo adivinas?

THEODORA.

Era aquella Beata mortificada, que anda enseñando las cadenillas de hierro en las muñecas?

GERARDA.

Sí por cierto: *Viene de la guessa, y pregunta por la muerta*; no sino, aquel caballero Indiano, que os dixe esta mañana, que miraba con buenos ojos a Dorotea. Alli estaba rezando como un cordero, debe de ser un bendito; que mirad, amiga, no todos los hombres comen la caza que matan: amores hay honestos que se causan naturalmente por no sé que symphonia o sympatonia, que dicen estos que saben poco Latin, y mucho Griego.

THO-

THEODORA.

Vieja que bayla, mucho polvo levanta.

GERARDA.

Por mi vida que no seais aguda, sino discreta. ¿Es mejor la perdicion de Dorotea por Fernandillo? A peso de oro haviades vos de comprar un *hombron de hecho, y de pelo en pecho*, que la desapassionasse de estos Sonetos, y de estas nuevas Decimas, o Espinelas que se usan; perdoneselo Dios a Vicente Espinel, que nos traxo esta novedad, y las cinco cuerdas de la guitarra, con que ya se van olvidando los instrumentos nobles, como las danzas antiguas, con estas acciones gesticulares y movimientos lascivos de las Chaconas, en tanta ofensa de la virtud, de la castidad y el decoroso silencio de las damas. Hai de tí, Alemana y Pie de Gibao, que tantos años estuvistes honrando los saraos ¡O poderosa fuerza de las novedades! Pero volviendo al señor Don Bela, me dixo que no era su intento enamorar las rejas, y dar materia de nota a las vecinas, sino con todo recato y decencia servir a Dorotea, y regalarla magnifica y explendidamente: y digolo como el lo dixo.

THEODORA

Temas hay de gavilan, que está cocido, y quiere volar. Mirad, Gerarda, no es buena razon de estado, que para sacar a mi hija deste lodo, la metiessemos en otro: confiesso la necessidad desta causa, y las obligaciones della; pero aunque sean mayores, no es bueno romper la seda por sacar la mancha. Bien creo que esse caballe-

llero Indiano fuera remedio de Dorotea, pero es muy costoso.

GERARDA.

Tres cosas hacen al hombre medrar, ciencia, y mar, y casa Real. Comadre, comadre, este mar no le navegais vos, ya le passó el Indiano, deshonor por deshonor, troquemos el perdido por el que trahe provecho: discreta soys, miraldo bien, y consultad esta noche las almohadas, que podria ser que este caballero se casasse con Dorotea, como lo han hecho otros muchos de mejor calidad, aunque la suya es grande, con personas mas desiguales, y de menores meritos.

THEODORA.

Esso es, quando se brindan el amor, y la fortuna, y hechos unos zaques levantan caydos, y derriban levantados; pero quando esto llegasse a casamiento, que ya tenemos verdadera noticia de que su esposo Ricardo es muerto en Lima, bien haya Lima que deshizo y rompió tales prisiones, ¿cómo se ha de remediar Dorotea para el honesto thalamo?

GERARDA.

En verdad que la dificultad ha menester a Hipocrates: miren qué cadeneta en el ayre para ponerse antojos, como si los de un novio fuessen de larga vista, donde la mentira hace el papel del melindre, y la confianza el del engaño. En verdad que pienso que destas desgracias han passado por estas manos mas de sesenta y cinco, y que ninguna hasta ahora se ha quejado. No es

tan boba Dorotea, que no sabrá llevar lo blanco de la pluma de un palomino entre el cabello para teñir a su tiempo con arte lo que ya era impossible por naturaleza.

THEODORA.

Gerarda, no passeys adelante, que ella y Celia están fuera, y pienso que vienen.

GERARDA.

Voyme por essotra puerta.

SCENA NONA.

THEODORA, DOROTEA, CELIA.

THEODORA.

DE dónde vienes a las dos de la tarde, Dorotea? Qué templo hay ahora abierto? qué devocion te escusa? Assi se harán las haciendas de casa; dos meses ha que comenzaste esse cañamazo para los taburetes, *Quien no ha mesura, toda la villa es suya*; havráse comunicado mi enojo con el caballero de la ardiente espada: ¿qual me havrá puesto? Qué Don Diego Ordoñez diria tales retos sobre Zamora la bien cercada? Miren allí como viene; qué encendida! qué descompuesta! Plegue a Dios que yo mienta.

DOROTEA.

Esto es lo que yo havia menester.

CELIA.

Ten paciencia, que importa.

DOROTEA.

Mas me importa acabar de todo punto mis des-

dichas, que tener paciencia.

THEODORA.

¿Qué estais hablando las dos? Hareis burla de mí a coros: *Riñeme mi madre, y yo tromposelas*: Dame de comer, Bernarda, que esta señora no vendrá en ayunas, que pasteles, y fruta no havrán faltado a aquel pobre hidalgo, que hasta regalos hechos bien alcanza su renta. ¿Qué hace essa negra? ¿por qué no sale de la cocina? Yo lo havré de hacer todo, que estas damas querrán recogerse a contemplar en algun Soneto.

CELIA.

Dejala ir, no la repliques.

DOROTEA.

¿Qué ruido es esse, que hay en la calle?

CELIA.

Unos caballeros que ván de camino, y en el habla me parece que he conocido a Julio.

DOROTEA.

El alma me has turbado, voy a verle. ¡Hai triste! ¿aquel de las plumas y la cadena no es Don Fernando?

CELIA.

Ahora vuelve el rostro.

DOROTEA.

El es sin duda, él se vá por lo que le dixe: ¿cómo podré llamarle?

CELIA.

No es possible, que vá muy aprisa.

DOROTEA.

¡Qué colericos son los zelos! Muerta soy, ¡ó qué mal hice! Mi Fernando se vá, no quiero vida.

Celia.

¿Qué haces, señora? ¿qué has metido en la boca? Jesus, la sortija de los diamantes se ha tragado para matarse. Señora, señora.

Theodora.

¿Qué quieres, Celia?

Celia.

Dorotea se muere.

Theodora.

A niña, a mis ojos, Dorotea, Dorotea, ¿cómo ha sido esta desgracia?

Celia.

No lo será pequeña, si se muere: o mas firme que Porcia, y con mas noble muerte; que la de Roma se mató con brasas, y con diamantes esta.

Coro de Amor.

Saphicos Adonicos.

Amor poderoso en cielo y en tierra,
dulcissima guerra de estos sentidos,
¡o quántos perdidos con vida inquieta
tu Imperio sujeta!
Con vanos deleites y locos empleos,
ardientes deseos y helados temores,
alegres dolores y dulces engaños
usurpan los años.
Tyrano violento de tiernas edades,
el bien persuades, y al mal precipitas,
el fin solicitas del mismo a quien quieres:
tan barbaro eres!

Huid

Huid sus engaños, haced resistencia
a tanta violencia, o locos amantes,
que son semejantes al aspid en flores
sus vanos favores.
Templa las flechas en agua de olvido,
amor bien nacido de iguales extremos,
porque cantemos tus loores divinos
en Saphicos hymnos.

LA DOROTEA

ACTO SEGUNDO.

SCENA PRIMERA.

GERARDA, DON BELA, LAURENCIO.

BELA.

NO digo yo lo prometido, pero todo el oro que el sol engendra en las dos Indias, me parece poco, y aunque se añadieran los diamantes de la China, las perlas del mar del Sur, y los rubíes de Zeilán: y a ti, discreta Gerarda, a cuyo entendimiento se debe esta victoria, quiero servir por ahora con estos escudos.

GERARDA.

El cielo te dé la vida, que tus liberales manos merecen; no sé qué se dicen de los Indianos, o tu eres excepcion de la generalidad, con que se habla en ellos, o por algun miserable quedaron con mal nombre, como los Calabreses nobles, porque se dice, que aquella tierra fue la patria del hombre mas infame.

LAURENCIO.

Qué presto dejarán en cueros a mi amo estas bellacas.

GERARDA.

La tembladera tomó, las cajas guarda, que el chocolate que yo bebo, por acá se hace en San Martin y en Coca.

LAURENCIO.

Coca y Mona son dos lugares, que caen juntos, como Manzanares y la Membrilla.

GERARDA.

¿Qué delgada es esta tembladera?

BELA.

No se repara en el peso, sino en la capacidad.

GERARDA.

Ninguna cosa de plata perdió por el peso.

BELA.

Assi es verdad; pero pon la voluntad dentro, y será pesada.

GERARDA.

Darsela quiero a Dorotea.

BELA.

No por Dios, Gerarda, que es destruirme. ¿Ola Laurencio?

LAURENCIO.

Señor.

BELA.

Dame aquel bucaro dorado, que tiene el Cupido tirando al Dios marino.

LAURENCIO.

¿No lo digo yo? Me quemen, sino andan los conjuros.

GERARDA.

Este picaro murmura, menester he contentarle.

LAU-

LAURENCIO.
Este es el bucaro.
BELA.
Toma y dale a Dorotea, que si pone en él los rubíes de la boca, le volverá diamante, digno de la ambrosia de los Dioses; y si quieres alegorizarle estas figuras, di que el Cupido es ella; y yo el Dios marino, pues vine por la mar a que me tirasse las flechas de sus ojos.
GERARDA.
¡Qué discrecion, qué gracia, qué aplicacion tan linda! ¡O entendimiento, dulce parte del alma! Moriráse por ti Dorotea, que está desvanecida de discreta, y no hay regalos que la enamoren, como conceptos, ni thesoros que la obliguen, como estas aplicaciones. ¿Qué dicen estas letras?
BELA.
Omnia vincit Amor; que es un hemistichio de un Poeta Latino.
GERARDA.
Jesus, Don Bela, concertados estais los dos, que es muerta por hemistichios!
LAURENCIO.
Deben de ser en oro, o taimada vieja.
GERARDA.
Si tú tienes algo de Poeta, ganarásle el alma: porque como las mugeres son desvanecidas porque las alaben, esto hacen los versos con tanta bizarria, que las vuelven locas.
BELA.
Yo le diré tales hyperboles y energias, que no me

me igualen quantos ahora escriben en España.

GERARDA.

Acabóse: si ella te oye esso de hyperboles y energias, como suele un niño ir los brazos abiertos a quien le regala, se irá a los tuyos, que en oyendo un vocablo exquisito, le escribe en un librillo de memoria, y que venga, o no venga, le encaja en quanto habla. ¿Cómo dixiste essas dos veces?

BELA.

Hyperboles y energias.

GERARDA.

Parecen frutas de las Indias, como platanos y aguacates. Ahora bien, voy a darle este bucaro, y a comprarle de estos escudos algunas tocas; que como la moza es virtuosa, y su madre miserable, ándase todo el año en cabello; ¡y qué cabello! Quando le peyna y tiende, parece una Madalena en el desierto: apenas le puedo coger con entrambas manos.

BELA.

No, Gerarda, esso no, guarda tus escudos, y llevale estos doblones, para que ella los compre.

GERARDA.

¡O generoso caballero! o hidalgo pecho! Dame essas manos, que te las quiero comer a besós.

LAURENCIO.

Como esso la haveis de comer tú y la doncella. ¡Hai tan grande invencion como la de esta hechizera!

GERARDA.

Compraréle de camino medias y zapatos: ¿ zapatos dixe? zapatillos, y aun no es bastante diminutivo; si la viesses, no tiene tres puntos de pie, con ser la pantorrilla bizarra cosa, y esto efectivo, efectivo, que no comprado.

LAURENCIO.

Los diablos tiene en el cuerpo está hechicera, ¿Mas qué le da mas oro?

BELA.

No compres las medias, Gerarda, que yo se las enviaré hoy con passamanos y tabí para un manteo.

GERARDA.

Pues si vas a la puerta de Guadalajara.

LAURENCIO.

Mala jara te passe.

GERARDA.

No se te olvide la pobre vieja, que traygo este mas hecho andrajos que el sayo del hijo prodigo.

LAURENCIO.

Esse será mi amo.

BELA.

Yo te sacaré mongil y manto.

GERARDA.

¿Mas qué se te olvida algun manteo de frisa, o de palmilla? alli los hallarás colgados, no es menester aguardar la lista de los sastres, daca para el ļangeo, no hay harta seda, y otras impertinencias y socaliñas.

BELA.

¿De qué color eres, amiga?

GERARDA.

De todas, Principe, que quando era moza, me inclinaba a verde; porque *quien se viste de verde, a su rostro se atreve*; pero ya, mal pecado no hay color para mi como el abrigo; y mas quando veo que se aderezan los tejados, que es la mayor señal del hibierno, y espantome de los Poetas, que quando le pintan diciendo, que ya braman los ayres, las fuentes se quejan, las aves hacen defensa a los futuros hielos, no hayan dicho: Ya se aderezan los tejados, y se limpian los braseros.

LAURENCIO.

¡O vieja futura, qué de parola mete!

BELA.

Tendrás manteo, Gerarda, que será el tejado de tu hibierno.

GERARDA.

Dios te cubra de su gracia, y te abrigue de su gloria.

LAURENCIO.

Debe de acabar el sermon.

GERARDA.

En los ojos te veo, que me le has de dar guarnecido.

LAURENCIO.

Y pediale de frisa.

GERARDA.

Que aunque vieja, no me pesa de que me digan que llevo buenos bajos, que dan autoridad

a la persona, y buena opinion a la limpieza. Un Poeta dixo, que los pages y lacayos eran los bajos de los señores, que si van mal puestos, le desautorizan. No hay galan con mal pie y pierna; no hay cosa firme sin buen cimiento: el lodo respeta las cosas nuevas, y no se pega tanto; finalmente de tres jornadas que tiene la muger, conviene a saber, la cara, la cintura y la planta, los bajos son el acto tercero; la mayor gracia en ellas y en los hombres es el andar bien: quien no está bien calzado, ha de andar mal por fuerza, y apenas se ha mirado la cara del que passa, quando los ojos bajan a registrar los pies, y si no van tales, no hay pavon tan lindo, que no deshaga la rueda. Quedate con Dios, y a la tarde podrás ver a Dorotea, que ya está levantada.

BELA.

Madre, ¿qué fue aquello de la sortija?

GERARDA.

Un testimonio, zelos de casadas, envidia de doncellas, malas lenguas de mugeres libres: pobre de la hermosura, a nadie sin pension la ha dado el cielo.

BELA.

No sé que me dixeron de un caballero que se iba, y que quiso matarse.

GERARDA.

¿Matarse? para esso está el tiempo, como que no huviesse alma y se huviesse de dar cuenta a aquel justo juez de muertos y de vivos.

BELA.

¿Por esso lloras?

GERARDA.

Soy tan devota, que en hablando en el señor, no puedo contener las lagrimas.

LAURENCIO.

Todo aquello es vino.

BELA.

No llores madre.

LAURENCIO.

Salese el cuero.

GERARDA.

Voyme a rezar un poco; que tengo no sé qué devociones, que no me dejan doncellas para casarse, ni enfermos para tener salud.

LAURENCIO.

Hará milagros.

BELA.

Mira que estaré a las tres a la puerta de Dorotea.

GERARDA.

Y yo esperandote.

LAURENCIO.

¿Señor, tienes juicio? de essa manera gastas?

BELA.

Necio, las entradas del amor son estas, en ganando la plaza, retiraré la artilleria.

LAURENCIO.

¿Qué importa, si has gastado la municion, y no puedes, quando quieras?

BELA.

Yo me conozco.

LAURENCIO.

Y yo la Corte.

BELA.

Ya es tarde para persuadirme; sirve y calla, Laurencio, que no te truxe para consejero, sino para criado.

SCENA SEGUNDA.

DOROTEA, CELIA.

CELIA.

QUé hermosa te hace el habito de convaleciente! que fuera de la compuesta harmonia de tus facciones, como a otras lo macilento desmaya, a ti te adquiere gracia lo descolorido.

DOROTEA.

Pienso que estoy muy fea, que la perfecta lisonja siempre tuvo fundamento sobre defectos.

CELIA.

En tí es impossible, que yo he oído decir, que el cielo no admite peregrinas impressiones, ni tu rostro cosa indigna por lo mismo.

DOROTEA.

Qué docta te dejó el buen Julio, maestro o ayo de aquel caballero ausente.

CELIA.

Para esto no hé menester yo sus libros, bien conozco que ellos sabian; pero mas he aprehendido yo de tí, que de ellos, que sabes mas que entrambos.

Do-

DOROTEA.

En lo que mas presumo que no estoy como dices, es en lo que me encareces, que los encarecimientos mentirosos mas son consuelo de las partes defectuosas, que alabanzas; como quando a una persona de mayor edad le dicen, que no passa dia por él, y dicen bien, porque parece que ya los dias le han dejado, y que él se passa sin ellos.

CELIA.

No le has tenido mejor en tu vida, di lo que quisieres, porque fuera del escapulario azul sobre el habito blanco, miras por lo condolido con tan garabatosa suavidad, que provocas a amor y a lastima, dos efectos que atrahen la voluntad entre la piedad y el gusto.

DOROTEA.

Yo me contento con haver quedado viva; dame un espejo, que las mugeres en viendo que nos alaban, deseamos ver lo que alaban, no porque no lo creemos, sino por vanagloria de gozarlo.

CELIA.

Este es el que tu llamas Phelipe Liaño, porque retrata divinamente: preguntaselo, y verás sino te dice lo mismo.

DOROTEA.

El dice verdad, y tú mientes, toma, toma, cuelgale, que ni esta mañana, ni ahora me ha engañado. Bien muestra mi rostro, como espejo de las facciones del alma, lo que tengo en ella, que yo no enfermé de destemplanzas de la sangre, si-

sino de accidentes del espiritu. ¡Hai de mi! que tan necia resolucion tomé, quando tan atrevida a mi amor, dixe tales locuras a Fernando.

CELIA.

No comenzemos essa platica por Dios, que volverémos a los desmayos passados, y si el primero mal te ha perdonado, porque te halló robusta, no lo hará el que le sucediere, porque te hallará debil.

DOROTEA.

¿Qué hará mi bien ahora?

CELIA.

Estará en aquella gran ciudad Babylonia de España, divertido por ventura en otro gusto, que quien tuvo animo para irse, le havrá tenido para mudarse. Mal conoces la inconstante naturaleza de los hombres.

DOROTEA.

De nosotras la tomaron.

CELIA.

Primero fueron ellos.

DOROTEA.

Nosotras salimos de sus espaldas.

CELIA.

Con esso nos tienen en poco.

DOROTEA.

Esso es por dos cosas, que no caen en su culpa.

CELIA.

¿Quáles son?

DOROTEA.

Guardarles poca lealtad, o nacer desdichadas.

CELIA.

¿Y qué lealtad nos guardan ellos?

DOROTEA.

Tú no ves que son hombres.

CELIA.

¿Qué son hombres? yo me holgára de vér el privilegio de la naturaleza, por donde consta la libertad de que usan.

DOROTEA.

¿Piensas tú que se les dió de valde?

CELIA.

¿Y cómo si lo pienso, pues nacen como nosotras?

DOROTEA.

¿No ves que está a su cargo nuestro sustento y vestido, y que corre por su cuenta nuestro amparo?

CELIA.

¿Y qué padecen las mugeres con su crianza? esso que no es nada, fuera de los dolores que les cuestan: quien los ve tan humildes, diciendo taita y mama, jugando con los pezones de los pechos, y a las pobres madres llamandolos Reyes, Emperadores y Papas, y haciendolos reir con las cosquillas, y despues hechos unos leones con tan malas palabras, con tan crueles obras, y lo que mas es de llorar, ensangrentando a veces essos mismos pechos, que los criaron.

DOROTEA.

Yo, Celia, no quiero defendellos, que soy muger; pero assi como entre nosotras hay buenas y malas, hay tambien entre ellos malos y bue-

nos. No es lo que yo siento ahora, ni su bondad, ni su malicia; la ausencia de uno que quise me atormenta. Este bien sé yo que era bueno para mí.

CELIA.

Ya lo será para otra.

DOROTEA.

No me des zelos, que rodea con ellos el amor para el olvido: dime que piensa en mi, revolviendo la memoria de nuestras cosas passadas, sin descanso de noche, sin gusto de dia, que le enfadan los amigos, que le parecen las mugeres feas, que va y viene desde Sevilla a Madrid mas veces su imaginacion, que tiene el tiempo instantes, que con las desconfianzas despierta la voluntad, y el olvido duerme. Verdad es, que yo no tengo esperanza, porque solicité conmigo estos engaños, y podria decir lo que Luis de Camoes con tanta gracia, como otras muchas cosas en su lengua Portuguesa, quejandose de amor:

Que naon pode tirarme as esperanzas,
que mal me tirará o que eu naon tenho.

CELIA.

¡Con qué gracia hablaste la lengua Portuguesa! ¿para qué no la tendrá tu donaire?

DOROTEA.

Ella es dulcissima, y para los versos la mas suave.

CELIA.

Por tu vida, que con tu raro juicio arrojes de tí este pensamiento; y pues dices que estás sin

es-

esperanza, que te esfuerzes a estar sin memoria, o que la tengas de las ofensas, que ahora te hace con la ira, o con la condicion este sujeto de su injusta tristeza.

DOROTEA.

No lo creas, Celia, que los hombres nunca están mas inhabiles para ofendernos, que quando maltratados: que mejor les va de animo, quando están satisfechos de que los queremos.

CELIA.

Sí en verdad. Sevilla es para esso, esso dicen de la hermosura de sus damas, y aquellas bocas desenfadadas, donde tan lindos dientes brillan; que como de las Indias trahen perlas a España, pueden ellas enviar perlas a las Indias. Pues el rio es bobo para no ser del olvido. ¿No ves que entra en él Gaudalete, aquel rio del Romance de la estrella de Venus, que preguntandole yo a Julio, qué rio era este, que se cantaba mas que nuestro Manzanares, me dixo; que los antiguos pusieron alli el Letheo, que esso es *Lethe*, porque *Guada* es rio, nombre Arabigo, como Guadarrama, Guadalquivir, Guadalaxara? ¿Pues lo que cuenta de sus barcos, con los tendales de ramos de naranjos, en que passan a Triana y al Remedio?

DOROTEA.

Nunca Dios te le dé, necia: ¿qué alivio el mio, quando pudiera decir mi Amor aquellos famosos versos?

Que ya mis desventuras han hallado
el termino que tiene el sufrimiento.

CELIA.

Ves ahí lo que te ha dejado Don Fernando, versos, acotaciones, y vocablos nuevos, de estos que no se precian de hablar como los otros.

DOROTEA.

¿Qué mayor riqueza para una muger que verse eternizada? porque la hermosura se acaba, y nadie, que la mira sin ella, cree que la tuvo; y los versos de su alabanza son eternos testigos, que viven con su nombre. La Diana de Montemayor fue una dama natural de Valencia de Don Juan, junto a Leon; y Ezla su rio y ella serán eternos por su pluma. Assi la Phylida de Montalvo, y la Galatea de Cervantes, la Camila de Garcilasso, la Violante del Camoes, la Silvia de Bernaldes, la Phylis de Figueroa, la Leonor de Corte-real. Amor no es margarita para bestias, quiere entendimientos sutiles, aborrece el interés, anda desnudo, no es para sujetos bajos; despues de muerta quiso y celebró el Petrarca su bella Laura. Fernando me quiso en Madrid, y me querrá en Sevilla, y si se le olvidáre, yo le enviaré allá mi alma que se lo acuerde.

CELIA.

Yo, señora, deseo divertirte, no juzgues a malicia esta pintura breve del lienzo de Sevilla, puesto en practica, ¿pensabas que era el Betis como nuestro Manzanares, rio con mal de piedra todo arenas, por quien dixo D. Luis de Gongora, aquel famoso Cordovés, que un jumento le orinó el hibierno, y otro se le bebió el verano?

DOROTEA.

Manzanares no se precia de profundo, que es como ingenio cortesano, oropel y ruido de orillas sí, y de seguridades: no es traidor como otros rios, que han menester cada verano treinta ahogados, como aquel Minotauro que se comia los hombres, y mas vale una noche de San Juan suya entre verbenas, alamos y mastranzos, que los dias que dices de barcos enramados; demas, que si por el Betis vienen barcos de plata a la torre del Oro, por Manzanares vienen coches de perlas y diamantes en mil hermosas damas, adonde para quanto crian las Indias.

CELIA.

Sí: ¿pero cómo puedes negar la culpa que tiene, en que siendo los veranos tan humilde, se deja entrar de mil generos de hombres y mugeres, hecho un valle de Josaphat; lastimosa libertad de la Corte, no poco murmurada de los que saben, quanto importa en las mugeres la honestidad, y en los hombres el recatarla de tantos ojos. Liñan de Riaza, ingenio ilustre, habló en los paños que lava, quando dixo que era Manzanares

Rico de plantas de pies,
y de agua menguado y pobre.

Pero mas satirico el otro Poeta que dixo por el mismo,

Que no son alamos todos
los que en el agua se ven.

Dorotea.

Dejame, Celia, vete a tu labor, que mas me quiero estar sola, que con quien me pone en las heridas causticos para matarme.

Scena tercera.

Marfisa, Clara, Dorotea, Celia.

Marfisa.

Abierta está la puerta, y el estrado enfrente.

Clara.

Esta es la falsa, que la principal cae en otra calle, que corresponde a esta, aunque todas deben de ser falsas.

Marfisa.

¿Havrá, señoras mias, un jarro de agua para una muger que viene del campo, y fatigada de poca salud?

Dorotea.

Désela Dios a tan gentil disposicion, bizarro talle, gallardo asseo y hermosa cara: entre, y sientese para beberla, descansará tambien, y si es servida, enviaré por una silla, paraque vuelva a su casa.

Marfisa.

¡Qué conformes palabras con la hermosura del dueño! conformaronse el cuerpo y el alma: tal licor para tal vaso.

Celia.

El agua está aqui, no sé si fresca, que ya no enfrian las cuevas.

Do-

DOROTEA.

No bebais, que os hará mal, sin comer algo. Trahe una caja, Celia, o mira si ha quedado algun bizcocho de los que me envió mi Confessor.

MARFISA.

Besoos las manos: el agua quiero sola.

DOROTEA.

No bebais tanto.

MARFISA.

Buena está, y no pierde por el olor del bucaro.

DOROTEA.

Llevaosle con otros dos, que son de la misma tierra.

MARFISA.

¿Tantas mercedes? este solo llevo por vuestro: toma muchacha, que es grande para la manga, donde le llevára por estimarle, y si fuera menor, le colgára al pecho.

DOROTEA.

Mas haveis dado, que recibis, aunque fuera de oro.

MARFISA.

Quanto hay en vuestra casa, lo es: ¡qué asseo! qué limpieza! Un nacar parece toda la casa, y vos la perla.

DOROTEA.

Despues que estais vos en ella, podrá parecerlo.

MARFISA.

Dejando la respuesta a vuestra cortesia, ¿qué contiene este habito?

Do-

Dorotea.

Una promessa.

Marfisa.

¿Haveis estado indispuesta?

Dorotea.

Y con gran peligro.

Marfisa.

No se os parece.. ¿Qué mal tuvisteis?

Dorotea.

Un castigo.

Marfisa.

¿De qué?

Dorotea.

De un atrevimiento.

Marfisa.

Parecen males de amor, y en vos no pueden ser otros;

Dorotea.

Dixe lo que no pensaba, y pensando en lo que dixe, solicité mi muerte.

Marfisa.

Creo, que he oído, que a vuestra puerta mató un Don Fernando a otro caballero.

Dorotea.

¿Quién os dixo tan gran mentira? mas pienso que debió de ser él mismo.

Marfisa.

No le conozco, mas sí a una dama muy suya, a quien él lo dixo.

Dorotea.

¿Dama muy suya?

MARFISA.

Ella se alaba de esso.

DOROTEA.

¿Celia?

CELIA.

Señora.

DOROTEA.

¿No escuchas esto?

CELIA.

Havrán engañado a esta dama.

MARFISA.

Tambien pudo ser possible, perdonad mi desalumbramiento, si este caballero os importa, o es acaso el dueño de vuestra casa.

DOROTEA.

Ni me importa, ni es el dueño; pero tengo una amiga, a quien él engañaba, y por ella me pesa.

MARFISA.

¿Con qué la engañaba?

DOROTEA.

Con amores, con caricias, con idolatrias, con papeles discretos, con versos amorosos, con amanecer a su puerta, con zelos, y con lagrimas.

MARFISA.

¿Lloran los hombres?

DOROTEA.

Este era tan lisonjero, que decia que ya él no era hombre, porque transformado en su dama havia perdido el ser, y podia tener con disculpa esta condicion; que en las mugeres la tiene, en quien las lagrimas son piedad, hermosura y consuelo, como mayorazgo de su imperfeccion.

MARFISA.

Si él las llorára por vos, disculpado estaba, que soys un angel, y mas ahora que el vestido blanco os sirve de alva, y el habito azul de estola.

DOROTEA.

No era yo cierto, que si lo fuera, no le huviera dado causa para que se partiera.

MARFISA.

¿Luego no está en Madrid?

DOROTEA.

Fuésse a Sevilla; pero cierto que me hacen sospecha vuestras preguntas, y si es que venis a informaros, ¿para qué tomastes agua? que mejor era para mi, pues vos soys el juez de este tormento.

MARFISA.

Ni vengo a daroslе, ni vos le mereceis: passé acaso, y las conversaciones nuevas trahen mil despropositos, y hacen caer en semejantes yerros: mas no debeis de maravillaros, que como es ordinario en los hombres, en sacando una espada para ver los filos, sacarlas todos los que están presentes: assi en nosotras en sacando una sus pensamientos, las demas desembaynan los que tienen por mejores. Asseguraros puedo, que en mi vida vi a Don Fernando.

DOROTEA.

Pues si quereis verle, podreis presto. Dame, Celia, el escritorillo de los embustes; no os haga escrupulo el nombre, que en verdad que no soy hechicera, que le llamo assi por las vagate-

las

las que tiene, vocablo de un señor Italiano, que me le ferió a un instrumento que yo tenia, y que él codiciaba.

MARFISA.

Debiades de ser vos el instrumento; porque el escritorio es el mejor que vi en mi vida, y tengo dos muy buenos.

DOROTEA.

No seré galan con vos, aunque le alabeis, por que le estimo en mucho.

MARFISA.

¿Qué tiene esta naveta?

DOROTEA.

Papeles son.

MARFISA.

¿Podré ver la letra?

DOROTEA.

Parece que venis zelosa.

MARFISA.

Dixelo pensando que era vuestra, para ver como escribis, que para todo teneis gracia, y si es como hablais, escribireis altamente.

DOROTEA.

Lo uno y lo otro hago mal. Este es el retrato.

MARFISA.

¿Tan mozo es este caballero?

DOROTEA.

Hizose quando le apuntaba el bozo, ya le tiene, aunque poco.

MARFISA.

Buena cara.

DOROTEA.

No es lindo, pero todo junto es gentil hombre.

MARFISA.

Perdonad que os pregunte cómo le teneis vos, sino es vuestro?

DOROTEA.

Por la buena mano de Phelipe, que todos estiman tanto.

MARFISA.

¿Quereismele feriar, sino os importa?

DOROTEA.

Si vos decis que no le haveis visto, ¿para qué quereis su retrato?

MARFISA.

Por saber si os importaba.

DOROTEA.

Ya os dixe al principio, que este era el escritorio de los embustes.

MARFISA.

Disculpa bastante.

DOROTEA.

No la teneis vos de pedirmele.

MARFISA.

Ya os dixe la causa, por qué he codiciado ser amiga vuestra, y quisiera que desde luego no me encubrierades nada.

DOROTEA.

¿Sobre qué trato quereis vos tan aprisa mis pensamientos? Lo cierto es, que aunque mas los encubrais, se os ven los vuestros.

MARFISA.

Soy agente de la amiga que os dixe, y solicito

to su pleyto: ¿Haveis tenido cartas de este caballero?

DOROTEA.

Mas pareceis juez, que solicitador: amaynad la libertad, que como tengo pocas fuerzas, y me llevais cuesta arriba, me voy cansando.

MARFISA.

¿Es clavicordio aquel?

DOROTEA.

Es clavicordio.

MARFISA.

¿Tambien teneis harpa?

DOROTEA.

Si la tañeis, holgaré de oíros.

MARFISA.

Nunca tuve mas gracias, que el desearlas, ya soy vuestra amiga, quando esteis mas fuerte y de mejor humor, vendré a oíros.

DOROTEA.

Vos me le dejais tal, que no acertaré a serviros.

MARFISA.

No ha sido mia la culpa, sino del mal que teneis: vamos, Clara, y no quiebres el bucaro.

CLARA.

¡Qué bueno estaba Don Fernando!

MARFISA.

Tal es el pintor que le hizo: ¡quién pudiera tomarsele!

CLARA.

Perdida queda: ¡qué discreta has andado!

MARFISA.

Pocas veces lo suelen ser los zelos.

Do-

DOROTEA.

¿Qué te parece de esta visita, Celia?

CELIA.

Que nos engañó al principio.

DOROTEA.

Dama Fernando, y mas si es esta, no sin causa se le dió tan poco de lo que yo le dixe.

CELIA.

¿Pues cómo se fue tan aprisa?

DOROTEA.

Porque ya debia de tener prevenida su jornada. Assi traydor: pues está cierta, Celia, que no he tenido primero movimiento de rendirme, ni al Indiano, ni a las Indias, hasta este punto, en que he oído de la boca desta dama traycion tan grande. ¡O fementido! o falso, o caballero indigno deste nombre! ¿A una muger de mis prendas ingrato, y que ha dejado por tí quanto puede atraher la hermosura, la gracia, y el entendimiento en la Corte? esto merecia mi verdad? esto mis brazos? esto lo que he padecido con mi madre y deudos? las necesidades que me han combatido y que vencí con honrada resistencia? ¿Qué Penelope fue mas perseguida? qué Lucrecia mas rogada? qué Porcia mas firme? ¿Por tí me mataba yo con espada de diamante? que no pudiera labrarse mi firmeza con muerte menos firme: ¿aquel valiente animo pagabas con trayciones? gustos agenos ocupaban tus brazos, quando mis ojos lagrimas, en las violencias de una madre ayrada? No mas, injustissimo amor, no mas; hoy sale Fernando de mi pe-

cho

cho como espiritu a los conjuros de esta muger. Bien se vé que es ella, claro está; en sus razones se conoce; en sus preguntas se confirma: qué confiada hablaba, el retrato me pedia: mal hice en no darsele; pero mejor será el del alma, pues hoy le saca de ella la justicia de mi verdad, y el delito de su mentira; quedese aqui essotro, para sacarle cada dia a la verguenza, dandole mil golpes.

CELIA.

Temo que sean con la boca.

DOROTEA.

¿Yo habia de poner allí mis labios? yo Celia? Plega a Dios que quando tal haga, se me peguen y junten.

CELIA.

Al naype.

DOROTEA.

Sí, sí muy tierna me dejan estos zelos, no zelos, que son de lo que se imagina, sino de lo que se prueba. Tu verás lo que passa, con una aguja le tengo de picar los ojos.

CELIA.

Quejáranse los tuyos.

DOROTEA.

No le miraré entonces.

CELIA.

¿Pues cómo verás donde le picas?

DOROTEA.

Un pintor tengo de llamar que le pinte una soga al cuello.

CE-

CELIA.

¡Pobre Fernando! mira que los caballeros no llevan soga, que el suplicio de su nacimiento es el azero, por lo que tiene de espada, que es la profession de la nobleza; pero hazme una merced.

DOROTEA.

¿Qué quieres?

CELIA.

Que no le mates sin confessarle, dejale venir, y preguntale.

DOROTEA.

Dirá mil mentiras: ea vuelveme a dar el escritorio, que hoy soy Julia con la cabeza del Orador de Roma.

CELIA.

¿Eras tú la que volvias por los hombres? *Escarvó el gallo, y descubrió el cuchillo.*

DOROTEA.

Nunca pensé hallarle en tan hermosa vayna.

CELIA.

Con zelos todo parece mejor, que por esso los llamaron antojos de larga vista,

DOROTEA.

Ahora por mi mal creo sus alabanzas.

CELIA.

En verdad, que no es tan linda, y para dama con desmasiada frescura.

DOROTEA.

Si es hermosa, ¿qué importa fresca?

CELIA.

Ser ganapan de leche.

Do-

DOROTEA.

Mas sientes de lo que dices.

CELIA.

No lo hago por consolarte, pues ya lo estás de suerte, que quieres rendir tu rebeldia a un hombre estraño.

DOROTEA.

Ningun Español lo es, aunque viva en la China.

CELIA.

A mi me parece demasiado hombre para la delicadeza de aquel tu ausente.

DOROTEA.

La indignacion facilita lo impossible.

CELIA.

Debes de imaginar, que al amor de Fernando le han crecido los vigotes con el tiempo, y nuestro Don Bela se precia tanto de ellos, que los trahe con sotacola los unos a la sombra de los otros.

DOROTEA.

Cierto que es gentil hombre Don Bela.

CELIA.

Esso no lo oye Don Fernando, ni yo puedo decirselo.

DOROTEA.

Escribeselo, Celia.

CELIA.

¿Para qué? Pues de la primera dama que se le ofrezca dirá lo mismo.

DOROTEA.

¿Tan presto ha de hallar dama?

CELIA.

En Toledo el Abad a guevo, y en Salamanca a blanca.

DOROTEA.

Yo tendré quien me lo diga.

CELIA.

¿Para qué, si has de querer a Don Bela?

DOROTEA.

Dios lo sabe, yo te digo que vuelvan presto, y que Julio me diga quanto ha passado en mi ausencia.

CELIA.

El callará por mi, lo que Fernando haciere contra ti.

DOROTEA.

Yo le sabré obligar.

CELIA.

¿No has oído aquel refran que se hizo para los malos jueces? pues encomiendale a la memoria.

DOROTEA.

¿Cómo dice?

CELIA.

Beba la picota de lo puro, que el tabernero medirá seguro.

DOROTEA.

Ya no se me da nada de Don Fernando.

CELIA.

Pareces loca.

DOROTEA.

Al clavicordio me llego a divertirme.

CELIA.

Y yo escucharte.

Al son de los arroyuelos
cantan las aves de flor en flor,
que no hay mas gloria que amor,
ni mayor pena que zelos.
Por estas selvas amenas
al son de arroyos sonoros
cantan las aves a coros
de zelos y amor las penas.
Suenan del agua las venas
instrumento natural,
y como el dulce cristal
va desatando los hielos,
al son de, &c.
De amor las glorias celebran
los narcissos y claveles,
las violetas y penseles
de zelos no se requiebran:
unas en otras se quiebran
las ondas por las orillas,
y como las arenillas
ven por cristalinos velos,
al son de, &c.
Arroyos murmuradores
de la fé de amor perjura,
por hilos de plata pura
ensartan perlas en flores:
todo es zelos, todo amores,
y mientras que lloro yo
las penas que amor me dió

con sus zelosos desvelos:
al son de los arroyuelos
cantan las aves de flor en flor,
que no hay mas gloria que amor,
ni mayor pena que zelos.

SCENA QUARTA.

GERARDA, DOROTEA, CELIA.

GERARDA.

PAZ sea en esta casa, *Et omnibus bitantibus in ea.*

CELIA.

En los Latines conozco a Gerarda, el demonio es esta vieja.

DOROTEA.

Seas bien venida, madre.

GERARDA.

Buena sea tu vida, angelito, ramillete de flores, retrato de la limpieza, estanco del asseo, cifra de la hermosura.

DOROTEA.

¿Tantos requiebros? ¿tantos?

GERARDA.

¿Pues qué quieres que te diga, sino he oído jamás tales palabras en tu boca? que siempre me has recibido con otra cara de la que Dios te ha dado: ¿y qué cara? él te bendiga: toma, toma, que quisiera ser higuera para darte dos mil en cada rama: ¡qué niña de los ojos de amor! ¡qué rapaza para quitarle el arco, y con la cuerda

da de la flecha darle dos mil azotes! Que como le pintan desnudo, no fuera menester quitalle los greguescos: ¿ de qué te ries? Niño es, no le imagines hombre como unos bellaconazos que se van al rio, y delante de todo el mundo están en cueros, que parecen ristra de azotados. Quando yo tenia marido, nunca me dejaba ir a essas fiestas, desde alli quedé tan bien enseñada: a los Hospitales me voy, y les llevo mi jarrillo de vino, y mis bizcochos: verdad es, que se lo pruebo en el portal; porque no les haga mal, si es nuevo. Siempre que oygo cantar aquel Romance que comienza: *Dejóme amor de su mano*, me acuerdo del rio de Madrid, y de sus aventuras el mes de Julio, en cuyos baños se pudiera echar un arbitrio, que no le pagáran de mala gana los poco honestos ojos.

DOROTEA.

Madre, bien se puede ir a parte, que no se vean hombres, o passar con tanta honestidad, que no los vean las mugeres.

GERARDA.

Hai hija, que no sé qué tenemos en la imaginacion, que parece que siempre nos está diciendo, quando no queremos mirar, miralo, miralo: otra vez te vuelvo a dar higas, que por muchas que te dé, más hermosura tienes donde quepan. ¡Qué bizarra te hace el habito! En essa Religion qualquiera se fuera Frayle: a fé que no dixera Cupido, si te viera, lo que dixo a Venus, quando se queria meter Monja en Roma en el templo de la Diosa Vesta: *Quando yo fuere*

re Frayle madre, madre quando yo fuere Frayle.

DOROTEA.

Gerarda mia, estoy muy triste.

GERARDA.

Calla bobilla, desconfiadilla, que estás abrasando el mundo con la nieve de esse habito, partido de esse escapulario azul, como miran los Astrologos el cielo con la vanda de los signos. ¿Qué piensas que te traygo? Mira, mira qué bucaro tan lindo: aqui está Cupidillo, aquel de tu edad, aquel dulce matadorcillo, toma, azotale por el mal que te ha hecho, bien lo merece; pero no por el siglo de mi confessor, que primero me has de dar algo.

DOROTEA

¡Qué lindo es!

CELIA.

A ver, señora?

DOROTEA.

Dejale, que le ensucias, Celia: ¿pero qué quieres que te dé, madre?

GERARDA.

No mas de recibirle: dí, yo le recibo.

DOROTEA.

¿Es casamiento?

GERARDA.

Pues a fé que me dieron a mi una tembladera de plata, que me ha hecho temblar hoy a la comida, porque hace tres quartillos, aunque si digo verdad, ya estaban hechos.

CELIA.

Serian seis, madre.

GE-

GERARDA.

Contigo me entierren, que sabes de cuentas. Pedí para ti medias y zapatos; y estan sacando un manteo de tabí, y unos passamanos escarchados, que no se los puso Cleopatra tales, aquella que molia perlas para brindar a Marco Antonio, en que verás las necedades de los antiguos, pues era mas a proposito brindalle con un torrezno.

CELIA.

Madre, ¿no caen en Egypto las Garrovillas?

GERARDA.

Anda ignorante, què los que salieron dél, suspiraban por las ollas que dejaban, y no hay olla sin tocino.

CELIA.

Si pruebas con la Escritura, ¿quién puede contradecirte?

GERARDA.

En mi tiempo la havia en romance, y estuvo muy bien quitada, y con santo acuerdo, porque somos muy bachilleras las mugeres, y no hay pocos ignorantes hombres.

DOROTEA.

¿Y cómo sabes tú que tomaré esse manteo?

GERARDA.

Como has tomado esse bucaro.

DOROTEA.

Este es niñeria, y está aqui amor presente, y siendo suyo el agravio, no me dice que no le tome.

GERARDA.

Bueno va esto, no me engañaron el chapin y las tixeras: diferente está Dorotea de lo que solia.

DOROTEA.

¿Qué dices entre dientes?

GERARDA.

Que me dan envidia tus años y tus gracias, ¡qué piedra iman tan atractiva de voluntades, y de oro tienes en essos ojos, y mas despues que se están riendo sus niñas de verse con el manteo! No dejó mayorazgo la naturaleza a las mugeres, como la hermosura; sacará a este Indiano el corazon, y los escudos. Las navetas de los escritorios tiene llenas dellos: a la fe, niña, que me dió no sé quantos, que no te los enseño, por que los dejo guardados para mi entierro, alli estarán con el habito pardo, no he de tocar a ellos, porque, hija, lo que importa es pensar en el fin, y temer la muerte, que nos ha de pedir cuenta estrecha aquel Señor que sabe hasta los pensamientos, y no hay cabello de que no se la havemos de dar, quando en el valle de Josaphat nos veamos todos.

DOROTEA.

¡Qué presto te enterneces!

GERARDA.

Soy pecadora, Dorotea, y temo que no hay donde huir aquel tremendo dia: tú como eres moza, estás pensando en tus galas, que aunque dicen que *el mozo puede morir, y el viejo no puede vivir*; lo cierto es ir con las leyes de la natu-

turaleza, y es ignorante el que le persuade, que puede vivir siendo viejo, mas que los que mira mozos; que si esto fuera, no huviera él llegado a la edad en que está.

DOROTEA.

¿Qué es esso, tia, que te suena en la manga?

GERARDA.

Un papelillo que estaba encima de la mesa de este caballero magnifico: parecieronme versos; y aunque es verdad que soy mas aficionada a una bota de Alaejos, que a las *trecientas* de Juan de Mena; por si es cosa que puede aprovecharte, me le puse en la manga, leemele por tu vida.

DOROTEA.

Receta para dar sueño a un marido phantastico.

GERARDA.

A que no es esse, rapaza, muestra que le he trocado. Este debe de ser.

DOROTEA.

Jarave famoso para desopilar una preñada dentro de nueve meses, sin que lo entiendan en su casa.

GERARDA.

Tampoco es esse: este pienso que es.

DOROTEA.

Oracion para la noche de San Juan.

GERARDA.

Creo que lo haces adrede.

DOROTEA.

Tia, yo leo lo que tu me das, que trahes en essa manga tantos papeles, que no se pueden buscar sin tabla.

Gerarda.

Solos estos dos me quedan, que esta bolsilla era de una avuela mia, con no sé qué cosas en Latin, que debian de ser de sus devociones.

Celia.

Heredada tienes la virtud, Gerarda.

Gerarda.

¿Si yo fuera como ella, qué me faltaba? Aconteciale estar tres dias elevada.

Celia.

¿En pie, madre?

Gerarda.

No sino dormida.

Celia.

¡Qué pura virtud!

Dorotea.

Arancel, con que ha de andar un caballero Indiano en la Corte.

Primeramente se acomodará en posada limpia, y tendrá cuidado de que nadie la sepa.

Dirá en todas las conversaciones, que posa en casa de un amigo.

No convidará a nadie por ningun caso.

No tendrá coche, por no obligarse a prestarle.

Dará racion a sus criados.

Haráse pobre, contando siempre que se le hundió su plata en los galeones, o que le robaron los navios de la Reyna de Inglaterra.

Su plato una gallina para dos dias, y su olla en que haya para él y dos pages.

No tenga ama, que acechan mucho, y callan poco.

No

No haga estrecha amistad con señores, porque no le pidan prestado.

Con las damas sea liberal de palabras, sin ponerse a peligro de gastos impertinentes. No se enamore, que en la Corte lo que se alcanza, nunca fue de uno solo, y engáñase el que lo piensa.

En viendo que murmuran, diga que tiene que hacer, y vayase.

Su trage sea honesto y limpio, y procure hablar poco, aunque parezca impossible.

No se acueste sin haver dicho o hecho alguna lisonja donde pretende, que es la doctrina cortesana, ni se levante sin haver pensado cómo guardará lo que tiene.

De noche ha de salir los hibiernos, por lo que es perjudicial a la cabeza el sereno de Madrid, con el aderezo de orejas, que llaman bonete de Roma.

Y si quiere parecer señor, no pague lo que debiere, o por lo menos lo dilate tanto, que se muera de pesadumbre el que lo pide.

DOROTEA.

¿Este hombre me alabas, tia? Lo que havia menester un vidriero, era un gato que le anduviesse retozando con los vidrios.

GERARDA.

Mira, Dorotea, esse papel le ha dado algun traginante cosario, de estos que andan a enseñar visoños, imponer moscateles, y enviar gazetas y relaciones por todo el mundo. Son los primeros que saben a qué hora murió el Turco en Constantinopla, quándo hay estafeta para el Cay-

ro, como se dará un arbitrio para que Madrid sea tan grande como París, juntandole con Getafe, qué nuevas hay de la China, y otras impertinencias a este tono.

Celia.

¿Tia, nunca tú has dado algun arbitrio?

Gerarda.

Uno famoso para que un soldado solo pudiesse defender la entrada en la Florida, o en otro puerto Indiano, desde su fortaleza a los Holandeses.

Celia.

Solo un soldado, ¿cómo?

Gerarda.

Mira, Celia, este havia de tener una tinaja de aceite, y una geringa, y en viendo desembarcar los Holandeses, y que venian marchando por la playa, no havia de hacer mas de tomar aceyte, y disparar a los primeros; pues claro está que por no verse manchar havian de retirarse, y advertir a los otros de que tiraban aceyte, con que volviendose a embarcar, se irian a su tierra.

Celia.

Buena estaba tu lampara, quando soñaste aceyte.

Gerarda.

Lee essotro papel, Dorotea, que bien se vé que es de versos.

Dorotea.

Assi Fabio cantaba
del Tajo en las orillas,
oyendole las aguas,

llorandole las Nymphas.
La perezosa tarde
con sombras fugitivas,
bajaba de los montes
en brazos de si misma.
Las aves vagarosas
callaban recogidas,
en tanto que la noche
se revelaba al dia.
Las ruedas sonorosas
el silencio rompian,
haciendo a rayos de agua
espheras cristalinas.
Juntando las ovejas,
tuerce la honda, y silva,
porque el redil nudoso
temprano las reciba.
Tendido yace Fabio
en su choza pagiza,
no habla, que está solo,
no duerme, que suspira.
No sossiega, que piensa,
no engaña, que imagina,
no muere, que está muerto
entre memorias vivas.
Ya lloraba el *Aurora*,
y abriendo *clavellinas*,
como miraban *perlas*,
pensaban que *era risa*.
Quando a las solas peñas,
que el eco repetian,
cantó, passando el arco

a la sonora lira.
Amar tu hermosura,
gracia y discrecion,
no quiero, Amarylis,
que se llame amor.
Meritos del alma,
justicia y razon,
quiere amor que sea
el amarte yo.
No quieren mis ojos
querer por favor,
rendirme a los tuyos
es obligacion.
No tengo esperanza,
toda me dejó,
que en amar sin ella
peregrino soy,
Del amor me dicen
que es difinicion,
desear lo hermoso,
ponenme temor:
Que si tu lo eres,
es contradiccion,
que amor y deseo
uno son los dos.
Si de la belleza
los efectos son,
parece impossible,
pero al alma no.
Negar tu hermosura
es notable error,
y no desealla

pa-

parece. mayor.
Pero dice el alma
que ella se obligó
a vencer deseos,
y amar tu valor.
Para no perderte,
si en tu gracia estoy,
traygo tan rendida
la imaginacion.
Afrentase el alma
que amasse mi amor
cosa tan perfecta
sin gran perfeccion.
Por esso, Amarylis,
a mis penas hoy
para mas fineza
hice esta cancion:
Que no quiero favores
para mis penas,
pues me basta la causa
de padecellas.
De mi amor la essencia
amor solo es,
que aun es interés
la correspondencia:
con tal diferencia
mi propria passion
llama galardon
del penar las penas,
pues me basta, &c.

GERARDA.

¿Qué te parece?

DOROTEA.

Extremadamente.

GERARDA.

Yo te premeto que no es de los Poetas, que andan en quadrilla, nuestro Don Bela, ya puede andar aparte.

DOROTEA.

Llamale tuyo, madre, que no es Religion este conocimiento, para que sean todas las cosas comunes.

GERARDA.

No lo digo yo por esso, sino por encarecer su ingenio, que los entendimientos son como los instrumentos, que es menester tocarlos para saber qué consonancias tienen; y si el divino tuyo pusiesse las manos en este chapeton de la Corte, que assi llaman ellos a los modernos, yo te asseguro, que él descubriesse el oro oculto.

CELIA.

Esso es lo que tu deseas.

GERARDA.

De su entendimiento digo.

CELIA.

Y yo de sus cofres.

DOROTEA.

Mucho se precía en estos versos de amante casto: pero todos los hombres tienen esta traza, entran diciendo que quieren ver, ven y dicen que quieren oir, oyen y dicen que quieren gozar: y al fin los havemos de creer, sino los arro-

arrojamos al principio.

GERARDA.

Dorotea, Dorotea, mientras eres niña, toma como vieja, que quando seas vieja no te darán como a niña: deja de pensar en tus locuras, piensa en tu manteo, que ya me parece que te veo con él tan resplandeciente como estaba armado el señor Don Juan de Austria en la batalla naval entre aquellos Capitanazos honradores de su nacion.

CELIA.

Estraña es esta vieja: mira a los despropositos que salta.

GERARDA.

Entonces sí que se buscaban las espadas de filos negros para robustas manos, y no moldes vergonzosos para cabellos viles.

DOROTEA.

No emiendes el mundo, madre, que te harás mal quista, que a los Españoles no los afemina el trage, que el valor de las almas siempre es uno: pero dime, ¿hallastete tú en la batalla naval?

GERARDA.

No lo digais a nadie, allá fuimos tres amigas por nuestro gusto.

CELIA.

¿En coche, o por el ayre?

GERARDA.

Malicias nunca faltan.

CELIA.

¿Pues cómo fuiste?

GERARDA.

Unos Capitanes nos llevaron entonces.

CELIA.

¿Con pies de gallo?

GERARDA.

¿Qué dices de gallo, Celia?

CELIA.

Que debias de ser polla, quando te llevaba el gallo.

GERARDA.

Y qué tal polla: no havia en Italia Española de mas lindo brio.

CELIA.

¿Y desde dónde viste la batalla? ¿qué ventana alquilaste? ó andarias como Santelmo de gavia en gavia.

GERARDA.

Esse Santelmo es una estrellica como un diamante.

CELIA.

Tú, Gerarda, bien conocerias entonces al Uchali y a Barbarroja.

GERARDA.

Búrlaste, Celia, dejate de preguntas, y mira quien llama, que parece galan en lo temeroso, con que bate la puerta.

CELIA.

Hai Dios! señora, el señor Don Bela.

DOROTEA.

¿El Indiano?

CELIA.

El mismo.

DOROTEA.

¿Pues quién le ha dado essa licencia? Di que no estoy en casa.

GERARDA.

¡Hai, niña, qué termino tan cruel para un caballero de tales prendas!

DOROTEA.

Esta visita tú la trazaste, Gerarda.

GERARDA.

¿Qué preguntas? si trahe el manteo? y cómo? hombre es de los que se descuidan.

DOROTEA.

No digo, sino que estais concertados.

GERARDA.

¿Si son los passamanos escarchados? y cómo si lo son? un dedo de alto tienen de oro.

DOROTEA.

Que no te digo esso.

GERARDA.

¡Hai, hija! que con la edad estoy de estos oídos perdida, anoche me puse en ellos unto de conejo.

CELIA.

Bien oye, quando le dan algo.

GERARDA.

Mira, Celia, ya estoy como los perros, que quando ven alargar la mano, se llegan, y quando la ven alzar, se apartan, porque conocen que lo uno es pan, y lo otro es palo: pero no tengas, mis ojos, en la calle descortesmente a quien ya llegó a tu puerta, que no te ha de comer este caballero a la primera visita.

DOROTEA.

Tú harás que mi madre riña, si le halla aquí, quando venga.

GERARDA.

Ella me ha dado licencia, entre, señor Don Bela, entre, que no está hondo, ¿ de qué tienes miedo ? Aqui estamos tres mugeres, que entre todas tres tenemos ciento y veinte y cinco años, pero yo sola me tengo los ochenta.

SCENA QUINTA.

DON BELA, LAURENCIO, GERARDA, DOROTEA, CELIA.

BELA.

No me tire de la capa, señora Gerarda, que a quien trahe su voluntad, no es menester hacelle fuerza: Dios guarde tanta hermosura para testigo de su poder, aunque à costa de quantas vidas mata.

DOROTEA.

Llega una silla, Celia.

BELA.

No dejeis el estrado, señora Dorotea, que no soy tan gran señor, que merezca que salgais de la tarima : tomad el almohada.

DOROTEA.

Quando estéis sentado : y perdonad el no haver salido mas passos, que me ha cogido vuestrra venida tan de subito, que no halla el corazon lugar donde se afirme.

BE-

Bela.

Mientras es vuestro, padecerá inquietud con la imaginacion de emplearse en quien le merezca.

Dorotea.

Siempre querria que fuesse mio.

Bela.

Puertas tiene el corazon, por donde suelen robarle.

Dorotea.

Si él las tiene con guarda, estará seguro.

Bela.

Los ojos no la tienen.

Dorotea.

Antes muchas, como son la honestidad, el recato, y la obligacion a la honra.

Bela.

Quando essas guardas vienen desde el corazon a los ojos, ya suelen ellos haver mirado: cien ojos tenia aquel pastor de Ovidio, y todos se los durmió con su encantada musica Mercurio, y por esso ahora los pavones, en cuyas plumas los puso Juno, tienden la rueda, como solicitando que estén despiertos, y en oyendo cantar, se alteran, que piensan que vienen a matarlos.

Dorotea.

Con vos a lo menos ya no importará guardar los ojos, si podeis robar los corazones por los oídos.

Bela.

No es mi entendimiento capaz de tanta dicha, que halle vuestra atencion puesta a la musica de mis palabras.

Ge-

GERARDA.

¿Quereis que me ponga en medio, aunque lleve la peor parte? Paz, señores, y demoslos por entendidos. ¿Qué trahe Laurencio, que está mas cargado que sardesco de Convento?

BELA.

Un poco de tela, y unos passamanillos.

GERARDA.

Descoje, descoje, muestra, desembozate: qué ¡tado estás, mas deficil es de sacar esta tela de tus brazos, que de la tienda del mercader: ¡qué cosa tan linda! ¿Es Milan esto? Bien hayan las manos que te labraron!

DOROTEA.

Por cierto que es bellissima.

GERARDA.

¿Pintó la primavera un prado, ni le imitó un Poeta, con mas flores?

DOROTEA.

¡Qué bien assientan estas clavellinas de nacar sobre lo verde!

BELA.

Assi se casáran dos voluntades, como estas dos colores.

DOROTEA.

Lo verde es esperanza, y lo encarnado crueldad.

BELA.

La crueldad será vuestra color, y la esperanza la mia; pero ¿quién las podrá casar, siendo contrarias?

DOROTEA.

Contrarias sí, pero no enemigas.

BE-

BELA.

Decis bien, que una cosa es la enemistad, y otra la oposicion.

DOROTEA.

Tiene mas esta esperanza, que está esmaltada de flores, que son mas que principios de la execucion del fruto.

GERARDA.

No has dicho cosa mas a proposito.

DOROTEA.

No tan aprisa, Gerarda, que muchos almendros se han perdido por haver tenido flores sin tiempo.

GERARDA.

Echástelo a perder, hija, mejor lo havias dicho, porque la produccion de las flores puede ser serenidad del tiempo, y no atrevimiento del arbol, para merecer el castigo del cielo.

BELA.

El hielo siempre fue inclemencia del cielo, y no hazaña del ayre, desnudar un pobre almendro, que en confianza del sol se vistió de flores; mas valentia fuera despojar un moral robusto.

DOROTEA.

Al moral llaman discreto, porque de todos los arboles florece el ultimo.

BELA.

Yo le llamára desdichado; pues fue tan poco favorecido del sol.

DOROTEA.

No es desdicha assegurar el bien que se pretende.

BELA.

No es bien el que llega tarde; porque tanta puede ser la dilacion, que la esperanza se vuelva desesperacion.

DOROTEA.

La esperanza tanto tiene de merito, quanto tiene de paciencia, y es tan galante efecto de amor el no tenerla, que ha muchos dias que este nombre anda desterrado de los Palacios.

BELA.

El amor Platonico siempre le tuve por quimera en agravio de la naturaleza; porque se huviera acabado el mundo: mal amante llama Platon el que ama el cuerpo mas que el alma, haciendo argumento de que ama cosa instable, porque la hermosura falta, y se desflora por edad, o enfermedad, y es fuerza que falte el amor, o se disminuya, lo que no haria amando el alma.

CELIA.

A Platon encaja este majadero, él ha oído decir, que Dorotea es perdida, porque la tengan por sabia.

BELA.

Mas yo respondo, que si la hermosura del cuerpo es lo visible, por quien lo invisible se conoce, cada uno de estos dos individuos se ha de gozar amando, el uno por los brazos, y el otro por los oídos.

CELIA.

Siempre oí decir, que los Indianos hablan mucho, si bien todo es bueno, porque aquel clima produce raros y sutiles ingenios; pero ¿qué tiene que vér aqui Platon, sino hacer a Dorotea el plato?

BE-

Bela.

¿Qué respondeis a esto?

Dorotea.

Estoy en extremo triste.

Bela.

En Grecia reynó un humor en las doncellas, que se mataban todas con sus manos: assi lo escribe Plutarco.

Celia.

Otro Philosopho.

Bela.

Para remediar esto el Senado mandó, que a la que se matasse, la sacassen desnuda á la plaza, y la tuviessen todo el dia en publico descubierta; con que cessó el matarse por el temor de la verguenza de ser de todos vistas.

Gerarda.

Medrára la pobre Gerarda con essas sophisterias: mira, rapaza, estos passamanos, de qué pudiera el sol guarnecer los habitos de sus planetas.

Dorotea.

Son mas ricos que de buen gusto.

Gerarda.

Hasta con los passamanos eres ingrata, por lo que tienen de manos: ¿hasta ahora quién te las pide? ¡y qué tales son ellas para pedirlas, para dejarlas y para encarecerlas! Como estás convaleciente, las trahes sin adorno: por vida de D. Bela, que le prestes essas dos sortijas por un instante, verás lo que parecen en aquella nieve.

Dorotea.

Necia estás, Gerarda, ¡ Jesus qué necia! Tened,

señor, las manos.

BELA.

No desfavorezcais, os suplico, estos diamantes, siquiera por lo que os parecen, y permitidme que yo os los ponga.

GERARDA.

Acaba, muchacha, ¿qué rehuyes los dedos? ¡qué descortesia! ¿Tú naciste en la Corte?

BELA.

En este no vienen bien, aqui estan mejor; dadme essotra mano.

DOROTEA.

Basta que honreis la una.

BELA.

Quejaráse la otra, sino la igualo, y no quiero yo que haya cosa en vos que se queje de mi.

DOROTEA.

Ya las rindo a vuestro favor, que no quiero que me riña Gerarda.

LAURENCIO.

Bueno anda mi amo, él ha dado entre Caribdis y Scyla: estas dos deben de ser los Euripos de la Corte. Esto es adquirir con trabajo, y gastar con desprecio.

BELA.

¡Qué buenas estan las sortijas! Parecen estrellas los diamantes en vuestras manos.

DOROTEA.

Decis muy bien, siendo las manos noche.

BELA.

Noche, señora, ¿quándo fueron las del Aurora

tan

tan cristalinas? Yo os confiesso que nunca pensé ver estrellas a medio dia, hasta que vi estos diamantes en vuestras manos.

DOROTEA.

Ya es mucho tenerlos en ellas, basta para que las hayais visto con adorno, tomad vuestras sortijas.

BELA.

¡O injusto agravio! No os las quiteis, hermosa Dorotea, que no hay en el mundo manos tan atrevidas, despues de haver estado en las vuestras, ni querrán ellas sufrirlo; que el caballo Bucephalo de Alexandro, de nadie se dejó sujetar, sino de solo su dueño.

LAURENCIO.

¡O si tuvieran essa condicion las mugeres! ¿pero dixera una bestia lo que dixo mi amo? ¿qué tiene que ver el caballo de Alexandro con los diamantes de Dorotea? Parecese esto a lo que dixo cierto escritor, que la carne era como el Cid Rui Diaz; y en verdad que anda impresso.

CELIA.

Como essas cosas andan impressas.

LAURENCIO.

Y no son de las que peor se venden.

CELIA.

Lo que todos entienden, todos lo compran.

LAURENCIO.

¿Quién no se deja entender, para qué escribe? Si es para los que saben, no han menester lo que él sabe.

CELIA.

Siempre hay mas que saber, que lo que un hombre sabe.

LAURENCIO.

Tienes razon, y te asseguro, que como las ciencias son infinitas y la vida es breve, quien mas sabe, no sabe nada.

CELIA.

¿Este tu amo ha estudiado?

LAURENCIO.

Lo que basta para ser bachiller, que es el peor linage de cortesanos para tratado: porque si habla con hombres que saben, conocen lo que no sabe, y se cansan de que piense que sabe: si habla con los que ignoran, huyen de él, porque los tiene en poco, y presume mucho. Y esto del magisterio es para las escuelas, no para las conversaciones.

CELIA.

¿Esso conoces, y comes su pan?

LAURENCIO.

Tambien él me come mi servicio.

CELIA.

Enojadillo estás por lo que presumes del amor de Dorotea, que todos los que servimos, somos zelosos, y mas quanto mas privados.

LAURENCIO.

Yo no lo soy de su amor, sino de su hacienda.

CELIA.

Pienso que no ha menester tutor, demas de ser Indiano.

LAU-

LAURENCIO.

Mi señor es liberalissimo.

CELIA.

Ya havemos visto el aranzel, con que pensó vivir en la Corte.

LAURENCIO.

Como esso sabreis por la madre cerbatana; que ya le ha quitado las sortijas, y temo que las calzas.

CELIA.

Desenfadate, bobo.

LAURENCIO.

No me lo digas con la mano, discreta.

CELIA.

¿Luego no es favor?

LAURENCIO.

Para andar en el rostro, solo tienen licencia las damas y los barberos.

CELIA.

¿Qué sabes tú, si lo quiero yo ser tuya?

LAURENCIO.

Si yo no lo sé, ¿cómo quieres serlo?

CELIA.

¿Truxiste mucha plata?

LAURENCIO.

Si leiste el aranzel, ¿cómo no sabes que nos havemos de hacer pobres?

DOROTEA.

Hacedme placer, señor Don Bela, que tomeis las sortijas.

BELA.

No tomo lo que he dado, que esto tiene malo

el

el mar entre otras condiciones, que vuelve a recibir los rios que salieron dél.

DOROTEA.

Si los anillos fueron prision antiguamente, presas estarán mis manos de vuestra liberalidad.

BELA.

Es impossible que lo sean de quien tiene en ellas mi libertad; pero mil veces las beso por favor tan grande, que parece que le disminuyo, sino me vuelvo loco. Muestra essas medias, Laurencio. Estos son algunos pares, porque no me dixo la color Gerarda, que priva mas con vuestro gusto.

DOROTEA.

Estas de nacar son excelentes.

GERARDA.

Llama este color los ojos.

DOROTEA.

Los ojos no, sino el gusto, que de la vista mejor objeto es lo verde, y mas la conserva.

LAURENCIO.

¡Qué bachilleria!

GERARDA.

Dirán mejor con el manteo.

DOROTEA.

Necia, lo que no se vé, no se conforma.

LAURENCIO.

Quál es la Nympha. Este sí que es arte de amar, que no el de Ovidio: hai de los cascos de Don Bela.

CELIA.

Estas blancas son muy lindas.

GE-

GERARDA.

No para damas, que las hacen piernas de difuntos, y desde Juan de las Calzas blancas son contra la prematica del buen gusto.

CELIA.

Sí, pero hacen las piernas mas gruessas.

GERARDA.

Para quien las ha menester, no para esta niña, que no las compra, ni se las debe al algodon, sino a la bizarra naturaleza.

DOROTEA.

Estas moradas pudierades escusar.

GERARDA.

Buenas son para un Obispo.

DOROTEA.

¿Y estas doradas, tia?

CELIA.

Para un soldado de la guarda.

GERARDA.

Tomalas tú, Laurencio:

LAURENCIO.

Ya no soy de guarda.

GERARDA.

Las moradillas serán para mi, pues que no las quiere nadie.

BELA.

Los zapatos no truxe, que no los havia tan pequeños, ni se ha de calzar en tienda pie, que lo havia de estar del sol.

LAURENCIO.

He aqui el sol con suela, ¡qué hermoso desatino!

GERARDA.

No gastarán mucho ambar en las zapatillas, que en verdad que la pueden calzar el pie con una azucena.

LAURENCIO.

¡Quál es la vieja! Y tendrá là niña sus trece puntos, como qualquiera hijo de vecino, aunque entren los gigantes.

BELA.

Pues, madre, ¿has visto tú el pie de la señora Dorotea?

GERARDA.

¡Qué pregunta! Criéla en estos brazos, nadie como yo es testigo de sus perfecciones, a fé que aunque se pare colorada, que la he dado algunos azotes en esta vida: ¿pero señor Don Bela, ¿y la pobre vieja? ¿no reza de ella esta provision? ¿no entran aqui los oficiales y hombres buenos?

BELA.

Ya te llevaron a tu casa para mongil anascote, y el manteo se compró hecho, porque tu quisiste.

CELIA.

¿Mas qué se te olvidó lo guarnecido?

BELA.

No soy tan descuidado con mis amigas: de terciopelo labrado tiene tres guarniciones.

GERARDA.

La color me adivinaste: ¿qué no acertará un discreto? Dale tú las gracias, Dorotica; pues que por tí me abriga este liberalissimo Principe,

Dios

Dios le abrigue con su piadosa mano, ¡qué gran obra de misericordia vestir al desnudo!

LAURENCIO.

Tambien lo es dar consejo al que lo ha menester.

GERARDA.

Qué buena cuenta, qué cabal, qué entera que darás el dia del juicio, quando se ponga en un peso este mongil, y este manteo; no le perderá de mí Don Bela, desde ahora le prometo cada dia un rosario por él y por las animas de sus difuntos, que soy yo muy devota del Purgatorio.

LAURENCIO.

De las bolsas.

BELA.

Hermosa Dorotea, desde que entré aqui, puse los ojos en aquel harpa; de vuestras muchas gracias me dicen, que es una la voz y la destreza: no os tengais por desservida de que os suplique me favorezcais con dos versos de lo que vos tuvieredes mas gusto.

DOROTEA.

Solo no tengo de musica el escusarme, porque me falte todo: dame aquella harpa, Celia. ¿De qué estás rostrituerta?

GERARDA.

Y tiene razon, que no le han dado medias.

CELIA.

¿Nací yo en las malvas?

DOROTEA.

Toma estas blancas.

Celia.

La voluntad, no las medias, te agradezco.

Bela.

De todas maneras quereis honrarme. ¡Qué bien parecen las manos en las cuerdas!

Gerarda.

Como los diamantes, hacen diversas luces.

Laurencio.

Nosotros quedarémos á escuras.

Dorotea.

Perdonad el afinarla, que es notable el gobierno de esta republica de cuerdas.

Bela.

Las dos ordenes hacen mas faciles los bemoles.

Dorotea.

Debeis de saber musica.

Bela.

Aficion la tengo.

Dorotea.

Cautivo el Abindarraez
del Alcaide de Antequera,
suspiraba en la prision,
quan dulcemente se queja.
Don Rodrigo le pregunta
la causa de su tristeza,
porque el valor de los hombres
en las desdichas se muestra.
Hai! dice el Abencerrage,
valiente Narvaez, si fueran
mis suspiros mi prision,
vuestra victoria mis quejas,
Agraviára mi fortuna,

pues

pues me dán menos nobleza,
que ser vuestro esclavo Alcaide,
ser Bencerrage y Vanegas.
Hoy cumplo veinte y dos años,
essos mismos ha que reyna
una Mora en mis sentidos,
por alma que los gobierna.
Nació conmigo Xarifa,
bien debeis de conocerla,
porque tienen igual fama
vuestra espada y su belleza.
Mal dixe veinte y dos años,
pues quando estaba en su idea,
a quererla antes de ser,
me enseñó naturaleza.
Ni por estrellas la quise,
que fuera del cielo ofensa,
si para amar su hermosura
fueran menester estrellas.

BELA.

Excelentes ocho versos, ¿cúyo es este Romance?

DOROTEA.

De un caballero que está ahora en Sevilla.

BELA.

¿Cómo se llama?

DOROTEA.

Oíd lo que queda.

El criarnos como hermanos
hizo impossible mi pena,
desesperó mi esperanza,
y entretuvo mi paciencia.

Declaróse nuestro engaño
en una pequeña ausencia,
si bien la de sola un hora
era en mis ojos eterna.
Por cartas nos concertamos
que fuesse esta noche a verla:
salí galan para bodas,
que no fuerte para guerras.
Quando llegastes, Rodrigo,
iba cantando una letra,
que compuse a mi ventura,
que a mis desdichas pudiera.
Resistíme quanto pude,
mas no valen resistencias
para contrarias fortunas:
preso yo, Xarifa espera.
Qué bien dicen que hay peligro
desde la mano a la lengua:
pensé dormir en sus brazos,
y estoy preso en Antequera.
Oyendo el piadoso Alcaide
su historia amorosa y tierna,
para volver a Xarifa
liberal le dió licencia.
Llegó el Moro, y el sucesso
despues del Alva le cuenta,
que no son historias largas,
antes de los brazos buenas.

B e l a.

Dichoso Moro, pues aun hasta ahora lo es en cantar sus dichas essa voz celestial, que me ha tenido abstracto de mi mismo todo este tiempo.

Ge-

Gerarda.

¿Qué te parece, Dorotea, de aquello de abstracto? No te dixe yo que era muy discreto?

Dorotea.

Tia, yo vivo tan sola y recatada, que siempre seré necia; el señor Don Bela ha visto mucho mundo.

Bela.

Sí, pero en todo él ninguna cosa como vos.

Dorotea.

Toma, Celia, el harpa, que me obliga a mucho esta respuesta.

Gerarda.

No por tu vida, niña, no lo dejes tan presto, rogadle señor D. Bela, que vuelva a cantar otra cosa, que si tuviera con que obligarla, ya la huviera premiado el gusto, con que os ha favorecido, que no suele ser tan liberal de esta gracia; ¿pero qué no se debe a vuestra gentileza?

Bela.

Con este maridage de rubí y diamante puedo servirla.

Gerarda.

Arador de palma no le saca toda barba.

Laurencio.

¡Qué astuta vieja!

Dorotea.

Corria un manso arroyuelo
entre dos valles al Alva,
que sobre prendas de aljofar
le prestaban esmeraldas.
Las blancas y rojas flores

que

que por las margenes baña,
dos veces eran Narcissos
en el espejo del agua.
Ya se volvia el Aurora,
y en los prados imitaban
zelosos lirios sus ojos,
jazmines sus manos blancas
Las rosas en verdes lazos
vestidas de blanco y nacar,
con hermosura de un dia
daban envidia y venganza.
Ya no bajaban las aves
al agua, porque pensaban,
como daba el sol en ella,
que eran pedazos de plata.
En esta sazon Lisardo
salia de su cabaña:
¿quién pensára, que a estár triste
donde todos se alegraban?
Por las mal enjutas sendas
delante el ganado baja,
que a un mismo tiempo paciendo
come hielo, y bebe escarcha.
Por otra parte venia
de sus tristezas la causa,
hermosa como ella misma,
pues ella sola se iguala.
Leyendo viene una letra,
que a sus estrellas con alma
compuso Lisardo un dia,
con mas amor que esperanza.
Rió admirado de verla,

y de unas cintas moradas,
para matalle a lisonjas,
el instrumento desata.
Y por dos hilos de perlas,
que dos claveles guardaban,
dió la voz al manso viento,
y repitió las palabras:
Madre, unos ojuelos ví
verdes, alegres y bellos;
hai que me muero por ellos,
y ellos se burlan de mí.

GERARDA.

A ti sola te sufriera Villancico, que entrára con madre, porque en fin la tienes, y eres tan niña; pero no a unos barbados, quando comienzan:

Madre mia, mis cabellos: ...

Aunque ya mejor lo pueden decir los hombres, que las mugeres.

DOROTEA.

Las dos niñas de sus cielos
han hecho tanta mudanza,
que la color de esperanza
se me ha convertido en zelos:
yo pienso madre que vi
mi vida, y mi muerte en ellos.
¡Hai!

BELA.

Qué graciosa repeticion! ¿Cúyo es el tono?

GERARDA.

De la misma que lo canta: ¿esso preguntas?

BELA.

¡O qué mal pregunté! que no faltará habilidad ninguna, a quien el cielo dotó de tantas gracias.

GERARDA.

Pues si la viessedes poner las manos en un clavicordio, pensareis que anda una araña de cristal por las teclas: ¿pues escribir un papel de letra assentada? puede trasladar privilegios; y si es de prisa copiar al vuelo sermones.

DOROTEA.

¿Quién pensára que el color
de tal suerte me engañára?
pero quién no lo pensára,
como no tuviera amor?
Madre, en ellos me perdí,
y es fuerza buscarme en ellos.
¡Hai! que.

BELA.

Es excelente; pero yo me atengo al Moro.

DOROTEA.

¿Por qué, señor Don Bela?

BELA.

Porque esto de pastores todo es arroyuelos y margenes; y siempre cantan ellos, o sus pastoras: deseo ver un dia un pastor que esté assentado en banco, y no siempre en una peña, o junto a una fuente.

GERARDA.

¡Jesus qué gracia!

BELA.

Sea verdad que Theocrito y Virgilio, uno Griego, y otro Latino, escribieron Bucolicas.

GE-

GERARDA.

¿No te lo dixe yo, niña? ¡ Mira qué sabiduría con aquel talle! Entendimiento tiene que podia ser feo.

BELA.

El Romance de Abindarraez me haveis de hacer merced de darme, que quiero ver vuestra letra.

DOROTEA.

Yo haré lo que me mandais, y os serviré con volver a cantar, por ventura no os parecerá tan bien.

BELA.

¿Qué haces, madre? para qué me andas en las faldriqueras?

GERARDA.

Como te ví tan elevado en la voz de Dorotea, quise hacerte una burla.

BELA.

Bien pudieras, porque he estado en extasis, escuchando al mismo Orpheo.

LAURENCIO.

Y echasele de ver en que lleva tras sí las bestias.

BELA.

O Moro mas dichoso por celebralle vuestra boca, que por la liberalidad del Alcaide, en dejarle volver a su Xarifa. Sutil anduvo el Poeta en decir, que antes de nacer la quiso Abindarraez en la ideal phantasia de la naturaleza.

DOROTEA.

Los Poetas son hombres despeñados, toda su

 tien-

tienda es de impossibles.

BELA.

Y de sentencias graves, quando escriben cosas serias: valerme quiero de aquel concepto, y decir que os quise antes que tuviesse ser.

DOROTEA.

Si os valeis de esso, pensaré que vuestro amor es poesia.

LAURENCIO.

Presto será historia, y plegue a Dios que no sea tragica.

DOROTEA.

Mi madre llama por la puerta principal, salid por esta, y tú quita de aqui todo esto, no lo vea, que no tendré remedio de volver a veros.

BELA.

¿Y quándo será, señora mia?

DOROTEA.

Gerarda os lo dirá, que ahora no puedo.

GERARDA.

No tiene mala traza el Indiano.

CELIA.

De darte su hacienda.

DOROTEA.

En efecto he tomado lo que no pensaba.

GERARDA.

Piensa en lo que has de tomar, que esto ya lo tienes.

SCE-

SCENA SEXTA.

THEODORA, DOROTEA, GERARDA.

THEODORA.

¿Qué haceis, Dorotea?

DOROTEA.

Aqui estaba con Gerarda.

THEODORA.

¿Con Gerarda? milagro.

DOROTEA.

¿Por qué milagro?

THEODORA.

Porque nunca te he visto muy deseosa de su conversacion.

GERARDA.

Estabale diciendo, que en el repartimiento de mis Monjas de los Santos de este año me havia cabido Santa Inés., y haviame enternecido con su martyrio, y contabale su vida. ¿De dónde vienes?

THEODORA.

De ver una amiga que estaba de parto.

GERARDA.

¿Por qué no me llevaste contigo? Pusierale la rosa de Jericó, y mi nómina de Reliquias.

THEODORA.

Ya parió una muchacha como unas flores; pero no se parece a su padre.

GERARDA.

Imaginaría essa muger en otro, que no todos

los sucessos han de ser culpas.

THEODORA.

Un lunar tenía, que se le he visto yo a un amigo de su marido.

GERARDA.

Ves ahi lo que yo digo, estariasele mirando aquel dia, y la imaginacion hizo efecto: tan inocente está essa muger como yo misma, que no he dado passo hoy, que no sea en mis devociones.

DOROTEA.

Madre, lleno trahes de lodo el manteo.

THEODORA.

Salpicóme un caballero, de estos que van deshollinando las ventanas: ponle al sol en essa huerta, Celia.

DOROTEA.

Nunca sales, que no te suceda algo.

THEODORA.

El otro dia caí en una cueva.

DOROTEA.

¿Por qué sales sin baculo?

THEODORA.

Porque tú eres el de mi vejez, y no quieres andar conmigo.

DOROTEA.

Vas muy despacio.

GERARDA.

Cansada vienes, Theodora, dí que te den un traguecito, si dura aquello del otro dia.

CELIA.

Pide el goloso para el deseoso.

DOROTEA.

Madre, mejor es que se quede a comer con nosotras Gerarda.

THEODORA.

¿Qué novedad es esta?

GERARDA.

Dios te lo pague, niña, y quedaráse mi puchero para la noche, que en verdad que no le havia echado garbanzos, por ir de presto a missa.

THEODORA.

Hai, ¿qué bucaro es este?

DOROTEA.

Una amiga me le ha feriado al manteo, que tu decias que havia vendido, y de rabia no he querido enseñartele.

THEODORA.

Aunque te dixe aquellas cosas, bien sé yo tu virtud y honestidad, Dorotea. ¡Qué lindo es el bucaro!

GERARDA.

Si hablas en su virtud de esta niña, será nunca acabar: si fuera en el tiempo de las fabulas, ya fuera piedra como Anaxarte.

CELIA.

Ya está aqui la comida,

THEODORA.

Sientate, Gerarda.

GERARDA.

De Capellana os tengo de servir: *Benedicite*.

DOROTEA.

Dominus.

GERARDA.

Nos & ea que comituri somos, benedicat Deus in corporibus nostros.

THEODORA.

No tanta fruta, Dorotea, que estás muy convaleciente, deja las uvas.

DOROTEA.

¿Qué me han de hacer, que ya estoy buena?

THEODORA.

Toma estos higos, Gerarda.

GERARDA.

Por tí tomaré uno, que no lo hiciera por el padre que me engendró: pero es menester que sepas, que con un higo se bebe tres veces.

THEODORA.

¿Quién lo escribe?

GERARDA.

El Philosopho Alaejos: ¿pensaste que era Plutarco? Abrole por medio: dame, Celia, la primera.

THEODORA.

¿Sin comerle bebes?

GERARDA.

Ahora le echo un poco de sal: dame la segunda.

THEODORA.

Ya tienes las dos aparte: ¿qué harás ahora?

GERRRDA.

Cerrar el higo: dame la tercera.

CELIA.

Bebe, y buen provecho; pero mira que es fuerte.

GE-

GERARDA.

Mas fuerte era Sanson, y le vencio el amor: bien haya quien te crió.

THEODORA.

¿El higo echas por la ventana despues de tantas prevenciones?

GERARDA.

¿Pues él havia de entrar acá? No se verá en esse gozo.

THEODORA.

Deja el tocino, Dorotea; come tu pollo, que no estás para esso.

DOROTEA.

Todo lo tengo de dejar, pollo, pollo, ya me tienen mas cansada que castañas en Quaresma.

GERARDA.

¿Quál está el tocinillo? dame a beber, Celia, que te descuidas de mi, y a fé que no me lo debes, que quando estás haciendo tu labor olvidada de mi, estoy yo estudiando los nominativos de tu casamiento, y la noche de S. Juan ví grandes cosas en un orinal de vidrio, y a fé que quien passó a tales cosas, que no venia a burlar. Toribio dixo, Montañés será tu marido.

CELIA.

¿Cosa que sea destos que venden agua?

GERARDA.

¿Pues qué querias, que tuviesse solar, pendon y caldera? Dame de beber, que me ahogo.

CELIA.

¿Tan presto, tia?

Gerarda.

¿Esto es presto? bueno por mi salud: *Esto, y nada llevaoslo en la halda.*

Theodora.

Come de essa gallina, muchacha.

Dorotea.

No puedo mas, señora, que cocida me hace asco.

Gerarda.

Come, Dorotea, que *Cara sin dientes hace a los muertos vivientes.*

Dorotea.

¿Y quién es la cara sin dientes?

Gerarda.

Las gallinas, hija, que crian linda carne.

Celia.

Quando la vieja anda por refranes, buena está su alma.

Theodora.

Tú me agradas, Gerarda, que hablas y comes.

Gerarda.

Esse niño me alaba, que come y mama.

Celia.

Otro refrancito: ¿qué colorada está la madre? parece madroño, y la nariz zanahoria.

Gerarda.

Quando yo me acuerdo de mi Nuflo Rodriguez a la mesa, ¿qué decia él de cosas? qué gracias? qué cuentos? de él aprendí las oraciones que sé; era un bendito, no hizo en su vida mal a un gato, que quando le sacaron a la verguenza, fue por ser tan hombre de bien, que

que nunca quiso decir, quien havia tomado los platos del Canonigo: ahora parece que le veo por essa calle mayor ¡ qué cara llevaba en aquel pollino! no dixeran sino que iba a casarse; y como él tenia tan linda barba, agraciabale mucho el desenfado, con que picaba aquella bestia lerda: ya le decia yo que no saliera sin acicates.

THEODORA.

Gerarda, no bebas mas, que dices desatinos, y en otra parte pensáran que era verdad lo que dices. ¿ Para qué lloras?

GERARDA.

Porque fue crueldad llevarle a galeras.

CELIA.

Ya lo emienda.

GERARDA.

Dios manda que se digan las verdades.

THEODORA.

No en daño del proximo.

GERARDA.

¿ Qué daño es contar sus alabanzas, Theodora? ni refrescar la memoria del bien que se ha perdido?

CELIA.

A lo menos refrescar lo bien que se ha bebido.

GERARDA.

La primera vez que me halló en aquella niñeria del estudiante fue notable su paciencia, era hibierno, y echónos a mi y a él un jarro de agua en la cama, diciendo con aquella bondad, de que él se preciaba mucho: *A los vellacos mojallos.*

THEODORA.

¿No adviertes, Dorotea, la condicion del vino?

DOROTEA.

Fiale tus secretos, que essa es la primera de tus faltas.

THEODORA.

¡O infame vicio, tan opuesto à la honra, como aborrecido de la templanza!

DOROTEA.

Quanto vino entra, tantos secretos salen.

THEODORA.

Desde que le pisaron, por huir de los pies, se sube a la cabeza.

CELIA.

¿Para qué me haces señas, tia?

GERARDA.

¿Para qué me lo preguntes, necia? quánto va que me levanto, pues no me entiendes?

CELIA.

Ha caído un mosquito.

GERARDA.

No hayais miedo que se descalabre, no le saques, Celia, que son los espiritus de este licor como los atomos del ayre: el vino los engendra, y a nadie le parecieron sus hijos feos: *Y quando dieres vino a tu señor, no le mires al sol.*

CELIA.

Que quiera, que no quiera, el asno ha de ir a la feria.

GERARDA.

Pesa presto, Maria, quarteron por media libra.

CE-

CELIA.

No cabe mas la taza, que no es saca de lana.

GERARDA.

La leche de los viejos es el vino, no sé si lo dice Ciceron, o el Obispo de Mondoñedo. ¡ Hai mi buen Nuflo Rodrigo.

THEODORA.

A la tema vuelve.

GERARDA.

En su vida reparó en mosquito, todo quanto venia, colaba, que era una bendicion: llamaba grosera al agua, porque criaba ranas, y una de las cosas, con que me venció, para que no la bebiesse, quando me casé con él, fue decirme, que havian de cantar en el estomago, y pusome tanto miedo, que desde entonces, sea Dios bendito, no la he probado; pues ya para lo que me queda, con su ayuda bien sabré salir de este peligro.

CELIA.

Mire que se duerme, tia.

GERARDA.

Vieneme el mal que me suele venir, que despues de harto me suelo dormir.

CELIA.

Pues si sabe la falta, deje la causa.

GERARDA.

Un cuchillo mismo me parte el pan, y me corta el dedo.

CELIA.

Labrar y hacer albardas, todo es dar puntadas.

GERARDA.

La primera vez que yo me fui de con mi Nuflo, no estuve mas de cinco meses fuera de su casa; aun ahora se me acuerda, con qué gracia què me dixo, quando volví, aguardaria la señora a que fuesse por ella.

THEODORA.

Madre Gerarda, come mas, y bebe menos, que con la sal de tus gracias te brindas a tí misma.

DOROTEA.

Ya me pesa de que las hayas convidado.

GERARDA.

¡Hai Dorotea! Como eres niña, no has menester al vino, ni sabes sus virtudes.

DOROTEA.

Querrás ahora ser su coronista.

GERARDA.

Dixome mi Doctor, que el vino viejo que passa de quatro años, es caliente y seco en el tercero grado.

DOROTEA.

¿Qué son grados, tia?

GERARDA.

Hija, todo lo que ha de saber quien vive en este mundo; digo yo, que serán mas, o menos cantidades: finalmente el vino, mientras mas se envejece, mas calor tiene, al contrario de nuestra naturaleza, que mientras mas vive, mas se va enfriando; es mejor el mas oloroso, mas poderoso y espiritoso, no amargo, ni con punta de vinagre, porque ha de ser agradable a todos

los

los sentidos, y el que danza en la capa, tenle por mas gallardo.

THEODORA.

El pan con ojos, el queso sin ojos, el vino que salte a los ojos.

GERARDA.

Este que digo, ayuda a la virtud expulsiva, resuelve los malos humores, y quita las ventosidades; es bueno para los que tienen crudezas en las venas y en otras partes.

THEODORA.

Esse vino no es para gente moza, y el verano sería veneno, el hibierno será bueno para viejos y flematicos; este es razonable; pero ha de beberse con templanza, que de essa manera alegra el corazon, y fortalece los espiritus.

DOROTEA.

Para huir las ofensas del vino, no se han de comer cosas dulces y apetitivas.

GERARDA.

¡Qué segura estoy de esse cuidado!

THEODORA.

Si huvieras tomado antes del mantenimiento siete almendras amargas, o de otras cosas astringentes, no te ofendiera el vino.

GERARDA.

Hai, Theodora, dejate dessas invenciones, no hay cosa como siete torreznos: ¿ yo siete almendras? Daselas a los siete Infantes de Lara, que ya soy mayor de veinte y cinco años, y sé lo que me cumple.

Celia.

Perdida está la vieja.

Dorotea.

Tia, ¿quál es la mejor agua?

Gerarda.

Niña, la que cae del cielo, porque no la bebe nadie.

Dorotea.

Dicen que la clara sutil, que nace al Oriente, y corre por la tierra, no sobre piedras.

Gerarda.

Corra por donde quisiere, no haya miedo que yo me fatigue por alcanzarla.

Dorotea.

No sé como dicen, que el vino da buena lengua, y que algunos para hablar con osadia a los grandes Principes se valen de su favor, porque yo veo, Gerarda, que no hablas claro.

Gerarda.

Esso no nace del vino, sino del sueño.

Dorotea.

¿Y el sueño de quién nace?

Gerarda.

De estar confortados las partes intrinsecas.

Dorotea.

Mucho te costó salir de essa palabra.

Gerarda.

¿Cómo ha tanto que no viene, Celia, a refrescarme? Dame tú de beber, negra, que esta moza me quiere mal, porque la riñen sus travesuras.

Ce-

CELIA.

La negra está en la cocina.

GERARDA.

Pues dame tú de beber, doncella de la Vera, y perdona, que ya sé que te traygo hecha pedazos.

CELIA.

No quiero, señora.

GERARDA.

Este tu hijo Don Lope, ni es miel, ni es hiel, ni vinagre, ni arrope.

CELIA.

En los ojos tienes esso postrero, como has llorado.

GERARDA.

Quando dan por los aladares, canas son que no lunares; dame sin que lo vean.

CELIA.

Nueve veces has bebido.

GERARDA.

Escuderos de Hernan Daza, nueve debajo de una manta.

CELIA.

No la havrás menester esta noche.

GERARDA.

No tiene mas frio nadie, que la ropa que trahe.

THEODORA.

Mira, Gerarda, que te hará mal, y que Celia y la negra se estan riendo, y con ser tu amiga Dorotica, no te la perdona.

GERARDA.

Quando el Guardian juega a los naypes, qué harán los Frayles?

THEO-

Theodora.

Quitale essas azeitunas, negra.

Gerarda.

Bien puede, que una hora havrá que estoy con el huesso de una, pidiendo una consolacion.

Theodora.

Alza esta mesa, y dale, niña, un poco dessa gragea a Gerarda.

Gerarda.

Gragea a Guinea, rebentado sea mi cuerpo, si en él entráre. No se hallará en todo mi linage persona que haya comido dulce; en mi vida fui a bautismo, por no ver el mazapan y los almendrones: quando voy por las calles me voy arrimando a las tabernas, y huyendo de las confiterias; y en viendo un hombre que come cascos de naranja, le miro si tiene ojos azules: ¿pues passas? maldito sea el corazon que las passó, ni al sol, ni a la legia.

Celia.

Ande acá, tia, que no está para firmar.

Gerarda.

Si como tiene orejas, tuviera boca, a muchos llamará la picota.

Celia.

Con buenas oraciones se alza la mesa.

Gerarda.

No quites los manteles, daré gracias, pues eché la bendicion.

Theodora.

Dí, veamos.

Ge-

GERARDA.

Quod habemus comido, de Dominus Domini sea benedito, y a micos y a vobis nunca faltetur, y ahora dicamus el sanctificetur.

DOROTEA.

No se le puede negar, que tiene gracia, y yo conozco muchos presumidos de ciencias, que saben menos Latin.

GERARDA.

Despues de comer siempre tengo yo mis devociones: llevame al oratorio, Celia.

CELIA.

Tia, mejor es a la cama. No te cargues tanto, que pesas mucho.

GERARDA.

La puerta pesada, puesta en el quicio no pesa nada.

CELIA.

Topaste en la silla, por acá, tia.

THEODORA.

¡Qué golpe que se ha dado! Llevala con tiento, ignorante.

CELIA.

¿Qué tiento, sino le tiene?

CORO DE INTERES.

Dimetros Iambicos.

Amor, tus fuerzas rigidas
cobardes son y debiles
para sujetos inclitos
de conquistar dificiles.

Al interés esplendido
son las empresas faciles,
con el oro Dalmatico
y los diamantes Scythicos.
El dar prodigo artifice
constantes hizo adulteras,
no todas son Eurydices,
Evadnes y Penelopes.
Ya no se mata Pyramo,
ni son las Daphnes arboles
para la sacra purpura
de las doradas aguilas.
¿Qué Caucaso, qué Rhodope,
qué marmoles Ligusticos,
no vuelve en cera liquida
este metal dulcisono?
Amor a Venus candida,
porque en los brazos horridos
la vió de un feo Satyro,
lloró con tiernas lagrimas.
Al fiero Marte indomito,
y al claro Apolo Delphico,
por un Fauno ridiculo
trocó la Diosa impúdica.
No piense amor solicito
por las victorias de Hercules,
que sus historias tragicas
ha de escribir en porphydos.
Que mis pomas Hesperides
han de vencer sus maquinas,
y los mayores triumphos
de los Romanos Cesares.

LA DOROTEA

ACTO TERCERO.

SCENA PRIMERA.

DON FERNANDO, JULIO.

FERNANDO.

APenas, o Julio, hè llegado, quando quisiera no haver venido: bien dixo aquel Poeta:

O gustos de amor traydores,
sueños ligeros y vanos,
gozados siempre pequeños,
y grandes imaginados.

JULIO.

¿Pues qué es lo que ahora te da pena? esta era la prisa? esto decir que se havia parado el tiempo? ¿esto hacerme levantar antes que supiessen los pajaros que amanecia? ¿para esto prometias tanto dinero a los mozos del camino, porque te pusiessen en la Corte el dia que señalabas?

FERNANDO.

¿De qué te admiras, Julio? ¿no sabes que se esfuerza más el deseo, quando tiene mas cerca la causa? Otros que vienen de ausencias lar-

gas, descansan de sus cuidados con ver el dueño de ellos: ¿pero infeliz de mi, a qué he venido, sino tengo de ver a Dorotea?

JULIO.

¿Quién te lo quita?

FERNANDO.

El mismo amor que me lo manda.

JULIO.

No pienses en lo que piensas.

FERNANDO.

¿Cómo puedo no pensar en lo que pienso?

JULIO.

Divertiendo el pensamiento.

FERNANDO.

Dame un libro.

JULIO.

¿Latino, Francés, o Toscano?

FERNANDO.

Dame a Heliodoro en nuestra lengua.

JULIO.

¡Gentil devocionario! Toma.

FERNANDO.

Aqui dice: *Theagenes y Clariquea quedaron solos en la cueva, juzgando por gran bien la dilacion de los trabajos que esperaban, porque hallandose libres, se dieron los brazos amorosamente*: ¿Esto quieres que lea?

JULIO.

Yo no, que tu lo pides.

FERNANDO.

Esto mas enciende, que entretiene. ¡Hai de mí, Julio! ¿qué hará la cruel Dorotea?

Ju-

JULIO.

Deja por Dios essa imaginacion que te atormenta.

FERNANDO.

Muestra el agedrez, jugaremos un poco.

JULIO.

Bien dices, pongo las piezas.

FERNANDO.

¿Están puestas?

JULIO.

¿Pues no lo vés? comienza: ¿qué has hecho?

FERNANDO.

Derribélas todas, por no ponerme a peligro de perder la Dama. Muestra las espadas negras.

JULIO.

Quitaréles el polvo de nuestra ausencia.

FERNANDO.

De la postura angular, dice Carranza, que salen todas las heridas. ¿Qué postura tendria el amor, quando me dió las mias?

JULIO.

Preguntalo a Dorotea, que le dió el arco.

FERNANDO.

Bien hiciste essa treta, que del fin del tajo salen todas las estocadas. ¡Hai, Dorotea, que no me bastan reparos contra las tuyas!

JULIO.

¿Por qué arrojas la espada?

FERNANDO.

Porque no diga Alcayato que está en manos del loco.

JULIO.

A un gentil hombre, que tu conoces, se le ha muerto su dama, yo quiero entretenerte con unos versos suyos a manera de Idylios Piscatorios.

FERNANDO.

Yo tengo dos del mismo, y los he puesto en famosos tonos.

JULIO.

Pues escucha estos, que no son menos buenos que los que dicen.

FERNANDO.

Dí, si te acuerdas de ellos.

JULIO.

¡Hai soledades tristes
de mi querida prenda,
donde me escuchan solas
las ondas y las fieras!
Las unas que espumosas
nieve en las peñas siembran,
porque parezcan blandas
con mi dolor las peñas:
Las otras que bramando
ya tiemblan la fiereza,
y en sus entrañas hallan
el eco de mis quejas.
¿Cómo sin alma vivo
en esta seca arena?
o cómo espero el dia,
si está mi Aurora muerta?
¿O pediré llorando
la noche de su ausencia,

que

que pues ya viven juntas,
entrambas amanezcan?
Pero saldrán las suyas,
y no saldrá mi estrella,
que aunque de noche salen,
padece noche eterna.
Alma Venus, divina,
que dia y noche muestras
la senda del Aurora,
y del mayor planeta,
Por esta noche sola
le da la presidencia,
pues sabes que te iguala
su luz y su pureza.
Cubra funesto luto
barquilla pobre y yerma,
de la proa a la popa
tus jarcias y tus velas.
No ya tendal te vista,
ni te coronen fiestas
maritimos hinojos,
mas venenosa adelfa.
Las juncias y espadañas
que de aquestas riberas
con sus dorados lirios
texidas orlas eran,
Y los laureles verdes
secos tarayes sean,
lo inutil de sus hojas
mis esperanzas tengan:
Y rómpaste de suerte,
que parezcas deshecha

cabaña, despreciada,
que los pastores dejan.
No ya por la mesana
tus flamulas parezcan
sierpes de seda al viento,
de tafetan cometas:
No de alegres colores,
sino de sombras negras,
las palas de tus remos
las hondas encanezcan.
No las desnudas Nymphas,
quando la vela tiendas,
a la embreada quilla
arrimen las cabezas.
Deshechos uracanes
te saquen y te vuelvan,
pues ya la mar de España
les concedió licencia.
Vosotros, o barqueros,
que en aquestas aldeas
dejais vuestras esposas
hermosas y discretas:
Si obligan amistades
a mis tristes hendechas,
en tanto que las olas
por estas rocas trepan:
Pues viven retiradas
las barcas y las pescas,
ayudad con suspiros
mis lastimosas quejas.
El que a la mar saliere,
para que presto vuelva,

embarquese en mis ojos,
y le tendrá mas cerca.
El que estuviere alegre,
ni venga, ni me vea,
que volverá de verme
con inmortal tristeza.
Cantad cipres funesto,
y acompañad mi pena
con versos infelices
de miseras Elegias.
Y el que mejores Rimas
hiciere a las exequias
de mi querida esposa,
tal premio se prometa.
Aqui tengo dos vasos,
donde esculpidas tenga
la desdeñosa Daphnes
y la amorosa Leda:
Aquella verde Laura,
y con las plumas esta
del cisne, por quien Troya
llamó su fuego a Helena:
Y dos redes tan juntas,
que si sus nudos cuenta,
podrá suspiros mios,
y yo del mar la arena.
Sacarán las Nayades,
las Dryadas y Oreas,
aquellas de las hondas,
las otras de las selvas,
Las frentes, que coronan
corales y verbenas,

para que doble el llanto
tan misera tragedia,
Ya es muerta, decid todos,
ya cubre poca tierra
la divina Amarylis,
honor y gloria vuestra.
Aquella, cuyos ojos
verdes de amor centellas,
musicos celestiales
Orpheos de almas eran:
Cuyas hermosas niñas
tenian como reynas
doseles de su frente
con armas de sus cejas.
Aquella, cuya boca
daba leccion risueña
al mar de hacer corales,
al Alva de hacer perlas:
Aquella que no dixo
palabras estrangeras
de la virtud humilde,
y la verdad honesta:
Aquella, cuyas manos
de vivo azar compuestas,
eran nieve en blancura,
cristal en transparencia:
Cuyos pies parecian
dos ramos de azucenas,
si para ser mas lindas
nacieran tan pequeñas.
La que en la voz divina
desafió Sirenas,

pa-

para quien nunca Ulysses
pudiera hallar cautela.
La que añadió al Parnasso
la Musa mas perfecta,
la virtud y el ingenio,
la gracia y la belleza.
Matóla su hermosura,
porque ya no pudiera
la envidia oír su fama,
ni ver su gentileza.
Venid a consolarme,
si puede ser que sea;
mas no vengais, barqueros,
que no quiero perderla.
Que si mi vida dura,
es solo porque sienta
mas muerte con la vida,
mas vida que sin ella.
Ya roto el instrumento,
los lazos y las cuerdas,
lo que la voz solia,
las lagrimas celebran.
Su dulce nombre llamo,
mas poco me aprovecha,
que el eco que me burla,
con mis acentos suena.
Mi propria voz me engaña,
y como voy tras ella,
quanto la sigo y llamo,
tanto de mí se aleja.
En este dulce engaño,
pensando que me espera,

salen del alma sombras
a fabricar ideas.
Delante se me ponen;
y yo con ansia extrema
lo que imagino, abrazo,
por ver si efecto engendra.
Pero en desdicha tanta
y en tanta diferencia,
los brazos que engañaba,
desengañados quedan.
¡Qué alegre respondia,
dividiendo risueña
aquel clavel honesto
en dos espheras medias!
Y yo su esposo triste,
al desatar la lengua
cogia de sus hojas
la risa con las perlas.
Mas ya no me responde
mi dulce amada prenda,
que en el silencio eterno
a nadie dan respuesta.
De suerte sus memorias
en soledad me dejan,
que busco sus estampas
por esta arena seca.
Y donde tantas miro,
¡qué locura tan nueva!
escojo las menores,
y digo que son ellas.
No hay arbol, donde tuvo
alguna vez la siesta,

que

que no le abraze, y pida
la sombra que me niega.
Y entre estas soledades
con ansias tan estrechas,
no miro su retrato,
y muerome por verla.
Que no pueden los ojos
sufrir, que muerta sea
la que tan lindo talle
pintada representa.
Lo que deseo, huyo,
porque de ver me pesa
que dure mas el arte,
que la naturaleza.
Sin este, porque creo,
(como me mira atenta,)
que pues que no me habla,
no debe de ser ella.
Pintóla Francelise,
de las paredes cuelga
de mi cabaña pobre,
¡mas qué mayor riqueza!
Si alguna vez acaso
levanto el rostro a verla,
las lagrimas la miran,
porque los ojos ciegan.
Mas no podrá quejarse
de que otra cosa vean,
aunque mirasse flores,
sin parecerme feas.
Tan triste vida passo,
que todo me atormenta,

la muerte, porque huye;
la vida, porque espera.
Quando barqueros miro,
cuyas esposas muertas,
que tanto amaron vivas,
olvidan, y se alegran.
Huyo de hablar con ellos,
por no pensar que puedan
hacer en mi los tiempos
a su memoria ofensa.
Porque si alguna cosa,
aun suya, me consuela,
ya pienso que la agravio,
y dejo de tenerla.
Assi lloraba Fabio
del mar en las riberas,
la vida de Amarylis,
la muerte de su *ausencia*:
Quando atajaron juntas
con desmayada *fuerza*,
el corazon las *ansias*,
las *lagrimas la lengua*.
Amor, que le escuchaba,
dixo: La edad es esta
de Pyramo y Leandro,
de Porcia, Julia y Phedra.
Que no son de estos siglos
amores tan de veras,
que ni el morir los cura,
ni el tiempo los remedia.

FERNANDO.

Con tanta accion has leído, Julio, essos versos, que me has trahido las lagrimas a los ojos.

JULIO.

Debe de ser como te halla flaco de la voluntad.

FERNANDO.

¡O quanto me agradan las cosas tristes! y bien haya hombre tan firme y tan dichoso.

JULIO.

¿Dichoso puede ser quien pierde lo que los versos dicen?

FERNANDO.

Pluguiera a Dios que yo llorára a Dorotea.

JULIO.

Parece tu deseo el de aquel tyrano, que partiendose a Roma, donde le llamaba Cesar, encargó a un amigo que matasse a Mariana su esposa, si el Cesar le matasse a él, porque lo que tanto amaba, no fuesse de otro; y fue despues del mismo amigo que le descubrió el secreto.

FERNANDO.

Mejor estado, Julio, es el de esse amante, que el que yo tengo. ¡O si pudieramos trocar tristezas! que él llora lo que le falta, y yo lo que tiene otro.

JULIO.

No digas tal, que no es possible.

FERNANDO.

Si ello es, como es, possible, ¿para qué lo dudas?

JULIO.

O quieres, o no quieres a Dorotea: si la quieres,

res, piensa bien de lo que quieres; sino la quieres, no pienses tanto en cosa que no quieres.

Fernando.

Yo la quiero, y la aborrezco.

Julio.

Es impossible.

Fernando.

Aristoteles escribe, que la hermosa Helide tuvo amores con un Ethiope, y parió una hija blanca, pero que el hijo de la hija nació negro; y assi de la hermosura de Dorotea nace mi amor blanco; pero de este mismo despues mi aborrecimiento negro.

Julio.

¿Da la razon el Philosopho?

Fernando.

No mas de que vuelve despues de muchos generos la semejanza: consultale en el libro primero de la *Generacion de los animales*.

Julio.

Pienso que te contradices, porque si de la hermosura de Dorotea nació tu amor blanco, ¿quién de los dos fue el Ethiope, para que saliesse negro el aborrecimiento?

Fernando.

Los zelos, Julio, que nunca amor se engendró sin ellos.

Julio.

Graciosa respuesta.

Fernando.

Si de la posicion de el antecedente se infiere la consequencia, perfecto es el sylogismo.

Ju-

JULIO.

¿Por qué amas a Dorotea?

FERNANDO.

Porque es digna de ser amada.

JULIO.

Es fuerza que sea bien, para que se ame.

FERNANDO.

Hay distancia de bien a buena, que ya sé yo del Philosopho en las *Ethicas*, donde trata de los amigos, que lo que es absolutamente bueno, es amable y apetecible; pero dice que el amor es semejante al afecto, y la amistad al habito.

JULIO.

Holgárame que huvieras leído en el libro primero de los *Rhetoricos* la causa por qué los amantes en medio de sus tristezas estan alegres.

FERNANDO.

¿A qué proposito?

JULIO.

Dice, que como los enfermos se alegran en la furia de la calentura, pensando en que han de beber, assi los que aman, quando estan ausentes, quando escriben, y quando desean, se alegran imaginando en el efecto del bien que esperan.

FERNANDO.

Ya te entiendo, Julio, quieres decir, que espero ver a Dorotea: ¿pues cómo se ajusta esse pensamiento al mio, si la quiero, porque es hermosa? y no la veo, porque la aborrezco?

JULIO.

No quiero responderte, sino divertirte. Oye el

segundo discurso del mismo amante.

Para que no te vayas
pobre barquilla a pique,
lastremos de desdichas
tu fundamento triste.
Pero tan grave peso
¿cómo podrás sufrirle?
si fuera de esperanzas
no fuera tan dificil.
De viento fueron todas,
para que no te fies
de grandes Oceanos
que las bonanzas fingen.
Halagan las orillas
con ondas apacibles,
peynando las arenas
con circulos sutiles.
Serenas de semblante
engañan los esquifes,
jugando con los remos,
porque no los avisen.
Pero en llegando al golfo,
no hay monte que se empine
al cielo mas gigante,
a donde tantos gimen.
Traydoras son las aguas,
ninguna se confie
de condicion tan facil,
que a todos vientos sirve.
Tan presto ver el cielo
a las gabias permite,

co-

como que los abismos
las rotas quillas pisen.
Ya, pobre leño mio,
que tantos años fuiste
desprecio de las ondas,
por Scylas y Charybdis,
Es justo que descanses,
y en este tronco firme
atado como loco
del agua te retires.
No intentes nuevas tablas,
ni el viento desafies,
que ruínas del tiempo
ninguna emienda admiten.
Mientras te cuelgo al templo
victorioso, apercibe
para injustos agravios
paciencias invencibles.
En la deshecha popa
desengañado escribe:
NINGUNA FUERZA HUMANA
AL TIEMPO SE RESISTE.
No te anuncien las aves
tempestades terribles,
ni el vér que entre las ramas
ayrado el viento silve.
No mires los que salen,
ni barco nuevo envidies,
porque le adornen jarcias,
y velas le entapizen.
A climas diferentes
la errada proa inclinen

las poderosas naves
de cesares Philipes.
Antarcticos thesoros
alegres soliciten
diamantes Orientales,
saphyros y amethystes.
Las armas de las popas
con generosos timbres
los montes de agua espanten,
la tierra opuesta admiren.
Y tú de solo el cielo
cubierta, no porfies
a volver à las ondas
de quien saliste libre.
Huye abrasadas Troyas,
siendo al furor de Achiles
Eneas el silencio,
y la virtud Anchises.
Quando tu dueño y mio
en esta orilla viste
saliendo de las aguas
salir a recibirme,
Aun no mostraba el Alva
sus candidos perfiles,
riendo en azucenas,
llorando en alelies.
Quando a buscar regalos
eras pomposo cisne
por las ocultas sendas
del Reyno de Amphitrite;
Ni temias tormentas,
ni encontadoras Circes,

que

que ya, para Sirenas
era mi amor Ulysses.
Y aun me vieron a veces
sus cristalinas Syrtes
buzano de las perlas,
y de los peces lynce.
¿Qué pesca no le truxe,
quando la noche viste
de sombras estos montes,
que con mi amor compiten?
Y no en luciente plata,
sino en texidas mimbres,
que donde vienen almas,
son las riquezas viles.
No hay cosa entre dos pechos
que mas el alma estime,
que verdades discretas
en apariencias simples.
Ya la temida Parca,
que con igual pie mide
los edificios altos
y las chozas humildes,
Se la robó a la tierra,
y con eterno eclipse
cubrió sus verdes ojos,
ya de los cielos Iris.
Aquellas esmeraldas,
que con el sol dividen
la luz y la hermosura,
en otro cielo assisten.
Aquellos que tuvieron,
riendose apacibles,

la honestidad por alma,
que no el despejo libre.
Ya de su voz no tienen,
que dulcemente imiten,
los arroyos passages,
los ruyseñores tiples.
No sé qual fue de entrambos,
bellissima Amarylis,
ni quien murió primero,
ni quien ahora vive.
Presumo que trocamos
las almas al partirte,
que pienso que es la tuya
esta que en mí reside.
Tendido en esta arena
con lagrimas repite
mi voz tu dulce nombre,
porque mi pena alivie.
Las ondas me acompañan,
que en los opuestos fines
con tristes ecos suenan,
y lo que digo dicen.
No hay roca tan sobervia.
que de verme y oirme
no se deshaga en agua,
se rompa y se lastime.
Levantan las cabezas
las phocas y delphines
a las amargas voces
de mis acentos tristes.
No os admireis, les digo,
que llore, y que suspire

aquel

aquel barquero pobre,
que alegre conocistes:
Aquel que coronaban
laureles por insigne,
sino miente la fama
que a los estudios sigue.
Ya por desdichas tantas,
que le humillan y oprimen,
de lugubres cipresses
la humilde frente ciñe.
Ya todo el bien que tuve,
de verle me despide,
su muerte es està vida
que me gobierna y rige.
Ya mi amado instrumento,
que hazañas invencibles
cantó por admirables,
lloró por infelices,
En estos verdes sauces
ayer pedazos hice,
supieronlo barqueros,
enojados me riñen.
Qual toma los fragmentos,
y a unirlos se apercibe;
¿pero difunto el dueño
las cuerdas de qué sirven?
Qual le compone versos,
qual porque no le pisen,
le cuelga de las ramas
transformacion de Thisbe.
Mas yo que no hallo engaño
que tu hermosura olvide,

a quanto me dixeron
llorando satisfice.
Primero que me alegre,
será possible unirse
este mar al de Italia,
y el Tajo con el Tiber.
Con los corderos mansos
retozarán los tigres,
y faltará a la ciencia
la envidia que la sigue.
Que quiero yo que el alma
llorando se destile,
hasta que con la suya
esta unidad duplique.
Que puesto que mi llanto
hasta morir porfie,
tan dulces pensamientos
serán despues phenices.
En bronce sus memorias
con eternos buriles
amor, que no con plomo,
blando papel imprime.
O luz que me dejaste,
¿quándo será possible
que vuelva a verte el alma,
y que esta vida animes?
Mis soledades siente:
mas hai! que donde vives,
de mis deseos locos
en dulce paz te ries.

FER-

FERNANDO.

Dame un traslado de estas Endechas, Julio, que si fueran breves las estudiára para cantarlas.

JULIO.

Las otras dos, que tienes, son mas aproposito.

FERNANDO.

¡Qué amor! qué fineza! qué verdad! qué soledad! No le ha faltado a esse amante, sino beberse las cenizas de su Amarylis.

JULIO.

En los pies de los Idolos de la India he visto unas urnas de oro; y preguntando lo que havia en ellas, me dixeron que las cenizas de algun Indio, que porque las pusiessen al pie del Idolo, se dejaban quemar de sus ministros: pareceme que quisieras ocupar una de éstas a los pies de Dorotea.

FERNANDO.

No lo creas, Julio, sino advierte, como parece, que se hicieron los versos para descansar los que aman.

JULIO.

Y para desechar las tristezas y el temor del animo, como en Horacio havrás visto, donde dice, que con las Musas no temia el rigor de los cuidados.

FERNANDO.

Remedio del amor las llama Theocrito en su Cyclope, y debe ser, porque alivian sus tristezas, quejandose, que no porque le curen, y son exemplo los versos referidos; ¡quién pudiera dar las suyas al aura! como dixo a Anacreonte; pero

ni el escribirlos, ni el cantarlos sossegará las tempestades del mar de mis pensamientos.

JULIO.

Pues el huir no fue remedio, ¿cómo lo será el acercarte? Mejor lo passabas en Sevilla: yo pensé, que te enamorabas ya de aquella de los ojos negros.

FERNANDO.

¡Hai, Julio, que son heridas que se curan sobre falso!

JULIO.

No le faltaba hermosura.

FERNANDO.

Ni entendimiento.

JULIO.

¿Pues qué le faltaba?

FERNANDO.

¿No has visto un hombre que escribe mal, y quiere que un maestro le enseñe a escribir bien, que passa mas trabajo en quitarle la primera forma, que en enseñarle la segunda? pues dessa suerte no puede el segundo amor enseñar, hasta que el primero olvide.

JULIO.

Quiero decirte unos versos que oí en una Comedia a proposito de tus zelos, de tus jornadas, y de este Indiano que te amartela, que segun imagino, esse despertador desvela mas tu pensamiento, que las gracias y hermosura de Dorotea.

Canta pajaro amante en la enramada
selva a su amor, que por el verde suelo

no

no ha visto al cazador, que con desvelo
le está escuchando, la ballesta armada.
Tirale, yerra, vuela, y la turbada
voz en el pico, transformada en hielo,
vuelve, y de ramo en ramo acorta el vuelo,
por no alejarse de la prenda amada.
De esta suerte el amor canta en el nido;
mas luego que los zelos, que rezela,
le tiran flechas de temor de olvido:
Huye, teme, sospecha, inquiere, zela,
y hasta que ve que el cazador es ido,
de pensamiento en pensamiento vuela.

FERNANDO.

Julio, ya havemos venido, no hay sino tener paciencia, y divertirnos por essos campos.

JULIO.

Mejor fuera por essas conversaciones, y mirando otras cosas que tuvieran hermosura.

FERNANDO.

¿Y a dónde ha de haver hermosura fuera de Dorotea?

JULIO.

En todo aquello que tuviere proporcion, que esso es hermosura: porque como dixo en su Philographia Leon Hebreo, la forma que mejor informa la materia, hace las partes del cuerpo entre sí mismas mas iguales con el todo, unificando el todo con las partes.

FERNANDO.

¿Y dónde se hallará essa union y correspondencia?

JULIO.

En muchas, que no se abrevió la mano de la naturaleza en Dorotea.

FERNANDO.

Mil veces he pensado, que de lo que le sobró de la materia, de que la compuso, hizo despues las rosas y los jazmines.

JULIO.

¿A essa cuenta primero fue Dorotea, que las rosas?

FERNANDO.

No, Julio, sino que aquello candido y purpureo de jazmines y rosas estaba ya gastado con el tiempo, y renovóse con las sombras de los colores de Dorotea,

JULIO.

Pobre juicio, mejor será dejarte, que persuadirte.

FERNANDO.

Julio, tratame bien, hasta que estés enamorado.

JULIO.

Enviaba un villano un rocin de caza que codiciaba un Grande, y decia la carta: *Ahi llevan el rocin, mas flaco que quando le vió V. Señoria, porque está enamorado, y assi le suplico, que le trate como vuestra Señoria quisiera que le trataran, si fuera rocin.*

FERNANDO.

Pesado estás sobre necio.

JULIO.

Yo te digo lo que te importa.

FER-

FERNANDO.

Y yo con Ovidio, que ninguno que ama, lo conoce, y con Seneca en su Hypolito, lo que tomó dél Garcilasso, quando dixo:

*Conozco lo mejor, y lo peor aprueb*o.

SCENA SEGUNDA.

DON BELA, LAURENCIO.

BELA.

Estoy contento, Laurencio, de haver conquistado la gracia de su madre de Dorotea, porque hasta tenerla, todo era inquietud y desasossiego de entrambos, y era fuerza que fuesse mayor el mio.

LAURENCIO.

¿Qué no quieres conquistar, si el General es de diamante, y los soldados de oro? haz cuenta que tú estabas en Madrid, y que ellas fueron a las Indias.

BELA.

Quanto se gasta es poco respecto de lo que merece Dorotea.

LAURENCIO.

Mucho merece; pero mucho se gasta. Notable oficio es la hermosura: a quien le dió la naturaleza, no busque otro.

BELA.

No es oficio, sino dignidad.

LAURENCIO.

Tambien las dignidades son oficios.

BE-

BELA.

Bienes de naturaleza se llaman a diferencia de los de fortuna.

LAURENCIO.

Los de tu fortuna poco a poco se van a los que le dió la naturaleza a Dorotea, y tendrálos entrambos, mira si son oficio, y si digo yo bien, que no han menester ir a las Indias.

BELA.

Los que no la pueden gozar, pesales que haya hermosura.

LAURENCIO.

Y a los que la gozaron a tanta costa, les pesa despues de haverla gozado.

BELA.

Nunca puede pesar tanto placer.

LAURENCIO.

No hay placer que no tenga por limite el pesar, que con ser el dia la cosa mas hermosa y agradable, tiene por fin la noche.

BELA.

Nunca estuve yo mas en las Indias, que mereciendo ver a Dorotea.

LAURENCIO.

Ni ella mejor, que quando te las va quitando; y acuerdome de haver leído en la historia de los Xarifes, que le dixeron a aquel discreto Moro, que se havian descubierto algunas minas de oro en los montes claros que están de aquella parte de Marruecos, y mandólas cegar apriesa, y que nadie sacasse oro pena de la vida, porque si lo sabian los Christianos, no las irian

a

a buscar a las Indias, sino a su tierra.

BELA.

Si alguna tengo, no me ha hecho daño el descubrirla, que Dorotea no me la quita con armas, sí con hermosura.

LAURENCIO.

Siempre fueron las mas fuertes, pues a los que mas lo fueròn, vencieron tanto. Omphale rindió a Hercules, Briseida a Achiles; pues en llegando a sabios, Aristoteles adoraba a Hermia, y le compuso hymnos, como usaban los Griegos a los Dioses, tanto que acusado de Demophilo, o de Eurymedonte, se desterró de Athenas.

BELA.

¿Luego tendrá disculpa?

LAURENCIO.

De amarla sí; de darla no.

BELA.

No se puede amar sin dar.

LAURENCIO.

Ni dar sin empobrecer.

BELA.

¿Por qué da Dios a los hombres?

LAURENCIO.

Porque los ama.

BELA.

¿Luego ha de dar quien ama?

LAURENCIO.

Dios no puede empobrecer, que si fuera possible, dixeramos que quando no tuvo que dar, se dió a sí mismo.

BELA.

Dime, Laurencio, ¿Platon fue sabio?

LAURENCIO.

Llamaronle divino.

BELA.

Pues él dixo que todo lo bueno era hermoso; luego consequencia es, que todo lo hermoso es bueno, y lo que es bueno, digno es de ser amado: ni puede ser reprehendido quien ama lo que es bueno.

LAURENCIO.

¡Estremados convertibles! pero pareceme, señor, que a tí y a mí nos hace mucho daño esso poco que havemos estudiado; pero mira, assi Dios te guarde, de que manera declaró Marsilio Ficino el pintar los antiguos al Dios Pan medio hombre y medio bestia.

BELA.

¿Qué fue la causa?

LAURENCIO.

Como era hijo de Mercurio, significaron las dos maneras de hablar en sus dos formas, quando verdadera hombre, y quando falsa bestia.

BELA.

Por buen camino me lo llamas.

LAURENCIO.

No digo tal, sino que te aprovechas mal de la parte superior en tus argumentos.

BELA.

No ha menester la hermosura de Dorotea mi defensa.

LAU-

LAURENCIO.

No sino tu dinero.

BELA.

Phrynes fue una muger de Beocia, que acusada al Magistrado por la hacienda que havia adquirido, se desnudó delante de aquellos Senadores, que viendo la perfeccion de su cuerpo, la dieron por libre, y dixo Quintiliano, que mas que la accion y patrocinio de los letrados le havia valido la hermosura.

LAURENCIO.

No la miraron los jueces con las leyes, sino con los deseos; mejor exemplo les diera Octaviano, que oyó á Cleopatra, sin mirarla al rostro; pero, pues tu estás contento, yo pagado.

BELA.

¿No lo he de estár teniendo ya de mi parte a Theodora, mádre de mi Dorotea?

LAURENCIO.

No por cierto: porque si antes tenias una sanguijuela, ahora tienes dos que te chupen la sangre; y te figuro, como suele un toro en el coso, a quien han echado un alano, que con la parte que le queda libre, se va defendiendo, pero echandole otro, se rinde, y con igual fatiga los lleva a entrambos colgados de las orejas como arracadas.

SCENA TERCERA.

GERARDA, DON BELA, Y LAURENCIO.

GERARDA.

A Donde hay voluntad, mejor es entrarse que llamar.

BELA.

¡O, madre mia, y qué segura la tienes!

LAURENCIO.

No la mia.

BELA.

¿Cómo está mi Dorotea, lo primero?

GERARDA.

No se ha levantado con achaques de la mala semana.

BELA.

Si se la quieres quitar, ponle una calabaza en los pechos, que no lo digo yo, sino Hipocrates.

GERARDA.

¿En esso se metió aquel de los Aphorismos? La vida nos diera; aun si fuera para mi, ya no importára; pero mejor lo hizo la naturaleza. De esso estoy libre, gracias a Dios, y de dolor de muelas.

LAURENCIO.

¿Cómo te han de doler, sino las tienes?

GERARDA.

¿Cómo no riñe tu amo? porque no es casado. Laurencio, Laurencio, esto que ahora no es, fue perlas algun dia, y yo vi mas de un Soneto a mis

mis dientes. ¿Pensaste que havia de ser como el Moro que huvo en la India, que vivió trecientos años, y de ciento en ciento le nacian dientes, y se le mudaba el cabello de blanco en negro?

LAURENCIO.

Todo esso hay por acá tambien, sin que lo haga la naturaleza; pero no se vive tanto.

GERARDA.

Prestado lo da todo la naturaleza.

LAURENCIO.

Por poco tiempo lo fia.

GERARDA.

Cochino fiado, buen hibierno, y mal verano; las que tuvimos primavera con gusto, passarémos el otoño con trabajo.

BELA.

Pues buena estás, madre, y bien te portas.

GERARDA.

Campana cascada, nunca sana: no hayas miedo que yo sea como el Moro.

LAURENCIO.

Pues harto tienes de esso.

GERARDA.

Casaron a Pedro con Mariguela, si ruin es él, ruin es ella.

BELA.

Madre, quierote decir un secreto para confirmar las facultades nativas, que en qualquiera parte afecta y morbida pone vigor y fuerza, aunque tu no la havrás menester para los desmayos de Venus.

GERARDA.

¿Y qué es el secreto? que sois demonios los Indianos.

BELA.

Toma un pedazo de oro, y metele ardiendo en vino, que es pocion milagrosa.

GERARDA.

Ya se te ha pegado lo crespo de la lengua, pocion, nativa, afecto, y morbida.

BELA.

¿No vês que son los proprios terminos? Haz lo que te digo del oro, y bebete el vino.

GERARDA.

Para comprar el vino me holgaré de tener el oro, que este licor saludable no ha menester quien le ayude, poderoso es solo.

LAURENCIO.

Bien puedes hacer la experiencia con alguno de los doblones que tienes.

GERARDA.

Un ojo a la sarten, y otro a la gata. Esso que me ha dado Don Bela, hermano, está para mi entierro, que no quiero ir al cimenterio de la Parroquia con un Kirieleison desentonado de un sacristan solo, que parece que pregona algun borrico perdido: mis cofradrias tengo de llevar, y la mejor sepultura ha de ser la mia, que no quiero que me dé el agua a cielo abierto.

LAURENCIO.

¿Aun muerta aborreces el agua?

GE-

GERARDA.

No estoy muy bien con ella.

BELA.

Hay aversiones y contrariedades naturales, y como hay sympathias, antipathias assi entre los animales, como entre los hombres, y aun entre los planetas para los aspectos infortunados o benevolos; el ciervo y la culebra se aborrecen, los cisnes y las aguilas, los toros y lobos, la perdiz y el cuervo; y entre los hombres aborrecen los que saben menos a los que saben mas; los discipulos que salen a volar, a los maestros que los enseñaron; y de la misma suerte hay amistades por secreta naturaleza, de que muchos Philosophos escriben la causa.

GERARDA.

Yo no sé para qué os vais conmigo a las rhetoricas y habladurias, que es vender miel al colmenero; dadme para el vino, ya que no me dais el oro.

BELA.

¿Con quánto te contentas?

GERARDA.

Con lo que el refrán dice: *Un quartillo presto es ido, una azumbre tambien se sume, el arroba es la que abonda.*

BELA.

Dale ocho reales.

GERARDA.

Ya se van bajando las cuerdas al instrumento, no me espanto, que *de los amores y las cañas las entradas*; pues en verdad que pienso mortificar-

ficarme en esto de la sed, que el primero dia que visitaste a Dorotea comí, con mi madre y hija, y sino lo has por enojo, anduve tan liberal de la taza, como de la mano a la boda hay tan pocos atolladeros, que no salí en dos dias de una cocina, aunque yo pensé que estaba en el Oratorio.

LAURENCIO.

Soñarias la gloria.

BELA.

Ahora bien, ¿a qué vienes, Gerarda? Es tuya esta visita, ú de Dorotea por Paranympho?

GERARDA.

De Dorotea, que yo no vengo aca por mí sola, por no cansarte con mis impertinencias. Esta memoria truxo el sastre de lo que es necessario sacar para el habito leonado.

LAURENCIO.

Leones te despedazen.

BELA.

¿Ha de haver oro?

GERARDA.

No hay buena olla con agua sola; unos galones no mas, y en el jubon trencillas.

LAURENCIO.

De azotes le merecen madre, hija y tercera.

GERARDA.

¿Qué dices de su madre entre dientes, Laurencio? ¿no es muy honrada y virtuosa?

LAURENCIO.

No digo yo sino por la libertad de su casa.

GE-

GERARDA.

¿Esso te admira, bobo? no sabes que *no hay casa donde no haya su chiticalla?*

BELA.

Yo he leido este papel, y se sacará todo como Dorotea lo manda; que todo es poco para servirla.

GERARDA.

Este tu Laurencio, mayordomo impertinente, anda siempre rostrituerto, y debe de ser porque Celia no le ha respondido como él quisiera.

LAURENCIO.

Yo la he mirado con essos ojos, y sí, sí, hallado se havia el enamorado, tierno es el mozo: *No seais hornera, si teneis la cabeza de manteca,* que tambien yo sé refranes: cierto es, que es Celia muy linda para decirle amores; buena era para alazan tostado, y llena de pecas.

GERARDA.

Assi la quieren mas de quatro, *Que no hay olla tan fea, que no tenga su cobertera: Nuestro yerno, si es bueno, harto es luengo*; pues *nadie diga de esta agua no beberé*; que suelen mudarse los tiempos.

LAURENCIO.

Mudanza de tiempos bordon de necios.

GERARDA.

Assi es redonda, y assi es blanca la luna de Salamanca.

LAURENCIO.

Gerarda, Gerarda, *La muger y el huerto no quieren mas de un dueño*, que *la doncella y el azor*

las

las espaldas al sol.

GERARDA.

¿Pues qué se puede presumir de Celia y de su recogimiento? *Desde la desgracia primera ya soy doncella.*

LAURENCIO.

Haga quien hiciere, calle quien lo viere, mal haya quien lo dixere.

GERARDA.

El dicho apruebo, y el proposito no entiendo, que el golpe de la sarten, aunque no duele, tizna.

BELA.

Yo he escrito, madre, debajo de esta lista estos renglones: Mejor es que Dorotea vaya a sacar los recados, llevaránle el coche.

GERARDA.

¡Qué astuto eres! por no me dar algo, quieres que lo saque Dorotea.

BELA.

¿Qué has de menester?

GERARDA.

Un manto.

BELA.

Ya le escribo.

LAURENCIO.

Gota a gota la mar se apoca.

GERARDA.

Gavilan de Alcaraz, mugeres, no tiene cascaveles. Laurencio amigo: *Si quieres que te siga el can, dale pan.*

LAURENCIO.

Tambien, madre, dicen, que *quien te gobernó,*

esse

esse te enriqueció, y debes advertir, que *a quien en un año quiere ser rico, al medio le ahorcan*.

BELA.

Ya está puesto el manto.

GERARDA.

Pongate el Rey en esse pecho un lagarto colorado.

LAURENCIO.

No se le ha puesto malo tu diligencia.

GERARDA.

Voyme a visitar de camino a una doncella, que tiene necessidad de mí.

LAURENCIO.

No debe de estar satisfecha de que lo es.

GERARDA.

Hermano Laurencio, *hacer bien nunca se pierde*; está afligida la pobrecita, que es mañana la boda, y creo que se descuidó con un page.

LAURENCIO.

¡Qué de descuidos de essos hay en el mundo!

GERARDA.

Es como un oro, no sería mala para tí, pues no te agrada Celia, que a dos dias de la boda bien puede salir de casa.

LAURENCIO.

La flaca bayla en la boda, que no la gorda.

GERARDA.

Esso me debes, que te he enseñado a hablar: a Dios, Don Bela.

SCENA QUARTA.

LUDOVICO, DON FERNANDO, JULIO.

LUDOVICO.
Ya pensé que os quedabades en Sevilla.

FERNANDO.
¡O Ludovico quán agradables son a mi deseo vuestros brazos!

LUDOVICO.
Permitid que de ellos me traslade a los de Julio.

JULIO.
Tanto estimo los vuestros, como los que dejais para honrar los mios.

LUDOVICO.
Nunca pensé que os huvierades detenido tanto.

FERNANDO.
Dios sabe lo que me cuesta de ansias, deseos y desesperaciones.

LUDOVICO.
De essa suerte mal probará con vos la ausencia ser el verdadero Galeno de los amantes.

JULIO.
Tres meses ha que salimos de Madrid, y si los amores de Don Fernando fueran en alguna Comedia, dado haviamos en tierra con los preceptos del arte, que no dan mas de veinte y quatro horas, y salir del lugar es absurdo indisculpable.

FER-

FERNANDO.

Por esso es historia verdadera la mia, y mas delito fue introducir las ranas Aristophanes, y en sus Amphitryones los Dioses Plauto.

LUDOVICO.

Yo hice lo que me mandastes el dia que sucedió al que os partistes.

FERNANDO.

¿Distes la cuchillada a Gerarda?

LUDOVICO.

No, porque sabia que os haviades de arrepentir de haverlo mandado, como en el semblante mostrais ahora, y porque una noche que la esperaba a que passasse en casa de una vecina suya de la misma facultad, se assomó a una ventana, y me dixo: Vayase a su casa, caballero el del rebozo, que no he de salir de la mia, hasta que el sol me lo mande, y la gente me defienda.

FERNANDO.

¿Qué me decis, Ludovico?

LUDOVICO.

Lo que me passó con ella.

JULIO.

¿Ahora sabès que es hechicera y sortílega?

LUDOVICO.

No hay delito, por que merezca una muger herirla el rostro, porque es todo el caudal y mayorazgo que les dejó naturaleza.

JULIO.

Si el vinculo fuera firme.

Fernando.

Mejor es que no lo sea; porque tenga lugar nuestra venganza.

Julio.

No la pueden dar mayor a los que hicieron tiros.

Ludovico.

¿Luego vos la tomarades con esso de Dorotea?

Fernando.

Nunca la podré aborrecer tanto, que desee verla fea: tan dulce me será siempre la memoria de su hermosura, ni sufrirá mi alma, que el tiempo saque una Dorotea tan hermosa, y me la ponga tan fea, ni me persuado que los años se atrevan a deslucir tanto milagro de la naturaleza.

Julio.

Muchas conservan la hermosura largo tiempo.

Fernando.

La Reyna de Rhódas hizo mátar a la Troyana Helena de los zelos de su marido, teniendo sesenta años.

Ludovico.

Lo demás que me mandastes, executé, y pues no haveis recibibo mis cartas, por haveros ido a Cadiz y a San Lucar, causa de que se perdiessen, sabed, Fernando, que yo llevé vuestros papeles, digo los que me distes, a Dorotea, halléla en la cama, y no sin peligro; porque se havia querido matar con un diamante la noche que os partistes, tomólos su criada Celia, habló poco,

pe-

pero esso de vuestra determinacion injusta, y no sin alguna lagrima, que por mas que la escondia, no podia negarmela, porque le sucedia como al sol, quando llueve con él, que como no se vé la nube, se ven el sol y el agua. Despedíme, y de alli a muchos dias volví a verla, ya fuera de algunas calenturas, de cuyos crecimientos estaba flaca. Nunca yo me espanté, que las passiones del alma se comunicassen al cuerpo, que son muy vecinos y muy amigos: convaleció Dorotea, huvo mudado toca, punto de toca los primeros dias, y despues algo del cabello descubierto, como que era descuido: de esta trasformacion resultó un habito azul y blanco: aqui yo la ví un dia, no queria renovaros las llagas.

FERNANDO.

¿No sabeis que se estan frescas?

LUDOVICO.

Más hermosa muger no la pintó el Ticiano, aunque entre Rosa Solimana, la favorecida del Turco.

FERNANDO.

¿No pudierades decir Sophonisba, Atalanta, ó Cleopatra?

LUDOVICO.

Essas no las pintó el Ticiano.

FERNANDO.

Bien deçis, que este retrato le havemos todos visto.

LUDOVICO.

Suelen traher las labradoras en las texidas en-

cellas, los naterones candidos; y caerse algunas hojas de rosa encima de los ramilletes, que tambien llevan, assi haveis de imaginar en su rostro sobre la nieve legitima la color bastarda.

FERNANDO.

Parece que escribis versos, cuya costumbre os presta el mismo estilo para la prosa, o quereis volverme loco.

LUDOVICO.

No vais apriesa al gusto, que presto le perdereis con lo que le sigue.

FERNANDO.

Hareisme grande favor, porque me va la vida en aborrecerla.

LUDOVICO.

Yo acudí algunas noches a ver si havia Moros en la costa, y ví algunos embozados, como criados que esperaban amante dueño. No fue engaño, que ojalá lo fuera. En la reja estaba un hombre, conocióme Dorotea, y rióse mucho; dieronme pensamientos de acuchillarlos, y parecióme despues que cerrar luego la ventana havia sido respeto. Ultimamente yo fui a visitarla ocho dias antes que vos viniessedes, que por estar en Illescas a una novena, hasta hoy no os he visto, hallé una rica tapiceria y estrado nuevo; pedí agua para passar este susto; y ví diferente plata, y dos mulatas de buena gracia una con una salvilla, y otra con un paño de manos labrado, que con extraordinario olor de pastillas de flores, no se havia contentado de la limpieza sola: bebí un aspid en un bucaro de

oro,

oro, no osé preguntar nada, porque decir a una muger hermosa y moza, que de qué tiene las galas, y el adorno de su casa, es negarle la hermosura, y ofenderla descortesmente en la honra.

FERNANDO.

¿No os preguntó por mi?

LUDOVICO.

Esta vez no me dixo nada.

FERNANDO.

Pues en esso echareis de ver la resolucion de lo que no preguntastes, y descifrareis el milagro de la riqueza que vistes.

LUDOVICO.

Hermano, yo os tengo de decir la verdad, no sé que dicen de un Indiano.

FERNANDO.

Acabóse. ¿Para qué pintó la antiguedad al amor con un pez en la mano, y en la otra flores?

LUDOVICO.

Porque es igual señor de mar y tierra.

FERNANDO.

Mejor fuera pintarle con una barra de oro.

LUDOVICO.

¡O gran virtud la del oro!

FERNANDO.

Preguntaldo a mis desdichas.

LUDOVICO.

No sino a Arnaldo Villanovano en el libro de conservar la juventud, y retardar la vejez, la renovacion y confortacion de esta piel que nos vis-

viste, escribe que se hace con la bebida del oro purissimo preparado: no humedece, ni deseca, antes se casa con el temperamento nuestro dulcemente, conviene a la complexion humana, y todo aquello, en que va faltando, reduce a perenidad y templanza, ayuda al estomago frio, hace valiente al cobarde, conforma la sustancia del corazon, y expele dél toda impression maliciosa.

FERNANDO.

No passeis adelante en sus virtudes, que si essa tiene, me sacará del corazon este vicioso amor, con que podrá restituirme lo que me ha quitado, si por él he perdido a Dorotea.

LUDOVICO.

Dejaron los antiguos tan oculta la manera de hacerle con perfeccion, que no sé que haya en España quien le prepare.

JULIO.

Basta que haya quien le tenga.

FERNANDO.

Con exemplo infalible se confirma la excelencia del oro, pues estando yo en el corazon de Dorotea, donde la causaba inquietud, me arrojó dél esse caballero, con darsele tomable, sino potable, que del pez polypo se escribe, que desde el anzuelo passa por el sedal a la mano del pescador, y desde ella al corazon, y le mata.

LUDOVICO.

Mucho le havrá costado.

FER-

FERNANDO.

Mas a mi de mi sangre, que a él del oro, y no hay oro como la sangre.

JULIO.

Que los metales tienen espiritu, fue mente Platonica, y de él lo tomó Virgilio en el sexto de la Eneyda, y lo refiere Leon Suavio.

FERNANDO.

Espiritu debe de tener, y aun espiritus, que tales efectos hace.

LUDUVICO.

Dos principios estan constituidos en la naturaleza de las cosas, de los quales se engendran todos los generos de metales, segun Levinio Lemno, en las intimas entrañas de la tierra, que son el azufre y el azogue, aquel como padre, y este haciendo oficio de madre, produce primeramente el oro, luego la plata menos noble, y despues los demás metales: y assi no debeis admiraros, Fernando, que el Principe de ellos sea tan poderoso.

FERNANDO.

Maldito sea, que tanto mal me ha hecho, pues por él, siendo tan frio, se engendra el oro, por quien me abraso; ya me acuerdo de su inquietud y inconstancia, y juntamente de su provecho, en que es parecido a la naturaleza mudable y bulliciosa de las mugeres, y en lo que son importantes y necessarias.

JULIO.

Del azogue se ha visto, que sangrando a un hombre, que con él le havian curado del mal

de Francia, salió por la vena abierta, mezclando sangre y plata en aquellos pequeños globos que parecen perlas.

FERNANDO.

¡Hai Julio! que tengo a Dorotea de suerte en las medúlas de los huessos, despues que adolecí de su contacto, que creo, que si me sangrassen de la vena del corazon, saldria como azogue por la cisura de ella.

JULIO.

Mas havia menester sangrarte de la vena de la cabeza, para que el viento y Dorotea saliessen juntos.

LUDOVICO.

Yo pienso que está rabia de Fernando no es amor, ni este contemplar en Dorotea efecto suyo, sino que como tocando la imán a la aguja de marear, siempre mira al Norte: assi la passada voluntad tocada en zelos de este Indiano, le fuerza a que con viva imaginacion la contemple siempre.

JULIO.

De essa manera le havrá sucedido lo que suele con los espejos concavos, que opuestos al sol por reflexion arrojan fuego, que abrasa facilmente la materia dispuesta que se aplica, como cuentan del espejo de Archimedes, con que abrasó las naves enemigas; porque reducidos los rayos solares a un punto solo, resulta de ellos este ardiente efecto.

LUDOVICO.

De suerte, Julio, que el sol es Dorotea, el es-

pe-

pejo el Indiano, y Don Fernando la materia opuesta.

JULIO.

La hermosura de Dorotea passa por el cristal de los zelos al amor de Don Fernando; que no fuera tan ardiente, sino passára por ellos.

LUDOVICO.

Aciertas, Julio, en esse pensamiento, porque todo amor, reducido a un punto de zelos, abrasará la mas helada Scythia.

FERNANDO.

¡Hai de mí! mal me fue ausente, peor presente: no durará mucho mi vida.

LUDOVICO.

¿Y en qué la passais, despues que venistes?

FERNANDO.

De noche leo alguna historia, o algun Poeta, acuestome con mucho miedo de que no tengo de dormir, y saleme tan cierto, que como a qualquiera relox me pueden preguntar las horas; y si de cansado de la batalla de mis pensamientos, como el Petrarca dixo, me duermo un poco, sueño tan prodigiosas invenciones de sombras, que me valiera mas estar dispierto.

LUDOVICO.

Efectos son de la melancolia.

FERNANDO.

Al Alva salgo al prado, o me voy al rio, donde sentado en su orilla, estoy mirando el agua, dandole imaginaciones que lleve, para que nunca vuelvan.

LUDOVICO.

¡Qué necia jornada!

JULIO.

Haveis de entender, Ludovico, que es esto con tanta tristeza, que muchas veces se me queda casi muerto de estos amorosos deliquios entre los brazos; yo le digo, que pues él sustenta, que son penas bien empleadas, como lo ha dicho en un Romance que canta, que no es justo que se entristezca. Ayer estabamos en el soto, y a este proposito le escribi un Epigrama en un libro de memoria.

LUDOVICO.

¿Latino, o Castellano?

JULIO.

No, sino Castellano, que Latino ya no hay quien lo agradezca, que es harta lastima.

LUDOVICO.

No es por cierto, porque el Poeta a mi juicio ha de escribir en su lengua natural, que Homero no escribió en Latin, ni Virgilio en Griego, y cada uno está obligado a honrar su lengua, y assi lo hicieron el Camoes en Portugal, y en Italia el Tasso.

FERNANDO.

Sanazaro escribió en Latin Poema y Eglogas.

LUDOVICO.

Tambien escribió la *Arcadia* y otras obras, como el Bembo, el Ariosto y el Petrarca.

FERNANDO.

¿El Ariosto escribió versos Latinos?

LUDOVICO.

Mucio Justinopolitano cita un Epitaphio suyo al Marqués de Pesçara, que se opone diametralmente a quantos hay escritos.

LUDOVICO.

Di Julio tu Soneto, no se nos olvide.

JULIO.

No es fineza de amor entristecerse,
antes deben las penas desearse,
porque quien es discreto en emplearse,
tendrá por gloria el gusto de perderse.
Amor en possession no ha de entenderse,
que es honra del sujeto recelarse,
y puede en esperanza aventurarse
lo que con el silencio merecerse.
Triste estará de su zeloso estado
quien con amor indigno se entretiene,
pues no hay seguridad, donde hay cuidado.
Del mal empleo la tristeza viene,
que quando es el amor bien empleado,
no puede entristecer al que le tiene.

LUDOVICO.

Tu le acabaste felizmente, no como algunos, que comienzan el Soneto, y van bajando en estilo y pensamiento, hasta que no dicen nada. ¿Y vos no haveis hecho alguna cosa a esta ausencia?

FERNANDO.

Estos versos.

¡Hai riguroso estado,
ausencia fementida,
que dividiendo el alma
puedes dejar la vida!

Quan

¡Quán bien por tus efectos
te llaman muerte viva,
pues das vida al deseo,
y matas a la vista!
¡O quan piadosa fueras,
si en aquesta partida
la vida me quitáras,
como el alma me quitas!
Humilde Manzanares,
en tus verdes orillas,
que de olmos te coronan,
de hiedras te entapizan,
Una pastora vive
de partes tan divinas,
que es honra de la Corte,
y gloria de la Villa.
Sus alabanzas cantan
las aguas fugitivas,
las aves que la escuchan,
las flores que la imitan.
Es tan bella, que tiene
envidia de sí misma,
pudiendo estár segura
que el mismo sol la envidia.
Que no la ve mas bella
por su dorada cinta,
ni quando viene a España,
ni quando va a las Indias.
A no quererme, pienso
que al tiempo que se mira,
la hicieran sus espejos
de su cristal Narcissa.

Yo

Yo merecí quererla,
dichosa mi osadia,
que es merecer sus penas
calificar mis dichas.
Quando seguro estaba
de verla y de servirla,
la poderosa fuerza
de tanto bien me priva.
Agenos interesses
mi muerte solicitan,
quando mis esperanzas,
mas verdes florecian.
Assi la flor de Apolo,
al tiempo que declina,
sepulta el rojo cerco
entre sus hojas mismas.
Assi desmaya el ambar,
la rubia clavellina,
que el animal que pace,
con pie grosero pisa.
Assi del duro golpe
que el alamo derriba,
la parra que le abraza
con fragiles caricias:
Desmaya la firmeza,
y el alma desasida
las rubricas desata,
los pampanos marchita.
A diferente cielo
el cuerpo solo obligan,
que parta sin el alma,
¡hai Dios qué gran desdicha!

Quando mi amor no fuera
de fé tan pura y limpia,
su sentimiento solo
mi muerte solicita.
Quitar que no lo sienta,
quererme mal seria,
pues lo que de ella quiero,
lo mismo me lastima.
O sierras que de nieve
tocadas y vestidas,
y cuyas frentes altas
las nubes desafian,
Quando mi amor os passe,
¿quáles serán vencidas?
¿mis encendidas llamas,
o vuestras nieves frias?
Saldré yo victorioso,
y a la pastora mia
dirá mi voz turbada,
que por cantar suspira:
Dulces pensamientos
que vais conmigo,
volveréis en el ayre
de mis suspiros.
Si me acompañais,
dejarme teneis,
porque volveréis
mas presto que vais.
Aunque porfiais
en acompañarme,
¿por qué de matarme
vivis contentos?

Dul-

Dulces pensamientos, &c.

JULIO.

Menester es, señor Ludovico, que busqueis algun entretenimiento a Don Fernando, que por los passos que va furioso, llegará presto a acabar con todo, que esto debe de ser lo que él desea.

FERNANDO.

Antes ni temo mayor mal, ni deseo salir del que tengo.

El esquivo dolor no es el que hace
la guerra, que padezco, de mi daño;
que el mal no espanta al que le tiene en uso.

Esto dixo en un Soneto aquel ilustre Andaluz Fernando de Herrera, y verdaderamente, que aunque le parece a Julio, que puede esta imaginacion mia conducirme a mas desesperados terminos, recibe engaño, porque mas seguro estoy de no enloquecer sin Dorotea, que con ella.

LUDOVICO.

Encareció su hermosura.

JULIO.

Yo sé que si la tuviera, no la quisiera tanto.

FERNANDO.

Aqui la privacion es necio argumento.

JULIO.

Quando no sea, los zelos bastan.

FERNANDO.

¿Cómo la puedo yo querer por lo que la aborrezco?

JULIO.

No la aborreces, sino que temes que te aborrezca.

FERNANDO.

Bien sabes tú que he deseado su muerte.

JULIO.

Una cosa hallé leyendo el libro tercero de Xenophonte, que me causó admiracion, no lejos de este proposito.

LUDOVICO.

Pues que tu la encareces, será notable.

JULIO.

Dixole Armenio a Cyro, que no mataban los maridos a sus mugeres, quando las hallaban con los adulteros, por la culpa de la ofensa, sino por la rabia de que les huviessen quitado el amor, y puestole en otro.

LUDOVICO.

¡Estraño pensamiento! y que mirado bien, debe de ser el primero movimiento para matarlas, como se ha visto en muchos que han sufrido la ofensa, mientras ellas no estaban enamoradas.

JULIO.

Prueba infalible.

FERNANDO.

De amar y de aborrecer preguntad al mismo, porque me respondió: Cyro tenia dos animos, quando juzgaban por impossible que dejasse a Panthea, y vereis que el uno era de amor, y el otro de aborrecimiento.

JULIO.

Esso es por lo que yo temo tu juicio, y mas

quisiera que amáras, o aborrecieras determinadámente.

LUDOVICO.

Esta enfermedad melancolica por amorosa inclinacion, o por la possession perdida del bien que se gozaba, llaman los Medicos *Erotes*, cúrase con baños, musica, vino y espectaculos.

JULIO.

Vino, Fernando no le bebe; musica, él canta; y le causa mayor tristeza, porque es como el camaleon, que sobre la color que le ponen, de aquella parece, si en tristes, triste, si en alegres, alegre.

LUDOVICO.

La razon da Plinio, y no me agrada, porque dice, que por ser el mas temeroso de todos los animales del mundo, pierde el color tan presto, debiendose atribuir a la transparencia, como sucede al vidrio.

JULIO.

Hay una hierba que los Latinos llaman *centum capita*.

LUDOVICO.

Esse nombre le viniera bien al vulgo desdichado del que pone la tabla de sus estudios a su depravado juicio y ignorante gusto.

JULIO.

Tiene la hierba que digo, la raiz hermaphrodita, y como cae la diferencia a hombre, o muger, assi hace el efecto, pero vaya esta mentira con las demas fabulas.

LUDOVICO.

El mismo autor afirma, que por tener essa raiz Sapho, aquella gran Poetisa, quiso tanto a Phaon Lesbio, que fue sujeto de una de las Epistolas de Ovidio.

JULIO.

Si Gerarda ha descubierto esta hierba, que las tales llaman Mandragora, y la tiene Dorotea, ¿qué espectaculo, qué musica, qué vino como ella misma, para que descanse mi amado preso, como dice la letrilla que ahora cantan?

FERNANDO.

Antes me dejaré morir mil veces.

LUDOVICO.

¿Luego no pensais verla?

FERNANDO.

Esse dia sea el ultimo de mi vida.

LUDOVICO.

En su convite de amor dixo Platon, que solamente se reían los Dioses de los amantes perjuros.

JULIO.

Alguna vez se rieron de la musica de Palas, por la fealdad con que tañia.

FERNANDO.

Yo pude ver a Dorotea muchas veces despues que vine, y contra todos mis deseos salieron con victoria mis desengaños, que siempre fue valiente la honra.

LUDOVICO.

Pues tomad alguna honesta ocupacion.

FER-

FERNANDO.

No soy inclinado a la caza, ni jugué en mi vida.

LUDOVICO.

Escribid un Poema, pues sabeis que os divertirá mucho.

FERNANDO.

Hame quitado amor el ingenio.

LUDOVICO.

Amor le ha dado à muchos, que no le tenian.

FERNANDO.

Y a los que le tenian, le ha quitado. ¿Qué os parece que escriba?

LUDOVICO.

Un sujeto grave, pues tantos Capitanes Españoles os darán el assunto. Poned los ojos en aquel excelentissimo Soldado y Duque de Alva por la tierra, o el felicissimo Marques de Santa Cruz por la mar, esté Toledo invencible, y aquel Bazan famoso; a aquel obedeció la campaña, y a este el agua, y dedicadle a alguno de sus hijos.

FERNANDO.

Soy mozo para tanta empresa.

LUDOVICO.

Quando le hayais acabado, no lo sereis, que hay mucho intervalo desde el primer diseño a la postrera lima.

FERNANDO.

Mas a proposito era para mis hombros debiles un sujeto amoroso, como *la hermosura de Angelica*.

LU-

LUDOVICO.

Esso no podrá divertiros, que es lo que yo deseo; sea cosa grave.

FERNANDO.

Comenzaré mañana.

LUDOVICO.

Tendreis la mitad del hecho,

FERNANDO.

Todos los principios son dificiles.

LUDOVICO.

El fin prueba los actos, porque el fin no solo es a quien todo se refiere; pero lo mejor de todo, segun el Philosopho en sus *Physicos*.

FERNANDO.

Claro está que tengo de proponer el fin en el principio: ¿mas por qué me canso, sabiendo claramente que para mas que algunas endechas tristes que yo canté, no me ha de dár lugar esta passion zelosa, que como una cortina de nube se opone a toda la luz de mi entendimiento?

LUDOVICO.

Yo os veré mañana, y os traheré de mi corto ingenio un sujeto que escribais, que vestido de vuestros versos será admirable. Quedad con Dios.

FERNANDO.

¿Qué te parece, Julio de mis fortunas? juré a Ludovico, que no veria en mi vida a Dorotea, y muerome por quebrar el juramento.

JULIO.

¿Ya se te olvida lo que te dixo de la risa de los Dioses?

FER-

FERNANDO.

Por esso mismo me parece, que no saldré con ello, pero sí con no hablarla.

JULIO.

Si la ves, tú la hablarás.

FERNANDO.

No lo creas.

JULIO.

No haré, que ya lo tengo creido.

FERNANDO.

¿Qué se perderá en que vamos esta noche á ver las puertas, por donde yo entraba á tanta gloria? Esto no es ver á Dorotea, que Dorotea no es puerta.

JULIO.

Y es facil sylogismo.

FERNANDO.

¿Cómo?

JULIO.

Toda puerta es de madera, toda muger es de carne; luego la muger no es puerta.

FERNANDO.

Maldito seas, que en tanta tristeza me has movido á risa: ¡qué gracioso sylogismo!

JULIO.

A lo menos el que el Indiano hace con Dorotea está en *Dari*, y si huviera en su Logica *Tomari*, alli estuviera el suyo, infiriéndose la conclusion de dos pronunciados, que son el amor dando, y el interés pidiendo.

FERNANDO.

Ahora bien, tomarémos por lo que sucediere dos

bro-

broqueles y dos jacos, por si fueren menester las liciones de Paredes.

JULIO.

Galan Maestro, aunque siempre trahe luto.

FERNANDO.

Veamos siquiera esta noche la caja de aquella joya.

JULIO.

¿Llevaré el instrumento?

FERNANDO.

Llevale, que si se ofreciere sacar la espada, poco importará perderle.

JULIO.

¿Qué mas perdido que tú?

FERNANDO.

Calla, Julio, que algun ingenio sagrado dixo, que la lengua del amor es barbara para quien no le tiene.

SCENA QUINTA.

DON BELA, LAURENCIO, PHELIPA.

BELA.

En entrando por esta calle, me parece, que por Abril estoy en alguna de la insigne Valencia.

LAURENCIO.

¿De qué suerte?

BELA.

Tiene diferente olor que las otras.

LAURENCIO.

Tengolo por impossible, si reparasses en los

na-

naranjos de donde sale azahar tan diferente a estas horas.

BELA.

O, Laurencio, acuerdate de Plauto, donde dixo que hasta los perros de sus damas lisonjeaban los amantes.

LAURENCIO.

Trahes en la imaginacion el buen olor de Dorotea, y esta mas viva, quanto mas te acercas a su casa, que los que aman, tienen todos los sentidos en la imaginacion.

BELA.

Esta es la reja; de dia me agrada esta celosia, y de noche me enfada.

LAURENCIO.

¿Por qué causa?

BELA.

Porque de dia impide que vean á Dorotea, que es lo que yo deseo, y de noche no me deja verla, como yo querria, que es a lo que vengo.

LAURENCIO.

¡Qué de requiebros havrán entrado por estos hierros!

BELA.

¿Havrá con que compararlos?

LAURENCIO.

¿Pues no?

BELA.

¿Con qué, Laurencio?

LAURENCIO.

Con las mismas necedades que le havrán dicho.

Bela.

Yo no, sino locuras: ¿qué hará Dorotea?

Laurencio.

Estará pensando qué pedirte.

Bela.

¡Qué palabra tan de criado!

Laurencio.

El mercader lo diga.

Bela.

Yo te digo, que para lo que merece, todo es poco.

Phelipa.

Algun dia te ha de parecer mucho.

Bela.

Por linda que fuera, no valiera un real, sinò costára.

Laurencio.

Esso es verdad, porque los hombres mas assisten por lo que dan, que por las gracias que sus damas tienen.

Bela.

¿Por qué razon?

Laurencio.

Porque, como los jugadores, piensan desquitarse de lo que han perdido.

Bela.

Una ventana han abierto.

Phelipa.

¿Es el señor Don Bela?

Bela.

Yo soy, Phelipa.

Phe-

PHELIPA.

Aun no está recogida Theodora.

BELA.

¿Qué hace?

PHELIPA.

Alli está con el Rosario, dando mas cabezadas, que reza cuentas.

LAURENCIO.

¿Y son de la gineta, ó de la brida?

BELA.

¿Y mi Dorotea?

PHELIPA.

Compone un Romance, que quiere enviarte.

LAURENCIO.

¿No lo dixe yo? ¿quánto va que es el Romance para el mercader, y el estrivo para tu dinero?

BELA.

Habla bajo, ignorante.

PHELIPA.

Si la viesses con qué gracia está haciendo gestillos a los conceptos, compitiendo con el papel la mano de la pluma, y haciendola mas blanca la negra, que está sirviendola.

BELA.

¿De tintero Phelipa?

LAURENCIO.

¡Qué buen requiebro! dile que moje en la negra.

PHELIPA.

Roldan anda suelto, y quiero hacer que le recojan, tu en tanto da una vuelta, y tendré avisada a Dorotea.

BELA.

Dale este papel, que tambien a mi me hace el amor Poeta.

PHELIPA.

¿Para qué trahes guantes de ambar, que hacen sospecha quando passas?

BELA.

Tomalos tu, porque no la tengan.

LAURENCIO.

Verdadero ha salido mi pronostico.

BELA.

¿De qué suerte?

LAURENCIO.

Siempre dixe, que estas damas te havian de quitar hasta el pellejo; mira si ha sido engaño, pues ya te quitan los guantes, que lo parecen.

BELA.

Debes de pensar que es el de Alexandro, de quien se escribe que el sudor era puro ambar.

LAURENCIO.

Fue lisonja de los escritores.

BELA.

Ya sé yo que en su pluma consiste la fama de los Principes, o buena, o mala.

LAURENCIO.

Quando sea verdad, gracia es la de Alexandro, que la dió la naturaleza a algunos animales, que los micos Orientales huelen a almizcle, y de los gatos se saca el algalia.

BELA.

Dorotea huele bien naturalmente.

LAURENCIO.

Por lo que tiene de gato, y al fin lo vendrá a ser de tus doblones.

BELA.

¡Qué desagradable necio!

LAURENCIO.

Porque no sé decir lisonjas.

BELA.

¿Quieres ver el engaño, en que estás?

LAURENCIO.

Mas quisiera no ver el tuyo.

BELA.

¿Dorotea es hermosa?

LAURENCIO.

No puedo negarlo.

BELA.

¿Es entendida?

LAURENCIO.

Por todo extremo.

BELA.

¿Tiene gracias naturales?

LAURENCIO.

En quanto dice y hace.

BELA.

¿Has visto que entre en su casa persona sospechosa?

LAURENCIO.

Ninguna.

BELA.

Muestrame amor.

LAURENCIO.

Tú lo sabes.

BELA.

¿Es limpia?

LAURENCIO.

¿A qué proposito?

BELA.

A la salud importa.

LAURENCIO.

Todo lo confiesso.

BELA.

¿Merece ser querida?

LAURENCIO.

Merece.

BELA.

¿Pues qué delito es el mio?

LAURENCIO.

Lo que gastas.

BELA.

¿Qué es lo que gasto?

LAURENCIO.

Tiempo y dineros.

BELA.

Todo es mio.

LAURENCIO.

Los dineros sí, el tiempo no.

BELA.

¿Pues cuyo?

LAURENCIO.

De tus negocios.

BELA.

¿Qué me estorva a mí Dorotea?

LAURENCIO.

El acudir a tus pretensiones.

BE-

BELA.

Antes me alivia del cansancio insufrible de las respuestas, oyendo siempre una cosa misma.

LAURENCIO.

Quien pretende sin paciencia, ¿ para qué pretende?

BELA.

¿ Tambien te cansa que pretenda?

LAURENCIO.

No por cierto; pero no se encaminan bien los negocios con viciosos entretenimientos.

BELA.

¿Ya me predicas?

LAURENCIO.

Señor, señor, a pretensiones humanas diligencias divinas.

BELA.

Yo hago las que puedo.

LAURENCIO

La primera se te olvida.

BELA.

¿Dirás que dejar a Dorotea?

LAURENCIO.

La razon lo dice.

BELA.

Haviendo leal correspondencia de su parte, y tanto amor de la mia, ¿ cómo es possible?

LAURENCIO.

Considerando que ella te dejára a tí, si se le ofreciera mejor ocasion.

BELA.

No hiciera, que es muger principal.

LAURENCIO.

Si, pero es muger.

BELA.

Las de tan altas prendas no se comprehenden con esse nombre.

LAURENCIO.

¿Qué prendas?

BELA.

Su nacimiento noble, y otras obligaciones.

LAURENCIO.

Di que es señora de la casa de Dorotea, como ahora se usa.

BELA.

¿Pues no hay señores de casas y solares?

LAURENCIO.

Muchos, pero algunos con desollado atrevimiento se ponen esse titulo de los apellidos que tienen, y como nadie sale a la causa, salense con ello; que el que es varon legitimo de su apellido, debe honrarse, y debe ser honrado por su clara limpieza; pero fingir lugares y vasallos hombres comunes sin dignidad ni oficio, provoca a risa y a escandalo.

BELA.

Toda hermosura es señora de vassallos.

LAURENCIO.

Y mas si tiene tantos, quantos la pretenden.

BELA.

¿Qué importa que pretendan, sino alcanzan?

LAURENCIO.

¿Acuerdaste de que la pretendiste?

BELA.

¿Cómo puedo olvidarme?

LAURENCIO.

¿Qué medios pusiste?

BELA.

Oro y Gerarda.

LAURENCIO.

¿Hate favorecido?

BELA.

¿Esso preguntas?

LAURENCIO.

¿Y si otro la pretendiesse, no haria lo mismo?

BELA.

No, porque estoy yo de por medio.

LAURENCIO.

Tambien lo estaba el que tú venciste.

BELA.

Las leyes dicen, que la possession y la propriedad son cosas diversas y separadas.

LAURENCIO.

¿Pues qué propriedad es la tuya en lo que possees con mala fé?

BELA.

Yo sé que todo el oro del mundo no es ya poderoso, Laurencio, para conquistar a Dorotea.

LAURENCIO.

No hablo en lo que tu mereces, y ella conoce, pero el oro siempre fue oro, y Gerarda siempre será Gerarda.

BELA.

Contra el oro mas oro, contra Gerarda azero.

LAURENCIO.

No es remedio el que trahe mas daño.

BELA.

¿Qué daño?

LAURENCIO.

Poner las manos en una muger miserable.

BELA.

Por lo menos quitará una embustera del mundo.

FERNANDO.

Y que importará donde quedan tantos, cuya pluma y lengua andan quitando a todos con cartas fingidas y con palabras feas la honra que ellos no tienen,

BELA.

Pareceme que vienes esta noche de mala gana, vuelvete, Laurencio, que estás impertinente.

LAURENCIO.

No podré obedecerte, que no es justo que te deje solo.

BELA.

Pues si has de estar conmigo, calla.

LAURENCIO.

Mal hice en hablar como amigo, haviendo de callar como criado.

SCENA SEXTA.

DOROTEA. PHELIPA.

DOROTEA.

¿Con quién hablas, Phelipa?

PHELIPA.

Con el señor Don Bela.

DOROTEA.

¿Fuése?

PHELIPA.

Dixele que estaba Theodora cuidadosa, rezando, mirando y gruñendo.

DOROTEA.

¿Y de mí qué le dixiste?

PHELIPA.

Que estabas escribiendole un Romance, y murmuraba Laurencio.

DOROTEA.

¿Qué murmuraba?

PHELIPA.

Que seria alguna prosa dedicada a tus galas.

DOROTEA.

Todos os haveis engañado.

PHELIPA.

¿Cómo?

DOROTEA.

Es impossible que lo adivineis.

PHELIPA.

¿Cosa que fuesse alguna carta?

DOROTEA.

No he podido sufrir mas tiempo la esperanza de que Fernando se acordaria de mí.

PHELIPA.

Ni yo lo creyera del grande amor que te tuvo, y que tú le mereciste.

DOROTEA.

¡Fuertes son los hombres!

PHELIPA.

Con el agravio mucho.

DOROTEA.

Yo no le hice agravio.

PHELIPA.

Dixistele que querias agraviarle.

DOROTEA.

Presente no lo hiciera.

PHELIPA.

¿Qué puedes escribirle, que venga aproposito en tan pacifica possession de Don Bela?

DOROTEA.

Llega essa luz y escucha.

PHELIPA.

Zelosa está Celia de mi privanza.

DOROTEA.

Todó lo ha menester para que no se entone y desvanezca, que es discrecion de los señores descuidarse algunos dias de los criados que quieren, bien para que teman que pueden olvidarlos, que tratarlos siempre con igualdad, no es servirse de ellos, sino servirlos.

PHELIPA.

Bien haces en barajarnos como fueren las oca-

sio-

siones de havernos menester, que salir siempre uno, es fulleria de la condicion, y desprecio de la voluntad.

DOROTEA.

Escucha unas necedades tiernas.

PHELIPA.

En siendo tiernas, no pueden ser necedades.

DOROTEA.

¿Quién dixera, Fernando mio, la noche antes del dia que te partiste, que a los dos nos sucediera tan gran desdicha, que a mí me obligáran a darte causa, y tú la tuvieras para partirte? Crueles fuimos entrambos, pero tú mas conmigo, cómo quien tenia mas valor y entendimiento. Es la condicion de las mugeres tan temerosa, y imprimese en su cobardía tan facilmente la mas minima amenaza, que ella tuvo la culpa de mi atrevimiento. ¿Dirás, que cómo no pudo mi amor aconsejarme, que nos estaba mejor a los dos morir, que dividirnos, y que mi madre no podia ser tan riguroso juez, como yo lo fui de mi misma? Aqui no sé qué disculpa darte, mas de que parece que me quitó con los cabellos el entendimiento. Toda fui lagrimas hasta tu casa, tan desatinada y ciega, que entre quantas cosas imaginé, ninguna fue tu ausencia, que si pensára que tenias amor, que te dejára libre para elegir mas el remedio de la desdicha, que el rigor de la venganza, antes volviera a dar a mi madre los cabellos, que me quedaban, que ir a llevarte los que me havia quitado. Pensaba por el camino que hallaria-

ria consuelo en tu sentimiento, y hallé mayor crueldad en tus manos que en las suyas, pues ella me castigaba por tí, y tú a mí por ella. Respondisteme con tanta severidad y aspereza, que le fue forzoso al alma esforzar mi natural flaqueza, para no perder su honra, que no hay cosa que mas se la quite, que los desprecios de lo que ama. Esto no puedes negar, que estuvieron presentes Julio y Celia mas admirados de tu respuesta, que de la novedad del sucesso, que yo te referia. ¿Qué corazon de fiera con tan animosa determinacion en un instante executára con cinco años de amor tan gran castigo? Los antiguos que escribieron ingratitudes de hombres, ¿qué memoria dejáran de tu crueldad, si fueras de aquel tiempo? Lo mas que me dixiste, para consolar mis lagrimas, fue hacerme cargo de que por mí no estabas casado, sin acordarte que ahora tienes veinte y dos años: mira cruel si te queda bastante tiempo para casarte, y si por lo mismo me estás en obligacion, pues los cinco años de nuestro conocimiento te he quitado de arrepentirte? Secasteme con tu sequedad las lagrimas, con tu aspereza el corazon, y con tus palabras la voluntad, que las respuestas injustas enfurecen la humildad, escurecen el entendimiento, y alteran con tempestades de ira la serenidad del alma. Finalmente la tuviste para partirte, pues no es essa la mayor crueldad, si la comparo a tres meses de olvido, donde te havrá parecido que seria bajeza darme a entender que te acordabas de mi con escri-

cribirme. ¿ Qué huvieras perdido de quien eres, por saber de un cuerpo, a quien llevaste el alma ? dejandome en estado que aquella noche, como no tuve espada para matarme, la hice de una sortija que me diste, porque lo fuesse el veneno de su diamante; pero no quiso executar mi muerte, respetando el corazon, en que estabas, que como siempre fue de cera para tu gusto, no se preció de rendir cosa tan debil, a imitacion del rayo. ¡ O qué bien me has animado para sufrir tan desesperada ausencia sin ofensa tuya ! ¡ o como me has entretenido con la esperanza de verte, para no dar en las ocasiones de olvidarte ! Pero bien has hecho, porque desengañandome de tu amor, no me atormente el mio. No te hago cargo de los trabajos que he passado por estimarte, en la salud, en la opinion y en la hacienda; de las necessidades sí, hasta ponerme en ocasion de parecerte mal, por no tener que vestirme. ¿ Mas para qué te hago cargo de estas cosas, quando has de ponerme en ocasion de parecerte mal pensar, que te aparté de mí, para tenerlas ? Y por ventura en ocasion, que si esta llega a tus manos, se la comunicarás con risa, a quien se estará burlando de mis lagrimas, gloriosa de que te ha desenamorado de mí; y mentireis entrambos, porque ni tu lo estarás, ni ella me ha vencido, y esto no por arrogancia, sino porque es facil consequencia, que tu no me puedes haver olvidado a mi, pues yo no te he olvidado a tí, que conforme a lo que los hombres sentis,

tis decis, y escribis de nosotras, con mas facilidad os olvidamos. Y pues que yo con tantas razones para aborrecerte, y con ser muger, te quiero todavia; claro está, que quien es hombre, me tendrá el mismo amor ahora, que solia tenerme, fuera de tener mas que olvidar los hombres en las mugeres, que nosotras en ellos, porque siempre son mayores nuestras perfecciones y gracias, acompañadas de aquella blandura natural, cariño y dulzura, que mueve vuestra inclinacion a nuestro deseo. No te digo que me respondas, ni que te acuerdes de mí, que esto no se hace rogando, sino sintiendo; sino solo te suplico, que no te quejes de mí en tus versos, porque si me quitaron alguna opinion, alabandome, no me acaben de destruir ofendiendome.

La misma.

PHELIPA.

No has dicho cosa en la carta como la firma.

DOROTEA.

¿Qué te parece?

PHELIPA.

De tu amor y de tu entendimiento.

DOROTEA.

El uno suple lo que al otro falta.

CELIA.

Si has leído, llegaré a hablarte.

DOROTEA.

Con menos ceño, Celio, que yo no tengo causa para guardarme de tí. Esta es una carta.

CE-

CELIA.

Querria preguntarte para quien es, por ser yo la estafeta.

DOROTEA.

Llevate el enojo a Sevilla por parecerte a Don Fernando.

CELIA.

No señora, mas importame saber, si lo escribes, que puede ser que te hayas cansado sin causa.

DOROTEA.

¡Hai Dios, Celia! ¿es muerto aquel loco, o se ha passado a las Indias?

CELIA.

No señora, ni Dios lo quiera; mas porque pienso que está en Madrid.

DOROTEA.

¿Qué dices, necia?

CELIA.

Que le han visto Bernarda y la negra bajar rebozado por nuestra calle, y a su meritissimo ayo y consejero Julio: dixeronmelo en secreto, quise certificarme, y es sin duda.

PHELIPA.

¿De qué te alteras? a dónde vas? detente, que anda Don Bela por la calle: dejame a mi, que si fuere necessario, yo sabré hablarle.

DOROTEA.

Detenme, amor, que pues Fernando se viene, mejor es fingir descuido, que mostrar cuidado.

SCENA SEPTIMA.

DON FERNANDO, JULIO.

FERNANDO.

EScura noche.

JULIO.

A proposito de tu intento.

FERNANDO.

Deseo que me ayude su escuridad.

JULIO.

Virgilio dixo, que arrojaba Caco de la boca una fumifera noche: ¿qué dixera de esta calle?

FERNANDO.

A mí me parace el rocío Idalio, que dixo Pontano, la myrrha del Orontes, y todas las hierbas aromaticas, Sabeas, Arabias, Armenias, y Pancayas.

JULIO.

El polvo de la oveja alcohol es para el lobo; pero dixo Don Luis de Gongora de las calles de Madrid, que eran lodos con peregil y hierba buena.

FERNANDO.

Mejor durmiera yo en esta, que en los jardines de Chipre, o entre las rosas del monte Pangeo, Hybleas, o Elysias flores.

JULIO.

Ebrios de amor llamó Philostrato en la imagen de Ariadna a los que amando con excesso, no tienen modo ni limite en el amor.

FER-

FERNANDO.

¿Dime, Julio, en la juventud no es la sangre mas sutil, clara, calida y dulce?

JULIO.

El discreto Philosopho considera el sentido de la proposicion, para prevenir lo que ha de responder, conceder, o negar. Apostaré que quieres decir, que resueltas con la edad aquellas partes sutiles, se hace mas crassa y densa, y procediendo los años se muda en sequedad y frialdad, pues no te llevo diez años, que si te reprehendo, no es como viejo, sino como amigo.

FERNANDO.

Parece que respondes antes que te pregunten.

JULIO.

Yo no me canso de que ames, sino de que no descanses.

FERNANDO.

Gomo el sol, corazon del mundo, con su circular movimiento forma la luz, y ella se difunde a las cosas inferiores, assi mi corazon con perpetuo movimiento agitando la sangre, tales espiritus derrama a todo el sujeto, que salen como centellas a los ojos, como suspiros a la boca, y amorosos conceptos a la lengua.

JULIO.

Conozco que tienes en las venas infusa la sangre delicadissima de Dorotea, como en el Marsilio Platonico Lysias la de Phedro; pero todos los antiguos Philosophos dixeron, que la ley no era otra cosa, que una razon derivada de la deidad de los Dioses, que manda las cosas ho-

nestas, y prohibe las contrarias.

FERNANDO.

¿Amo yo por ventura el marmol del otro joven, que le coronaba de rosas, y le quiso comprar al Magistrado de Athenas, y porque no se le vendió, se murió con lastimosas ansias? ¿amo yo la pintura de Helena como el Legado de Cayo Cesàr, o una muger con alma, y tantas gracias, que fue cuidado y particular estudio de la naturaleza su hermosa fabrica?

JULIO.

Ahora bien, estos son males que solo el tiempo tienen por Avicena.

FERNANDO.

¿Por fuerza havia de ser Moro? no hallaste otro Medico?

JULIO.

No, porque ¿quién puede curar un loco sino un bàrbaro?

FERNANDO.

¡Hai paredes! hai puertas! hai rejas de la carcel hermosa de mi libertad! quiero besaros mil veces.

JULIO.

¿Los hierros besas?

FERNANDO.

Aqui solia poner la mano Dorotea, quando sus yerros eran eslavones de mi cadena, y su mano argolla de cristal que los ceñia.

JULIO.

Ya los puede hacer de oro, segun nos dicen.

FER-

Fernando.

¿Qué no podrá el oro, como materia prestantissima del elemento terrestre?

Julio.

Todos los cuerpos elementares, dixo Paracelso, que se resolvian en su elemento, el hombre en tierra; y usando philosophicamente de la fabula de las Nymphas, las resolvió en el agua, y no sé que se dixo de Melusinas, que las dió al ayre.

Fernando.

¿Esso, Julio, a qué proposito?

Julio.

A que se dejó al reyno de amor.

Fernando.

¿Quién es su reyno?

Julio.

El elemento del fuego.

Fernando.

Dejóle, ¡hai de mí! para la Salamandra de mi corazon.

Julio.

Eliano y Plinio dicen, que un animal llamado Pyrigono se engendra del fuego.

Fernando.

Esse soy, Julio, que vivo y muero templando con mis lagrimas este vivo ardor que me consume.

Julio.

Allá dixo el Poeta Hesiodo, que tenian larga vida las Nayades, debe de serlo ya tu espiritu, y la Amphibia es un animal que vive la mitad en

la

la tierra, y la mitad en el agua.

FERNANDO.

Todas essas fabulas son moralidades de mis penas.

JULIO.

Verdaderas quieren que sean, y dan testigos, pues Draconeto Bonifacio vió Tritones, y Theodoro Gaza Nereydas, y en estas navegaciones y descubrimientos de las Indias vieron unos pilotos un viejo desnudo en unos riscos, y llegando a preguntarle, qué tierra era aquella, subitamente se arrojó desde la peña al mar, y entre espheras de espuma se zabulló en ondas.

FERNANDO.

Mejor se dice sumergirse.

JULIO.

Tambien dice el Castellano *sumorgujóse*, y aunque es significativo, es aspero.

FERNANDO.

¡Qué neciamente me entretienes! ¿qué hará a hora Dorotea?

JULIO.

Estará con dos velas a tu retrato haciendo oracion, porque su dueño vuelva.

FERNANDO.

¡O enemigo mio! ¿no bastaba la burla, sino tambien con Don Bela? Piensas que no entiendo el equivoco?

JULIO.

De ninguna manera fue con malicia lo de las velas, que fuera demasiada sutileza, y en esto debes creer, que sucedió como a los Poetas, que di-

dicen muchas veces por el consonante, lo que no pensaron por el ingenio, y mas quando son legos, que es lo que llaman Donados del Parnasso.

Fernando.

¡Qué mal empleada muger!

Julio.

Antes dicen que bien, porque el Indiano, si no es muy mozo, es muy entendido; y en los Dialogos del Guazo, hallarás que las mugeres ignorantes aman el cuerpo, y las discretas el alma; y el Ariosto en un canto de su Orlando las aconseja que quieran hombres de edad, como no sean *troppo maturi*.

Fernando.

¡Hai de mis veinte y dos años, y de mis veinte y dos mil tormentos! ¿quándo se han de acabar ellos, o esta miserable vida?

Julio.

¿Ahora sales con esso?

Fernando.

¡O mi bien! o mi primero amor! o mi esperanza! o mi señora! o mi Dorotea! ¿cómo pudiste ser tan cruel conmigo? ¿cómo me dixiste tales palabras, que fue forzosa obligacion de mi honra perderte para siempre?

Julio.

Señor, deja por Dios essos desatinos, toma el instrumento y canta, siquiera porque diviertas tanta tristeza, que yo pienso que sabe que estás aqui, y por ventura echarás de ver, si ha quedado alguna centella en las cenizas de aquel fue-

fuego, para que el phenix amor salga a segunda vida; como le pinta Lactancio antistite de los bosques, y venerable sacerdote de la luz, despues que ha hecho su sepulcro, o nido sobre las lagrimas de myrrha; el espirante amomo, acantho y cassia.

FERNANDO.

Por mas que haces, no puedes divertirme, sepa, o no sepa Dorotea que estoy aqui, yo le quiero decir mis locuras con estas cuerdas; y quando no me escuche, no importa, que el alma se deleyta con la musica naturalmente.

JULIO.

Assi lo dixo el Philosopho.

FERNANDO.

¡Hai sol mio! sal a oírme; aunque me abrases, pues eres el mismo fuego.

JULIO.

Los cuerpos celestes calientan, no porque son calidos, sino en quanto son de veloz movimiento y luminosos.

FERNANDO.

¿Pero cómo saldrás a oírme, aunque tengas allá mi alma, que te lo advierta, si tienes tambien la de Don Bela, que no te deje?

JULIO.

Impossible es que un sujeto tenga mas de una forma: si el amor de Dorotea ocupa el alma de Don Bela, ¿dónde ha de estar la tuya?

FERNANDO.

Alli junto a Dorotea.

JULIO.

Tambien es impossible estár la forma sin la materia.

FERNANDO.

¿Quién te lo dixo?

JULIO.

Averroes quando menos.

FERNANDO.

Pues tú y Averroes os id noramala; que me teneis quebrada la cabeza.

JULIO.

Canta, canta, pues has templado; no venga quien lo estorve.

FERNANDO.

Pobre barquilla mia
entre peñascos rota,
sin velas desvelada,
y entre las olas sola:
¿A dónde vas perdida?
¿a dónde, di, te engolfas?
que no hay deseos cuerdos
con esperanzas locas:
Como las altas naves,
te apartas animosa
de la vecina tierra,
y al fiero mar te arrojas:
Igual en las fortunas,
mayor en las congojas,
pequeña en las defensas,
incitas a las ondas.
Advierte que te llevan
a dar entre las rocas

de la sobervia envidia,
naufragio de las honras.
Quando por las riberas
andabas costa a costa,
nunca del mar temiste
las iras procelosas.
Segura navegabas,
que por la tierra propria
nunca el peligro es mucho,
a donde el agua es poca.
Verdad es, que en la patria
no es la virtud dichosa,
ni se estimó la perla
hasta dejar la concha.
Dirás que muchas barcas
con el favor en popa,
saliendo desdichadas
volvieron venturosas.
No mires los exemplos
de las que van y tornan,
que a muchas ha perdido
la dicha de las otras.
Para los altos mares
no llevas cautelosa
ni velas de mentiras
ni remos de lisonjas.
¿Quién te engañó, barquilla?
vuelve, vuelve la proa,
que presumir de nave
fortunas ocasiona.
¿Qué jarcias te entretexen?
¿qué ricas vanderolas

azote son del viento,
y de las aguas sombra.
¿En qué gabia descubres
del arbol alta copa
la tierra en perspectiva,
del mar incultas orlas?
¿En qué zelajes fundas,
que es bien echar la sonda,
quando perdido el rumbo
erraste la derrota?
¿Si te sepulta arena,
qué sirve fama heroica?
que nunca desdichados
sus pensamientos logran.
¿Qué importa que te ciñan
ramas verdes, o rojas,
que en selvas de corales
salado cesped brota?
Laureles de la orilla
solamente coronan
navios de alto bordo,
que jarcias de oro adornan.
No quieras que yo sea
por tu sobervia pompa,
Phaethonte de barqueros,
que los laureles lloran.
Passaron ya los tiempos,
quando lamiendo rosas
el zephyro bullia
y suspiraba aromas.
Ya fieros uracanes
tan arrogantes soplan,

que salpicando estrellas,
del sol la frente mojan.
Ya los valientes rayos
de la Vulcania forja,
en vez de torres altas
abrasan pobres chozas.
Contenta con tus redes
a la playa arenosa
mojado me sacabas,
¿ pero vivo qué importa?
Quando de rojo nacar
se afeytaba la Aurora,
mas peces te llenaban
que ella lloraba aljofar.
Al bello sol, que adoro,
enjuta ya la ropa,
nos daba una cabaña
la cama de sus hojas.
Esposo me llamaba,
yo la llamaba esposa,
parandose de envidia
la celestial antorcha.
Sin pleyto, sin disgusto
la muerte nos divorcia:
¡ hai de la pobre barca
que en lagrimas se ahoga!
Quedad sobre el arena
inutiles escotas,
que no ha menester velas
quien a su bien no torna.
Si con eternas plantas
las fixas luces doras,

¡O dueño de mi barca!
y en dulce paz reposas,
Merezca que le pidas
bien que eterno gozas,
que a donde estás me lleve
mas pura y mas hermosa.
Mi honesto amor te obligue,
que no es digna victoria
para quejas humanas
ser las deidades sordas.
¡Mas hai que no me escuchas!
pero la vida es corta:
viviendo todo falta;
muriendo todo sobra.

JULIO.

Pareceme, señor, que han abierto un poco de la ventana, sombra hace la luz. ¿Si está alli Dorotea?

FERNANDO.

Necio ¿cómo puede ser que el sol no hiciera sombra en otra luz, sino mediante el cuerpo opuesto?

JULIO.

Dará en Celia, y ella formará la sombra.

FERNANDO.

Creo que he cantado mal, porque me temblaba la voz.

JULIO.

Antes no te he oído en mi vida con tan excelentes passos y cromaticos: divinamente passabas en las octavas de la voz al falsete.

FER-

FERNANDO.

Debes de consolarme, que mal puede tener la voz segura, quien tiene el corazon temblando? Cantaré otra cosa, ya que voy perdiendo el miedo.

A lo menos porque te escuchan.

FERNANDO.

¿Qué me quereis alegrías,
si me venis a alegrar?
pues solo podeis durar
hasta saber que sois mias.
¿De qué sirve persuadirme
que tenga gusto y placer,
pues ya no puedo tener
de donde pueda venirme?
¿Para qué quiero alegrias,
despues de tanto pesar?
pues solo podeis durar
hasta saber que sois mias.
Quien alegra sus tristezas
arguye poco valor,
que son tristezas de amor
las mas honradas finezas.
Ni yo me quiero alegrias,
de vuestro gusto fiar;
pues solo, &c.
Entretuviera las penas
de mi cansando vivir,
si pudierades venir
diciendo que sois agenas;
decid que sois alegrias
de quien podais alegrar,

pues solo, &c.
Un tiempo alegre me vi,
que a ser triste me enseñó,
porque tan poco duró,
que apenas le conocí.
Cometas sois, alegrias,
a donde vais a parar?
pues solo, &c.

JULIO.

No hacen señal, ni de hablarte, ni de llamarte, solo passan sombras de una parte a otra por lo que se vé abierto de la ventana.

FERNANDO.

Deben de ser mis dichas, que en esta casa siempre fueron sombras. Vamonos, Julio.

SCENA OCTAVA.

PHELIPA, FERNANDO, JULIO, DOROTEA.

PHELIPA.

¿A, caballero?

JULIO.

Buelve que te llaman.

FERNANDO.

La voz desconozco.

JULIO.

Ya todo será diferente.

FERNANDO.

No todo será en daño mio.

JULIO.

Como hay nuevo Corregidor, havrán mudado las Varas.

FER-

FERNANDO.

¿Quién me llama, y qué es lo que me manda?

PHELIPA.

Una dama, que se ha alegrado mucho de oíros, os suplica que canteis otra vez aquello de la pobre barquilla.

FERNANDO.

No querrá el dueño, porque no ha tenido tanto peligro en alta mar, como llegando al puerto; pero cantaré, por serviros, el estado en que se halla, que no es muy dichoso, porque debí a esta casa el que tuve alegre, que aqui vivia una dama, tan dulce sujeto de mis pensamientos, quanto ahora triste.

PHELIPA.

Y vive ahora, porque nació en ella, y no ha tenido otra.

FERNANDO.

Dixeronme, que se havia passado a las Indias.

JULIO.

¡Qué bien dicho, aunque no para en la calle!

PHELIPA.

A las Indias, ¿pues a qué efecto?

FERNANDO.

Como esso muda el tiempo, y puede el oro.

PHELIPA.

Los cuerpos muda la fuerza y violencia de la fortuna, no las almas.

FERNANDO.

Es impossible que sin el alma se mude el cuerpo.

PHELIPA.

Estais engañado, porque donde no vá la voluntad, vá el cuerpo solo, como quien lleva luz en una linterna, que alumbra la calle, y obscurece la persona.

JULIO.

No he oído cosa tan aguda.

FERNANDO.

Essa razon me ha muerto.

PHELIPA.

Pues yo ¿qué os he dicho?

FERNANDO.

La luz que passa por la linterna, es por medio de la puerta, que es hecha de materia tan indigna, que por ella se significa el mayor agravio de la honra.

JULIO.

¡Qué bien dixo la madera de que se hacen linternas y tinteros!

FERNANDO.

Pero quiero hacer lo que me mandais, que me ha deslumbrado mucho la linterna, porque no hay cosa que ofenda mas los ojos, si es descortés el que la lleva.

Gigante cristalino
al cielo se opinia
el mar con blancas torres
de espumas fugitivas,
Quando de un tronco inutil,
cuyas ramas solian
hacer dosel a un prado,

que fue de un rayo envidia,
Tenia Fabio atada
su misera barquilla,
los remos en la arena,
la red al sol tendida.
Ya no repara en nada,
que quien de sí se olvida,
grandes memorias tiene,
que a tanto mal le obligan.
Baja fortuna corre,
poco la vida estima
quien todo lo desprecia,
y a todo se retira.
Que despreciarlo todo
es humildad altiva,
accion desesperada,
que no Philosophia.
Mas tanto pueden tristezas
de passadas alegrias,
que obligan, si porfian,
a no estimar la muerte, ni la vida.
Las atrevidas ondas,
que a conquistar subian
por escalas de vidro
las almenas divinas,
Abrieron una nave
desde el tope a la quilla,
sembrando por las aguas
velas, jarcias y vidas.
Y dixo: Si estuvieras
atada a las orillas,
como mi barca pobre,

vi-

vivieras largos dias.
Dichoso yo, que puedo
gozar pobreza rica,
sin que del puerto amado
me aparte la codicia.
La soledad me mata
de un bien, que yo tenia;
no los palacios altos,
ni el oro de las Indias.
Quando anegarse veo
las naves y las dichas,
consuelo en las agenas
la pena de las mias.
Mas tanto pueden, &c.
Memorias solamente
mi muerte solicitan,
que las memorias hacen
mayores las desdichas.
Para regalo tuyo,
Amarylis divina,
quando el Autora rayos,
redes al mar tendia.
Sacaba yo corales,
que como se corrian
de verse con tus labios,
mas finos parecian.
A tus hermosas manos
llevar tambien solia
los peces y las perlas
en una concha misma.
De mi cabaña humilde
las paredes suspiran,

a donde yo gozaba
tu dulce compañia.
Y en tantos desconsuelos
quiere el amor, que sirvan
en esperanzas muertas
estas memorias vivas.
Mas tanto, &c.

DOROTEA.

¡Hai Phelipa! ¿quién será esta dama, que me abraso de zelos?

PHELIPA.

Mira que puede oírte.

DOROTEA.

Temblando me está el corazon, estoy por llamarle.

PHELIPA.

Tu madre ha conocido la voz, y está mirando, aunque finge desatencion, la inquietud de tus acciones, y el desassossiego de tus movimientos.

DOROTEA.

¡Hai Phelipa, que somos Fernando y yo como la voz y el eco! él canta, y yo repito los ultimos acentos.

PHELIPA.

Creo que andas, porque te vea.

DOROTEA.

¿Puede ignorar su alma, que la mia le escucha?

PHELIPA.

La primera que se le quebró, ha puesto, y a cantar vuelve.

Tan vivo está en mi alma
de tu partida el dia,
que vive ya mi muerte,
no vive ya mi vida.
Nunca del pensamiento
un atomo se quitan
las luces eclipsadas
de tu postrera vista.
Assi las azucenas
por la calor estiva
entre las hojas verdes
las candidas marchitan.
Assi la pura rosa,
que vió la dulce risa
del Alva, con la noche
la purpura retira.
Trocado muerte avemos,
siendo en mis ansias vivas
tu vida la que muere,
mi alma la que espira.
Intento consolarme,
con vér que fugitiva
parece que me llamas,
y que a partir me animas.
Mas tanto pueden desdichas,
que obligan, si porfián,
a no estimar la muerte, ni la vida.

PHELIPA.

Yo os prometo, caballero, que el Poeta de esas endechas escribe de lo mas crespo.

FERNANDO.

Antes de lo mas peynado.

PHE-

Phelipa.

Levantan ahora los nuevos terminos a la lengua

Fernando.

Testimonios.

Phelipa.

Bien parece lo realzado.

Fernando.

Si se entendiesse.

Phelipa.

O se escribe verso, o prosa.

Fernando.

Sentencia y belleza bien pueden estar juntas, que son como discrecion y hermosura.

Phelipa.

Yo no quiero arguir con vos, que seria descortesia y atrevimiento.

Fernando.

Yo no os he visto en esta casa, pero me persuado, que quanto hay en ella, es entendimiento.

Phelipa.

Favoreceis al dueño; pero decidme ¿cómo?

Fernando.

Porque son tantos los que aqui le han perdido, que le tendrán hasta las esclavas que le huvieren hallado.

Phelipa.

No será a lo menos el vuestro, pues le mostrays tan grande.

Fernando.

No habla aqui mi entendimiento, sino mi desdicha, y todos los desdichados son discretos.

PHELIPA.

Yo no he visto necios desdichados.

FERNANDO.

Serán dos veces necios.

PHELIPA.

Con las gracias, que vos mostrais aqui, aunque no os veo bien el talle por la sombra de la noche, tengo por impossible, que a lo menos en una cosa dejeis de ser dichoso.

FERNANDO.

¿En qué, por vida vuestra?

PHELIPA.

En ser querido.

FERNANDO.

Quando fuera ansi, que yo tuviera algunas gracias, ¿qué cosa mas contra mí, para ser correspondido?

PHELIPA.

¿Pues los meritos no son el fundamento del amor?

FERNANDO.

Como quisiere la fortuna.

PHELIPA.

¿La fortuna no compite con la naturaleza?

FERNANDO.

Nó, porque siempre la derriba.

PHELIPA.

¿Qué llamais fortuna?

FERNANDO.

Riqueza.

PHELIPA.

Meritos conquistan.

FERNANDO.

Sí, pero no conservan.

PHELIPA.

Quien deja lo que tiene por su gusto, quejese de sí mismo.

FERNANDO.

Assi lo hago yo, que por esso canto cosas tristes: pero yo os prometo, que no pude dejar de dejarlo: ¿pero qué me importa, si lo que dejé, no me deja?

PHELIPA.

Si otra noche venis por aqui, no traygais lamentaciones.

FERNANDO.

Acabadlo vos con mi tristeza, que por hacerla mayor, he buscado entre los versos, que sé de memoria, los que mejor se aplican a las que tengo.

PHELIPA.

Pareceme que esse pescador lamentaba alguna prenda muerta, por donde se aplica a sentimiento vuestro, pues la teneis viva.

FERNANDO.

Porque lo mismo es tenerla ausente, aunque se diferencian, en que los ausentes pueden ofender, y los muertos no; y este pescador lloraba la mas hermosa muger que tuvo la ribera, donde nació, mas firme, mas constante, y de mas limpia fe y costumbres.

PHELIPA.

Parece aprobacion de libro.

Ju-

Julio.

Tres hombres rebozados te han escuchado en la esquina con alguna inquietud, y pienso, que pues suenan los broqueles, tocan a pesadumbre.

Fernando.

Pues dame el mio, y arrima esta guitarra a essa reja.

Scena nona.

Don Bela, Don Fernando, Julio, Phelipa, Laurencio, Dorotea.

Bela.

Este debe de ser el Sevillano, de quien siempre nos cuenta Dorotea tantas gracias.

Laurencio.

Si las demás lo son como la voz, será perfecto en todas.

Bela.

Dame por tu vida mas zelos de los que tengo.

Laurencio.

Esto no es para darte zelos, sino para quitartelos.

Bela.

Si los zelos nacen de las gracias agenas, ¿cómo se han de quitar encareciendolas?

Laurencio.

Sabiendo un hombre dejar el campo libre al que [redacted] tiene, pues le dan lugar para que las execute.

BELA.

Hermosa cobardia: reconocerle quiero, porque si la cara y el talle desdicen de la voz, esse es el mejor camino para perder los zelos.

FERNANDO.

¿Qué es lo que miran? ¿no pueden passar sin reconocer? ¡ qué gentil cortesia!

BELA.

No vengo a ser cortés, sino a echarle de essa puerta.

FERNANDO.

Si trahe essa determinacion, a buen tiempo viene.

PHELIPA.

¡ Hai, señora, que se matan!

DOROTEA.

Don Bela y Don Fernando son.

PHELIPA.

Y Julio y Laurencio.

DOROTEA.

Saca una luz a essa ventana, que el corazon se me sale del pecho, por ayudar a Fernando.

PHELIPA.

¡ O qué mal dicho!

DOROTEA.

¡ O qué bien hecho! ayudale corazon animoso, o no digais, que sois mio.

CORO DE ZELOS.

Dicolos Distrophos.

¡O zelos, Rey tyrano,
¡o bastardos de amor! ¡o amor villano!
¡o guerra del sentido!
¡o engaño a la verdad, puerta al olvido!
¡O poderosa ira!
que en sombra amor por accidentes mira
con miedo del agravio,
furia del necio, y necedad del sabio,
Que con tu proprio daño
presumes engendrar el desengaño.
Cuerpo, que el ayre finge,
enigma que propone fiera esphynge.
Substancia y diferencia,
que resultas del acto y la potencia
De amor que desconfia;
fuego abrasado y calentura fria.
Por tí la bella Helena
suspensa puso fin a tanta pena.
Antiope por Dirce,
y en las ondas del mar Scyla por Circe.
Por Cephalo gallardo,
la esposa, que mató sangriento dardo:
Por quien la blanca Aurora
tierno maná sobre las flores llora.
Tu imagen formidable
sin causa en mil tragedias fue culpable.
No passes de rezelos,
que si llegas a ofensa, no eres zelos.

LA DOROTEA

ACTO QUARTO.

Scena primera.

Marfisa, Clara, Phelipa, Dorotea, Fernando, Julio.

Marfisa.

¡Qué solo está el prado!

Clara.

¿Cómo no quieres que lo esté, si apenas le acompaña el dia?

Marfisa.

¡Qué bien pintára esta mañana Fernando.

Clara.

Mejor supo despintar el oro de tus joyas.

Marfisa.

El oro se halla en la fortuna, y el buen ingenio en la naturaleza.

Clara.

Ganado havemos la palmatoria en esta escuela de las damas, que toman el azero.

Dorotea.

Alli vienen dos pisando de valentia.

Clara.

Como si huviera galanes que las miráran.

Do-

DOROTEA.

Quando la bizarria es natural, no ha menester cuidado.

CLARA.

Hácia nosotras vienen.

MARFISA.

¿Señora Dorotea, tomais azero? ¿o venis a florecer el campo?

PHELIPA.

Parece que lo sacais las dos en desafio.

DOROTEA.

Ya le tendreis florido, pues venistes primero. No os he pagado la visita de aquel dia, porque no supe vuestra casa, y porque no me obligastes con decirme que veniades a visitarme, sino que fue acaso y por accidente el verme.

MARFISA.

Buena estais ya del todo, Dios os bendiga: ¡qué cara! qué colores! qué nacar!

DOROTEA.

No os pago con la misma lisonja, porque se vé en vos con verdad, lo que en mi por favor, que yo como me acosté anoche, vengo esta mañana.

MARFISA.

Por esso dicen unos versos:

Para amar es la cosa mas segura
buen trato, brede edad, limpia hermosura.

Y en otros que escribieron a una dama, que consultaba Astrologos, para saber si la queria a quien ella amaba. To-

Toma un espejo al apuntar del dia,
y sino has menester jazmin, ni rosa,
no quieras mas segura Astrologia.

DOROTEA.

En verdad, que no pude tomarle, porque no havia luz para verle.

MARFISA.

Vos sois espejo de vos misma.

DOROTEA.

Y vos del mismo sol, que sale mas apriesa, por ver en vuestra cara, si amanece mas aliñado en España, que en las Indias.

MARFISA.

Vos lo sabreis mejor, que amaneceis en entrambas.

DOROTEA.

Mucho sabeis de mí, debe de deciroslo Don Fernando.

MARFISA.

¿Cómo lo puede saber esse caballero, que ha tanto que está en Sevilla?

DOROTEA.

¿Fingis ignorancia? dias ha que está en Madrid, y no pocos dias.

MARFISA.

No hay que fiar en amistades zelosas, no me lo ha dicho aquella amiga que le quiere bien, que debe de guardarse de mi.

DOROTEA.

Ahora creo, que no sois vos, pues no lo sabeis.

MAR-

MARFISA.

Debeis de engañarme, pensando que puedo yo daros nuevas dél, con que vengo a estar engañada entre dos zelosas.

DOROTEA.

Yo no le he visto; pero le he oído hablar y cantar en mi calle, y aun acuchillar unos hombres, de los quales el uno está herido, aunque ya sin peligro.

MARFISA.

Havráos engañado, que sabe fingir una muerte con gran donayre.

DOROTEA.

Yo me holgára, que no fuera tan cierto.

MARFISA.

Y yo de acompañaros; pero voy a Atocha, y temo al sol, si vuelvo tarde.

DOROTEA.

Encomendadme a ella.

PHELIPA.

Bizarra es esta dama, Dorotea, aunque pica un poco en gruessa, que no la hace tan gentil, como lo fuera con menos bulto.

DOROTEA.

Las manos son bellissimas, y las sacó del guante, como si me huviera yo de enamorar de ellas.

PHELIPA.

Es falta de buenas manos y buenos dientes enseñarse a todos, y la de los dientes mayor, porque hacen gestos para que se los vean, no sin fealdad y nota de liviandad.

Do-

DOROTEA.

Alababa Octavio a Doña Inés las manos de una dama, que las llevaba asidas a la cortina del coche, como vestido en tienda, que solo le faltaba decir, ¿ quién quiere manos ? y ella zelosa sacó las suyas del guante, y dandole un bofeton le dixo: ¿eran cómo estas?

PHELIPA.

¡ Hai, Dorotea ! cubrete, que yo no importa; pues no me conoce Don Fernando, que él y Julio son sin duda los que entran por la carrera.

DOROTEA.

Assentemonos cerca de esta fuente, que me he turbado, fuera de que sentada seré menos conocida.

PHELIPA.

Toma esta alcorza, y si quieres agua, aqui tengo un bucaro de los que llaman de la Maya.

DOROTEA.

Por encarecimiento solia decir Fernando, que debia de ser esta tierra del Paraíso, donde fue la fabrica del primer hombre.

PHELIPA.

El llega, cubrete bien.

DOROTEA.

Sin mirarnos passó de largo.

PHELIPA.

¡ Qué estraña melancolia !

DOROTEA.

Yo pensé que iba siguiendo aquella dama, pero

va

va la carrera arriba: llamale, pues no te conoce, veamos qué nos dice, que yo no hablaré palabra.

PHELIPA.

¿A, caballero? a, gentil hombre?

JULIO.

Mira, que te llaman aquellas mugeres.

FERNANDO.

Dejalas, necio, que no es esse el remedio de mis tristezas.

PHELIPA.

No seais descortés, caballero.

JULIO.

De mañana salen a buscar la vida, aunque no parece ropa desocupada, llega a ver lo que te quieren.

FERNANDO.

¿No sabes que no hablo con mugeres?

JULIO.

No sanarás del mal que tienes, y sino preguntalo al Petrarca en el *Triumpho de amor*, sino te acuerdas del Rey Assuero. Dice mi amo que no habla con mugeres.

PHELIPA.

Mas que si voy por él, que le quito la capa, y le hago sentar aqui, aunque le pese.

JULIO.

Señor, aquella dama está determinada a llevarte allí por fuerza; advierte que las mugeres siguen a quien las huye, y se vendrá tras tí, no mas de porque no la quieres.

FERNANDO.

¿Qué es, señora, lo que me mandais? y agradecedme, que sois la primera muger, con quien he hablado mas ha de quatro meses.

PHELIPA.

¿Por qué, Rey mio? qué le havemos hecho?

FERNANDO.

Los agravios y trayciones de una han sido causa para aborrecerlas todas.

PHELIPA.

¡O qué historia tan linda me prometo! Sentaos junto a las dos, y haréis dos cosas justas, que descansareis vos, y nos entretendreis a nosotras.

FERNANDO.

¿Por qué no habla essa dama?

PHELIPA.

Porque está mal con los hombres, cómo vos con las mugeres.

FERNANDO.

Si ella los aborrece tanto, como yo a ellas, bien se podrá hacer de los dos un veneno para acabar el mundo. Ya estoy sentado.

PHELIPA.

¿Cómo venis al campo tan demañana, pues no venis a ver zapatillos y plumas?

FERNANDO.

No duermo en toda la noche peleando con el mas necio amor y mas desengañado, que ha tenido la porfia, sin la esperanza, desde que hay locos desta tema en el mundo.

PHELIPA.

Ya que nos haveis hecho merced de sentaros, y estamos ciertas, pues aborreceis mugeres, que no nos direis amores, entreteneos a vos mismo con referir la historia, de que os quejais, que los enfermos de vuestro mal darán dineros, porque los escuchen.

JULIO.

¿Quál es la hermana compañera? pero señora, essa que lo es suya, ¿es muger o piedra? porque la pondremos en la fuente: sientome junto á ella, como quien se arrima a un poste. Pesia tal, y qué buen olor que tiene: no es de mala casta lo rollizo del brazo: aun no me ha dicho ¿quién está ahi?

PHELYPA.

Guardaos no os lo diga con el cuchillo del estuche; pero dad silencio, que tosse vuestro amo, y es señal que quiere comenzar la obra.

FERNANDO.

Yo, señoras, la que habla y la que no habla, nací de padres nobles en este lugar, a quien dejaron los suyos poca renta: mi educacion no fue como de Principe; pero con todo esso quisieron que aprendiesse virtudes y letras: enviaronme a Alcalá de diez años, con el que está presente, que tendria entonces veinte, para que me sirviesse de ayo y de amigo, como lo ha hecho con singular amor y lealtad.

JULIO.

¿Quién como tú le merece?

FERNANDO.

Para con tu doctrina, Julio, tengo por ignorante al Chiron de Achiles, pues por lo que toca a la verdadera amistad, assi fuera yo Alexandro, como tu Ephestion.

JULIO.

No quiero responderte, por no interrumpir el hilo de tu amorosa historia.

FERNANDO.

De la edad que digo, ya sabia yo la Gramatica, y no ignoraba la Rhetorica, descubrí razonable ingenio, prontitud y docilidad para qualquiera ciencia; pero para lo que mayor le tenia, era para versos; de suerte que los cartapacios de las lecciones me servian de borradores para mis pensamientos, y muchas veces las escribia en versos Latinos, o Castellanos. Comenzé a juntar libros de todas letras, y lenguas, que despues de los principios de la Griega, y exercicio grande de la Latina, supe bien la Toscana, y de la Francesa tuve noticia.

JULIO.

Parece que informas esta dama para algun oficio.

PHELIPA.

No me tengais por tan ignorante, que no escuche con tanto gusto la materia de las letras, como las de los amores, que las mugeres, quando no esperamos interés, qualquiera cosa nos entretiene.

FERNANDO.

Murieron mis padres, y un solicitador de su hacien-

cienda, cobró la que pudo, y passóse a las Indias, dejandome pobre, que siempre fui desdichado en las Indias, pues como otros trahen de ellas hacienda, me llevaron allá la mia.

JULIO.

¿Parece que se rie esta dama de que dixesses que eras desdichado en Indias?

FERNANDO.

No puede ella entender por lo que yo lo digo.

PHELIPA.

Teneis razon, que el reírme procedió del donayre, con que lo dixo, que no de la causa porque lo siente.

FERNANDO.

¿Y como si lo siento? pluguiera al cielo, que nunca se huvieran descubierto, ni Colon huviera nacido en el mundo.

PHELIPA.

¿Tan poco animo teneis, que porque os llevaron vuestra hacienda, no quisierades que España se huviera hecho con ellas tan rica y poderosa, y nuestra fé se huviera dilatado tanto?

FERNANDO.

Muy lejos vais de mi pensamiento, no me admiro, siendo impossible penetrarle.

PHELIPA.

Volved a engarzar la cadena de vuestro cuento, no se os pierdan algunos eslavones.

FERNANDO.

Volví a la corte, y a su casa de una señora deuda mia, rica y liberal, que tuvo gusto de favorecerme.

PHE-

PHELIPA.

Tuvo muy buen gusto.

FERNANDO.

Tenia una hija de quince años, quando yo tenia diez y siete, y una sobrina de poco menos que los mios, con qualquiera de las dos pudiera estar casado; pero guardabame mi desdicha para diferente fortuna. Las galas y la ociosidad, cuchillo de la virtud, y noche del entendimiento, me divirtieron luego de mis primeros estudios, siendo no pequeña causa poner los ojos en Marfisa: assi se llamaba la sobrina de esta señora, y ella Lisarda. Este amor aumentaba el trato, como siempre; mas en medio de esta voluntad, que por mi cortesia y poca malicia no dió fuego, la casaron con un hombre mayor y letrado, aunque no el mayor letrado; pero muy rico: el dia que el referido jurisconsulto la llevó a su casa, hice la salva a su boca, porque no le matasse el veneno que llevaba en ella con el disgusto de la violencia, y llorámos los dos detrás de una puerta, mezclando las palabras con las lagrimas, tanto que apenas supiera quien nos mirára, quáles eran las lagrimas, o las palabras.

PHELIPA.

Gran llorador debeis de ser.

FERNANDO.

Tengo los ojos niños, y Portuguesa el alma; pero creed, que quien no nace tierno de corazon, bien puede ser Poeta; pero no será dulce.

PHE-

PHELIPA.

¡Qué presto os vais a la profession!

FERNANDO.

Amor tiene la culpa.

PHELIPA.

¿Por qué?

FERNANDO.

Porque amar y hacer versos todo es uno, que los mejores Poetas que ha tenido el mundo, al amor se los debe.

JULIO.

Esso es cierto; y que ningun hombre amó, que o bien, o mal no los hiciesse.

PHELIPA.

¿En qué paró la señora novia?

FERNANDO.

En que el negro esposo se olvidó de la edad; y se acordó de la hermosura, y ayudando su flaqueza con artificio, perdió la vida en la empresa como buen caballero.

PHELIPA.

La vida del puerco corta y gorda.

FERNANDO.

Volvieron a Marfisa a casa, y no el dote, porque sin él la quiso, que hay muertes que se quieren de valde, mas que vidas por dineros.

PHELIPA.

Bravas fiestas hariades a su venida.

FERNANDO.

Ningunas cierto, que el dia de su boda me truxo un grande amigo un reçado de una dama de esta corte, no sé como la nombre, que me cu-

bre

bre un hielo toda la sangre: finalmente se llama.

PHELIPA.

No os quedéis en finalmente.

FERNANDO.

Leona, Tygre, Serpiente, Aspid, Sirena, Euripo, Circe, Medea, Pena, Gloria, Cielo, Infierno y Dorotea.

PHELIPA.

¡Con qué de injuriosos nombres desembarca essa pobre muger del mar de vuestra ira!

FERNANDO.

No los he dicho todos; pero sí, que ya dixe Dorotea.

PHELIPA.

Los hombres querrian las mugeres, como vasallos de Aragon, a bien y a mal tratar.

FERNANDO.

Peor lo hacen ellas, pues nunca nos tratan bien.

JULIO.

Essa pendencia, señores, comenzó en las Calendas de la edad de plata; solo me admira, que no haviendo en el mundo tercera diferencia de hombres y mugeres, nunca estémos en paz.

FERNANDO.

Essa nace de querellas.

PHELIPA

No, sino de querer tantas.

FERNANDO.

Tambien hai tantos.

JULIO.

Bien dicho.

PHELIPA.

A vos claro está que os lo ha de parecer, por nombre, por ayo y por amigo.

FERNANDO.

Si fuera menos aficionado a la defensa de las mugeres Julio, no estuviera yo perdido.

PHELIPA.

¿Luego nunca os riñe?

FERNANDO.

Si yo tuviera lo docil de Alcibiades, topado havia con Socrates...

PHELIPA.

Dejad historias, y venid a la vuestra. ¿Qué recado os truxo aquel amigo?

FERNANDO.

Que fuesse a ver a Dorotea, porque en ciertas conversaciones, en que los dos nos haviamos hallado, le havia caído en gracia o mi persona, o mi donayre, o todo junto, y fue gracia con que he caido en tantas desgracias, que faltan estrellas al cielo para conferirlas.

PHELIPA.

¿Fuistes en efecto a verla el mismo dia de la boda de Marfisa?

FERNANDO.

Puseme lo mejor que tuve, y lo mas galan que supe, y fui a verla con todas las circunstancias de pretendiente, mesura, olor y asseo.

PHELIPA.

Havria calzas largas, cuera de ambar, y su poquito de cadena, ensayando la habla para lo tierno, y los ojos para lo elevado.

Julio.

Pues assi es la que habla, ¿ quál debe de ser la que calla?

Phelipa.

Ya os digo, que no la toqueis, que no está madura, y os dará dentera.

Julio.

Las mugeres nunca son mejores, que por madurar.

Phelipa.

Gusto teneis de ayo, que estuve por decir de pedagogo.

Julio.

¿ Latin sabes?

Phelipa.

Tengo un hermano estudiante, y dame, quando corta Latin, estos retales. Decidme por vida vuestra, ¿ qué tal será una muger quando huele al nido?

Julio.

Peor es a corral de ovejas, y no me podeis negar que son mejores dos de a veinte, que una de quarenta.

Fernando.

Este dia de la boda de Marfisa fui galan, como dixe, tanto que se trocaron los efectos, porque yo parecia el desposado, y el novio el suegro.

Julio.

Solo os diferenciariades en que todos los desposados se hacen la barba, porque vos no la tendriades: ¡ pero qué gentil sentimiento de la dama que se casaba! hai hombres, qué presto se le enjugaron las lagrimas, y se le olvidó la

sal-

salva de la boca a la sombra de la puerta!

FERNANDO.

¿Pues qué queriades? ¡qué gentil necedád fuera matarme yo, quando ella estaba en brazos de su marido!

PHELIPA.

Tenedla lastima, que es milagro del cielo haver conformidad en edádes desiguales, de que han nacido muchas veces tristes sucessos.

FERNANDO.

Para tristes sucessos no es menester la desigualdad de las edades, sino de las condiciones.

PHELIPA.

En fin vistes essa Dorotea, ¿era muy hermosa?

FERNANDO.

Esso quisiera que no me preguntarades, porque parece que la naturaleza destiló todas las flores, todas las hierbas aromaticas, todos los rubies, corales, perlas, jacintos y diamantes, para confeccionar esta bebida de los ojos, y este veneno de los oidos.

JULIO.

Debia de ser entonces boticaria la naturaleza, no te faltó sino mezclar ahí essos simples con el tartaro.

FERNANDO.

No sé qué estrella tan propicia a los amantes reynaba entonces, que apenas nos vimos y hablamos, quando quedámos rendidos el uno al otro."

PHELIPA.

¿Y Marfisa?

Fernando.

Era amor venial, y fue menester poca diligencia, y menos para Dorotea, pues yo pudiera decir lo que el excelente Poeta Vicente Espinel dixo por la facilidad de la hermosa Hero:

De Hero murmurais, yo lo sé cierto,
que fue muy blanda en el primer concierto.

Phelipa.

¡Qué falta en los hombres! mal hayan las mugeres, porque no los hacen rabiar. Pero decidme. ¿tan hermosa es essa Dorotea?

Fernando.

Esto es quanto al paramento visible, que el talle, el brio, la limpieza, la habla, la voz, el ingenio, el danzar, el cantar, el tañer diversos instrumentos, me cuesta dos mil versos, y es tan amiga de todo genero de habilidades, que me permitia apartar de su lado para tomar licion de danzar, de esgrimir, y de las Mathematicas, y otras curiosas ciencias, que en entrambos era virtud, estando tan ciegos. Estaba en esta sazon ausente el esposo de esta dama, donde no se tenia esperanza de su vuelta, en cuyo medio la havia conquistado un Principe estrangero, a quien ella entretenia poderosas esperanzas con remissas dilaciones, y ardientes deseos con favores tibios, que hallé en la possession de este pensamiento, quando nos vimos Dorotea y yo tan conformes de estrellas, que parece que toda nuestra vida nos haviamos tratado y conoci-

cido. Con este gran señor, que os digo, me sucedieron grandes aventuras, no por sobervia de mi condicion, que bien sabia, que el que se opone al poderoso con flacas fuerzas, es fuerza que alguna vez cayga en sus manos. Y assi una noche, que llamé con mas amor, que discrecion a su puerta de Dorotea, salió él proprio a abrirme, sin que ella ni su madre pudiessen con ruegos detenerle; y como havia conocido mi voz, trahia la daga en la mano, y tirandome una puñalada de las que llaman de resolucion, por encoger el cuerpo, o por mi buena fortuna me clavó por las cuchilladas de una cuera blanca, que trahia suelta, a la misma puerta, que me abria, cerrandola de golpe; y esto no os parezca impossible, porque como yo pensaba que era criada la que me abria, fui a entrar con el deseo, donde los zelos me esperaban con la traycion; y haviendo de bajar un passo, aunque la sala de aquella puerta no estaba igual con la calle, bajé el cuerpo, y quedó la cuera en el ayre.

PHELIPA.

Turbada os escucho, imaginando en tal ocasion essa vuestra Dorotea qué noche passaria, si os imaginaba herido de tan fuerte determinacion.

FERNANDO.

Yo no pude avisarla, y assi partimos entre los dos la pena.

PHELIPA.

¿Cómo salistes del peligro de competidor tan poderoso? que me teneis suspensa.

FER-

Fernando.

Tengo por cierto, que me huviera quitado la vida, porque yo havia perdido el temor a su poder y a mi muerte, si el Rey entonces no le enviára con un cargo, conforme a su grandeza y a mi dicha, que no pudiera trazar mi imaginacion tan eficaz remedio; pero fue gracia, que hizo grandes diligencias para llevarme por Secretario suyo, no porque me havia menester, ni mi edad era suficiente, sino por apartarme de Dorotea, que antes que saliesse el Alva, havia enviado una criada suya a saber de mi vida, que celebramos los dos, siendo los brazos parabienes de la felicidad deste sucesso, en el primer hurto, que se pudo hacer a los desvelados zelos de tan poderoso amante, tomando venganza dél en amorosas ofensas, con el aumento, que hacen a dos conformes voluntades las resistencias y privaciones. Ausentóse finalmente, y quedé señor pacífico de tan rica possession, que me parecia que Creso, que se llamó entre los mortales felicissimo, era pobre para conmigo, y que el resplandeciente exercito de Antiocho Magno con los arneses y celadas de plata y oro era menos lustroso, que mis galas, y menos sobervio que mis pensamientos: pero con toda esta riqueza en breves dias me comenzaron a afligir y atormentar cuidados de verme pobre, y que no estaba seguro por serlo de alguna ofensa merecida de mi necessidad, no de mi culpa, y que no se podia conservar nuestra amistad dentro de las espheras de la acti-

vi-

vidad de amor. En estos miedos, y entre tanta copia de competidores y deudos; no haviendo yo nacido con aquel linage de sufrimiento, que está, segun dicen los que le han leído, en el capitulo primero del libro de la infamia, que con poca distincion comprehende la opinion de los galanes, y la honra de los maridos: entendió Dorotea este pensamiento, que facilmente se assoma al rostro en la tristeza de los amantes, donde parece, que quieren que les pregunten lo que no quieren que sepan, y me asseguró, que sería tan mia, que quitandose las galas y las joyas con la plata de su servicio, me las envió en dos cofres.

PHELIPA.

Hazaña fue por cierto de muger de valor.

FERNANDO.

Con esto duró nuestra amistad cinco años, en los quales quedó casi desnuda, aprendiendo labor que no sabia, para sustentar las cosas mas domesticas.

PHELIPA.

¡O singular fineza en tanta hermosura, en tal edad y en la Corte!

FERNANDO.

Yo la confiesso, y que me ví mil veces con tal verguenza y lastima, que no pudiendo cubrir aquellas hermosas manos con diamantes, las bañaba en lagrimas, que ella tenia por mejores piedras para sortijas, que las que havia vendido y despreciado.

PHE-

PHELIPA.

¿Y qué hacian vuestros competidores entonces?

FERNANDO.

No reparaban tanto en Dorotea, porque donde las galas no llaman los ojos de los hombres; parece que está cobarde la hermosura. Finalmente la ví de suerte, que quando considero su necessidad, la disculpo; mas quando mi amorosa perdicion, me vuelvo loco.

PHELIPA.

¿Pues qué hizo?

FERNANDO.

Dixome un dia con resolucion, que se acabava nuestra amistad, porque su madre y deudos la afrentaban, y que los dos eramos ya fabula de la Corte, teniendo yo no poca culpa, que con mis versos publicaba lo que sin ellos no lo fuera tanto.

JULIO.

Esso es cierto, y crean las damas, que siendolo de Poetas, serán celebradas, pero no secretas.

PHELIPA.

¿Y vos qué hicistes en tan subita mudanza?

FERNANDO.

Fingí en mi casa, que havia la noche antes muerto un hombre, y decia verdad, si era yo el muerto, y que era fuerza ausentarme, o caer en manos de la justicia: dióme Marfisa el oro que tenia, y las perlas de sus lagrimas, y con él me partí a Sevilla

PHELIPA.

¡Brava resolucion!

FER-

FERNANDO.

De hombre de bien.

PHELIPA.

¿Y comó lo passastes?

FERNANDO.

Tristemente: a cada legua que andaba, me volvia; pues pudiendo mas la honra, que el amor, que la cosa mas fuerte siempre fue la honra, perdone aquel antiguo problema del vino, la verdad y la muger, proseguia mi camino, hasta que cayendo y levantando llegué a Sevilla.

PHELIPA.

Alli presto se olvidaria Madrid, y la dicha Dorotea, con la hermosa variedad del trato, damas, caballeros, estrangeros, naves de las Indias, rio, barcos, y Triana.

FERNANDO.

¿Y como si se olvidó? luego en llegando fue esse milagro: el rio me parecia el Letheo, las barcas almas, las damas sus ministros, las naves montes flamigeros, como el Ethna de Sicilia, su trato la confusion de sus voces: finalmente la mas bella y populosa ciudad un infierno soñado; no pensé amanecer vivo aquella noche, porque la felicidad y la desesperacion son los ultimos terminos de los amantes; y haviendo perdido el primero, era fuerza que diesse en el segundo. Partíme a ver el mar, que esto solo fue deseo mio entonces, despues de mi muerte: víle en San Lucar, y dixele lo que havia oído a un Poeta.

Bebermele quisiera
por volverle a llorar, si yo pudiera,
porque para mi fuego no presuma,
que el golfo es mas que la menor espuma.

De alli fui a Cadiz, donde tenia un deudo Dignidad de aquella Iglesia; y como me pareció que no podia huir mas, que hasta donde se acaba la tierra, que dió sujeto al heroyco blason de CARLOS V, hice algunos versos, de los quales estos tengo en la memoria.

Si vas conmigo, Amarylis,
¿para qué se llama ausencia
querer apartar los ojos
de donde el alma se queda?
¡O qué discreta ignorancia!
¡o qué necia diligencia!
huir del arco, llevando
atravesada la flecha.
¿De qué sirve a mis desdichas
mudar de cielo y de tierra,
si en la tierra está la envidia,
y en el cielo mis estrellas?
Ni la muerte, ni la vida
vienen bien a mi tristeza;
la vida, porque me mata,
la muerte, porque me alegra.
O ya de sentir no siento,
o no son penas mis penas,
o naturaleza hizo

peñas hombres, y hombres peñas.
No tengo, sino me miro,
exemplo que me parezca,
porque sino fuera yo,
ninguno me pareciera.

PHELIPA.

Holgárame de tener entendimiento para alabar vuestros versos, solo os diré, por no ofender vuestra modestia, que son castos, limpios y libres de la congoja, que algunos causan.

JULIO.

Bien le haveis conocido, y haveisle hecho particular lisonja en respetar su modestia, porque hallaréis hombres de esta profession, que se alaban a sí mismos tan neciamente, que no dan lugar a que los otros los alaben: estos passan por locos; pero otros vereis, que si les leyesse Virgilio sus versos, no saben abrir la boca para alabarselos, que es un linage de descortesia, que sino toca en arrogancia, descubre envidia.

FERNANDO.

Con lo que allá descansaba, descanso ahora, porque no tenia mas alivio que escribir mis pensamientos, como ahora le siento en repetirlos.

PHELIPA.

Pues no os acobarde mi ignorancia para entenderlos, ni mi animo para celebrarlos, que esta dama cubierta los hace y los entiende.

FERNANDO.

Pues a ella le suplico, que ya que no merezco que me hable, merezca que me escuche.

JULIO.

Bajó la cabeza: si todas fueran assi, concedieran, y no cansáran.

FERNANDO.

¿Cuidados, qué me queréis?
tened un poco la rienda,
que no podréis derribar
lo menos de mi firmeza.
Entre el amor y vosotros
hay notable diferencia,
que el amor tiene por gloria
lo que vosotros por pena.
Pensaréis que me obligais
en hacer que no la tenga:
¿quién os engaña, cuidados,
si descanso en padecerla?
Para cuidados os quiero,
que no puede ser que os quiera
para descansos quien ama,
para descuidos quien zela.
Quando contemplo, Amarylis,
en tu divina belleza,
tanto gusto de los males,
que de los bienes me pesa:
Los desdenes de tus ojos
agradezco por fineza,
que nunca inventó el amor
que los disgustos se deban.
A tal extremo he llegado,
que estimo que me aborrezcas,
por ver si puede mi àmor
satisfacerse de penas.

Y con pensar que te obligo,
aun no quiero que lo sepas,
porque el verdadero amante
solo de su amor se premia.
Pero mira, qué desdicha,
que tal vez en esta ausencia
no me alivia tu hermosura,
por imaginar mi ofensa.

PHELIPA.

Por vuestros versos he creído que os acordais de Dorotea.

FERNANDO.

¡O, quisiera el cielo, que no fuera tanto! En el lugar que digo, señora, estuve algunos dias; mejor dixera, estuve muchos años, uno de los quales solicitado de mi profunda imaginacion, me subí por aquellos riscos, llevandole mayor al hombro, que entre las eternas penas pintan a Sisypho, y creo, que sino fuera por Julio, me huviera precipitado de ellos: obedecí su imperio, y en un libro de memoria escribí estos versos, trasladando de los efectos de la mia sus pensamientos.

En una peña sentado,
que el mar con soberbia furia
convertir pensaba en agua,
y la descubrió mas dura,
Fabio miraba en las olas,
cómo la playa las hurta
a las que vienen la plata,
y a las que se van la espuma.

Con-

Contemplando está las penas
de amor y de olvido juntas,
el olvido en las que mueren,
y el amor en las que duran.
Verdades de largo amor
no hay olvido que las cubra,
ni diligencias humanas
a desdeñosas injurias.
En vano ruegos humildes
las deidades importunan,
porque se ríen los cielos
de los amantes que juran.
Desea amor olvidar,
y no quiere que se cumpla,
porque nunca está mas firme
que pensando que se muda.
Mas daña a quien solicita
cuidado a quien se descuida,
quando la ventura es poca,
ser la diligencia mucha.
Naturaleza se alabe
de discretas hermosuras,
pero quando son tyranas,
no se alabe de ninguna.
Tomó Fabio su instrumento,
y dixo a las peñas mudas
sus locuras en sus cuerdas,
porque pareciessen suyas.

PHELIPA.

¿Qué dixo?

FERNANDO.

No lo escribí; pero quiero deciros un desatino que hice.

PHE-

PHELIPA.

¿Cómo?

FERNANDO.

Saqué el retrato de esta dama, que envuelto en un tafetan trahia en un naipe, con que pude decir mejor que los jugadores desdichados, que perdí mi hacienda al naipe.

FERNANDO.

¿Pues cómo haveis dicho que erades pobre, y que ella perdió la suya?

FERNANDO.

¿Qué tienen que vér la libertad, la vida y el alma con el oro?

JULIO.

Pues no solo trahia essa prenda este caballero; pero entre otras devociones una zapatilla de ambar sobre el corazon, como madeja de seda carmesí para alegrarle.

FERNANDO.

Julio, ¿para qué dices de ambar, siendo del pie de Dorotea? escusado pudiera estar, lo que ya estaba entendido.

JULIO.

Dirás, que es redundancia o amplificacion, como figura Rhetorica; pero todavia ayudaria el ambar a confortar el corazon, y era donayre, que le dejaba en la camisa al lado izquierdo señalada la suela, y llamabale yo el Comendador Zapata, que segun los puntos, pienso que pudiera ser trece de su orden.

PHELIPA.

Diréislo, porque seria pequeña.

Bien

JULIO.

Bien cubria todo el corazon.

PHELIPA.

¿Tan gran corazon tiene este caballero?

JULIO.

No, porque es muy valiente, y los que lo son, tienen el corazon pequeño, como se vé en los leones, que le tienen menor que los demás animales.

PHELIPA.

Mal hacia, si le trahia por remedio para sossegar el corazon, porque los pies están enseñados a andar, y las zapatillas con ellos, y se le tr..nerian mas inquieto.

FERNANDO.

No lo havia menester mi corazon, porque solo en él se halló con verdad el movimiento perpetuo: finalmente determiné de quitarme la ..sion de tantas penas, porque ya no me servia de consuelo, sino de desesperacion, y sacando la daga.

PHELIPA.

Jesus! ¿matastes a Dorotea?

FERNANDO.

Cavé la poca tierra, que en el espacio de dos peñas estaba ociosa, y enterré el retrato, haviendo hecho primero estos versos.

Aqui, donde jamás tu rostro hermoso
planta mortal, divina Dorotea,
toque atrevida, tu sepulcro sea,
sin colunas de porphydo lustroso.

El

El phenix yace en inmortal reposo,
no vuelva a renacer, ni el sol le vea,
construyendole en vez de urna Sabea
mis lagrimas pyramide oloroso.
¿Mas qué importa, si amor inmortaliza
el unico milagro que deshace,
y á mas eterno sol la pluma enriza?
Remedio inutil entre peñas yace,
si del alma, que abrasa en la ceniza,
infante phenix del difunto nace.

JULIO.

En tiempo de Claudio, si no miente Plinio, truxeron a Roma un phënix, y dicen que era de la grandeza y proporcion de una aguila; el cuello dorado y resplandeciente, el cuerpo purpureo, la cola cerulea, distinta de rosadas plumas; o que en ellas estaban formadas rosas, como en la cola del pavon los ojos, y coronado de diversos rayos de otras mas sutiles, de varios cambiantes y tornasoles. Mas quisiera yo ahora preguntar a Plinio, si no havia mas de aquella phenix en el mundo ¿de qué se engendraron las que le sucedieron?

FERNANDO.

Julio, yo no sé mas de que viven seiscientos años, y que para la mia son pocos. ¡Hai de mi, no sé cómo pude volver a Cadiz, despues que hice tan grande, aunque amorosa locura! ¡O si fuera mi sepultura el mar, como de Dorotea lo fue la tierra!

PHELIPA.

Mucho me admiro de que sintais tanto la pe-

na de dejar un retrato, haviendo tenido animo para dejar el dueño.

FERNANDO.

Al dueño no le dejé yo, que le truxe conmigo.

PHELIPA.

Si le truxerades con vos, huvierades hecho diligencia para saber dél, y en toda vuestra relacion no hay tal memoria.

FERNANDO.

Muchas veces tuve esse pensamiento.

PHELIPA.

¿Por qué no le executastes?

FERNANDO.

Por no darle mas venganza.

PHELIPA.

Quien ama, no la da amando.

FERNANDO.

¿Pues cómo?

PHELIPA.

Aborreciendo.

FERNANDO.

Pues esso pretendia yo, que Dorotea pensasse de mi lo que no hiciera escribiendola.

PHELIPA.

¿Pues no es mejor, que piense que la quereis?

FERNANDO.

No, porque me ha olvidado.

PHELIPA.

¿De qué lo sabeis?

FERNANDO.

De que es muger.

PHE-

PHELIPA.

Essa no es palabra de hombre discreto, que no todas las mugeres son mudables, ni todos los hombres son firmes.

FERNANDO.

Yo sòlo tengo firmeza para abonar los hombres.

PHELIPA.

Y Dorotea para que en fé de su lealtad ninguna pierda el credito.

FERNANDO.

¿Esso cómo lo puede saber quien no la conoce?

PHELIPA.

Por las señas que me haveis dado, tengo por cierto, que es la misma, de quien me contó una amiga, que la noche del dia que se partió un caballero, por quien os tengo, quiso matarse desesperadamente, de que estuvo muchos dias con gran peligro.

JULIO.

Señor, bien puedes creerlo, que no era Dorotea de marmol para no sentir la crueldad, con que te partiste: acuerdate de lo mucho que le cuestas de alma, vida y honra, que esto que se executa con amor, no se pierde con entendimiento, que entre los que le tienen, y aquellos, a quien falta, hay essa diferencia, que los unos quieren por razon, y los otros por costumbre.

FERNANDO.

Bien dices, Julio, yo erré con pocos años, yo pudiera ser causa de la muerte de Dorotea, yo privára a la naturaleza de su mayor milagro, y al mundo de su hermosura: suplicoos, señora mia, que me perdoneis, que se me ha cubierto

el corazon y los ojos de agua.

JULIO.

¡Hai tal desdicha de hombre! tenedle señora, que se hará pedazos.

PHELIPA.

Pobre mancebo, ¿dale otras veces este mal?

DOROTEA.

No lo puedo sufrir, Phelipa.

PHELIPA.

Pues descubrete, Dorotea.

DOROTEA.

¡Hai mi bien! hai mi Fernando! hai mi primero amo! Nunca yo huviera nacido, para ser causa de tantas desdichas! ¡O tyrana madre! o barbara muger! que tú me forzaste, tú me engañaste, tú me has dado la muerte. No me gozarás: yo me quitaré la vida, yo me volveré loca.

PHELIPA.

Quedo, que ya lo estás, Dorotea, deja el cabello, deja las manos: ¿para esso callabas tanto? ¡O amor, terrible mal entre discretos! Mira que ya vuelve Fernando con la bebida de tus amorosas lagrimas.

DOROTEA.

¿De qué sirve engañarme, Phelipa? mi bien es muerto.

JULIO.

¡Qué naturaleza de amor tan propria! tengo para mi que el amor y el temor nacieron de un parto.

DOROTEA.

Ponle la cabeza en mi regazo, seré leona, que con

con bramidos le infunda vida.

PHELIPA.

Mirale el pulso, Julio.

JULIO.

La mudanza de los accidentes siempre fue presagio de grandes males.

PHELIPA.

Tienes razon en lo primero, porque el color ya es palido, y ya es rojo, y ya tiene la mano fria, y ya caliente.

JULIO.

De una causa bien pueden proceder dos efectos contrarios: exemplo el sol, que con un mismo calor unas cosas ablanda, y otras endurece.

PHELIPA.

Trahe este bucaro de agua.

DOROTEA.

¿Para qué, Phelipa, donde están mis lagrimas?

JULIO.

Espantome, siendo este desmayo de amor, que no vuelva con ellas.

PHELIPA.

¿Qué haremos, que va muy adelante, y temo la gente?

JULIO.

Recetarle quiero un remedio.

PHELIPA.

¿Cómo?

JULIO.

Recipe la hierba Dorotea, y quitadas todas las hojas de las Indias, lavada muy bien en tres aguas

aguas de amor, de nueva amistad, y de confianza segura, cocida con arrepentimiento de lo passado a fuego lento de perdonar injurias, y puesta en el pecho de Don Fernando todas las mañanas de este mes, sin que lo sepa su madre, volverá en sí, segun doctrina de confirmar voluntades, en el libro primero de amistades sobre zelos.

DOROTEA.

Pluguiera a amor que essa receta fuera segura, que yo la executára con tantas veras, como tú la dices de burlas.

JULIO.

Pues mira si comienzan los efectos de este eclipse, que ya dió el alma la llave a Don Fernando para abrir los ojos.

DOROTEA.

¿Vives, mi bien? habla, o no me hallarás con vida, si te detienes.

FERNANDO.

Vivo estoy, Dorotea, que como estuvo en tu mano mi muerte, pudo tambien mi vida.

JULIO.

Assi la dan en los pechos a los gusanos de seda las damas de Valencia.

DOROTEA.

Quando yo te huviera hecho quantos agravios has imaginado, que sobre haverte avisado, ninguno pudo serlo, con el susto que me has dado, era mayor la venganza, que la ofensa.

FERNANDO.

Yo no he deseado tenerla de tí.

Do-

DOROTEA.

Ni yo ofenderte.

FERNANDO.

Yo me fui, porque tu quisiste.

DOROTEA.

Antes por no quererme.

FERNANDO.

En mí fue amor dejarte.

DOROTEA.

No fue sino cobardía.

FERNANDO.

¿A qué havia de esperar con tal desengaño?

DOROTEA.

A que intentáran quitarme de tus ojos.

FERNANDO.

¿Para qué, Dorotea?

DOROTEA.

Para matar a quien lo intentára.

FERNANDO.

No sabia yo tu gusto.

DOROTEA.

Con él y sin él era honra, que amor bastaba.

FERNANDO.

Tarde me aconsejas.

DOROTEA.

El amor y la honra no quieren consejo.

FERNANDO.

En no competir con el oro, pienso que fui cuerdo.

DOROTEA.

Las espadas son de azero, y el amor es loco.

FERNANDO.

Contra oro no hay azero, porque yo no havia de matar a quien le tomaba.

DOROTEA.

Sino huviera a quien le diera, no huviera quien le tomára.

FERNANDO.

Yo no ví a quien le daba, porque me fui antes que le diesse.

DOROTEA.

Los amantes finos son como Tudescos, que de donde ponen el pie, nadie los quita.

FERNANDO.

Y las finas damas son como los Catalanes, que perderán mil vidas, por guardar sus fueros.

DOROTEA.

Leí en un libro de Fabulas, que luchaban Hercules y Anteo, que era hijo de la tierra, y que con sus grandes fuerzas Hercules le alzaba en alto; pero que quando volvia a poner el pie en ella, cobraba mayores fuerzas, quando mas rendido.

FERNANDO.

¿Qué quieres decir en esso?

DOROTEA.

Que luchando amor y interés, que es invencible gigante, si estuvieras presente, todas las veces que pusiera en tí los ojos, cobrára nuevas fuerzas para defenderme; pero si te fuiste, y me dejaste en los brazos de Hercules, sin querer ayudarme con assistirme, ¿quién ha tenido la culpa?

FER-

FERNANDO.

Esto teneis bueno las mugeres, que no os contentais con agraviarnos, sino que nos dais la culpa de los mismos agravios, que nos haceis.

DOROTEA.

Mi amor no te ha ofendido.

FERNANDO.

Obras son amores.

DOROTEA.

Yo fui forzada.

FERNANDO.

No era Rey Don Bela.

DOROTEA.

Fuerzas hay sin Reyes.

FERNANDO.

¿ Dirás que tu madre ?

DOROTEA.

¿ Pues qué mayores ?

FERNANDO.

¡ Gentil obediencia !

DOROTEA.

Tú sabes, que comenzó la fuerza por mis cabellos, y que todos fuisteis contra mi: ella con injurias, Gerarda con hechizos, tú con dejarme, y un caballero discreto con persuadirme.

FERNANDO.

¿ Discreto, Dorotea ? vamonos Julio, que nos dirá sus gracias.

JULIO.

No te levantes furioso, que no te ha dado causa.

FERNANDO.

Yo sé que es Don Bela un necio.

PHELIPA.

Todo lo ha echado a perder. ¿Por qué le dixiste, que era discreto?

DOROTEA.

Por disculpar mi yerro con lo que le podia dar menos zelos, que yo no alabé su talle.

PHELIPA.

Ea, señor Don Fernando, que algo bueno ha de tener Don Bela.

FERNANDO.

Tenga plata, tenga oro, tenga diamantes, sea bien nacido, pero no sea entendido, ni de buen talle.

DOROTEA.

Digo que es un necio, y de la mas fea persona que hay en el mundo.

FERNANDO.

No tanto, Dorotea, que parece cumplimiento.

JULIO.

Gente viene al prado, mejor es que nos vamos juntos, que en nuestra casa podeis hablar, sin que os juzguén, y averiguar estas quejas sin testigos.

DOROTEA.

Si Fernando me da la mano, yo iré con él, sino ten por sin remedio, que tengo de dar mil voces, y hacer mil locuras en este prado.

JULIO.

Ea, Reyes mios, que en el prado y por Abril solo tienen licencia los rocines.

FER-

FERNANDO.

¿Qué tú me escuchabas, Dorotea?

JULIO.

Con qué bostezo tan moscatel despiertas de el enojo..!

DOROTEA.

En el alma me imprimias tus razones: ¿qué dudas de darme la mano? dámela, y te perdonaré un bofeton de un caballero mozo tan bizarro en la plaza, como valiente con los toros, que no fue el de Theagenes a Clariquea sin conocerla, agravio que tú lloraste mucho tiempo, y que la misma noche me dabas tu daga, para que yo me vengasse de la agressora de tan injusto delito.

JULIO.

¡Qué disparates hacen y dicen los que aman! cierto estoy que la dió, porque él lo estaba de que no se la havias de cortar, que con amor tan imitador de Mucio Scevola ¿ quién fuera persona?

FERNANDO.

¿Qué te podrá negar quien te debe la vida?

PHELIPA.

Id vosotros delante, que ya nos miran.

JULIO.

¿Eres tú el que no havias de hablar a Dorotea?

FERNANDO.

¿No vés que tengo mi horoscopo en quadrado, y en oposicion de Venus, y que hoy la miré a ella en el Tauro y en la Libra?

JULIO.

¡Qué cierto es culpar los hombres a la influéncia, como si las estrellas hicieran fuerza, siendo la resistencia efecto de la virtud de nuestro alvedrio, como lo hicieron el divino Platon y Scipion el Africano.

FERNANDO.

Ni yo soy divino, ni Romano; pero no sé lo que hicieran, uno Philosopho, y otro Capitan, si vieran a Dorotea.

SCENA SEGUNDA.

LUDOVICO, CESAR.

CESAR.

NO vendrá esta mañana a nuestra junta Don Fernando.

LUDOVICO.

Debe de andar con los pensamientos de su Poema, que desvela mucho la dificultad de un principio.

CESAR.

No sea el Poema Dorotea.

JULIO.

El ha puesto la honra en no rendirse: mostradme el Soneto que le trahiades.

CESAR.

Es en la nueva lengua.

LUDOVICO.

No importa: yo sé un poco de Griego.

CE-

CESAR.

Algunos grandes ingenios adornan y visten la lengua Castellana, hablando y escribiendo, orando y enseñando, de nuevas phrases y figuras Rhetoricas, que la embellecen y esmaltan con admirable propriedad, a quien como a maestros, y mas a alguno que yo conozco, se debe toda veneracion, porque la han honrado, acrecentado, ilustrado y enriquecido con hermosos y no vulgares terminos, cuya riqueza, aumento y hermosura reconoce el aplauso de los bien entendidos; pero la mala intencion de otros, por quererse atrever con desornada ambicion a lo que no les es licito, pare monstros disformes y ridiculos. El Soneto es burlesco, y dice:

Pulalando de culto, Claudio amigo,
Minotaurista soy desde mañana,
derelinque la phrasi Castellana;
vayan las solitudines conmigo.
Por precursora desde hoy mas me obligo
a la Aurora llamar Bautista, o Juana,
chamelote la mar, la ronca rana
mosca del agua, y sarna de oro al trigo.
Mal afecto de mí con odio y murrio
caligas diré ya que no grigüescos,
como en el tiempo del pastor Bandurrio.
¿Estos versos son Turcos, o Tudescos?
tú, lector Garibay, si eres Bamburrio,
aplaudelos, que son Cultidiablescos.

Ludovico.

¿ Quieres que le comentemos, mientras viene Fernando ?

Cesar.

A mi me parece, que el argumento deste Soneto, Dios vaya conmigo, es emprender esta nueva religion Poetica algun ingenio arrepentido de su misma patria: mas no querria que nos dixessen, que parecemos a los trastejadores, que desde el tejado ageno van echando a la calle quanto hallan: allá vá una pelota, allá vá una bola, allá unas calzas viejas, o algun cadaver gato, a quien dieron la muerte los perdigones, y las tejas sepultura.

Ludovico.

Assi son muchos, que quanto hallan en Estobeo, la Polyanthea, y Conrado Gesnero y otros librotes de lugares comunes, todo lo echan abajo, venga, o no venga a proposito.

Cesar.

Sin passion digo, que muchos dellos no son dignos de alabanza, aunque yo lo quiero ser de este Soneto, porque como la invencion es la parte principal del Poeta, sino el todo, y invencion y imitacion sean tambien una misma cosa, ni lo uno, ni lo otro se halla en el que comenta, antes parecen a los horcones de los arboles, que aunque están arrimados a las ramas, no tienen hojas, ni fruto, sino solo sirven de puntales a la fertilidad agena, y como si no lo viessemos, nos están diciendo: Esta es pera, este es durazno y este es membrillo, como el otro pintor

[redacted] que puso a un leon trasquilado: *Este es leon rapante.*

LUDOVICO.

Los que comentan y declaran a los Poetas Griegos y Latinos, merecen alabanza y premio, assi por las cadenas de la antiguedad, que los ha hecho inaccessibles; como porque se muestra mejor la erudicion de autores y de varias lenguas.

LUDOVICO.

Deseo quien escriba sobre Garcilasso, que hasta ahora no le tenemos.

CESAR.

Grandes Poetas son los de esta edad, pero mas querrán ellos imprimir sus obras, que ilustrar las agenas: Diego de Mendoza, Vicente Espinel, Marco Antonio de la Vega, Pedro Laynez, el Doctor Garay, Fernando de Herrera, los dos Lupercios, Don Luis de Gongora, Luis Galvez Montalvo, el Marqués de Auñon, el de Montes-Claros, el Duque de Francavila, el Canonigo Tarraga, el Marqués de Peñafiel, que tanta gracia tuvo para los verssos Castellanos, como se vé en aquellas Endechas:

En tiempo de agravios
de qué sirven quejas,
que pues no hay orejas,
¿para qué son labios?

Francisco de Figueroa y Fernando de Herrera, que entrambos han merecido nombres de di-

Diviños, Pedro Padilla, el Doctor Campuzano, Lopez Maldonado, Miguél de Cervantes, el Jurado Juan Rufo, el Doctor Soto, Don Alonso de Ercilla, Liñan de Riaza, Don Luis de Vargas Manrique, Don Francisco de la Cueva, y el Licenciado Berrio, y este Lope de Vega, que comienza ahora.

LUDOVICO.

¿Essos son todos los que hay ahora en España?

CESAR.

Destos tengo noticia, y de Bautista de Vivar, monstro de naturaleza en decir versos de improviso con admirable impulso de las Musas, y aquel furor Poetico, que en su Platon divide Marsilio Ficino en quarto partes.

LUDOVICO.

¿Cómo?

CESAR.

El primero es el Poetico, el segundo el mysterioso, el tercero el vaticinio, y el quarto el amatorio: de las Musas es la Poesia, el mysterio de Dionysio, el vaticinio de Apolo, y el amor de Venus. Como esto suceda, hallaréis en el mismo discurso.

LUDOVICO.

Pareceme que destos Poetas se han de venir a engendrar tantos, que en sola una calle de Madrid haya mas que los que ahora decis que escriben en toda España.

CESAR.

Tal nos podrémos prometer de la fertilidad de sus ingenios.

LU-

LUDOVICO.

¿Qué han impresso hasta ahora?

CESAR.

Austriadas, Araucanas, Galateas, Phylidas, y varias Rimas. Don Francisco de la Cueva, y Berrio, Jurisconsultos gravissimos, de quien pudieramos decir, lo que de Diño y Alciato, interpretes consultissimos de las leyes; y Poetas dulcissimos, escribieron Comedias, que se representaron con general aplauso.

LUDOVICO.

¿En qué ha parado el examen de las Comedias?

CESAR.

Su Magestad, que Dios guarde, por descargo de su Real conciencia hizo que ventilassen su decencia, o indecencia, y han salido por ultimo escrutinio indiferentes, siguiendo a los Doctores sagrados que las dan por licitas, porque adelante no las calumnien y impugnen; aunque se debe advertir, que sea con todas las condiciones, que tocan a nuestra Santa Fé y buenas costumbres.

LUDOVICO.

Para esso las censura un secretario, y las aprueba el Real Consejo.

CESAR.

Volviendo a nuestro Soneto, de que nos hayemos divertido, decid algo de este nombre *Culto*, que yo no entiendo su etymologia. Con deciros que lo fue Garcilasso, queda entendido.

LUDOVICO.

¿Garcilasso fue culto?

Cesar.

Aquel Poeta es culto, que cultiva de suerte su Poema, que no deja cosa aspera ni oscura, como un labrador un campo; que esso es cultura, aunque ellos dirán, que lo toman por ornamento.

Ludovico.

La ley segunda de las cosas, que no se tienen por escritas, dice, que son iguales lo no entendido, y lo que no fue escrito.

Cesar.

A mi me parece, que al nombre culto no puede haver etymologia, que mejor le venga, que la limpieza y el despejo de la sentencia libre de la obsuridad, que no es ornamento de la oracion la confusion de los terminos mal colocados, y la barbara phrasi trahida de los cabellos con metaphora sobre metaphora.

Ludovico.

Viciosa es la oracion en buena Logica, que se saca por terminos escuros y impropios, y que mas obscurece, que declara la naturaleza de la cosa definida: y si las que entre sí tienen essencial correspondencia, no se pueden difinir la una sin la otra, ¿qué relacion hará *velera paloma* a las naves para difinirlas, o describirlas por este termino? pues que lo mismo fuera velero cernicalo a un galeon, o velera cigueña á una fragata.

Cesar.

Que bien llamó Virgilio a la saeta *volador hierro*.

Lu-

LUDOVICO.

Era Virgilio.

CESAR.

Pues con todo esso, quando dixo *liquido fuego* por puro, o lucido, dixo Macrobio, que havia sido atrevimiento, y le disculpa con que primero lo havia dicho Lucrecio.

LUDOVICO.

Arato, traducido por Germanico Cesar, llamó a las lluvias del cielo *lymphas tenues*, y el gran Poeta *alegres* a las espigas fertiles.

CESAR.

¡Qué translacion tan propria! que es como decir, que el agua se va riendo.

LUDOVICO.

Los terminos, que difinen mal la etymologia de los nombres, son de todo punto barbaros, como el que llamó *pecadores* a los herradores, trasladando los yerros de las costumbres al herrar las mulas.

CESAR.

Un estudiante comia moras, y respondió al que le preguntaba, qué hacia: *manduco Sarracenas*, trasladando la fruta a la nacion del Africa.

LUDOVICO.

No se entienden aqui los que dice Pico Mirandulano, aquel milagro Florentin, como lo son todos los ingenios de aquella patria, en su *Heptaplo*, que disfrazan la Philosophia con el ornamento de las palabras, porque en los que yo digo, falta toda la razon de lo bueno, que consiste en el modo, en la especie y en el orden.

CESAR.

La demonstracion, como dice el Philosopho, es de las cosas verdaderas; porque de las falsas se puede inferir lo falso y lo verdadero: pero de las verdaderas solo aquello que es verdadero.

LUDOVICO.

Cesar, la prueba se ha de hacer por las cosas mas conocidas, que de otra suerte sería confusion, y no prueba; porque ha de manifestar el entendimiento, y no confundirle.

CESAR.

Parecen proposiciones hypotheticas, que pueden ser, y no ser, con cierta condicion que las denuncia.

LUDOVICO.

Mejor dixerades enigmas, que si Platon envolvió su Philosophia en escuros terminos, los Poetas, para declarar sus conceptos, deben usar los mas faciles, y para esto pensaba yo, que se borraban los primeros delineamentos, que es lo que llaman lima.

CESAR.

No les parece que se puede levantar la lengua sin phrasis barbaras, y es engaño, o falta de ingenio, pues lo vemos en otros.

LUDOVICO.

Dirán ellos, que tienen de su opinion muchos hombres cientificos, y que el problema Dialectico es proposicion, que se propone por entrambas partes de la contradiccion.

CESAR.

De esto quisiera yo, que tratáran en sus juntas los

los que en este lugar se llaman ingenios, como lo hacen en Italia en aquellas floridissimas Academias; pero juntarse a murmurar los unos de los otros, debe de traher gusto, pero parece envidia, y en muchos ignorancia.

LUDOVICO.

Alli ninguno enseña, y todos hablan: pero fuera bueno poner en una tablilla: *Aqui se juntan los ingenios*, como: Esta es casa de posadas.

CESAR.

¿No haveis visto aquel instrumento, con que los libreros cortan los libros, que enquadernan? pues esse se llama ingenio, y debe de ser por estos que tambien cortan papel: pero es la dicha de lo escrito, que no passan de las margenes.

LUDOVICO.

Dicen algunos, que basta la Logica natural para arguir y responder: y que assi tambien para los versos la naturaleza sola, sin estar a los preceptos del arte.

CESAR.

El arte Poetica es parte de la Philosophia racional, y por esso se cuenta entre las liberales; pero aunque es verdad que tiene principio de la naturaleza, ¿qué barbaro no sabe que el arte la perficiona? Verdad es, que sin letras havemos visto ingenios, pero dentro de las espheras de su actividad; porque en saliendo de aquel pequeño ambito, donde dan vueltas, es fuerza que se pierdan y que deliren. Pero ya que esta digresion ha sido inescusable, volvamos a los versos.

Pululando de culto, Claudio amigo.

CESAR.

Columela nos dirá lo que es *pulular*, por ser proprio de los arboles.

LUDOVICO.

Assi las Musas os favorezcan, Cesar, que no hablemos de veras, pues el Soneto es de burlas: dejad a Columela, y los lugares comunes, malditos ellos sean, que ya no tengo cabeza para sufrirlos.

CESAR.

Sea como quisieredes, pero si se ofrece alguna cosa seria, o cientifica, haveisme de perdonar: y ahora digo, que pulular de culto es como ser cathecumeno de esta secta, y que es Hispanismo muy frequentado de todos, como por exemplo: zambullome de pato, anda de robozo, vive de milagro, viste de verde, habla de enfermo, sale de juicio, y otras cosas a este proposito, porque no digais que os quiero cansar con el tal Columela. Pero mirad qué divinissima traslacion de pulular hizo el Eclesiastico, hablando de Caleb, y de aquellos jueces Israelitas, que sus huessos pululaban en los sepulcros, como que de ellos nacian siempre nuevas memorias y descendencias.

SCE-

SCENA TERCERA.

JULIO, LUDOVICO, CESAR.

JULIO.

EStén en buena hora Niso y Euryalo, Pylades y Orestes, Damon y Pythias, Scipion y Lelio.

LUDOVICO.

O Julio amigo, seas bien venido, ¿dónde sin Don Fernando?

JULIO.

Queda en casa en una ocupacion notable. Envióme a que os dixesse, que vendria lo mas presto que le fuesse possible.

CESAR.

Yo asseguro, que le han ocupado las Musas.

JULIO.

No sino la Musa.

CESAR.

¿Cómo es possible?

JULIO.

Assi lo fuera decirlo.

CESAR.

La Musa que él invocaba, anda fuera del Parnasso con otros pensamientos.

JULIO.

Preguntabale Virgilio a la suya, que ¿por qué causa havia venido Eneas de Troya a Italia? que esta figura en la Rhetorica es como Apostrophe o Antipophora.

CESAR.

Respondes a tu proposito, y no al mio,

JULIO.

Tú quisieras saber quien es la Musa; y yo digo que se lo preguntes a ella, que fuera de ser necessario el secreto, seria larga de contar la historia.

LUDOVICO.

Pues haz una brachilogia, como aquel verso:

Abrasa a Paris amor,
roba a Helena, el Grigo se arma.

JULIO.

Pues digo en essa imitacion.

Ausentóse Fernando;
Juró, mintió, volvió, rogó llorando.

LUDOVICO.

Tú lo has dicho con tu ingenio.

JULIO.

A lo menos es induccion, por quien de los particulares se puede hacer progresso a los universales.

CESAR.

Julio, no vienes mas templado para lo que tratamos, aunque a tí nunca te olvidó la corte de aquellos buenos estudios.

JULIO.

En qué passabades el tiempo?

Lu-

LUDOVICO.

Mientras venia Fernando, intentabamos entender un Soneto.

JULIO.

¿Entenderle?

CESAR.

¿De qué te admiras?

JULIO.

¿Tales ingenios?

LUDOVICO.

Toma y lee para tí, y luego nos ayudarás a comentarle.

JULIO.

Sin arrogancia leo.

CESAR.

Extremado ingenio tiene Julio, él y su amo son prepetuos estudiantes.

LUDOVICO.

No sé como puede Fernando amar y estudiar a un tiempo.

CESAR.

Parece essa duda al problema del Philosopho: ¿Cómo se engendran los Hermaphroditos?

LUDOVICO.

Ovidio lo intentó con la fabula de Salmacis y Troco.

CESAR.

El Orador Romano dixo en sus *Tusculanas*, que ninguna de las perturbaciones del animo era mas vehemente, que el furor de amor, ¿pues cómo puede aplicarse el ánimo turbado a los estudios, que requieren estado tan pacifico?

JULIO.

Yo he leydo y considerado esta bizarra macarronea: mal año para Merlin Coeayo.

CESAR.

Aunque llegabamos al segundo verso, ¿qué te parece del primero?

JULIO.

Que habla côn un amigo suyo.

LUDOVICO.

En razon de comentarle, no se escusaban en la palabra, amigo, Luciano y Tulio.

JULIO.

Si algo me tocáre a mi, no lo pienso probar con la ilustre cafila de la antiguedad, sino con Poetas exquisitos, como los autores modernos, que piensan, que es erudicon ensartar nombres, sin leer los libros.

CESAR.

¿Cómo dice el segundo verso?

JULIO.

Minotaurista soy desde mañana.

CESAR.

Bien se vé claramente, que se burlaba, si confiessa que esta Poesia es labyrintho, pues él se hace Minotauro.

JULIO.

Mal compuesto para de toro y hombre.

LUDOVICO.

Esta voz lo es de Minos y Tauro: assi se llamaba el hijo de Pasiphae, a quien levantó Ovidio, que se enamoró de un toro, que entre las fabulas y apologos de los Poetas ninguna agra-

vió

vió tanto las mugeres, como esta bestialidad, y el caballo de Semiramis; porque el cisne de la hermosa Leda, y la lluvia de oro de la impossible Danae, ya fueron hombres; si bien por alegoria debieron de querer decir, que el poder, la fuerza, el interés y la ocasion vencieron á muchas.

CESAR.

Valientemente la pintó Ausonio.

JULIO.

En fin dice, que desde mañana será Minotauro.

CESAR.

Del labyrintho de los cultos.

LUDOVICO.

Ayudele el hilo de oro, tan celebrado del Epigrama de Estigelio.

CESAR.

El Minotauro trahian los Romanos por sus vanderas por symbolo del secreto.

JULIO.

Y aqui tambien pudieran, que para muchos lo es este genero de lengua.

CESAR.

¿De la mañana no dirémos algo? que los comentos no perdonarán cosa tan clara.

LUDOVICO.

Pues decid, que es la sucessora de la noche, como ella la mascara del dia, y si la quereis muy rustica, trasladad el *Moreto* de Virgilio.

JULIO.

¡Qué fuera estaba de pintarla Rebotin de Marsella, quando dixo en sus Estrambotes!

Lo primero que hago con la Aurora:
ya lo he dicho quitandole dos letras.

LUDOVICO.

¿Dónde hallaste esse Poeta, Julio?

JULIO.

No os metais en averiguarlo, porque sabed, que califican mucho a los que escriben, autores extraordinarios.

LUDOVICO.

Y aunque sean classicos, fuera mejor, que dixeran ellos lo que dixeron los autores.

CESAR.

No tuviera tanta autoridad, que muchas cosas se respetan por antiguas, que no igualan con las que ahora vemos.

JULIO.

Essa desdicha no la padecen las mugeres, que mas las respetan mozas.

LUDOVICO.

Dicen, que se enfadaba Michael Angel, aquel escultor Romano, que dejó igual memoria con sus estatuas, que con sus originales tiene la misma naturaleza.

JULIO.

¿De qué se enfadaba?

LUDOVICO.

De que anduviessen celebrando los estatuarios antiguos, Phidias, Euphranores, y Polycletos y que él no tuviesse el nombre, que merecia, porque no era de aquellos tiempos, haciendoles ventaja conocida, y para burlarse de la envi-

dia,

día, que es la que siempre sigue a los vivos.

JULIO.

Y a veces a los muertos.

LUDOVICO.

Hizo una famosa estatua, y acabada con suma perfeccion y estudio, quitóle un pie, y enterróla de noche en una viña de un Cardenal (assi llaman allá los jardines) que a la sazon se edificaba: hallaronla a pocos dias los ministros de la fabrica, y acudiendo al espectaculo toda Roma, unos decian, que era de Mentor, el que hizo el Jupiter Capitolino, y la Diana Ephesia, y otros, que de Myron, el que hizo la Minerva y el Satyro, de quien Juvenal se acuerda, y algunos, que de Telecles y Theodoro: finalmente los escultores decian, que ninguno se podia atrever a hacerle el pie, que le faltaba en todo el mundo. Entonces Michael hizo traher el pie, y poniendole a la estatua, les dixo: Romanos, yo la hice.

JULIO.

Ahora viene *derelinquo la phrasi Castellana.*

CESAR.

Derelinquo es mas que *linquo*, porque es dejar de todo punto.

JULIO.

Assi es verdad, y por esso dixo con propriedad grande Cosme Pajarote, Poeta Manchego, en su Zarambayna:

En viendo que el Estío está propinquo
por mi salud las damas derelinquo.

Y

Y porque tan gran mudanza no se podia hacer sin gran favor, remata el quarteto diciendo:

Vayan las solitudines conmigo.

CESAR.
Digo yo, que estuvieran alli mejor las soledades.

LUDOVICO.
Esso no, porque las voces esdruxulas son hinchazon del verso.

JULIO.
No sino lobanillo.

LUDOVICO.
Fuera de ser mas culto, está mas crespo.

JULIO.
El Poeta Bartholino de Cordellate usaba mucho estos esdrujulos; y assi dixo en su Merendona;

No quiero mas ventura
que tener la bucolica segura.

Pero mejor Cayrasco en las cadencias:

Y tiene una caratula,
que la hareis mejor con una espatula.

CESAR.
El segundo quarteto ¿cómo dice?

JULIO.
Por precursora desde hoy mas me obligo
a la Aurora llamar Bautista, o Juana.

Y es bellissima figura, tomando desde el rio Jordan la metaphora, y si fuere menester, desde el rio Marañon.

LUDOVICO.

Hame hecho Julio reír y acordar de una Comedia de San Christoval, donde describiendo una procession el Poeta, hizo uno de los gigantes al Santo, y la tarasca al demonio, cuyos dos versos paralelos de una estancia, decian:

Y con estos azeros
tragaré Cherubines por sombreros.

CESAR.

¡Valiente hyperbole!

LUDOVICO.

Pero mirad, qué culteria ésta del mismo Poeta!

Que ya sangre coral, ya carne nieve.

O mirad esta por el mismo estilo:

Deja sangre cristal, vidro embeleco.

LUDOVICO.

Prosigue, Julio, para acabar el quarteto.

JULIO.

Chamelote la mar, la ronca rana
mosca del agua y sarna de oro al trigo.

CE-

CESAR.

¡Notable cosa!

LUDOVICO.

Ya sabeis, que hay chamelote de flores y chamelote de aguas.

CESAR.

Los dos he visto.

LUDOVICO.

Pues sabed, que la tierra es entre cultos chamelote de flores, y la mar chamelote de aguas.

JULIO.

No estaba mal dicho, si la voz chamelote no fuera tan aspera.

CESAR.

Assi es verdad, porque muchas cosas de los cultos agradan por la hermosura de las voces, como llamando al ruyseñor cythara de pluma, que por la misma razon se havia de llamar la cythara ruyseñor de palo: pero la bajeza del sonido de estas dos voces no sufre que se diga, siendo lo mismo, de suerte que la hermosura de cythara y pluma hace que no se repare en la conveniencia.

JULIO.

¿Y si tuviera lo uno y lo otro?

LUDOVICO.

Fuera perfecto, posseyendo la forma essencial del concepto mejor materia en las voces, como para la perfeccion de la hermosura es opinion de Leon Hebreo en sus *Dialogos*.

JULIO.

Las licencias claro está que son permitidas, y co-

como dixo un Poeta: *Que los trabajos obligan a lo que un hombre no piensa*; lo mismo tambien se ha de entender de los consonantes, que aun de las cosas que se engendran, unas son por contingencia, y otras por necessidad, como quiere el Philosopho; y Quintiliano llamó a esta permission *fuerza del verso*.

LUDOVICO.

Ninguna cosa debe disculpar al buen Poeta, piense, borre, advierta, elija, y lea mil veces lo que escribe, que Rimas se llamaron de *Rimar*, que es inquirir y buscar con diligencia: assi le usó Ciceron, assi Estacio.

CESAR.

De suerte, que no es alabanza no borrar.

JULIO.

Oíd lo que respondia en una Comedia un Poeta a un Principe, que le preguntaba cómo componia, y vereis con que facilidad lo dixo todo.

¿Cómo compones? leyendo,
y lo que leo imitando,
y lo que imito escribiendo,
y lo que escribo borrando,
de lo borrado escogiendo.

CESAR.

Oíd una curiosidad de Suetonio Tranquilo, que, hablando de que Neron era Poeta, y que muchos creían que eran agenos los versos, y que los vendia por suyos, dice, que despues de

muerto halláron los cartapacios borrados, y los versos sobrescritos, con que se certificaron de que eran suyos: luego en lo borrado se conoce lo que se piensa, que quien no piensa, no borra, y assi el que rimáre hallará, lo mas perfecto, que de hallar se llamaron los versos *Trobas*: Y por esso dixo el otro Poeta:

Dios perdone a Castillejo,
que bien habló de estas Trobas.

LUDOVICO.

De esse Poeta aun viven sus obras, fue Secretario del Emperador, y no indigno de fama entre los antiguos, aunque mayor la mereció otro del mismo oficio, que fue Gonzalo Perez, excelente traductor de Homero, como Gregorio Hernandez de Virgilio: estos eran hombres de veras, que no aguardaron a que los passasse a su lengua la Italia, que primero que los viessemos en ella, fue su version del Griego y del Latino.

JULIO.

Tocado haveis un punto, que no ha causado poca risa entre los hombres de buenas letras, digo humanas, que ahora llaman pulidas, si bien no sé la causa.

CESAR.

¿Qué punto, Julio?

LUDOVICO.

Algunas versiones del Latino, Frances y Griego, que sacandolas del Toscano nos las venden por legitimas.

CE-

CESAR.

Tan malo es esso, como vender por proprios los estudios agenos, y los libros que hurtaron a quien los escribió; pero volviendo al *rimar*, o hallar, que es lo mismo que intentar, y de quien ahora en Italia y en España se llaman *Rimas* las obras sueltas, la misma voz manifiesta lo que se debe pensar, y assi llamó Ciceron a aquella fuerza oculta de investigar *invencion y pensamiento*: mirad si es menester cuidado; que aun para la oracion suelta no quiso Aristoteles, que se frequentassen el Iambo y el Trocheo, y le cita él mismo.

LUDOVICO.

La causa de que los Poetas escribiendo prosa mezclen en ella versos medios, es el uso de escribirlos, de que se enfadan los dos Philosophos, y con mucha razon, pero el que fuere Poeta natural, no podrá remediar este defecto, sino es con mucho cuidado.

JULIO.

Lascivamente truxo el rimar el Poeta Symmaco. ¿pero cómo os olvidais del mar, a quien nuestro Soneto llama *chamelote*?

CESAR.

Aunque essa voz fuera dulce, era la translacion durissima.

LUDOVICO.

Mirandulano dixo, que la materia estaba en una cama del mar, en esta esphera de las cosas generables y corruptibles.

Julio.

Sí, pero no dixo, si havia de ser de grana, ó de chamelote.

Ludovico.

Salomon aplicó divinamente a las generaciones, que van y vienen, el fluxo y refluxo de las ondas.

Julio.

Yo asseguro, que no las hizo de paño de Rey, ni de picota de Cordova.

Cesar.

Desagradaron a Antonio Espeleta en su Rhetorica las cosas duramente trahidas desde lejos, y en una palabra difinió Quintiliano la metaphora *hermosa y clara*, ¿qué hará lo que no tiene conveniencia, de que acusa a Lycophronte, Gorgias y Alcidamantes en los epithetos y adjetivos?

Julio.

Oíd la *ronca rana* del septimo verso.

Cesar.

¿Cómo la llama?

Julio.

Mosca del agua.

Cesar.

¿Por qué causa de conveniencia?

Ludovico.

Porque es importuna.

Cesar.

Luego un carro de bueyes, la tolba de un molino, un organo, quando le templan, y una pulga quando porfia, ¿serán moscas?

Lu-

LUDOVICO.

Por esso puso *ronca*, porque por su atributo se conociesse su importunidad, pero no advirtió como Virgilio llamó a los cisnes roncos, y le disculpa Ambrosio Calepino, dando la culpa al estrepito de las alas.

JULIO.

In verbo pulga, ya que la haveis nombrado, quisiera deciros una cancion que hizo el Maestro Burguillos a cierta pulga.

CESAR.

Dila por tu vida, Julio, para que nos descanses de este inexorable Soneto, pues ya no vendrá Fernando.

JULIO.

Espiritu lascivo,
de los remos de amor libre tyrano,
sutil atomo vivo
en picar y color, mostaza en grano;
para en alguna parte,
que mal podré saltando retratarte.
Pues la noche defiende
tu vida a tantos dedos alguaciles,
no huyas, dulce duende,
que en tus heridas, a traycion sutiles,
como los zelos eres,
que picas, y te vas por donde quieres.
En la Torrida Zona
los barbaros respetan la hermosura;
que aun la muerte perdona,
y tú crüel, inexorable y dura,

mas

mas Turca que Amurates,
çampos de aljofar siembras de granates.
Ó punto indivisible
de la circunferencia de tu dueño,
arador invisible,
homicida phrenetica del sueño,
que como delinquente
te passas a Aragon tan facilmente.
¿Qué gravedad no encuentras?
qué hermosura no asustas? qué clausura
sacrilega no entras?
qué estrado, qué valor, qué compostura
no saltas, ni sarpulles?
y quando mas te agarran, te escabulles.
Corrido un elephante
dixo a una pulga: O gran naturaleza,
mi envidia no te espante,
¿para qué quiero yo tanta grandeza,
si duermo en la campaña,
y esta en la Holanda, que en azar se baña?
De hierba me sustento,
y tu de la mas pura sangre humana:
en tierra, en agua, en viento
vive todo animal, tu en oro y grana,
de donde miras sola
quanto circunda la terrestre bola.
Verdad dixo la fiera,
pues nunca vió Colon, si se compara,
en una y otra esphera,
y aunque por nuevos climas navegára,
a tanta hydrographia,
como suele mirar tu phantasia.

Si

Si la pluma describe
tu cantidad, ¿quál hombre, aunque Rey sea,
tantos palacios vive,
ni en tantas galerias se passea?
pero en efecto eres
mala justicia, de torcida mueres.
Hazaña fue de Alcides
flechalle las Harpyas a Phineo:
tú pulga, que resides
en la mesa mayor de mi deseo,
mira que no te inclines
donde te maten flechas de jazmines.
Pero pimienta viva,
que naces en los reynos Orientales,
tenaza fugitiva,
que tienes los candiles por fiscales,
abispa que sin pena
vagas ociosa entre la miel agena,
¿Qué venganzas iguales
como hallarte en el hurto, y retorcerte
en yemas de cristales?
porque parezcas en la dulce muerte
a los enamorados,
que mueren retorcidos y estrujados.
No andés por las ramas
poniendo en nieve candida lunares,
si bien pulga te llamas,
porque sueles morir entre pulgares,
aunque te puso un dia
Hernando del Pulgar su valentia.
¿Qué necios anduvieron
en sus transformaciones fabulosas

los Dioses, que se hicieron
cisnes, toros, caballós, fuentes, rosas?
pues si en ti se volvieran,
¿qué lynces Argos sus engaños vieran?
Phylis está enojada,
porque eres pulga, cazador sin miedo
de la legua vedada:
guardate, pulga, del puñal de un dedo;
mas ojalá yo fuera
quien entre puertas de marfil muriera.
Pulga, a los dos nos falta,
a ti mi humano ser, y a mi tu dicha,
pica, repica, salta,
y si morir tuvieres por desdicha,
troquemos el empleo,
yo seré pulga, y tu serás deseo.
Mas ya que el diente aplicas,
purpureo estamparás circulo breve,
seremos, si la picas,
saltando por el arco de su nieve,
aunque a mis ojos fuego,
tú el perro, yo el que paga, Amor el ciego.

LUDOVICO.

¡Qué cosa tan propria de su condicion!

CÉSAR.

Nunca el Maestro Burguillos hizo eleccion para sus Musas de mas elevados assuntos.

LUDOVICO.

Si aqui le tuvieramos, él nos sacára de muchas dudas en la tremenda esphynge de este Soneto.

CE-

CESAR.

¿En qué le dejamos?

JULIO.

En que Virgilio llamó a los cisnes roncos, y os prometo que me holgué en extremo; porque estoy cansado de esta dulzura y suavidad, con que dicen que cantan.

LUDOVICO.

De ahi le viene esto de canoro y sonoro, tan ordinarios atributos suyos, como lo vereis en Propercio y otros.

JULIO.

Y de todas las aves, que por esso dixo el Poeta Philondango Mocuseo.

LUDOVICO.

Prodigioso Poeta.

JULIO.

En su Lucifereida, aunque tomado del Griego Calipodio.

CESAR.

¡Qué bien se burla!

JULIO.

Cantenme buhos, no sonoras aves,
Endechas tristes, no canciones graves.

LUDOVICO.

Lo unico, lo aplaudido, lo grande, aunque yerre sin disculpa, se ha de venerar por acierto.

CESAR.

La voz de las ranas, o los villanos de Lycia que transformó Latona, llamó ronca Ovidio, y las pintó gallardamente, pero no las llamó moscas.

JULIO.

Agudamente dixo Zanahorio Caracola en un Soneto a una dama gruessa de rostro y flaca de piernas:

Thyrsi, como yo soy grossero amante,
mas te quisiera rana, que gigante.

Luego dice, *sarna de oro al trigo.*

CESAR.

¿Esso quién puede entenderlo?

JULIO.

Antes es facil, porque como la sarna tiene granos, assi el trigo, y añadióles *de oro*, que las comparaciones no se entienden *in omnimodam rationem*; pero debiólo de tomar el Poeta de este Soneto de la Sanereyda que escribió Trancon Gerundio en el libro intitulado *Pupilage*:

Qué dulce almibar masco,
quando lleno de colera me rasco,
porque parece, aunque despues lo lloro,
que ensarto por las uñas granos de oro.

LUDOVICO.

La metaphora ha de ser segun la proporcion, como el vestido.

CESAR.

De Gorgias se rió Aristoteles, porque llamó verdes cosas a las semillas; ¿ qué hiciera, si huviera visto lo que ahora passa?

LUDOVICO.

Ceres llamó Virgilio al trigo por Metonymia.

CE-

CESAR.

De essos tropos leed a Quintiliano, aunque Cypriano los reduce a once.

JULIO.

El primer verso de los tercetos dice:

Mal afecto de mi con tedio y murrio.

LUDOVICO.

Dice que está mal consigo mismo, por no haver seguido siempre esta novedad, porque vivir con las costumbres passadas, y hablar con las palabras presentes, le pareció consejo saludable. *Tedio* ya sabeis que es fastidio, de quien dixo aquel sagrado vates Betlehemita, que dormitaba su alma por el gran tedio: y casi lo mismo el Varon de Hus grande entre los Principes Orientales: y Ciceron, que hay hombres, a quien no causa tedio su grande infamia. *Murrio* es una voz Castellana no poco significativa, si bien no usada; es finalmente una manera de tristeza, que obliga a traher a un hombre siempre descontento el rostro, como si dixessemos de los enamorados, o maridos, que por no declarar sus zelos andan murrios.

JULIO.

Esso es tomado del Poeta Magalon de Pestinaquis en su comento a la Gaticida de Gusarapo.

La cara traygo murria
de sufrir tu zelosa cancamurria;

Y en la comedia llamada *la bella Zaragatona*:

Ninguna cosa tanto me desmurria,
como mirar damazas de fanfurria.

Porque estas *rr* son muy significativas y sonoras en nuestra lengua, y de excelente boato, como *sarria*, *angurria*, *tirria* y otras semejantes. Y *tedio* me ha hecho acordar de un papel de una dama, cuyo principio podré deciros:

Estoy con tan inusitado tedio, que parece que me estrangulan el corazon los anhelitos de carecer de vuestro amabilissimo consorcio y primoroso gusto.

LUDOVICO.

Competir podia seguramente con lo que decia un preceptor de Gramatica a un pupilo que azotaba: *Numera picaro flagelos, que si me provocas a iracundia, reiterando las lineas en el podex, te las haré solfa de antiphonas; aunque esmaltes de purpura las caligas.*

JULIO.

Ahi viene bien el verso que se sigue:

Caligas diré ya, que no griguiescos.

Los griguiescos se llamaron assi de *grex gregis* y *la lana del ganado*; sino es que vinieron de Grecia: son habito descansado, aunque las calzas son mejores para las armas, y tengo para mi, que las calzas Españolas no eran las que se llamaron *caligas*, sino todo genero de medias, como las trahian de azero los soldados Roma-

manos, y las llaman los Franceses: *Chause de guerre*.

CESAR.

Ciceron en la epistola quinta a su amigo Atico, muestra no agradarse de ellas.

LUDOVICO.

Los cultos de este tiempo sabrán mucho de calzas; porque todo es calzar estrellas, calzar flores, nubes, noches, soles y aun ponelle chapines a la luna, como si fueran aproposito para andar buscando a Endymion por el monte Lathmo.

JULIO.

Extremadamente dixo Macario de Verdolaga, haviendole hurtado unas medias y zapatos a su dama, que bañandose en el rio pudo desde unas zarzas:

Tan medias las medias eran,
que las medias calzas son,
y tuvieran mas razon,
si fundas de flautas fueran.
De los zapatos no siento
como diga su primor,
por Dios que tengo temor
que los echen aposento.

LUDOVICO.

Prosigue el Soneto.

JULIO.

Como en el tiempo del pastor Bandurrio,

Ce-

CESAR.

Esse pastor no he oído ni leído, con haver passado algunos Poetas Griegos, Latinos, Franceses y Toscanos.

JULIO.

Bandurrio es muy antiguo, fue el primer inventor de las bandurrias, que hoy se llaman de su nombre; es instrumento pequeño, que a guisa de los que lo son, en subiendosele el humo a las narices, tapará un organo. Fue Bandurrio llamado Rustico Orpheo, porque haviendosele muerto su dama, intentó ir a los campos Elysios, y haviendo llegado con esta locura una noche a las deshesas Gamenosas, junto a Cordova, se le antojó, que unas yeguas blancas eran las almas, sacó su bandurria, y espantó de manera los ganados, que los yegueros ignorantes, como si fueran las Bacanales de Thracia, le mataron a palos; y aunque no se lamentó a la traza de Orpheo con el gentil Epigrama de Fausto Sabeo, no faltó quien le hizo este Epitaphio:

AQUI YACE BANDURRIO, O CAMINANTE DETEN EL PASSO.

LUDOVICO.

Detenedle vos, que estoy tan podrido de ver que en todos los Epitaphios ha de entrar el caminante, que he jurado no leer, ni oír alguno que le tenga.

JU-

JULIO.

Teneis mucha razon, porque fuera de ser cosa tan trivial y ordinaria, es fuerte caso que quiera un Poeta, que se detenga un caminante, que va a sus negocios, a leer lo que a él se le antojó escribir, o en alabanza, o en vituperio de aquel difunto. ¿Si va a caballo, cómo se ha de apear, ó quién le ha de detener la mula? y si la sepultura está en Iglesia, claro está que no se ha hecho el Epitaphio para los que van en coche. Si el tal caminante va a pie, ¿para qué se ha de detener a lo que no le importa, para llegar mas tarde a la posada?

CESAR.

Esso, y lo de los antiguuos *seale la tierra leve*, me tiene tambien cansado, pues al difunto no se le puede dar nada, de que le echen encima un monte, o un necio, que es la cosa mas pesada.

LUDOVICO.

Assi dixo aquel Philosopho, que se mandó enterrar en el campo, diciendole sus discipulos que le comerian las aves, a quien replicó, que le pusiessen en la mano el baculo; y ellos entonces a él, que sino tenia sentido para apartarlas, que de qué serviriá el baculo? a quien dixo: Pues si no tendré sentido, qué importa que las aves me molesten?

CESAR.

Qué poco se acordó del caminante aquel valiente, que puso en su sepultura: *Aqui yace Vasco Fernandez, que nunca tuvo miedo*: y respondió el

el gran Duque de Alva a quien se lo contaba: esse hombre nunca llegó a despavilar una vela con las manos.

LUDOVICO.

Sutil sentencia para dar a entender, que nunca se avia puesto en las ocasiones de tenerle.

JULIO.

El Poeta Serpentonio Proculdubio, hizo un Epitaphio a Bonamí, un criado de su Majestad, mónstro hermoso de la naturaleza; pues en la mayor pequeñez, que puede alcanzar el pensamiento, era perfectissimo, como la nuez de aquel escritor raro, en que puso toda la Iliada de Homero.

CESAR.

Di Julio el Epitaphio.

JULIO.

Ten el passo caminante
a ver lo que no has de ver,
aunque si tienes que hacer
puedes passar adelante.
Pero si verlo te place,
tan pequeño yace aqui
el atomo Bonamí,
que no se sabe si yace.

Pero sin detener los caminantes, al sepulcro de una dama muy alta y muy flaca dixo el Maestro Burguillos:

Do-

Doña Madama Roanza
tan alta y flaca vivia,
que mandó su Señoria
enterrarse en una lanza,
y aun huvo dificultad,
porque lo alto faltó,
y de lo ancho sobró
la mitad de la mitad.

LUDOVICO.

Esto basta para digression, vamos al verso duodecimo.

CESAR.

¿Cómo dice?

JULIO.

¿*Estos versos son Turcos, o Tudescos?*

LUDOVICO.

Pregunta el autor, haciendo un Apostrophe a sí mismo, si están en lengua Turca, o Tudesca.

JULIO.

De los Turcos no teneis que decir mas de que está llena dellos Constantinopla.

CESAR.

¡Novedad estraña! perdoneselo Dios a Constantino.

LUDOVICO.

Leed al Jovio.

CESAR.

Leedle vos, que los Españoles no le debemos nada, sino son deudas las injurias.

LUDOVICO.

Ese escribia por dineros, y los tomó del Turco.

Julio.

Los Tudescos ya sabeis que viven en aquellas partes de Alemania, que vos fueredes servido, que a fé, que aqui algun escritor truxera fuera de proposito la eleccion de los Emperadores por incidencia. El Soneto finalmente acaba:

Tú Lector Garibay, si eres Bamburrio,
aplaudelos, que son cultidiablescos.

Cesar.

Garibay se toma aqui por Vizcayno, como *Roma* por *Romanis*, y *Ceres* por el trigo.

Julio.

Cultidiablescos es un compuesto de diablo y culto.

Ludovico.

¿Dí qué es identidad? pero Fernando viene.

Scena quarta.

Don Fernando, Ludovico, Cesar, Julio.

Fernando.

Nadie me culpe, que mas facil me fuera dejar la vida, que la ocasion que me ha ocupado.

Ludovico.

¿De qué es tanta alegria, que pareceis otro?

Cesar.

¿Qué os puede haver sucedido, que de un He-

Heraclito venis hecho un Democrito?

FERNANDO.

No es para dicho aprisa, victorias son de amor, milagros son de la firmeza, portentos de la voluntad, prodigios de las estrellas, mudanzas de la fortuna, condiciones de los tiempos, efectos de la paciencia, victorias del sufrimiento, y dichas de un desdichado, que suelen venir juntas. Entrad conmigo en mi estudio, que no será mal principio de Poema leeros mi sucesso.

CESAR.

¿Qué tiene este hombre, Julio?

JULIO.

Lo mismo que antes, mejorado de mayor locura, él os lo dirá todo, aunque por los ojos y las acciones ya os ha dicho la causa.

LUDOVICO.

Yo he leído en Aristoteles, que una muger llamada Polycrita de un subito contento perdió la vida.

CESAR.

Lo mismo sucedió a Philipides, aquel gran escritor de Comedias, que llama *Varon nobilissimo* Guidon Bituricense, haviendo vencido en un certamen de Poetas, como refiere Aulo Gelio.

LUDOVICO.

Y Socrates el Tragico, a quien llama Ciceron *divino*, tuvo la misma muerte.

FERNANDO.

El mismo Ciceron dice en el libro quinto de sus *Tusculanas*, que vivió Democrito Gelasino, riendose siempre, ciento y nueve años, lue-

go no a todos mató el contento.

JULIO.

Sin duda que quieres ser como Juan de los Tiempos, que vivió trescientos y sesenta y un años, como refiere Gaguino, pues nació reynando Carlo Magno, y murió en el cetro de Ludovico el mozo.

FERNANDO.

Todo lo puede hacer una felicidad no esperada.

JULIO.

De esse Juan de los Tiempos debió de tener principio en España la fabula de Juan de Espera en Dios y sus cinco blancas.

LUDOVICO.

Sossiegate loco, y di, si puedes, lo que te ha sucedido.

FERNANDO.

¿No alaban la religion de Pompilio, la constancia de Régulo, la fortaleza de Caton, la justicia de Aristides, la sabiduria de Socrates, la piedad de Scipion, la clemencia de Lelio, la perseverancia de Fabio, el brio de Romulo, la equidad de Zeleuco, la continencia de Curcio, la modestia de Camilo, la humanidad de Pyrrho, la fortuna de Alexandro, la caridad de Mucio, la audiencia de Bruto, la milicia de Tulio, la magnificencia de Anco Marcio, el habito de Tarquino, y la prudencia de Servio? pues añadan las historias a estos titulos el contento de Don Fernando.

JULIO.

Notable sarta de Romanos y Griegos.

FER-

FERNANDO.

¿No llamaron a Scipion *el Africano*, porque venció aquella parte del mundo?

LUDOVICO.

Por lo mismo llamaron *Germanicos*, o *Britanicos* a sus Cesares.

FERNANDO.

¿Pues cómo se llamará quien ha vencido los desdenes de Dorotea?

LUDOVICO.

Fernando el *Doroteanico*.

FERNANDO.

Pues esse es mi nombre, mi dicha y mi historia; sentaos, y sabreis quan secretos caminos tiene la fortuna, y quanta obligacion tengo de escribir su alabanza.

LUDOVICO.

No lo hagais, que dixo Tulio, que alabar la fortuna era necedad, y vituperalla sobervia.

SCENA QUINTA.

GERARDA, THEODORA.

THEODORA.

No ha vuelto essa muchacha desde esta mañana, que fue con vuestra hija Phelipa a pasear el azero, y temo que le ha sucedido alguna cosa.

GERARDA.

Ya tiene edad para no perderse, no tengais pena, que *niña es Marina, quando la llevan por el diente a missa*.

THEO-

THEODORA.

No sé que me da el corazon, despues que está aqui Fernandillo, que fuera de haver herido a Don Bela y sus criados, de que temo que nos resulte algun trabajo, no sé qué mayor que sufrir sus musicas.

GERARDA.

Ya os dixe lo que sentia, y lo que haviades de hacer; pero *No des consejo a viejo, ni espulgues zamarro prieto*; ¿para qué la dejais salir con quanto quiere?

THEODORA.

Por no enojarme de una vez.

GERARDA.

Ni tan yus, ni tan sus, ni tu pan en tortas, ni tu vino en botas.

THEODORA.

Celia me ha trahido engañada.

GERARDA.

Ni perro negro, ni mozo Gallego.

THEODORA.

Ella está rica de lisonjas de su ama y necedades de Don Bela.

GERARDA.

El rozin en Mayo vuelvese caballo.

THEODORA.

Si Fernandillo vuelve perdidas somos.

GERARDA.

Consolaos desse miedo con que va con ella Phelipa.

THEODORA.

Quando los Pedros están a una, mal para Alvaro de Luna.

GE-

GERARDA.

¿Pues en qué opinion teneis a Phelipa?

THEODORA.

De amiga, de muger y de moza.

GERARDA.

Amiga lo es vuestra, muger casada, y moza es entendida.

THEODORA.

¿A quién quereis que se parézca un huevo?

GERARDA.

Direis que a otro.

THEODORA.

No sino el Alva.

GERARDA.

¿Tan mala opinion teneis de mí?

THEODORA.

No es opinion, sino cierta ciencia.

GERARDA.

Comadre, sabed, que al Rey Don Juan de Portugal le truxo una labradora, que le pedia que le perdonasse una muerte, que su marido havia hecho, una cantidad de natas, no estando alli la Reyna, que sentada con él á la mesa comió muchas. Echóse a sus pies la labradora, pidiendo la vida de su marido á entrambos: el Rey perdonaba, la Reyna no queria, a quien él dixo, viendola tan airada: Passo, señora, que haveis comido muchas natas.

THEODORA.

[illegible]s entiendo, Gerarda callad, que vienen.

SCE-

SCENA SEXTA.

THEODORA, PHELIPA, GERARDA, DOROTEA.

DOROTEA.

¿Mas qué me preguntas de donde vengo?

THEODORA.

¿Para qué viniendo tan colorada?

DOROTEA.

Mal si estoy colorada, mal si estoy descolorida: ¿con qué tengo de contentarte?

THEODORA.

Con venir a la una.

PHELIPA.

¡O qué sermon havemos oído!

THEODORA.

Predicará el Padre Don Fernando.

PHELIPA.

No en buena fé, sino un descalzo famoso.

THEODORA.

¿Qué mas descalzo que esse caballero?

DOROTEA.

¡O madre, si le huviera oído, no pudiera detener las lagrimas!

THEODORA.

Como essas he llorado yo por su paternidad de esse bendito Predicador.

GERARDA.

Por el cabo de la cuchara sube el gato á la olla.

Do-

DOROTEA.

Tú tambien, Gerarda, ¿no te parece que vengo de donde digo?

GERARDA.

Ida y venida por en casa de mi tia.

DOROTEA.

¡Qué proprias virtudes de los años mayores la malicia y la envidia!

GERARDA.

Yo con Phelipa hablo, que no contigo, Dorotea: Phelipa es mi hija, y *la coz de la yegua no hace mal al potro.*

DOROTEA.

Todas sabemos adagios, Gerarda, y *aunque la lima muerde, alguna vez se le quiebra el diente.*

GERARDA.

¿Metome yo contigo?

DOROTEA.

Dobla, Celia, esse manto, que están de pavana las dos señoras.

GERARDA.

Pues en verdad que no me he desayunado, sino es de mis devociones.

DOROTEA.

Gerarda, Gerarda: *A carne de lobo diente de perro.*

GERARDA.

No tienes razon: que harto he procurado sossegar a tu madre.

DOROTEA.

Mi madre no se cansa de levantarme testimonios, por mi no me pesa, sino por tu hija Pheli-

pa, que es una santa.

THEODORA.

Berzas y nabos para en uno son entrambos. Negra, pon aqui la mesa.

DOROTEA.

No quiero comer.

THEODORA.

¿Para qué, si has comido?

DOROTEA.

El veneno que me has dado.

THEODORA.

Uñas de gato, habito de beato, haz pucheros por vida mia.

PHELIPA.

Calla, Dorotea, no levantemos alguna polvareda que no se vea Don Beltran.

DOROTEA.

Hoy, Phelipa, ni pienso llorar, ni reir, que aunque los extremos del placer suelen ser los principios del pesar, haré agravio a mi alma, si con la memoria de tánto bien estoy triste en mi vida.

PHELIPA.

Nadie se acuerda de la mocedad que passó, sino de la vejez que passa.

THEODORA.

No me agrada esta nueva compañia.

GERARDA.

Tocóse Mariguela, y dejóse el colodrillo de fuera.

THEODORA.

Plegue a Dios, Gerarda, que *sea agua limpia.*

GE-

GERARDA.

Obispo por Obispo, sealo Don Domingo.

THEODORA.

Las malas tigeras hicieron a mi padre tuerto.

GERARDA.

Si Dorotea tiene buen natural, Phelipa no será parte para estragar sus costumbres.

THEODORA.

Qué tienen que hacer las bragas con el alcabala de las habas.

DOROTEA.

¡O felicissima muger, con qué dicha te levantaste hoy! ya tus deseos se cumplieron, ya viste el sujeto de tus ansias, el centro de tus pensamientos, cierta de que te adora, cierta de que te estima: yo ví lagrimas en Fernando, quando mas desconfiaba de su memoria; será mio, aunque pese a esta vieja de mi madre, y a la hechicera que la aconseja. No quiero Indias, ni cautivar mis años, ¿qué oro, qué diamantes como mi gusto? ¡o muger felicissima! yo no me hallé en las mocedades de mi madre, viuda es, y no le pesa de parecer bien. *La muger del ciego ¿para quién se afeyta?*

THEODORA.

¿Qué murmuran estas damas?

GERARDA.

Murmuren lo que quisieren, que solo pueden poner falta en nuestros años, siendo lo que nos sobra.

THEODORA.

Vuestra Phelipa destruye a Dorotea,

GERARDA.

Quien tiene hijo varon, no dé voces al ladron.

THEODORA.

Salíme al sol, dixe mal y oí peor.

GERARDA.

Dorotea es discreta, Phelipa es boba, ¿quál puede engañar a qual?

THEODORA.

De sermon dicen que vienen.

GERARDA.

Las truchas y las mentiras, quanto mayores tanto mejores.

THEODORA.

Temo, Gerarda, temo que no se haya vuelto Dorotea à la amistad de Don Fernando, que este mozo tiene gracias de pobre, y ella desvanecimientos de linda.

GERARDA.

Anillo en dedo honra sin provecho, pero si vos temeis la reconciliacion de estos dos amantes, y que llegue a noticia de Don Bela, con que nos amenaza a todas fatal ruina.

THEODORA.

Quitósele el suelo al cesto, y perdimos el parentesco.

GERARDA.

Pues esso no lo dudeis, que no es hombre que sufrirá tan necio agravio, que ámor y señorio no quieren compañia.

THEODORA.

Hai Gerarda, Dorotea contenta, sin venir de la puerta de Guadalaxara con tabies, ó joyas y a

la

la una, vuelto se han a enquadernar las voluntades passadas: muerta soy.

GERARDA.

Romeria de cerca mucho vino y poca cera. Examinadla, Theodora, que la dejais salir con quanto quiere; y si vuelve a lo que solia, perdióse vuestra casa, rematóse vuestra hacienda: *Que costumbres y dineros hacen los hijos caballeros.*

THEODORA.

Las llaves en la cinta, y el perro en la cozina. ¿Qué me importa a mí reñir a Dorotea, si anda con ella Phelipa?

GERARDA.

Ponte buen nombre, Isabel, y casarte has bien. Hai Theodora, Theodora, Phelipa no la pierde, sino el amor que tiene a Don Fernando.

THEODORA.

Fuime a palacio, fui bestia, y vine asno. Vos me entendeis, Gerarda, amigos tiene Fernandillo, y vuestra hija deseos.

GERARDA.

¿Qué podeis decir de esta moza, que ofenda su virtud y recogimiento? lo que le sucedió antes de casarse, ha sucedido a muchas, y para esso estaba yo en el mundo, que en verdad, que no lo echó de ver su marido, aunque no era bobo: moza es por cierto de malos consejos, ¿qué sermon oye donde no llore? Esta Quaresma ayunó al traspasso, que la tuve por muerta. Un Rosario ha hecho de nudos de cordel, para quando la entierren, que llegará desde aqui a Roma: por cierto que la noche del des-

po-

porfio no la podiamos conducir al thalamo entre seis vecinas: mirad vos, qué verguenza, assi la tuviera Dorotea.

Theodora.

Lo mas facil es negar, y lo mas dificil defender, tomado me haveis lo facil, y dejadome lo dificil.

Gerarda.

Callad que escuchan.

Scena septima.

Marfisa. Clara.

Marfisa.

Pues no pierdo el juicio, no le tengo.

Clara.

La traycion es de suerte, que no me permite consolarte, antes bien quisiera añadir sentimientos a los que tienes, accion mas desesperada que justa.

Marfisa.

¿Don Fernando en Madrid, Clara, y tantos dias sin verme? ¿quién duda que le tendrá ocupado y divertido aquella famosa Circe, donde ha comido sueño su entendimiento? No he de quitarme desta puerta, aunque me lo mande la noche, por mas que me afrenten la vecindad y el dia. Aquel gentil hombre, que hablé, es uno de los amigos de Don Fernando, que el servir a Lisena, su vecina de Dorotea, los hizo iguales como en el amor, en la confianza: preguntóme

¿có-

¿cómo me iba con él, despues que havia venido de Sevilla? yo le respondí, que Don Fernando no havia venido, y él entonces, como en la Corte se usa, me refirió la causa por que se havia partido, que eran los zelos de un caballero Indiano, no mal admitido de su casa, aunque con poco gusto de Dorotea, que no havia muerto a nadie, en que conocí, que fue invencion para sacarme lo que sabes que le dí, para que se fuesse, que en mi vida compré tan barato el gusto de apartalle de aquella Nympha, por cuya ausencia alguna promessa la obliga a un habito, casto por ironia, solo el escapulario azul será verdadero por lo zeloso. No sé que pretendió en esta conversacion Fabricio, este es su nombre, ¿pero para qué lo dudo? lo que todos los hombres, que quanto ven codician: debió de querer apartarme del amor de Fernando, que me dió esta carta, que desde el camino le havia escrito, con unos versos que a su partida compuso, que todo dice assi.

CLARA.

Servirá de entretener la pena de esperarle.

MARFISA.

Yo voy, amigo Fabricio, sin alma, porque la dejé, y sin vida, porque me quiere dejar, y tan acompañado de pensamientos, que como venenos diferentes, compitiendo unos con otros, me sustentan vivo. No he dormido, aunque lo he deseado, principios son de loco, y que ya no soy parte a resistirlos; mas vamos, Julio, y yo en Dorotea, que en el camino no hablamos en

otra

otra cosa desde que amanece, y estoy cierto, que no le sucede lo mismo, gran fortuna de las mugeres, que al primero desaire de sus galanes hallan quien las sirva, ruegue, divierta, regale y enriquezca. Hai de los hombres, para quien no hay mas remedio, que no esperarle. Essos versos os dirán mas de mí, que lo que yo sabia quando los hice; si hay quien los cante, no me pesará que los oyga Dorotea.

¿A dónde vais, pensamiento,
con passos tan engañados,
que no puede bien huir
quien lleva hierros de esclavo?
Si os han de volver por ellos,
¿de qué servirá alejaros?
que es dar ocasion al dueño
para mayores agravios.
Mirarades lo primero,
que fue pensamiento vano
querer librar en un dia
la prision de tantos años.
Si es impossible vivir,
mirad que fue necio engaño,
ir huyendo de la vida,
pues la dejais en sus brazos.
Si en lagrimas os fiastes,
presumid que no fue llanto,
sino escribir en el agua
la fé del amor passado.
Si pensais hallar remedio,
donde se han perdido tantos,

o sois cuerdo pensamiento,
o somos locos entrambos.
¿Llevais con vos la memoria
de tantos bienes passados,
y quereis que se os olvide
lo mismo que vais pensando?
Si yo fuera mas discreto,
y vos menos arrojado,
no estuvieramos ahora
yo confuso y vos volando.
Direis que puedo volver,
pues que no ha tanto que falto,
sin ver que con tal flaqueza
mayor venganza le damos.
Y mas quiero yo morir,
que no verme despreciado,
pues nunca amor al rendido
trató bien, aunque es hidalgo.
El ver que rendido vuelve
el que se despide airado,
quando no hiele, assegura,
que es en amor grave daño.
Amor pensamiento es miedo,
y una vez assegurado,
bien puede ser que se quiera,
mas no que se quiera tanto.
Pues andar con invenciones
no me parece acertado,
que no se llama cautela
la que saben los contrarios.
Nunca de vos me fiára
pues que me haveis engañado,

sin ver lo que puede amor
favorecido del trato.
Sino pensàis, pensamiento,
otro remedio mas sano,
los dos nos hemos perdido,
y Amarylis se ha vengado.

CLARA.

El está muy bien escrito, assi estuviera bien empleado.

MARFISA.

¡ Qué cortesano estilo!

CLARA.

¡Y qué descortés contigo! pero dime, señora, ¿de quándo acá se llama esta señora Amarylis? Dorotilis havia de decir, que a tí como a Marfisa te tocó siempre esse nombre.

MARFISA.

¡Hai Clara¡ por engañarnos a entrambas, que los Poetas tienen versos a dos luces, como los cantores villancicos, que con poco que les muden, sirven a muchas fiestas.

CLARA.

Guarda la carta, que él y Julio, su postillon, vienen hablando.

SCENA OCTAVA.

JULIO, DON FERNANDO, MARFISA, CLARA.

JULIO.

¿MUgeres tapadas a nuesrta puerta?

FERNANDO.

Será algun recado de Dorotea.

JULIO.

Havrá reñido su madre la tardanza, que despues que has venido, andará el palo mal alborotado.

FERNANDO.

Manden vuessas mercedes alguna cosa de su servicio: si quieren descansar, casa es de hombre mozo.

MARFISA.

Y tan mozo, que aun no ha llegado la verguenza a componer el desenfado de la cara.

FERNANDO.

Jesus, Marfisa, mi bien, mi señora, ¿tú a mi puerta? cómo havia yo de hallarte? que apenas nos quitamos las espuelas, quando fuimos a verte, ¿no es verdad, Julio?

JULIO.

¿Para essa obligacion eran menester testigos?

CLARA.

No por cierto, que cara tienes tu de jurar falso.

JULIO.

¿Pues, Clara, a tu querido y deseado Julio?

CLARA.

¿Pues Julio, a tu aborrecida y olvidada Clara?

MARFISA.

Ocho dias ha que estás en Madrid, no sé si diga ochenta.

FERNANDO.

Qué disparate, lo que ha que vine, he andado huyendo de la justicia,

JULIO.

Y siempre por los arrabales reconditos.

MARFISA.

¿Comienza ya la sombra de tus maldades, el aforro de tus insolencias, el mercurio de tus embajadas, la capa de tus traiciones, a echarnos bernardinas?

JULIO.

Esso merezco yo por los consejos saludables que le he dado, para que se te muestre agradecido, y el haver venido todo el camino hablando a Don Fernando en tu hermosura, entendimiento y gracia; tanto que una noche le hize componer unos versos al sentimiento de tu partida.

MARFISA.

Infame, essos versos para Dorotea su lindissima dama se escribieron, la del habito candido y el escapulario celeste, la del Indiano rico, por quien le ha dejado como merece; essa si es digna destos encarecimientos, por firme, por leal, por desinteressada; para sus zelos di yo mi oro, como verdadera y necia, como muger de bien, que se crió contigo, martyrio de mi inocencia.

¡O

¡O mugeres honradas, qué poco mereceis el amor de tales hombres! A estos no les obliga la virtud ni el recogimiento, sino los tiros, los agravios, los zelos, las competencias, las temas y los desprecios; esto los enamora, y assi tienen los fines, los sucessos, las desgracias y el matar los hombres, como aquel por quien te fuiste a Sevilla, Dios le perdone: ¡qué estocada le diste! valiente eres de palabra. Mal hayan mis pensamientos, mis firmezas, y quanto he padecido por tí con mis tios y con mis....

JULIO.

No le dejaron acabar las lagrimas, ¿qué las miras? por qué no hablas? por qué no la consuelas? tambien llora Clara, y yo estoy consultando los pucheros, si me estarán bien con tantas barbas.

FERNANDO.

Marfisa, yo veo claramente la razon que tienes, corrido, confuso y arrepentido me pusiera a tus pies, y te diera esta daga para que me passáras mil veces el pecho, sino estuvieramos en la calle; entra, mi solo bien, que has de ser mi verdadero amor a pesar de mis mal empleadas locuras, o no he de tener honra, ni ser hijo de mis padres, entra.

MARFISA.

No lo verán tus ojos, no mas burlas, muchas lagrimas me cuestas, Fernando, muchos trabajos, dulce enemigo mio: ya no puede mi sufrimiento hallar disculpa a tantas sinrazones, solo te suplico por nuestra crianza y por aquella ternura, con que nos prometimos la fé, que tan

mal

mal han logrado mis desdichas y tus mal empleadas imaginaciones, que si hallares nuevas de aquella prenda tuya exposito del furor de mis parientes, me des aviso y licencia para poder cobrarle.

FERNANDO.

Espera, señora, espera, por lo menos no te vayas llorando.

MARFISA.

Sueltame, que daré voces.

JULIO.

A Dios, Clara.

CLARA.

Julio, poco teneis de Cesar, no seré yo vuestra Roma, aunque no soy aguileña.

FERNANDO.

¿Qué te parece de esta desdicha?

JULIO.

Que tengo lastima al desprecio que has hecho de tantos meritos, conozco el amor que Dorotea te ha tenido, y dice que te tiene; pero en fin es de otro, y no siendo marido, que se debe sufrir por fuerza, es grande infamia hacer papel de segundo galan, y guardar el respeto a quien no se debe.

FERNANDO.

Julio, hago testigo al cielo, a quanto ha criado, a tí, a mi honra, a esse poco entendimiento mio, de solicitar con todos la venganza de Dorotea, que al fin vino a despedirme y pagar a Marfisa tan justa deuda.

Ju-

JULIO.

Pues, señor, no sea de subito, que yo te daré la traza, con que el amor de Marfisa te vaya quitando el de Dorotea.

FERNANDO.

Con verla rendida se me ha quitado.

JULIO.

Templado basta.

FERNANDO.

Quitado digo, Julio.

JULIO.

Pareceráte a ti con la satisfaccion de los brazos; pero es impossible que tan grande amor haya muerto a manos del mismo deseo que havia de aumentarle.

FERNANDO.

No me pareció que era Dorotea la que yo imaginaba ausente, no tan hermosa, no tan graciosa, no tan entendida, y como quien, para que una cosa se limpie, labaña en agua, assi lo quedé yo en sus lagrimas de mis deseos: lo que me abrasaba era pensar, que estaba enamorada de Don Bela: lo que me quitaba el juicio era imaginar la conformidad de sus voluntades: pero en viendo que estaba forzada, violentada, afligida, que le afeaba, que le ponia defectos, que maldecia a su madre, que infamaba a Gerarda, que queria mal a Celia, y que me llamaba su verdad, su pensamiento, su dueño y su amor primero, assi se me quitó del alma aquel grave peso, que me oprimia, que vian otras cosas mis ojos, y escuchaban otras palabras

bra? mis oídos; de suerte, que quando llegó la hora de partirse no solo no me pesó, pero ya lo deseaba.

JULIO.

Harás que me vuelva loco, y que diga, que la philosophia de amor no está entendida en el mundo, pues tantos amorosos afectos, desmayos, ansias, locuras, desesperaciones, zelos, deseos, y lagrimas han tenido templanza en su mismo centro, lo que parece impossible.

FERNANDO.

Si entre los remedios del amor pone Ovidio la consideracion de las trayciones de lo que se ama, y los daños que resultan, y yo los miro, ¿de qué te admiras?

JULIO.

Ya no me admiro; pero deseo que no te engañes, que amor contento huye, y receloso vuelve.

FERNANDO.

Yo sé que he topado la rosa de Apuleyo.

JULIO.

¿Dónde?

FERNANDO.

En Marfisa.

JULIO.

Essa merece amor por firme, y por sola, que no puede nadie amar con verdad, ni tratar con honra, substituyendo ausencia, que de galan a galan es el sufrimiento miedo, y el respeto infamia.

FER-

FERNANDO.

Por lo menos diré ahora lo que Catulo a Lesbia:

De amor y aborrecimiento
tan igual veneno tomo,
que si me preguntan como,
no sé mas de que lo siento.

CORO DE VENGANZA.

Hendecasylabos Phaleucios.

Amor de ser amado satisfecho,
quando agraviado imaginó vengarse,
templado el fuego, y el furor deshecho,
a donde pudo arderse, pudo helarse.
Quien ama, y agravió, no vuelva, y diga
que fue violencia agena la mudanza,
pues quando piensa que rendido obliga,
el agraviado intenta la venganza,
Quien ofendido vuelve a verse amado,
quan facilmente lo que quiso, olvida,
fingiendo que ama, hasta quedar vengado,
con falso gusto y voluntad fingida.
Tenga quien agravió, justos recelos,
y nunca mire el alma por los labios,
que amistades son dulces sobre zelos,
pero siempre fingidas sobre agravios.

LA DOROTEA

ACTO QUINTO.

SCENA PRIMERA.

DON BELA, LAURENCIO.

BELA.

MIra qué quiere esse criado del Conde, Laurencio.

LAURENCIO.

Viene por el caballo que le mandaste para las cañas de estas fiestas, que tiene puestos en él los ojos para salir lucido.

BELA.

¿Por qué no le dixiste que estaba clavado?

LAURENCIO.

Ya se lo dixe, y que te pesaba en extremo.

BELA.

Perdido estoy de triste, no sé qué tengo estos dias, que no puedo alegrarme.

LAURENCIO.

De la tristeza de Dorotea nace la tuya.

BELA.

Pensé que la enterneciera el haverme herido por su causa, y desde entonces pienso que me aborrece.

LAURENCIO.

Si este amor se acabasse, muchos te desengañarian.

BELA.

¿Pues tú sospechas algo?

LAURENCIO.

No lo sé de cierto.

BELA.

Despues que te passé de criado a amigo, has perdido la condicion de los que sirven, que parlan quanto saben; pero pues ya eres amigo, como tienes licencia de reprehenderme, tenla de desengañarme.

LAURENCIO.

Examina la tristeza de Dorotea, que ella te dirá la causa, porque si hay algun peligro, debe de ser con gran secreto; si bien ha dias que nì aun sombra de sospecha entra en su casa.

BELA.

¿Pues de essa manera qué me quereis, tristezas? qué me afligis zelos? Laurencio es mi criado, y mi amigo, y por la una parte no parla, y por la otra no desengaña: luego Dorotea no tiene culpa de mis sospechas. Dame aquellos papeles, que con la memoria de los estudios de mis primeros años he hecho un Epigrama esta noche, y querria sacarle en limpio.

LAURENCIO.

Estos son los papeles, mucho has borrado.

BELA.

Yo conocí un Poeta de maravilloso natural, y borraba tanto, que solo él entendia sus escritos,

y era impossible copiarlos, y riete, Laurencio, de Poeta que no borra. El Epigrama dice:

Miré, señora, la ideal belleza,
guiándome el amor por vagarosas
sendas de nueve cielos,
y absorto en su grandeza
las exemplares formas de las cosas,
bajé a mirar en los humanos velos,
y en la vuestra sensible
contemplé la divina inteligible,
y viendo que conforma
tanto el retrato a su primera forma,
amé vuestra hermosura,
imagen de su luz divina y pura,
haciendo, quando os veo,
que pueda la razon mas que el deseo,
que si por ella sola me gobierno,
amor, que todo es alma, será eterno.

LAURENCIO.

Está muy bien escrito; pero yo te confiesso que no le entiendo, y aun lo dudo del sutil ingenio de Dorotea.

BELA.

Mira, Laurencio, lo que ha de entender Dorotea de mi pluma son las libranzas de los mercaderes para sus galas: esto basta que yo lo entienda.

LAURENCIO.

Y yo querria.

Be-

BELA.

Assi como la divina Belleza, que con eterna, e incomprehensible luz resplandece en aquel soberano artifice, esparce sus rayos, que descendiendo por todos los cuerpos, ilustra las mentes Angelicas, hermosea el alma del universo; y finalmente desciende a la materia de los cuerpos, donde se revuelven con suave harmonia los cielos, resplandece el sol, centellean las estrellas, consérvase puro el fuego, alegrase el ayre sereno, gozan su perpetuo curso las instables corrientes de las aguas, la tierra se adorna de diversas flores, arboles y plantas, y ultimamente el hombre se admira en los rayos de esta divina belleza, que en la hermosura de las mugeres sobre todas las inferiores criaturas resplandece: assi el amor enseña de grado en grado, quanto es capaz nuestro entendimiento, aspirando a tan alta contemplacion, a formar una idea particular, que ama sin divertir el pensamiento fuera de los limites de la razon.

LAURENCIO.

¿Qué tienes por idea?

BELA.

La noticia exemplar de las cosas.

LAURENCIO.

De manera que tu me dás a entender, que amas a Dorótea tan Platonicamente, que de la belleza ideal suprema has sacado la contemplacion de su hermosura.

BELA.

Querria a lo menos quererla con este propo-

si-

sito?, que no sé si he leído en el Philosopho, que amor puede ser de entrambas maneras, y quererla con sola el alma es el mas verdadero, y para ella lo mas seguro.

LAURENCIO.

¿No sé qué trahes de ocho dias a esta parte, que no pareces el que solias. ¿Tú devoto? tú contrito? tú melancolico? Si es divino impulso, quieralo el cielo, daré de albricias quanto me ha valido el ir y venir en casa de Dorotea, si es melancolia zelosa, guardate de dár en hypocondriaco, que perderás el seso y los amigos.

BELA.

Hai Laurencio, ¿quién hay que tenga entendimiento, que no conozca que es mortal? Trahen consigo los deleytes por sombra la conciencia, como suelen decir los que han muerto algun hombre a sangre fria, que le trahen siempre a cuestas: Dorotea es hermosa unicamente, entendida, y con tantas gracias, que si el hilo de oro de la razon no me saca de este labyrintho, creo que havemos de decir al fin de la vida, como aquel Rey de la gran Bretaña: *Todo lo perdimos.*

LAURENCIO.

No te entristezcas por Dios, que no estás en mal estado de emendarte, pues lo conoces; a buen tiempo viene Gerarda, ella de defensa dará con sus vegeces, y aun con sus astucias.

SCE-

SCENA SEGUNDA.

GERARDA, DON BELA, LAURENCIO.

GERARDA.

Donde no está el Rey, no le hallan.

BELA.

¿Hasme buscado, madre?

GERARDA.

Y como, diganlo todos essos criados, que no salen contigo: al despensero le quité ayer un dolor de muelas, que rabiaba como un perro por la canicula.

LAURENCIO.

Pensé que las muelas.

GERARDA.

¿Qué dices, Laurencio, aun no he entrado, y ya me persigues? saco yo muelas por ventura?

LAURENCIO.

No, tia; pero dicen algunos ignorantes, que aprovechan para sus mentiras.

GERARDA.

Essa Don Vasco Papaosla del casco, que en verdad en verdad que nunca creí que podian hacer dichosos las alhajas de hombres tan desdichados, que predican en la horca, echando la bendicion al pueblo con los talones.

LAURENCIO.

Mira, madre, quando mas piensas, que yo me burlo, mas alabo tus habilidades; y tu tambien me dices á mi las mias, quando sacamos

ga-

galas a Dorotea, levantandome que me aprovecho, y que voy horro con el mercader.

GERARDA.

Está el mono en la pared, dice de todos, y todos de él. Hijo Laurencio, *con un lobo no se mata otro.* ¿Cómo calla Don Bela viendo tratar mis tocas honradas con este desafuero? Estoy por decir por ti, que *en casa del ruin la muger es alguacil.*

BELA.

Madre, luego lloras, no he visto ojos tan tiernos, dale quatro reales, Laurencio.

GERARDA.

Mucho os quiero, Pedro, no os digo lo medio. No hay aqui para la olla, que hoy come una amiga conmigo.

BELA.

¿Es moza?

GERARDA.

Entre las dos tenemos tres dientes, y ciento y quarenta y cinco años ¿pensabas hacer algun peso falto a Dorotea? Dios me libre de tus mañas, siempre la matas a zelos: pues el bellaco de Laurencio que te encubre, y siempre la anda engañando.

LAURENCIO.

Yo, tia; ¿quién te lo ha dicho, si Don Bela mi señor es tan retirado, y yo tan encogido?

GERARDA.

Entre pupa y burujon Dios escoja lo mejor; todo se sabe, comadre; pero volviendo a mi convidada hé aqui la olla una libra de carnero ca-

catorce maravedis, media de baca seis, son veinte, de tocino un quarto, otro de carbon, y de peregil y cebollas dos maravedis, y quatro de azeytunas, es un real cabal, pues tres reales de vino entre dos mugeres de bien es muy poca manifatura, no hay para dos sorbos; añade, assi Dios te añada los dias de la vida.

LAURENCIO.

Tres reales de vino, valiendo a doce maravedis la azumbre.

GERARDA.

Hermano Laurencio, *En año caro, harnero espesso, y cedazo claro.*

BELA.

Dale otros quatro reales.

GERARDA.

Dè la baca flaca la lengua y la pata.

BELA.

Madre, ¿ dónde aprendiste tantos refranes?

GERARDA.

Hijo, estos son todos los libros de el mundo en quinta essencia, compusolos el uso, y confirmólos la experiencia.

BELA.

Cierto que muchos de ellos son tan verdaderos y sentenciosos, que enseñan mas en aquel modo lacónico, que muchos libros de Philosophos antiguos en dilatados discursos. Pero dime, Gerarda, ¿ a qué venias?

GERARDA.

Dice Dorotea, que no quiere ventanas para los toros, porque está de mala gana, como dicen

en Valencia, y porque ella no se quiere holgar, quando se huelgan todos.

LAURENCIO.

Buen remedio.

GERARDA.

¿Cómo?

LAURENCIO.

Correlle un toro en su aposento.

GERARDA.

¡O qué gracia! Dios te bendiga, toma.

LAURENCIO.

¿No te agrada el arbitrio?

GERARDA.

Dixo Mayo a Abril, aunque te pese, me he de reir.

BELA.

Estar triste Dorotea, y no ir a los toros, algo tiene en el campo que le duele.

GERARDA.

Qué ha de tener, sino los zelos que le das? míralo todo: ¿piensas que no te vió mirar a las esculturas en la Merced? por cierto que son muy lindas, no diera yo por ellas para mí traher, si fuera persona de calzas atacadas, una cinta de seda, afeytadillas, bachillerillas, bayladorcillas.

BELA.

¿Aquellas se afeytan, madre?

GERARDA.

No, sino el Alva, ninguna lo deja en el arca; las blancas para serlo mas, que las negras ya está dicho.

BELA.

Yerran mucho, porque más vale ser moza mucho tiempo, que hermosa poco, efecto del soliman, que les quita los dientes, y les arruga la tez del rostro, sino que el afeyte es como el tiempo, que como quita cada dia tan poco, no se siente, y a la cuenta tambien se lo pondrá Dorotea.

GERARDA.

No hay regla sin excepcion, Don Bela, que no se entiende, que generalmente se le ponen todas, y no es el afeyte cosa que se puede encubrir, que si se acüesta una muger, y amanece otra, ¿cómo lo puede ignorar el que la tiene al lado? Pero volviendo a las Nymphas que mirabas, ¿qué mugeres para competir con el reposo de Dorotea? con aquella gravedad patricia, que parece un clarissimo Veneciano; aquella honra del estrado, aquella honestidad por la calle, aquella devocion en la Igelesia, aquella libertad en el campo: *Y a su tiempo, nabos en adviento.* Si la vieras ahora de Sirena con el harpa, trahiendo aquellos dedos de cuerda, que parece que se reían, como que les hacia cosquillas, los cabellos sueltos, que a veces sobre el harpa, envidiosos de las cuerdas, querian serlo, porque los tocasse tambien a ellos; y aun pienso que las cuerdas decian en lo que sonaban, que los dejasse hacer su oficio, pues ellas no los iban a estorvar, quando se tocaba Dorotea.

BELA.

Madre, muy Poetica vienes esta mañana.

GERARDA.

Pues en verdad que no me he desayunado, sino es de mis devociones, porque fui a consolar una moza que ha parido, y no sabe a quien darlo: pediame consejo, y de quatro le dixe que al mas bobo.

BELA.

En buenos passos andas.

GERARDA.

Hijo, dar consejo al que le ha menester, es obra de misericordia.

BELA.

¿Qué cantaba Dorotea?

GERARDA.

Velador que el castillo velas,
velale bien, y mira por tí,
que velando en él me perdí.

¿Qué te parece cómo alude a tu nombre? pues ella ha hecho las coplas, mira lo que canta, mira lo que entiende, mira lo que le debes.

BELA.

Dale otros quatro reales.

GERARDA.

Hai amigo, sois galan viejo: *El mozo y el gallo un año*; todos sois liberales a los principios, despues quereis comer sobre tarja.

BELA.

Gerarda, Gerarda, si hablamos de veras, no soy tan simple, que no me haya reportado la ma-

mala correspondencia de Dorotea.

GERARDA.

¿Hate trahido Laurencio essos chismes? ¡pobre Dorotea, todo el dia atada a la labor para hacerte camisas: ella se lo merece.

BELA.

Perdona, que no lo digo, porque te enternezcas, dale otros quatro reales.

GERARDA.

Ya son doze: ¡qué lindo numero! soy yo devotissima de los doze Apostoles.

LAURENCIO.

Pensé que de los doze Pares.

GERARDA.

Llegamelos a los veinte y quatro, assi lo seas de Sevilla, que tengo empeñada una saya en diez y seis reales.

BELA.

Daselos, Laurencio, si me dice quien de los galanes, que pasean a Dorotea, es el mas favorecido.

GERARDA.

Tú, bobillo.

BELA.

¿En qué lo ves, madre?

GERARDA.

En que esse es de la boda, que durme con la novia.

BELA.

Advierte, que no le digas nada a Dorotea.

GERARDA.

Pues dame otros seis reales.

BE-

BELA.

Dasdelos, y a Dios que me voy a missa.

LAURENCIO.

Veinte y seis llevas, madre.

GERARDA.

Pues algo has de hacer tú, llegamelos a treinta, y te daré diez y siete años sin afeyte, sin pedir, sin malicia, y con una cara como una manzana de Naxera.

LAURENCIO.

Bien dices tia, que *la muger ha de ser como la muleta, la boca sangrineta.*

GERARDA.

Tú verás que yo soy agradecida.

LAURENCIO.

¿Y cómo sabes que ha de querer essa moza que dices?

GERARDA.

Porque es de las que tengo en administracion, y no reparas en que me ha menester.

LAURENCIO.

¿Y es sin duda de diez y siete años?

GERARDA.

Estraño eres, ¿tengo de traherte fé de bautismo? todas son de la edad que parecen, que a fé que andan por ahi mugeres en zapatos, haciendo melindres con el manto, que ha mas de quarenta que dixeron taita, pero aquel circulo de una toca bien puesta encubridora de ladrones pliegues, y los cabellos de la que tuvo tabardillo, pollera en arco, y lo resplandeciente del gran Turco, las hacen niñas, y passan pla-

za

za de novedad a fuerza del desenfado, y en gracia de la bachilleria.

LAURENCIO.

Dame pena que sea casada essa moza.

GERARDA.

Pues tú no eres el que pierde, sino su marido.

LAURENCIO.

Si dura la amistad, forzoso es el peligro.

GERARDA.

La casada y la ensalada dos bocados, y dejalla.

LAURENCIO.

¿Y si me enamoro?

GERARDA.

Andar a hurtar los ratos que se ocupáre el dueño fuera de casa.

LAURENCIO.

El hurtar es cosa linda, si colgassen por la pretina.

GERARDA.

Hombres tan mirados no jueguen a los dados.

LAURENCIO.

Siempre tuve respeto al matrimonio.

GERARDA.

Pareceme de perlas, y mas si te has de casar; porque muchos que han ofendido casados, lo pagan, quando lo son.

LAURENCIO.

Si el que mata con hierro, muere a hierro, el que mata con la madera que sabes, bien puede temer lo mismo; quisiera yo un entretenimiento a medio traher libre de polvo y paja, y de toda fulleria.

GE-

GERARDA.

Paréces habito, que informas de limpieza.

LAURENCIO.

Hojea tu catalogo, y mira a quantas hojas está alguna desocupada de riesgos, humilde de rostro, novicia de semblante, y sobre visoña de pedir, diestra de guardar decoro.

GERARDA.

Pensé que solo eras Indiano en el dar, y tambien lo eres en el pedir.

LAURENCIO.

¿Por qué piensas que los Indianos son tan recatados?

GERARDA.

Por lo que les cuesta.

LAURENCIO.

No por cierto, sino porque son discretos.

GERARDA.

Ahora bien, yo quiero contentarte.

LAURENCIO.

Havrás recorrido el manual de tus cuentas.

GERARDA.

En la casa del campo hay una fuente del Dios de las aguas, a cuyos lados están dos nichos, y dos Nymphas en ellos de marmol blanco, vamos allá esta tarde, y escojerás la que te agradáre.

LAURENCIO.

Sino te huviera dado los quatro reales, no te los diera.

GERARDA.

Si esso te pesa, tomalos.

LAU-

LAURENCIO.

¿Higas a mí?

GERARDA.

¿Pues qué pensabas, escuderazo?

LAURENCIO.

¡O vieja desollada!

GERARDA.

Quando se acaben estos amores, sabrémos quien lo queda.

LAURENCIO.

Sí, pero estás en peligro.

GERARDA.

¿De qué, mis ojos?

LAURENCIO.

De obispar mi alma.

GERARDA.

Si esso fuera peligro, no lo pretendieran tantos.

LAURENCIO.

Hazte boba, Seneca de Segovia.

GERARDA.

Laurencio, poco a poco, que tambien hay de mi oficio entre vosotros.

LAURENCIO.

El que sirve no es tercero, sino criado.

GERARDA.

Yo conozco alguno que tiene recetas de remendar doncellas de la Vera, con otros embustes, destilaciones y hierbas.

LAURENCIO.

Havrásle tú enseñado.

GERARDA.

Hombre compuesto de lacayo y mayordomo,

respeta mis tocas, o sino....

LAURENCIO.

Gerarda, ya soy duro para chupado.

GERARDA.

Picaro, con torreznos me unto, que soy de las montañas de Burgos.

LAURENCIO.

Ahí es donde andan ellas.

GERARDA.

Y vos en las de Judea, mal nacido.

LAURENCIO.

Vieja centessima, mira que soy tataranieto de un Embajador de Persia.

GERARDA.

Pues poneos el turbante de vuestro avuelo.

LAURENCIO.

Con letras de oro tengo un privilegio rodado.

GERARDA.

Ya sé yo, que sino rodára, no le alcanzarades.

LAURENCIO.

Yo no soy de los que se ponen nombres, que no tienen.

GERARDA.

En siendo un hombre hijo de padre estrangero, se gradua de caballero y lo sustenta hasta que le descubre por quien es la infamia de las costumbres.

LAURENCIO.

De tal lengua tales palabras. Estoy...

GERARDA.

Quedo, que tengo un conocido Poeta de mal hacer, que en granizando consonantes, no teme

vi-

vivos, ni persona muertos.

LAURENCIO.

Y yo una conocida de tanta habilidad, que te dará lo empatado, aunque te digan doscientos a las espaldas.

GERARDA.

No llegues a mis dias.

LAURENCIO.

Aunque los eches en la calle, nadie llegará a ellos.

GERARDA.

Bien sé, por qué me aborreces.

LAURENCIO.

¿Por qué?

GERARDA.

Porque los criados como tú, son como los perros, que muerden a los pobres, porque piensan que les vienen a quitar lo que les toca a ellos. A fé que no te me atrevias tú, quando me havia menester Don Bela.

LAURENCIO.

Tambien quiero que sepas, que los terceros son como los ochos y nueves, que vienen atados y iguales en la baraja, y en queriendo jugar los arrojan en la calle.

GERARDA.

Ya lo sé yo, Laurencio, y que siempre son tantas las ingratitudes despues del recibir, como fueron las reverencias antes del alcanzar, y las sumissiones al pretender.

SCENA TERCERA.

CESAR, DON FERNANDO, JULIO.

CESAR.

TEmplando está su instrumento Don Fernando: desde aqui, porque no le deje, quiero escuchar lo que canta.

FERNANDO.

Malas primas.

JULIO.

No hay cuerda buena.

FERNANDO.

Mira lo que dices, que no es cuerda la que es mala.

JULIO.

¿De esto sacas alegorias?

FERNANDO.

Dorotea fue la causa.

JULIO.

¿Ya es mala Dorotea?

FERNANDO.

Tu lo sabes.

JULIO.

Hasta que no digas mal de Dorotea, no tengo de creer que la has olvidado.

FERNANDO.

Pues digo que es un angel.

JULIO.

Tampoco.

FER-

FERNANDO.

¿Pues cómo ha de ser?

JULIO.

No decir bien ni mal de Dorotea, que el que ha olvidado lo que amaba, no dice mal ni bien de lo que olvida; bien, porque ya no ama, y mal, porque no se venga.

FERNANDO.

¿Pues vengarse es amor?

JULIO.

No, sino desesperacion amorosa, y acuerdate de lo que de Medea escribe Ovidio, que haviendose casado Jason con otra, se la mató con dos hijos, y puso fuego a sus casas.

FERNANDO.

Si tuvieras, Aldeana
la condicion como el talle,
fueras Reyna de tu aldea,
tuvieras vasallos grandes.
Opuesta al sol de tus ojos
la luna de tu donaire,
la tierra de tu aspereza
forma eclipses, sombras hace.
¿Eres tú la bien prendida,
aunque es mejor que te llamen
la que quanto mira prende,
y tienes zelos del ayre?
Sino puede tu belleza
de ti misma assegurarte,
¿qué hará mi amor, Amarylis,
que para tus zelos baste?

El

El dia, Aldeana bella,
que bajas del monte al valle,
que envidias no te asseguran
tu hermosura y mis verdades,
Las zagalas que te miran,
apenas dicen que saben
a donde pones los pies,
tan breves estampas hacen.
Todas envidian tu brio,
y en tus galas, siempre iguales,
aprenden cuidados todas
de los descuidos que trahes;
Pareces la primavera,
que las flores y las aves,
todas dispiertan a verte,
y al sol de tus ojos salen.
Mal hayan los arroyuelos,
si quando por ellos passes,
no murmuraren alegres,
que tengas zelos de nadie.
Siendo ansi, ¿por qué te ofendes
en presumir que me agrade
quien tiene envidia de tí,
y se precia de mirarte?
No gastes mal tantas perlas,
no llores mas, no me mates,
que pienso que tus estrellas
se estan dividiendo en partes.
Baste el enojo, Amarylis,
sal por tu vida a escucharme,
que las niñas de tus ojos
quiero cantar, porque callen.

No lloreis ojuelos,
porque no es razon,
que llore de zelos
quien mata de amor.
Quien puede matar
no intente morir,
si hace con reír
mas que con llorar.
Si quereis vengar
los que muerto haveis,
¿por qué no teneis
de mí còmpassion?
No lloreis, &c.

CESAR.

No dejeis el instrumento, Fernando, por mi vida.

FERNANDO.

Ya las havian dado licencia los versos a las cuerdas para que descansassen.

CESAR.

Está tan bien cantado, como escrito.

FERNANDO.

No son jueces los gustos en las habilidades de los amigos.

CESAR.

Haced cuenta que no lo soy para las vuestras.

FERNANDO.

Arte divino es la musica.

CESAR.

Danle por inventor a Mercurio, y otros a Arístogeno, pero lo cierto es, que lo fue amor, por-

porque la harmonía es concento, el concento es concordia del son grave y del agudo, y la concórdia fue instruída de amor, porque con aquella recíproca benevolencia se sigue el efecto de la musica, que es el deleyte. Esta union amorosa llamó Marsilio Ficino ministra suya: assi la bella Lamia enloqueció de amor al gran Demetrio.

FERNANDO.

¿Qué os haveis hecho estos dias?

CESAR.

He estado ausente, y cuidadoso de vuestros sucessos: ¿cómo os va de las fortunas de Dorotea? que en este tiempo, que he faltado de la Corte, deben de haver sido para los dos notables, sino me han engañado las estrellas.

FERNANDO.

Luego remitis vuestras conjeturas a los planetas: nunca me ha persuadido esta ciencia a su credito.

CESAR.

Por lo menos es mas facil saberlo de vuestra boca.

FERNANDO.

Ya no hay amor de Dorotea.

CESAR.

Antes me persuadiré, que no hay movimiento en aquellos dos luminosos presidentes del dia y de la noche, porque vos y Dorotea teneis la luna en la duodecima parte de los Peces, en dignidad de Venus; como por lo contrario, si sucediesse Venus al tardo y frigido Saturno,

y le tuviessen dos en un mismo grado.

FERNANDO.

Pues debe de haver sucedido, y vos no lo haveis mirado bien. Para la inteligencia de lo qual os suplico no os tengais por deservido de estarme atento: por ventura dareis por bien empleado el silencio, por vuestra curiosidad y estudio en todas materias, vereis los admirables efectos de las condiciones de nuestra naturaleza; y por qué caminos tan estraños tiene imperio sobre nuestra mayor firmeza la inconstancia.

CESAR.

No solo tendré gusto de estár atento; pero os rendiré por el favor infinitas gracias.

FERNANDO.

Advierte, Julio, que para todos los amigos estoy fuera de casa, excepto Ludovico.

JULIO.

Mejor es que tu salgas a la ventana, y se lo digas, como el otro Philosopho; pero llamen, y vuelvanse, que responder, y no estár yo contigo, dará sospecha de que te has negado.

FERNANDO.

Ya supistes, señor Cesar, antes de vuestra partida a la montaña, lo que os referí a vos y a Ludovico, que me havia sucedido en el prado una mañana del Abril passado con Dorotea.

JULIO.

Con esse tiempo vuelves a errar las leyes de la Tragedia.

FERNANDO.

Perdoneme la fabula, pues por su gusto en es-

ta ocasion se casó con la historia.

CESAR.

Bien me acuerdo del regozijo, con que veniades de tan alegre triumpho, como si en el carro de amor fuerades vos el Consul, y los desdenes fingidos de Dorotea los despojos de la victoria.

FERNANDO.

¡O Amor! si en alguna ocasion has parecido niño, como te pintan, esta se aventaja a todas con excesso jamás oído. Apenas, Cesar, conocí que Dorotea me tenia el mismo amor, que antes que me partiesse a Sevilla, quando comenzó mi espiritu a sossegarse, mi corazon a suspenderse, y todas las acciones de hombre cuerdo y prudente volvieron a la patria del entendimiento, de donde las havia desterrado la inquietud de imaginarme aborrecido; porque estaban de la manera que suelen los hierros de un relox deshecho, que volviendo a poner cada uno en su lugar, obra concertadamente su harmonia.

CESAR.

Estraña condicion de amor, que quiera mal tratado, y con la seguridad olvide.

FERNANDO.

Al passo finalmente que Dorotea me iba descubriendo su pecho, iba yo sossegando el mio, y como se abrasaba en mis brazos de aquellos antiguos deseos, yo me helaba en los suyos.

CESAR.

De dos maneras dice Marsilio Ficino sobre Pla-

Platon, que se cura amor, una por naturaleza, y otra por diligencia; la que es por naturaleza, se hace por ciertos intervalos de tiempo, lo que conviene tambien a todas las enfermedades; la que por diligencia, consiste en la diversion del entendimiento o en otras ocupaciones, ó en otros sujetos. La inquietud de los amantes tanto persevera, quanto dura aquella infeccion de la sangre, que como por fascinacion metida en las entrañas permanece, oprimiendo el corazon con aquel grave cuidado, porque dél passa a las venas, de las venas a los miembros, y hasta que del todo se templa, es impossible que cesse la inquietud, en que viven: todo esto quiere espacio de tiempo; y en los hombres melancolicos mayor que en los joviales y alegres, y mas si tienen a Saturno con Márte retrogrado, o al sol opuesto.

FERNANDO.

Qué presto os vais a la procession.

CESAR.

Quien tuviere en su nacimiento a Venus en la casa de Saturno, o miráre la luna vehementissimamente, tarde sanará de la enfermedad de amor.

JULIO.

Holgárame de saber cómo se hace essa sangria, aunque no estoy enamorado de Celia.

CESAR.

Lee todo aquel capitulo, Julio, que es de lo mas curioso que ví en mi vida, y verás entre aquellos consejos cómo se han de pensar los de-

defectos de lo que se ama, cómo se ha de guardar de que se acerquen mucho las luces de los ojos, cómo se ha de aplicar el animo a muchos y graves negocios, cómo se ha de procurar disminuir la sangre, cómo se ha de usar del vino, para que se crie nueva y nuevos espiritus, cómo se ha de hacer exercicio hasta llegar á sudar, para abrir los poros; y sobre todo lo que los Medicos aconsejan para presidio del corazon y alimento del celebro, que todo lo dixo Lucrecio en quatro versos.

FERNANDO.

Yo no quise esperar a la naturaleza por desconfianza de la costumbre, y assi me puse en manos de la diligencia.

CESAR.

¿De qué suerte?

FERNANDO.

Un dia, Cesar, estaba mi honra considerando la bajeza de mi pensamiento en hablar y querer a Dorotea, como los hombres viles, que por aprovecharse del interés de las mugeres sufren la possession de los otros, ocupando aquel tiempo que las dejan, y guardandose de que no los conozcan; y fue tanto el corrimiento, que me pareció que todos me miraban, y que todos me tenian en poco, como acontece al que ha hecho algun delito secretamente, que siempre imagina que hablan dél, aunque sea diferente la materia, y afrentado de mi mismo, que el que es hombre de bien, no ha menester que le digan lo que hace mal, para que le salgan colores, quan-

quando esté mas solo, determiné dos cosas, tomar venganza de la libertad de Dorotea, y curarme en salud, para que no me hallasse el mal desapercibido; todo lo qual executé facilmente.

CESAR.

¿Facilmente cosa tan dificil?

FERNANDO.

Criamonos juntos Marfisa y yo, como otras veces haveis oído; y aunque es verdad que fue el primer sujeto de mi amor en la primavera de mis años, su malogrado casamiento, y la hermosura de Dorotea, me olvidaron a un tiempo de sus meritos, como si jamás la huvieran visto mis ojos.

CESAR.

¡Qué inconstancia!

FERNANDO.

Sea verdad, que volviendo a nuestra casa, por la intempestiva muerte de su marido volvió a mirarme; pero sin efecto alguno de los que presumia el amor passado, porque un sujeto es impossible que tenga mas de una forma, y no puede obrar accion alguna faltando la potencia.

CESAR.

Todo lo creo de la bizarria y gracia de Dorotea.

FERNANDO.

Entretenia yo a Marfisa, pero vanamente, porque luego conoció mi engaño, si bien lo toleraba cuerda, por no darme a entender, que la de-

desestimaba; de suerte que entre los dos vivia el amistad por cuenta de la llaneza, y de la crianza.

CESAR.

Qué prudente muger, o no estaba zelosa.

FERNANDO.

Yo, Cesar, despues de lo referido, como el arte se hace de muchas experiencias, y la tenia tan grande por cinco cursos en la universidad de amor, peregrino estudiante hice resolucion de amar a Marfisa, sin dejar a Dorotea, hasta que con el trato y el favor de mi buen deseo convalesciesse de todo punto.

CESAR.

¡ Estraña industria ! para mitigar el amor repartiendo el gusto.

FERNANDO.

Conocia Dorotea menos vivos mis afectos, y con serena templanza aquellas ansias de verla por instantes.

CESAR.

Nacidas por ventura de aquella larga fabula, que en su combate de amor Platon escribe, pues divididos los que primero fueron unos, ahora buscan sus mitades.

FERNANDO.

Como Dorotea no penetraba la causa, dormian los zelos engañados del agravio, que resultaba en honor de la amistad injusta de Don Bela, y no se engañaba en parte, pues era la ocasion, por que yo intentaba aborrecerla, con las prevenciones de los remedios, fundados en la as-

sis-

sistencia a la hermosura y entendimiento de Marfisa, que aunque no era con las gracias de Dorotea, tenia mas de señora y de recatada. Bien quisiera Dorotea quererme solo, pero ya no podia ser, ni el interés la dejaba.

JULIO.

Y mas con los dos alanos de Gerarda y Phelipa, que las mugeres mas yerran por los consejos de las amigas, que por sus proprias flaquezas.

FERNANDO.

De Theodora su madre no quiero quejarme; pues solo fue culpada en la permission, pero las otras en la solicitud.

JULIO.

Es Gerarda, sino lo sabeis, la quinta essencia de la astucia, el termino de la invencion, y la mayor maestra del concierto que ha tenido el impossible gusto de la vejez, despues de la lasciva mocedad. Phelipa es su hija, pollo de esta lechuza, cuyos actos y quodlibetos la prometen el mismo grado.

FERNANDO.

A espalda de esta gente, que refiere Julio, me via Dorotea, fiandose de Celia, moza de buena intencion, y que tomaba con suavidad humana, y no con grifo desalumbramiento.

JULIO.

Harto comedida era de lo que no le daban.

FERNANDO.

Pareciole a Dorotea ayudar a mis galas por modo de sufragio, y alcanzé bajamente una cade-

na,

na, y algunos escudos naturales de Mexico, como si ya fueramos a la parte del desollamiento Indiano, o por lo menos horros.

JULIO.

Medio tomó que ha vencido maridos, quanto mas galanes, no diré yo jueces, que mentiria.

FERNANDO.

Como el vernos tenia intercadencias, era forzoso escribirnos, y porque fuesse sin advertimiento de Don Bela, a quien yo havia herido una noche que tuvo zelos de mi voz, como yo de sus manos, y se quiso acreditar de la espada con Dorotea, tan enemiga de ella, que solia cantar al harpa:

Dadivoso le quiero yo,
que valiente no.

Para lo qual, que en fin era necessario para conservar nuestra amistad, y escusar los efectos de la venganza de su herida, yo llegaba a su puerta en habito de pobre á las diez horas, todas las noches salia Celia (la criada que os he referido) a darme limosna, y en el pan ó el dinero trahia el papel, que me daba, y le llevaba el que yo trahia: era esto con beneplacito de Theodora, tanto que me llamaban el pobre de casa, y tenian razon, que Don Bela era rico, que assi estaba repartido aquel encantamiento.

CESAR.

¡O si huvierades empleado esse cuidado en aquel

aquel amor de la divina belleza que en nuestra mente assiste, por cuya gracia seguimos los oficios de la piedad, y los estudios de la Philosophia y justicia!

FERNANDO.

¡Qué metido estais en el amor Socratico! ya de los Platonicos me cupo el infimo; pero si quanto vive ama, y lo que mas parece que repugna, es por amor naturalmente, y no por odio, ¿qué os admirais desta fuerza, que el mismo Philosópho llamó demonio? Amor es nudo perpetuo y copula del mundo, inmoble sustento de sus partes y firme fundamento de su machina. El fuego no huye del agua por odio que la tiene, antes por amor proprio, rehusando que no le mate con su frialdad, ni ella le apaga, porque le aborrece, sino por acrescentarse a sí solicíta convertirle en su materia misma.

JULIO.

Dejad por Dios paradoxas y impertinencias, que ya sabe Don Fernando, que el tacto no es parte del amor, ni afecto del amante, sino un deseo de la hermosura, y una servil perturbacion del hombre.

CESAR.

Prosigue el sucesso, y perdona el haverte divertido.

FERNANDO.

Hacer yo el disfraz del pobre, y no Julio, debe de ser ya objecion que tacitamente me pone vuestro entendimiento; pero respondo que muchas veces podia hablarla, echandome en el

suelo debajo de la reja de su ventana, que confinaba con la tierra lo que podia ocupar tendido en ella un hombre; y assi lo estaba yo fingiendome dormido. Salia Dorotea, y ocupando en pie toda la reja, me hablaba, levantando yo el rostro al resplandor de su hermosura.

JULIO.

Assi pintan al enemigo comun a los pies del Angel.

FERNANDO.

En este sitio me hallaba Don Bela algunas noches, y sin hacer caso de mi, llamaba seguro, y entraba confiado; mirad a lo que me havia trahido mi fortuna, que en una casa, donde havia sido señor absoluto cinco años, apenas me concedian lugar para reclinar el cuerpo las piedras de la calle, donde me servia de dosel la reja.

CESAR.

Qué victoria de Dorotea, teneros a los pies mas humilde, mas pobre y mas afligido que el Tamorlan a Bayaceto.

JULIO.

Y la jaula sería la reja, pues tenia Dorotea los pies sobre ella.

FERNANDO.

Era esto con tanto peligro de la vida y de otros sucessos, que passando por alli la justicia una de aquellas noches, me hicieron levantar y llevaron a la carcel, por mas que Dorotea afirmaba que era un pobre, que en aquella casa favorecian, acreditando lo mismo Theodora y Ce-

lia

lia, Phelipa y las esclavas, que salieron a las voces: mas el cruel ministro, que pocos dejan de serlo, porque desde que las telas de las arañas cogen las moscas viles, dejandose romper de los animales mayores, algunos de los que digo, que no todos exercitan el imperio en miserables, y se humillan y rinden a los poderosos; y assi no huvo remedio de darles credito, porque no les dieron oro: a titulo en efecto de ladron me llevaron hasta la calle de Toledo, porque quitandome un sombrero viejo y un paño, con que parecia pobre, descubrí el cabello, de que era rico, por mas que lo negaba el habito; mas como se divirtiessen en una alojeria, y los criados quedassen a la puerta, al tiempo que ellos quisieron beber, encomendé a mis pies el peligro, y al beneficio de mi aliento la reputacion.

Cesar.

Fuerte sucesso para un hombre conocido, y que deseaba guardarse de Don Bela.

Fernando.

Aliento y pies lo hicieron tan valerosamente, que como el perro de Ganymedes, se quedaron los esbirros mirando el aguila; pero volviendo desta digression a la historia, que ninguna deja de tener sus episodios, ni se ofende la buena Rhetorica, como no sean largos: sabed, Cesar, que Marfisa tuvo gusto de hacerme una camisa, que fue como aquella de la hermosa Deyanira, con la sangre del Centauro, aunque faltó en mi sucesso la imitacion de Alcides.

CESAR.

¿Pues a qué proposito?

FERNANDO.

Para que saliesse galan de randas amarillas, o amaçigadas, uso nuevo, como haveis visto en esto, me previno con un papel que decia assi:

Sino temes que te pida cuenta la señora Dorotea de la novedad de una camisa que te estoy acabando, dame licencia, Fernando, que te la envie; que bien merezco que me des este gusto, por la sangre que me han sacado las agujas, divertida en qué te la has de poner; pero si ha de ser para descomponer vuestra paz, dejaréla comenzada, que no quiero ser causa de que riña contigo, envidiosa de las diligencias que has de hacer para desenojarla.

Replicaba yo a estos zelos y a esta novedad de trage por modestia, que aunque me visto bien, no querria que fuesse con nota, puesto que todo tiene disculpa en los pocos años, mas no para la envidia, que tambien muerde un vestido, como un entendimiento: a cuya desdicha estan infelizmente sujetos los hombres, que tienen alguna gracia, si los acompaña buena persona, porque no puede sufrir este enemigo de sí mismo, que los que tienen ingenio, tengan buen talle, ni los que tienen buen talle, tengan ingenio.

CESAR.

Esso es certissimo, y que los querrián desproporcionados y mal hechos, como si la naturaleza de las almas obrasse con perfeccion, por ins-

instrumentos imperfectos.

JULIO.

Harán argumento de que la harmonía, como dice el Philosopho, se compone de contrarios.

FERNANDO.

El mismo afirma, que conocer la naturaleza del alma, la substancia y los accidentes, es muy dificil, y assi no sabremos con certidumbre la condicion de sus operaciones.

CESAR.

Si donde llama perfeccion del alma a la Philosophia, nos dixera cómo havia de ser el cuerpo, supieramos en quales obraba con mas virtud, porque la unida es mas fuerte.

FERNANDO.

No se habla de la cantidad, sino de la proporcion.

CESAR.

Proseguid vuestro sucesso.

FERNANDO.

En la porfia de no tomar el presente, venció Marfisa, y acabada la camisa por sus manos, cuya labor competia con la hermosura, enviómela con una esclava y con un papel, que haviendole leído y respondido, puse en la faltriquera con descuido. ¡O quánto cuidado quíeren papeles!

CESAR.

En ellos suele consistir la perdicion de los hombres.

JULIO.

Por esso dice el adagio Castellano: *Medicos era-*

rados, *papeles mal guardados*, *y mugeres atrevidas quitan las vidas*.

Fernando.

Llegó la noche de aquel dia, y escribiendo a Dorotea, puse el papel en el mismo lugar que estaba el de Marfisa, y al darle a Celia se trocaron de suerte, que le dí el de Marfisa, y me volví con el de Dorotea.

Cesar.

Perdonadme, que fue estraña ignorancia llevarlos juntos.

Fernando.

Nunca yo me he puesto en el numero de los que saben.

Julio.

Esso es decir que sabes, porque si no supieras, creyeras que sabias.

Cesar.

Los dias passados ví un libro en el estudio de un amigo, que se llamaba, *Verdades averiguadas*; abríle, y decia la segunda hoja:

Catalogo de los que no saben.
Muchos.
Memorias de los que saben.
Poços.

Y a esta traza laconica diversas verdades.

Fernando.

Aunque confiesso el yerro, agradezco a mi fortuna el haver errado, porque como el corazon es lo primero que vive, y lo ultimo que muere,

re, assi en el amor lo primero es el deseo, y lo ultimo la venganza.

CESAR.

Pensé que queriades decir con el discreto Boscan:

Justa fue mi perdicion,
de mis males soy contento.

FERNANDO.

Ahora vereis, Cesar, si fue acertar por yerro. No bien me acostaba, para esperar la mañana, en que Dorotea, por el que me dieron suyo, quando dí a Çelia el papel de Marfisa, prometia verme, quando los golpes de la ventana y Julio me advirtieron de que estaban alli Phelipa y Celia. Pensé que se me havia passado la noche en esta imaginacion, y que venia Dorotea al concierto; lo que fue tan al contrario, que entrando las dos que digo, me enseñaron el papel de Marfisa, y me dixeron, que no havia sido en mí descuido, sino desprecio, añadiendo todas las injurias que las enseñó la ira, y las permitió mi modestia.

JULIO.

¡O si nos huviera hecho la naturaleza como a las cigarras, que no cantan jamás las hembras!

FERNANDO.

¿Quién lo dice?

JULIO.

Aristoteles por lo menos.

CESAR.

¿Y qué haviamos de hacer los hombres, si solos

los nosotros habláramos, y siempre calláran ellas?

JULIO.

Entenderlas por señas.

CESAR.

Peor fuera esso, porque enojadas nos sacáran los ojos.

FERNANDO.

Yo disculpaba, Cesar, el descuido, pero no el delito; mas no pudiendo satisfacerlas, me hallé consolado, y dí gracias a mi fortuna, que por tan estraño camino me havia dado venganza de Dorotea.

CESAR.

¿Pues qué teniades por venganza?

JULIO.

Parece esta pregunta al problema de Aristoteles, que por qué los hombres no nacian con cola, y responde, que porque son animales que se assientan.

CESAR.

¿Quién dirá, que es respuesta de Aristoteles?

FERNANDO.

Fueron y vinieron papeles de una parte a otra, y llegó a extremo lo abrasado de Dorotea, que se contentaba para las paces con que le diesse la camisa, o la rasgasse a sus ojos. Esta satisfaccion me pareció indigna de mi obligacion a muger tan principal como Marfisa, y no haviendo remedio de otra suerte para confirmar las paces, de que a mí ya se me daba menos. ¡O tiempo! o amor vengado! o mudanzas de for-

tu-

tuna! o condicion humana! donde viene tan bien lo que dixo en aquel Soneto el ilustre Portugues Luis de Camoes:

Mudanse os tempos, mudanse as vontades,
mudase o ser, mudase a confianza:
todo mundo he composto da mudanza,
tomando sempre novas qualidades.

Puseme en fin la camisa en el mas festivo dia, que tiene el año. No podia determinar Dorotea desde una ventana, donde estaba la color de las randas, y con subita passion de la gente, que iba mirando las telas y imagenes, de que estaba adornada: llegó a donde yo iba con otros amigos siguiendo a Marfisa, y olvidando a Dorotea; referiros el coloquio, era cansaros. Habló con zelos, respondí sin amor; fuése corrida, y quedé vengado, y mas quando ví las lagrimillas, ya no perlas, que pedian favor a las pestañas, para que no las dejassen caer al rostro, ya no jazmines, ya no claveles.

CESAR.

No lo creyera menos que de vuestra boca. ¿Y continuais el amor de Marfisa?

FERNANDO.

Con el mayor que puedo, le agradezco haver sido el templo de mi remedio, la imagen de mi salud, y el ultimo asylo de mis desgracias.

CESAR.

¿Es posible que no hay en vos reliquias del amor de Dorotea?

FERNANDO.

Ni apenas las señales que suelen quedar de las heridas.

CESAR.

Guardaos no os engañe el gusto de la venganza, y la mal curada herida reverdezca, que si volveis, no ha de haver estrago que no haga en vos, sereis su Troya, sereis Numancia, sereis Sagunto: no ha de quedar en el edificio de vuestra vida piedra sobre piedra.

FERNANDO.

Yo me guardaré de esso, ni creo que ella fuera tan cruel, quando yo pudiera llegar a estado tan humilde.

CESAR.

Sola una cosa dixo Euripides, que creía de las mugeres.

FERNANDO.

¿Y qual era, Cesar?

CESAR.

Que una vez muertas no podian volver a resuscitar.

FERNANDO.

No dejará Dorotea sus Indias, ni yo la puedo servir con ellas, que ya sabeis que el derecho las llama genero avarissimo.

CESAR.

No le pongais faltas, que pensaré que la quereis.

FERNANDO.

Teneis razon, y mas por el dicho vulgar que las iras de los amantes son redintegracion del amor; pe-

pero yo os asseguro de este peligro.

CESAR.

¿No ha hecho Dorotea mas diligencia?

FERNANDO.

El cerco de Pompilio.

CESAR.

¿Qué respondiste?

FERNANDO.

Un papel con mas tinieblas que los versos de Lycophronte, para que le leyesse, y no le entendiesse, como la Poesia destos tiempos, que los que la escriben, son los que menos la entienden; pero hacedme una merced, assi tengais mas dicha con Felisarda, que yo he tenido con Dorotea.

CESAR.

Yo soy amigo vuestro hasta las aras: ¿en qué os sirvo?

FERNANDO.

Alzad una figura para que veamos qué fin prometen estos sucessos.

CESAR.

Interrogaciones no se pueden hacer, y es muy justo prohibirlas; pero yo tengo hecha una figura de vuestro nacimiento, y solo me faltaba juzgarla. A mi posada voy, y sino viniere a la tarde a veros, vendré mañana, porque tengo que llevar un Epigrama, que he escrito a los felicissimos casamientos de la Excelentissima señora Doña Victoria Colona, y el Conde de Melar hijo del gran Almirante de Castilla Don Luis Enriquez de Cabrera, que entró ayer

en esta Corte, donde fue recibida con tanto aplauso, que no se ha visto en Madrid mas alegre dia, ni mas lucido de galas. Era el prado un jardin de caballeros y damas, donde fue notable la bizarria del Duque de Pastrana, Principe de Asculi, y Conde de Castañeda, y entre las señoras la Marquesa de Auñon; Doña Antonia de Bolaños, y Doña Isabel Manrique.

FERNANDO.

Haveis nombrado las tres Gracias, hijas de Jupiter y compañeras de Venus; y si se huviera de añadir la quarta, como lo hicieron Homero y Estacio, poned a Marfisa en lugar de Pasithea. Essas son las tres Diosas de la competencia de Paris.

CESAR.

A Marfisa daremos tambien el premio, que ya no me parece que gustaréis de que le tenga Dorotea.

FERNANDO.

Yo os asseguro, que no faltó esse dia del prado, que fuera de la primera gerarquia de las damas, no cederia ventaja a Lucrecia Romana, ni a la Troyana Helena.

CESAR.

Alli anduvo, a lo que yo sospecho, deseosa de daros zelos con nuevas galas.

FERNANDO.

Ya es tarde, Cesar; pero volviendo a la señora Doña Victoria, ¿por dónde os ha tocado celebrarla?

CE-

CESAR.

Dexando a parte su generosa grandeza, que como sol hermoso reverbera en el espejo de toda Italia el Ilustrissimo Cardenal Ascanio Colona su hermano; y estudiando en Alcalá favorecia los ingenios, y estimaba mi ignorancia.

FERNANDO.

Campo dilatado se os ofrecia, si huvierades de tratar de las grandezas de su Excelentissimo padre Marco Antonio Colona, y de la señora Doña Juana de Aragon su madre, cuyo valor tanto se ha mostrado en los enojos del Pontifice, de donde resultaron por su defensa los de nuestro Rey Catholico, y ver Roma en sus muros las vanderas del Duque de Alva, pacificas en el sagrado respeto, y victoriosas sin execucion en la fuerza del agravio. Decid el Epigrama.

CESAR.

La siempre excelsa, grave y gran coluna,
sobre cuya cerviz tan firme estuvo
la gloria de los Cesares, que tuvo
en siete montes su primera cuna:
Como la envidia opuesta á la fortuna,
que su rueda magnanima detuvo,
quando del sol la linea de oro anduvo,
hizo de todas sus victorias una;
Esta, que fue de la ciudad sagrada
gloria y honor para mayor memoria,
a la casa de Enriquez se traslada:
Que sustentando en sucessiva gloria
los arcos de su maquina dorada,
será coluna de inmortal victoria.

Y voyme, porque no me digais lo que os parece.

Julio.

Ya que se fue Cesar, ¿para qué quieres andar en pronosticos? que si bien esta ciencia fue tan estimada de los antiguos, otros muchos la despreciaron por temeraria, como lo es todo lo que trata de futuros contingentes.

Fernando.

La fé que el vulgo ignorante pone en ella, como si fuesse hablando con el adagio de los Tripodas, piensan que no puede faltar: lo que por la mayor parte sucede tan al contrario de lo que los hombres piensan; y assi lo verás en Cornelio Tacito, que llama a los adivinos engañadores y infieles, de quien son inumerables los exemplos, como indignos de credito sus sentidos equivocos; si bien Seneca hablando de los años de Claudio, no los desprecia, como prolixamente Favorino en Gelio: o cosas adversas, o prosperas, dicen los Astrologos; si prosperas, y salen falsas, ¿qué mayor desdicha, que estarlas esperando? si adversas, y mienten, ¿qué mayor miseria que estarlas mirando? porque si son ambiguas y dudosas, valiendose desta invencion para interpretarlas despues de los sucessos, es como no haverlas dicho.

Julio.

Quanto me vas diciendo, y otras infinitas autoridades he visto en Levinio Lemno, libro *de verdadera y falsa Astrologia*; y siendo assi que conoces que es fabula ¿por qué la preguntas?

Fer-

FERNANDO.

Por ir con el infinito numero de los que desean saber. ¡O vicio, o virtud de nuestra naturaleza!

JULIO.

Por las ciencias lo dixo el Philosopho, que no por las fabulas.

FERNANDO.

Si te digo que no lo creo, ¿qué me quieres?

JULIO.

Que no quieras lo que no crees, que en razon de lo que tú mismo propones, me holgaré que leas lo que siente Ciceron en el libro once de *Divinacion* acerca de la obscuridad, con que estos hombres predicen los futuros contingentes, para acomodarlos despues con artificio a lo que dixeron con ignorancia, y por esso tambien diria de la Sybila Virgilio, que dejó sus versos escondidos en una cueva.

FERNANDO.

Qué tienen que ver, Julio, con los Astrologos, los que Ambrosio llama Fanaticos, o Pythones, de quien Amiano Marcelino dixo, que el sol, alma del mundo, difundia en las *suyas* aquellas centellas vehementes, con que pronosticaba: yo solo creo la verdad divina, a quien siempre fueron desagradables.

JULIO.

Esso es prudencia, y lo demás engaño, que ya no es el tiempo de la Sybila, que respondia en Delphos, como Diodoro escribe, de quien el Poeta Homero hurtó para sus libros tantos versos.

SCENA QUARTA.

GERARDA, DOROTEA.

GERARDA.

¿TIenes juicio, Dorotea? qué es esto? tú llorando todo el dia? tú inquieta toda la noche? qué novedad te obliga? qué sucesso tan triste marchita poderoso la flor de tu juventud, y la alegría de tu conversacion, que lo era de tu casa y de tus amigas? tú descompuesta? tú los cabellos desordenados? tú por lavar la cara?

DOROTEA.

Dejame, tia, que no hay agua de rostro como las lagrimas.

GERARDA.

Por los pecados, hija, pero no por los sucessos humanos.

DOROTEA.

Essos son los pecados.

GERARDA.

Es verdad, pero bien sé yo, que no lloras por penitencia, sino por no haverle hecho.

DOROTEA.

¿Y esso no es arrepentimiento?

GERARDA.

Bien sé yo de qué le tienes.

DOROTEA.

¿De qué, Gerarda?

GERARDA.

De haver empleado mal tanta hermosura, tan ri-

rico entendimiento y tantas gracias; pero dalas a Dios de que te ha traido a tiempo que lo conoces.

DOROTEA.

No fueran ellas mal empleadas, si fueran tan bien agradecidas.

GERARDA.

Por cierto que se acabaron en él los hombres: sí, sí, nunca le quedó la mano a la naturaleza, hizole con modelo, costóle estudio, gentil Narcisso, miráraste tú con mis ojos: ¿qué tenia bueno?

DOROTEA.

¿Luego no es Don Fernando gentilhombre?

GERARDA.

No por cierto, niña, mirado a partes, sino que a vosotras la invencion os engaña, el embeleco y la elevacion, las lagrimillas *mugeriles*, *los suspiros* a medio puchero, como muchacho acabado de azotar, que ha perdido la habla.

DOROTEA.

Mientras un hombre no tiene bozo, no le están mal las lagrimas, que los hombres no lloran de compuestos, sino con dulce embuste.

GERARDA.

De qualquiera manera es de mugeres.

DOROTEA.

Las almas ni son mugeres ni hombres. ¿Y por qué lloró Jacob, quando vió a Rachel?

GERARDA.

Niña, niña, las mugeres no han de saber de historias; ni de lagrimas, sino de hacer vainillas.

DOROTEA.

Nunca he visto las que tú haces.

GERARDA.

¿En qué andas? qué sacas de esse escritorio? parece retrato; ¿mas qué sé de quien es? Muestra, muestra.

DOROTEA.

Luego le verás, Gerarda: vé ahora por tu vida, y consuela a mi madre, que está llorando de verme triste, y entretenla mientras escribo dos palabras.

GERARDA.

Voy a obedecerte, que a lo que yo imagino en entrambas, haveis menester consuelo.

DOROTEA.

Salid, salid, verdadero traslado del hombre mas traydor que tiene el mundo, salid, que quiero hacer justicia de vos, como el toro que se venga en la capa, quando se le huye el hombre. ¿Sois vos el que me engañaste con los tiernos años que aqui teneis, no presumiendo yo se mudára vuestro dueño, quando fueran mayores? ¿qué me mirais con aquella falsa risa que os puso Phelipe en essos ojos? qué decis? ¿qué no hablais? por qué no respondeis? que quien sabe mirar, bien puede responder. Con estos ojos mirais a Marfisa, y con esta boca me engañais a mí: ¡qué mucho que ella os quiera, y que padezca yo! Aqui dice: *Esclavo de Dorotea*, esclavo no, fugitivo sí. ¿Qué leo? qué miro? qué dilato la venganza justa de estos engaños, de estas trayciones, de estas crueldades, de estos dulces vene-

tenos de mis sentidos? A dónde estaba mi entendimiento, quando me fié de diez y siete años? para qué criaba yo un aspid en mi pecho? para que quando grande me sirviesse de lo mismo que a la Reyna de Egypto, por Antonio. Aquel bozo que nació en mis labios con el enamorado anhelito de mis suspiros, sirve a los de Marfisa de lisonja entre los requiebros de sus amores, y la burla de mis verdades? A este llevé yo los cabellos, que por su causa me quitó mi madre. ¡O madre, qué bien hacias! tú aquellos y yo estos, no quedarán en mi frente, porque te agradaron, porque decias, que nunca cosa ponia en paz tus deseos, como verlos revueltos; y llamandome tu Aurora, al salir la del cielo con amorosos requiebros, como los pajarillos a la puerta de sus nidos, me dabas a imitacion de sus voces los buenos dias. Triste de mi! ¿cómo pienso en esto? por ventura imagina que su retrato será la espada de Eneas para la Reyna Dido? quién fue tan necio en el mundo, que se entretuvo con la copa, en que le dieron veneno? ¿Este hablaba de esta suerte? ¿este con tales humildades ganó dichoso el imperio de una voluntad tan libre? ¡Hai infeliz de mí! que solo parezco hermosa en ser desdichada, como Marfisa parece que no lo es en ser dichosa. Mas ¿para qué llamo yo dichosa a quien tan presto mudará de fortuna la inconstante naturaleza de los hombres? porque si ahora esta victoria la provoca a risa, desde los acentos della la convidó a las mismas lagrimas.

¡O quién pudiera, como romper este retrato, hacer en el del alma el mismo castigo! Jesus, ¡qué fuerte se hace! ¿ Pues perro, tú te resistes? pero ¡no!, que mi flaqueza es la que no tiene fuerza para romperle, porque lo intento con las manos de amor, y amor es niño. Desta vez le rompo, quiero volver los ojos a otra parte. Rompíle; victoria, lo mismo haré con su exemplo del que tengo en el alma. Celia, Celia.

SCENA QUINTA.

CELIA, DOROTEA.

CELIA.

SEñora, señora.

DOROTEA.

Victoria, victoria, rompí el retrato de Don Fernando.

CELIA.

Mataste el Moro de Carlos Quinto, quando tenia entre los pies aquel hidalgo Sevillano.

DOROTEA.

¿ Luego te parece poco?

CELIA.

¿Romper un naipe es mucho? miren qué valiente Cespedes, que rompia juntas quatro barajas.

DOROTEA.

¿Luego no es mas un hombre?

CELIA.

Tirar puedes la barra con Don Geronimo de

Ayan-

Ayanga, o con el valiente Don Felix Arias?

DOROTEA.

¿Pues yo he pensado que Hercules no hizo mas desquijarando el leon Nemeeo a toda aquella tierra formidoloso, ni Sanson en romper las cuerdas, con que estaba atado, o en derribar a brazos de aquel famoso templo las Doricas colunas, que entre basas de porphydo y capiteles de bronce pensaban competir con la eternidad de los celestes polos?

CELIA.

De una puñada he leído yo que derribó Milon un toro.

DOROTEA.

Mas hice yo en romper este naipe: al leon de Lysimaco saqué la lengua, muerta me han de hallar el corazon de Aristomenes.

CELIA.

¿Dónde has leído tantas historias? Estas medras nos dejará Don Fernando.

DOROTEA.

¿Qué miras? qué tantéas?

CELIA.

Aun se pueden juntar estas mitades.

DOROTEA.

Para juntarlas mejor fuera no haverlas apartado:

CELIA.

¿Para qué rasgas essos papeles?

DOROTEA.

Bien dices, trahe una vela.

Celia.

Encenderé una bugia.

Dorotea.

¡O falsos papeles, o mentiras discretas, o engaños disfrazados, o palabras venenosas, aspides en flores, y cedulas falsas, donde no havia credito, estelionatos de amor, que obligabades la voluntad que no teniades! ¿por qué me engañastes? por qué me adormecistes? por qué fuistes los terceros de mi perdicion? Aqui me pagaréis lo que haveis mentido, lo que me haveis engañado, quedando hechos cenizas, para que no quede memoria de mi fuego, ni reliquia de vuestro engaño. Llega, Celia, la bugia.

Celia.

Ponlos presto: ¿para qué los miras?

Dorotea.

Oye este solo.

Tu papel me ha dado Celia, en que me culpas, y me disculpas: culpasme de no verte, y disculpasme con la aspereza de la noche. Yo fui, Dorotea, a verte, que para mi amoroso fuego no hay en los Alpes nieve: senteme en aquella piedra que otras veces, salió Celia a la ventana, y quando pensé que me abria, debia decirte que no me hallaba: tanta era la nieve que me cubria. Con todo esso esperé dudoso, mas por padecer por ti, que porque esperasse que volveria; y porque creas que esto es verdad, mira el quadro alto de tu ventana, en que hallarás tu nombre, que con un yeso, que quité de la pared con la daga, pude escribirle: nota-

ble-

ble fue el frio, mi amor y él compitieron; pero venció mi amor, y esperé tanto, que porque no me perdiesses, pensé morirme. Volví a casa, donde me riñó Julio, que estaba durmiendo al fuego, como si él truxera la nieve, y yo fuera el dormido. Para que volviesse en mí fueron muchos remedios necessarios, y sino fuera por no haverte visto, tuviera por mejor haverte obligado. Roldán estuvo conmigo toda la noche, pagadle la lealtad en algun regalo, aunque me costó su compañia ocuparme hasta parte de la capa. ¡O si me vieras, mejor que suelo pintarme en los versos, pastor cubierto de nieve con el ganado de mis pensamientos, y el perro al lado!

¿Esto passaba este hombre por mi?

CELIA.

No te eleves por Dios, que estoy de *prisa*.

DOROTEA.

¡O si tuvierades vida, para que sintierades el justo efecto de mi venganza! Llega, Celia, la bugia, tendrasla tú, y yo los iré quemando.

CELIA.

Aunque es papel de nieve, vaya al fuego.

DOROTEA.

Vaya, pero escucha.

CELIA.

Si te paras a leerlos, a la noche no havremos quemado la quinta parte.

DOROTEA.

No será mas deste principio.

Ce-

CELIA.

¿Cómo dice?

DOROTEA.

„Qué gallarda saliste hoy, divina Dorotea, a ma„tar hombres y mugeres, unos de amor, y otros „de envidia, y para que huviesse muerte para mí, „disteme zelos, y tales zelos, que me pesó de ver„te tan hermosa“.

Vaya al fuego.

CELIA.

Vaya. ¿Otro lees? quándo acabarémos?

DOROTEA.

Fiad en hombres.

CELIA.

Lo mismo dicen ellos, y los unos y los otros tienen razon. ¿Pero qué fin te prometias de amor, que no le tiene en el casamiento, donde la possession acaba con él, o con la vida?

DOROTEA.

Este parece Soneto.

CELIA.

Quemale por esso solo.

DOROTEA.

Mal estás con los Poetas.

CELIA.

Con los de infame lengua y pluma, no con los bien nacidos y doctos.

DOROTEA.

Quejosas, Dorotea, están las flores,
 que las colores las haveis hurtado,
 y la frigida nieve se ha quejado
 de que mayores son vuestros rigores.

Que-

Quejoso está el amor, que los amores
se han remitido a vuestro pecho helado,
y el sol, que en vuestros ojos abrasado
desprecia los laureles vencedores.
Quejosa está de vos naturaleza
por vuestra condicion aspera y dura,
que para humana os dió tanta belleza.
O menos perfeccion, ó mas blandura,
que a presumir de vos tanta dureza,
¿cómo os pudiera dar tanta hermosura?

CELIA.

Qué bien escrito, y qué claro; pero este Poeta no era bueno para muger.

DOROTEA.

¿Por qué?

CELIA.

Porque tenia mucha facilidad. ¿Pero cómo queriendole tanto, se quejaba de tu condicion?

DOROTEA.

Estaba enojado entonces.

CELIA.

Y enojado te alababa y encarecia; esse sí que es Poeta, y no unos satyricos ignorantes y fantasticos, que a los mismos que los alaban, deshonoran.

DOROTEA.

Los honrados, Celia, son espejos de los infames, y como en su cristal se ven tan feos, manchan con aliento sucio la claridad que los ofende; pero oye aqueste.

CELIA.

Despacio lo has tomado. ¡O amantes locos, aun

aun en la misma pena se deleytan!

DOROTEA.

„Plegue a Dios, mi bien, que se conozco essa „muger que dices.“

CELIA.

¿Zelitos?

DOROTEA.

No me quejaba yo desvalde, vaya al fuego.

CELIA.

Vaya.

DOROTEA.

Este solo, este solo.

CELIA.

Mas parece que te quemas tú, que los papeles.

DOROTEA.

„Amaneció el Alva, y no a mis ojos, y dixe-„le yo, ¿qué para qué salia?

CELIA.

No leas essas boberias por tu vida, que tambien hay amores rancios como perniles.

DOROTEA.

Vaya al fuego.

CELIA.

Vaya, pero mira que se acaba la bugia.

DOROTEA.

„Hoy dice Phelipe de Liaño, que irá a retra-„tar, y yo le digo, ¿qué dónde ha de hallar co-„lores? No hay para qué avisarte que estés her-„mosa, que a todas horas está esso negociado, „pesame que este pintor sea tan gentil hombre: „que os retrateis el uno al otro“

¡Hai

¡Hai Celia! esto me parecia bien entonces. ¡Qué estrañas necedades! vaya al fuego.

CELIA.

Vaya, pero está cierta, señora, que no hay cosa, que mas necia parezca, que un papel de amores fuera de la ocasion, o acabado el juego: mas assi Dios te guarde, que los quememos juntos, que tengo que almidonar tres o quatro abanicos de cadeneta, y me reñirá tu madre.

SCENA SEXTA.

GERARDA, DOROTEA.

GERARDA.

AGua, agua Jesus, ¿qué incendio es este?

DOROTEA.

Tú pides agua, tia, ¿qué novedad es esta?

GERARDA.

¿Papeles? juráralo yo, muchacha.

DOROTEA.

Ardese Troya.

GERARDA.

Fuego, fuego dan voces, fuego suena, y sola Paris dice: Abrase a Helena.

DOROTEA.

¿Es cancion nueva?

GERARDA.

Esto cantan ahora los musicos del Duque de Alva.

DOROTEA.

Arded mentiras, arded,
que yo no os puedo valer.

GERARDA.

Ya entiendo lo que castigas.

DOROTEA.

Aqui dió fin la historia.

GERARDA.

Contra peon hecho dama no para pieza en la tabla.

DOROTEA.

Pues que rompí el retrato, ¿qué mucho que quemasse los papeles?

GERARDA.

Coscorron de la hornera no tiene pena. ¿Quánto va que te arrepientes?

DOROTEA.

Estoy ya muy consolada.

GERARDA.

Colorada, mas no de suyo, que de la costanilla lo truxo.

DOROTEA.

Tia, contigo yo no he menester invenciones, que fuera muy ocioso desayre: confiesso que me muero; ¿pero qué tengo de hacer, si un traydor me ha engañado, y me hablaba y enamoraba con falsedad, hasta hallar ocasion para vengarse de mí por lo que sabes de Don Bela?

GERARDA.

Cojo, y no de espina, calvo, y no de tiña, ciego, y no de nube, no hay maldad que no encubre; ¿pero qué puedes echar menos, siendo tan pobre Don Fernando?

DOROTEA.

Su talle, su entendimiento, sus caricias, sus amores,

res, que de todos estos actos se hace al alma un habito tan estrecho, que es impossible quitarle sin romperle.

GERARDA.

Qué de bachillerias te ha enseñado; pero si te hallas, hija, en el estado que dices, intenta tu remedio y tu venganza.

DOROTEA.

¿Yo como puedo?

GERARDA.

¿Qué me darás, y le haré venir a tu casa como un cordero?

DOROTEA.

Gerarda, si es por mal camino, Dios me libre de que tal intente; fuera de que yo no sé qué muger de juicio se vale de hechicerias, que es afrenta grande, que lo que no pudieron los meritos, lo puedan las violencias.

GERARDA.

Hija Dorotea, hagase el milagro, y ecetera.

DOROTEA.

Arda esse ecetera en el infierno; y ya te digo, tia, si quieres entenderlo, que fuera de la ofensa de Dios, que esto es en primer lugar, no me quiero tener tan en poco, que afrente con essas bajezas mi cara, mi entendimiento, mis gracias y mis pocos años, y de los dos remedios mejor fuera rogalle, que forzalle; ni hallo cosa que se le pueda decir a una muger mas afrentosa, que llamarla hechicera.

GERARDA.

Mira que te oygo.

Do-

DOROTEA.

¿Pues tia, ereslo tú?

GERARDA.

Por curiosidad supe algo; pero ya ni por el pensamiento, y te puedo jurar con verdad, que ha mas de seis dias que no he tomado las habas en la mano.

DOROTEA.

No lo hagas, Gerarda, escarmienta a el castigo de alguna que tu conoces.

GERARDA.

Mira, niña, bien se puede atraher la voluntad con hierbas y piedras naturalmente.

DOROTEA.

¡Hai tia, qué grande engaño querer que la virtud de las cosas, que tienen cuerpo, se imprima en las potencias del alma! Con esso engañan las que os enseñan a las mugeres ignorantes para sus interesses y mentiras, y para tanta desventura de los hombres.

GERARDA.

Hai niña, niña, no harás casa con azulejos, andate a amor por amor y a pelo por pelo, y al cabo, al cabo morir fea, y nacer hermosa! *Mas vale rostro bermejo, que corazon negro*: no te manques en el establo, que *mejor es dejar a los enemigos, que pedir a los amigos*. Don Bela está zeloso, no sé que le han dicho, y él lo ha visto en tu tristeza; si él te deja, y Fernandillo se está con su Marfisa, *¿qué has de hacer mano sobre mano, como muger de escribano?* Quando yo era moza leí en Garcilasso aquello

lo

de: *En tanto que de rosa y azucena.* ¿Piensas que el tiempo duerme, quando nosotros? pues engañaste, niña, que tres cosas no durmieron eternamente.

DOROTEA.

¿Quales, Gerarda?

GERARDA.

Los dias, los censos y los agravios.

DOROTEA.

Calla, madre, que viene Laurencio con algun recado de Don Bela.

GERARDA.

Malo Medellin, bueno Medellin, héle aqui viene Lazaro Martin.

DOROTEA.

Traheráme algun papel de desafio.

SCENA SEPTIMA.

LAURENCIO, DOROTEA, GERARDA.

LAURENCIO.

¿QUé humo es este? qué gentil pastilla? esto en vuestra casa, señora Dorotea? donde dice mi amo que se trató el parayso, los olores de la India Oriental, donde nacen el clavo y la canela, y espira mas fino el ambar, que en los mares de la Florida?

GERARDA.

Hermano Laurencio, havemos quemado una poca de tela vieja para sacalle la plata.

LAU-

LAURENCIO.

Creo, Gerarda, que has leído la Alchymia del Trevissano; pero si te digo la verdad, yo pensé que chamuscabas algun vasallo del hijo pródigo, que para lo que bebes essa es tu Alchymia.

GERARDA.

Laurencio, Laurencio: *Mas vale dar buen torno, que dinero a Mase Pedro*; den gracias a Dios los hombres, que no nacieron con nuestros achaques.

LAURENCIO.

Tambien tenemos algunos.

GERARDA.

¿Los hombres, quales?

LAURENCIO.

Sufrir los vuestros, quando estais con ellos. ¿Hai cosa mas cruel que veros desmayadas, haciendo mas ruydo con la garganta que un pavo, quando se heriza, el ver la confusion de las criadas, la solicitud de las vecinas, las plumas de perdiz quemadas, y el andar buscando ruda, y mas si es a media noche?

GERARDA.

¿Y esso de qué nace, vellacos, insolentes y arrogantes, sino de las pesadumbres que nos dais, quando venis de la casa del juego, y de la otra, el sombrero hasta las narices, como celada Borgoñona, y luego sobre si está bien guisado, o mal guisado, echar la mesa en el suelo, tornar a tomar la capa, y volver a la querencia? Pero no averiguemos culpas: dinos aho-

ahora a lo que vienes, y si está tu amo todavia enojado? qué gran ofensa hablar Dorotica una palabra con un conocido? no sino dar ocasion a que le tengan por descortés, le digan una libertad, o le hagan una satyra.

LAURENCIO.

Mi amo no está enojado, sino que anda con pesadumbre.

DOROTEA.

¿Y de qué es la pesadumbre?

LAURENCIO.

Havia prometido a ciertos señores a Pie de hierro para el juego de cañas de mañana, y hale clavado el herrador, y como se ha disculpado, le han escrito un papel tan atrevido, que está perdiendo el sesso: este te traygo, y tengo que hablarte.

DOROTEA.

Muestra: que con dificultad serémos amigos.

GERARDA.

Paz de Gallego, tenla por aguero.

SCENA OCTAVA.

DON FERNANDO, CESAR, JULIO.

FERNANDO.

¿TAn infaustas cosas pronostica essa figura, que no quereis decirmelas?

CESAR.

Tan infaustas.

JULIO.

Bien sabe Don Fernando, que no he de creerlas.

FERNANDO.

Miradlo en aquel lugar de Jeremías: „No seais „como los Gentiles, ni aprendais sus caminos, ni „temais las señales del cielo, porque las leyes de „los pueblos son vanidades."

JULIO.

Lo mismo dice Isaías por los que se daban a la curiosa observacion de las estrellas. „Salvente los adivinos del cielo, que contemplan „las estrellas, para anunciar las cosas futuras, „porque ya, como si fueran aristas, los ha con„sumido el fuego"

CESAR.

Bien lo veo, Julio, bien conozco y sé que la misma verdad dixo, que no fuessemos solicitos en inquirir la observacion de las cosas futuras; y os asseguro, que siempre me desagradaron, y parecieron temerarias las predicciones de lo que Dios inescrutable tiene prescrito en su mente eterna. Esto estudié en mi tierna edad del doctissimo Portugues Juan Bautista de Labaña, y solo tal vez juzgo por curiosidad, y no de otra suerte, algun nacimiento; pero no respondo a las interrogaciones por ningun caso. El hombre no se hizo por las estrellas, ni el libre alvedrio les puede estar sujeto.

FERNANDO.

La Astrologia y tales ciencias, dixo Agustino, que eran mas para exercitar los ingenios, que

pa-

para iluminar las mentes de los hombres a la verdadera sabiduria.

JULIO.

Su detestacion hallareis en él mismo en el tomo primero; y en el octavo contra los vanos Astrologos una invectiva.

CESAR.

Pues con esse advertimiento diré por sola curiosidad lo que en este juicio me parece, dejando en su lugar todo lo que toca al divino respeto. Vos, Don Fernando, sereis notablemente perseguido de Dorotea, y de su madre en la carcel, donde os han de tener preso: el fin desta prision os promete destierro del Reyno; poco antes de lo qual servireis una doncella, que se ha de inclinar a vuestra fama y persona, con quien os casaréis con poco gusto de vuestros deudos y los suyos; esta acompañará vuestros destierros y cuidados con gran lealtad y animo para toda adversidad constante, morirá a siete años de este sucesso, y con excessivo sentimiento vuestro dareis vuelta a la Corte, viuda ya Dorotea, que os solicitará por marido, pero no saldrá con ello, porque podrá mas que su riqueza vuestra honra, y que sus amores y caricias vuestra venganza.

FERNANDO.

¡Estraños desatinos!

CESAR.

Vos teneis muy desdichada la parte de la fortuna en los amores; sabed que os esperan inmensos trabajos por su causa: guardaos de algu-

na que os ha de dar hechizos; sí bien saldreis de todo con oraciones a Dios en otro estado del que ahora teneis.

FERNANDO.

Quando esso llegasse a ser, siendo como es tan dudoso, me valdré desse remedio, porque es el verdadero, y vanos los de los hombres, en quien no se ha de tener confianza, porque segun la verdad, ni aun en los Principes se ha de hallar salud.

CESAR.

Uno os ha de estimar y favorecer mucho, cuyo amor conservareis hasta el fin de vuestra vida, que aqui parece larga.

FERNANDO.

¡Qué vida con trabajos fue breve!

JULIO.

El fin de la ciencia especulativa es la verdad, y de la practica la obra.

FERNANDO.

Assi lo enseña el Philosopho en su Metaphysica.

JULIO.

Cesar dice lo que contiene el juicio de esta figura, y D. Fernando pondrá en execucion con su alvedrio el remedio de tan cruel pronostico.

FERNANDO.

Dice una ley, que quando la verdad, y la ficcion concurren juntas, y aunque no lo dixera, se ha de guardar a la verdad el decoro que de derecho divino y humano se le debe: y otra dice, que es impossible que sea infinito el efecto, donde es finita la causa. Bien creo que me ha-

haveis entendido.

Cesar.

Yo os responderé lo que en otra parte dice.

Fernando.

¿Cómo?

Cesar.

Que aquello que tacitamente puede ser entendido, se tiene por declarado. Ya sé que teneis verdadero animo de poneros en salvo de todos los pensamientos de Dorotea, con que me satisfaceis, que cessando la causa cessará el efecto: pero en los *Physicos* dixo Aristoteles, que el fin es lo primero en la intencion, y lo ultimo en la execucion. Plega a Dios, Fernando, que os porteis de suerte, que se den por vencidas vuestras estrellas de la virtud de vuestro alvedrio, contra el qual ninguna cosa es fuerte, sino él mismo, que no hay Rhetorica de planetas contra la virtud invencible, freno poderoso de las invasiones molestas del apetito, cuyos efectos vencieron con ella tantos Philophos; pero si este sagrado se llama la señora Marfisa, y la virtud desta defensa dar ocasion a Dorotea para desesperados zelos, nunca os tendré por seguro, que aunque no lo advirtiera Juvenal, es infalible que ningun animal, por fiero que sea, gusta mas de la venganza que la muger.

Fernando.

Bien sé que consiste la paz de mis pensamientos en dejar por algun tiempo la patria, y assi pienso trocar las letras por las armas en esta jornada, que nuestro Rey intenta a Inglaterra,

pe-

pero ya que os acordastes de Marfisa: ¿cómo no me decis algo en el juicio de este pronostico?

CESAR.

Admirome de que pregunteis curioso aquello que no haveis de dár credito desengañado.

FERNANDO.

Ya vamos advertidos de que todo quanto podeis hallar en las estrellas, se remite á la primera causa de las causas, que lo que es primero, ninguna cosa puede tener delante de sí, como dice el proemio de los Digestos: hablad de Marfisa, reservando, como nos manda la verdadera ley que professamos, a la divina sabiduria lo futuro, y a la omnipotencia la disposicion.

CESAR.

Con esse advertimiento digo, Fernando, que Marfisa se casará con un hombre de letras segunda vez, que con un honroso oficio saldrá fuera de estos Reynos; enviudará presto; y casandose con un soldado de nuestra patria, será muy desdichada.

FERNANDO.

¿De qué forma?

CESAR.

Que la ha de matar de zelos de un amigo suyo.

FERNANDO.

Qué tragico estais, y qué sangriento, qué rigurosamente haveis puesto los aspectos de este quadrangulo! ¿Ninguno impide tales sucessos? nin-

ninguno se mira benevolo de trino? No os preguntaré mas en mi vida. ¡Jesus qué tristeza me haveis causado; ¿Marfisa muerta, y fuera de la patria?

CESAR.

Ahora vereis que el humano deseo abraza mejor la lisonja mentirosa, que la verdad segura; no porque esto lo sea, pero porque si yo os dixera, que vos haviades de heredar cien mil ducados, y Marfisa un titulo, aunque lo tuvierades por mentira, me lo agradecierades.

JULIO.

Conocí yo un caballero, hombre ya de muchos años, que saliendo un dia galan a su parecer, porque fue de los que deseaban encubrirlos, preguntó a un pagecillo que tenia, si le parecia que iba bien puesto; el tal page, como se usa, y porque el pan de los señores cria lisonjas en los criados, como lombrices en los niños, le dixó: Prometo a v. m. que va tan gallardo, que parece de veinte y dos años: a quien respondió el caballero; Juanico, bien sé que mientes, pero por vida del Rey, que me huelgo de oirtelo decir.

CESAR.

Dice Julio muy bien, y bien hayan los Gitanos, que no han dicho a hombre mal sucesso: todos han de ser ricos, todos bien queridos de sus damas, todos venturosos, a todos ha de venir cierta cantidad de plata de las Indias, y todos han de vivir infinitos años.

JULIO.

Añadid a esso la gracia de los Astrologos de

Al-

Almanaques, que juzgan los temporales por los dias, que en diciendo que ha de llover, hace sol, y en prometiendo serenidad, hay un diluvio de agua: y despues de decir que havrá muchas enfermedades y pendencias por mugeres, como si fuesse novedad lo uno y lo otro, y que será buen año de lentejas y de cañas de azucar, y que ha de morir un Turco, donde hay infinito numero, ponen muy descansados: *Dios sobre todo*, que si en lo demás dixessen la verdad, que en esto, era cargo de conciencia, que no valiesse un pronostico mil ducados.

FERNANDO.

No puedo volver en mi, con saber que esto es incierto, de la tragedia, que Cesar promete a Marfisa: assi es el corazon cobarde, quando ama, y la duda poderosa para temer la desdicha: ¿Yo preso? yo desterrado? Marfisa muerta?

CESAR.

Deja, Fernando, essas necias imaginaciones, y vamos a oír Missa, donde pidais a Dios su divino auxilio para reformar vuestros passos, con que os librareis de todo, y agradecedle el entendimiento que os ha dado, con amarle y temerle, que la corona de la Sabiduria es el temor de Dios. Volved los ojos a tantos amigos muertos, y muchos de vuestros años; y para que no volvais a Dorotea, no os enlazeis con Marfisa, que no sale del peligro el que entra en mayor peligro: y para que sepais lo que la una y la otra pretenden de vos, leed con atencion el capitulo septimo de los *Proverbios*.

SCE-

Scena nona.

Dorotea, Celia.

Dorotea.

DAme aquel harpa, Celia.

Celia.

De buen humor te levantas, no querria que te sucediesse lo que al tiempo, que *arreboles de la mañana, a la noche son de agua.*

Dorotea.

Segurissima estoy de que por culpa mia se mude el tiempo: mi amor paró en zelos, mis zelos en furia, mi furia en locura, mi locura en rabia, mi rabia en deseos de venganza, mi venganza en lagrimas, y mis lagrimas en arrojar por los ojos el veneno del corazon. Quedese aquel ingrato con su Marfisa, que si Don Bela quisiere favorecerme, pues ya es cierta la nueva de que Calidonio mi marido es muerto en Lima, trocaré estas galas a un habito, y daré con prudencia esto que los hombres llaman gracias, al autor de ellas, que ni puede engañar, ni faltar, ni dejar de agradecer, que volviendo los ojos a lo passado, ¿ qué tengo yo, Celia, de la amistad de Fernando, sino el arrepentimiento de mi ignorancia? aquellos papeles, cuyas letras quemadas, blancas, entre lo negro del papel, me ponian miedo, y haver echado cinco años por la ventana de mi apetito en la calle de mi deshonra? La hermosura no vuelve, la edad siem-

pre passa: posada es nuestra vida, correo el tiempo, flor la juventud, el nacer deuda: el dueño pide, la enfermedad executa, la muerte cobra.

CELIA.

Dicen que los sucessos adversos son muchas veces causa de la emienda de las costumbres, en que se ve lucir la providencia del cielo, y quánto desea su divino autor la reduccion de nuestros passos a su servicio. ¡Hai señora, qué grande es el engaño de la hermosura! mas mugeres se han perdido por los oídos, que por los ojos: mas daño les ha hecho siempre el oir alabanzas, que el mirar gentilezas. Dichosa la que, como tu ahora, en el principio de su vida previene los cuidados de su muerte. Ya me parece que te veo toca sobre toca, guarnecida essa cara del resplandor de tus virtudes, tan lejos del mundo, como has estado dentro.

DOROTEA.

Notables sois las que servis, todo lo aprobais: qué hechas teneis las lisonjas para todo, aplicando el animo indiferente a lo bueno, o a lo malo que se os propone; estraño caso, que tambien hay lisonjas a lo divino. Si te dixera que fueramos a inquietar a Fernando, ya te huvieras bajado el enfaldo, puesto el manto en los hombros, y con zapatos de huir y alcanzar puesto en la calle la obediencia.

CELIA.

¿Si quieres que vamos, para qué me lo dices con invenciones?

Do-

DOROTEA.

Yo Celia, plegue a Dios.

CELIA.

No plegues ni jures, si quieres que te crea, que ha una hora que estás martillando essas clavijas, templando mas que las cuerdas del harpa, las locuras del pensamiento.

DOROTEA.

He quitado dos o tres, porque falseaban en los bemoles.

CELIA.

Essos debian de ser los pensamientos de Don Fernando.

DOROTEA.

Bien dices, Celia: que la ciencia de la Musica, como me decia mi maestro Enrique, no está en la facilidad de los dedos, ni en la voz entonada, sino en el alma, que es lo que llaman theorica. Pero dime, ¿qué hace mi madre?

CELIA.

Allá está tratando con Phelipa de vender estas esclavas, que dice son buenas y extremadas; pero que para su casa es mucho toldo.

DOROTEA.

¿Y qué le aconseja Phelipa?

CELIA.

Que no lo haga, que se enojará Don Bela.

DOROTEA.

Ya he templado.

CELIA.

Que tu lo estés deseo.

DOROTEA.

Si todo lo acaba el tiempo,
¿cómo dura mi tormento?
Si tantas dificultades
como mi amor ha tenido,
no solicitan olvido
a la fé de mis verdades:
si penas, si soledades
adorando mi porfia,
si toda esperanza mia
nace monte, y muere viento,
¿cómo dura mi tormento?
Mis penas y mi valor
hacen honra el porfiar,
quien antes se ha de acabar,
o mi tormento, o mi amor:
piden al tiempo favor,
y él, que todo lo consume,
se espanta, quando presume
de inmortal mi pensamiento,
¿cómo dura mi tormento?
Puesto que tan mal me trata,
estimo tanto mi mal,
que apelo al alma inmortal,
si mi tormento me mata,
que fuera a mi pena ingrata,
si menos gloria me fuera,
ni quisiera, si quisiera
saber de mi pensamiento:
¿cómo dura mi tormento?
Para el mal que estoy sufriendo,
¿qué podrá el tiempo passando,
si quanto passa volando,

mi

mi amor le va deteniendo?
pues si viviendo, o muriendo
doy ocasion a mi mal,
para que viva inmortal,
en vano saber intento,
como dura mi tormento.

CELIA.

Aqui si que entraba como nacido aquello de los libros de los pastores, que se paró el ayre, que abrieron las flores los pimpollos de las hojas, y que se desató el nacar de la verde carcel de los botones, aromatizando el ayre: que callaron los sonoros cristales de los arroyos, que aprehendieron las philomenas de las selvas dulces passos. Pero señora, nunca te he oído estos versos ni este tono. ¿Quién los hizo?

DOROTEA.

Los versos, Celia, yo, y el tono aquel excelente Musico Juan de Palomares, competidor insigne del famoso Juan Blas de Castro, que dividieron entre los dos la lyra, arbitro Apolo.

CELIA.

¿Tú hiciste estos versos?

DOROTEA.

¿Pues no vés como hablan en nombre de muger?

CELIA.

Ahora creo que amor fue el primer inventor de la Poesia.

DOROTEA.

La ira y el amor son nuestras dos passiones prin-

principales: pues dime, Celia, si dixeron los antiguos que la ira los hacia, ¿por qué no serán mas faciles al amor, que se queja de lo que padece en dulcissimas consonancias?

SCENA DECIMA.

GERARDA, DOROTEA.

GERARDA.

¿Tú cantando, tú alegre, tú vestida de gala, Dorotea, tú tocada con cintas verdes, tú cadena y joyas, ?qué novedad es esta? qué te ha sucedido? qué te has hallado, niña? qué diferente estás de lo que estos dias? lucido se te ha él regalo: *Bien haya pan que presta, y moza que le come.*

DOROTEA.

Tia, no son todos los tiempos unos: de los nublados sale el sol, y de las tormentas la bonanza.

GERARDA.

¿Tienes algun papel humilde de Don Fernando? quiere venir a verte? dáte satisfaccion de los agravios de Marfisa? Hay Decimas conceptiles, Soneto relevante, o Romance brillador con su villancico a la postrera, o lamentable Estrivillo: como aquello de *Phylis me ha muerto? que te dará mucha honra.*

DOROTEA.

De rua trahes el gusto, madre Gerarda, sientate, sientate, y dime de donde vienes.

GE-

GERARDA.

Sacásme del proposito: Yo, hija de mis ojos, me levanté buena, dí gracias al señor de la salud, y de haver nacido en tierra de Christianos. Mira tú si yo fuera ahora Jarifa Rodriguez, o Daraxa Gonzalez, muger de Zulema Perez, o de Zacatin Hernandez, ¿qué fuera de mí? pues era cierto que me havia de llevar esta desdicha al infierno envuelta en una almalafa. Luego me puse el manto, y fui a missa, no la he perdido dia con salud, desde que tengo uso de razon; fuime desde alli en casa de la Marina, que es buena muger de rudo y menudo, por ahorrar de poner la olla, halléla que estaba sembrando unas valerianas para unas amigas, atando en la raiz un hilo de oro con unas perlas.

DOROTEA.

¡Qué estraños embelecos y necedades!

GERARDA.

Lavóse las manos, hizo unos torreznillos de a quatro en libra; y en verdad, que comenzó el almuerzo a las siete, y que vengo ahora, porque tenia una botilla de tres azumbres, y como no havia agua en casa, fue menester toda.

DOROTEA.

¿Toda, toda?

GERARDA.

Mas estrujada la dejamos que cuero que aprietan con sogas para sacalle la trementina, y aun, si no me acuerdo mal, enviamos enfrente por otro traguillo, que llaman de refaccion, porque siem-

siempre la Marina vive cerca, no de quien mire, sino de quien mida; que nunca en las tabernas hay ventanas, y quantos salen de alli, salen sin ojos. Dixele que te guardasse un gato negro, que ha parido la Moronda, que no hay en Madrid animal de tanto precio; mas vale que si fuera de Algalia.

DOROTEA.

No me traygas essas cosas, tia, que hacen sospechosas las casas con gatos negros, y son muy sucios.

GERARDA.

Qué melidrosita eres, rapacilla: en verdad que hay mil amigas que esperaban el parto de la gata.

DOROTEA.

Contarianle las faltas.

GERARDA.

Ahora bien, volvamos a coger el hilo de nuestro cuento, que nos havemos detenido mas que los texedores en darle el nudo; cuentame lo que hay de Fernando; dime todo lo que passa, que por ventura me debes algunas palabras en tu favor. ¿Qué me miras, y te ries? bueno, bueno: deja el harpa, y dame parte de tu alegria, que como tu estés contenta, mas que se ahorque D. Bela: *Que mas vale hazeña parada, que amigo molinero*; y yo apostaré que dice aquel bobillo, polligallo, quierelo todo: *Por el alabado dejé el conocido, y víme arrepentido.*

DOROTEA.

¿Piensas, tia, sacarme con invencion lo que tengo

en

en el pensamiento?

GERARDA.

No, hija, sino aconsejarte que vivas, y te gozes, que la mayor discrecion es poner la capa como viniere el viento: quiere lo que quisieres, y no repares en interesses, que *mi hija hermosa, el Lunes a Toro, y el Martes a Zamora.*

DOROTEA.

No te desveles, tia, que no he tenido papel de Fernando, ni le quiero: vete con Dios, y dejame, que esta alegria exterior es el oro de las pildoras, y el membrillo de los jaraves.

GERARDA.

No te lo digo yo, porque te enojes, que bien puedes agradar a Don Bela, y querer a Fernando, que un rico es muy a proposito para no saber lo que passa, que por esso se vende la baca, porque unos quieren la pierna, y otros la falda.

DOROTEA.

Para esso, Gerarda, es menester nacer a proposito.

GERARDA.

Que todo se aprende, hija, y no hay cosa que nos sea mas facil, que engañar a los hombres, de que tienen ellos la culpa; porque como nos han privado el estudio de las ciencias, en que pudieramos divertir nuestros ingenios sutiles, solo estudiamos una, que es la de engañarlos; y como no hay mas de un libro, todas le sabemos de memoria.

DOROTEA.

Nunca yo le he visto.

GERARDA.

Pues es excelente letura, y de famosos capitulos.

DOROTEA.

Dime los titulos siquiera.

GERARDA.

De fingir amor al rico, y no disgustar al pobre.
De desmayarse a su tiempo, y llorar sin causa.
De pedir, alabando lo que no se pide.
De alabar feos, y de desvanecer lindos.
De presentar poco, para sacar mucho.
De dar zelos al libre, y al colerico satisfacciones.
De tener dos puertas a diferentes calles.
De la exhortacion a las criadas en el secreto de los agravios.
De encubrir defectos, y descubrir perfecciones.
De instruir una tia, para que estorve, entrando.
De hacer que no sabe nada una madre, y fingir temerla.
De negar ofensas, y levantar que se las hacen.
De tener amigos poderosos, y agradar maldicientes.
De mudar el nombre, y huir Poetas.
De entretener la esperanza con los principios.
De dilatar los postres, hasta que nadie se alabe de la costa.
De doctrinar mulatas, y gastar olores.
De mirar dormido, y reír con donayre.
De estudiar vocablos, y aprender bayles.
De encajar cuentos, y hacerse de los Godos.
Del habito provocativo, y limpieza cuydadosa.

Del andar en coche, y parecer señora.
Y de no enamorarse por ningun acontecimiento, porque todo va perdido: sin otros muchos capitulos de mayor importancia.

DOROTEA.

Te prometo que me has hecho reír de todo gusto, aunque estoy tan triste, que me pongo cosas alegres por huír de mí misma.

GERARDA.

Pues no se dirá por tí, que la muger y la camuesa por su mal se afeytan.

DOROTEA.

Hai, Gerarda, si hablamos de veras, ¿qué viene a ser esta vida, sino un breve camino para la muerte? Si D. Bela quiere, tú verás estos pies, que celebrabas, trocar las zapatillas de ambar en grosseras sandalias de cordeles; estos rizos cortados, y estas colores y guarniciones de oro en sayal pardo. ¿Quién hay que sepa si ha de anochecer la mañana que se levanta? Toda la vida es un dia: ayer fuiste moza, y hoy no te atreves a tomar el espejo, por no ser la primera que te aborrezcas: mas justo es agradecer los desengaños, que la hermosura. Todo llega, todo cansa, todo se acaba.

GERARDA.

Hai, hija Dorotea, conmigo hablas, que no sé si amaneceré viva: las lagrimas me has trahido del corazon a los ojos, conozco, aunque tarde, mis engaños, Dios te ha puesto las palabras en la boca.

SCENA UNDECIMA.

LAURENCIO, DOROTEA, PHELIPA, GERARDA, THODORA, Y CELIA.

LAURENCIO.

NO sé como tendré ojos para mirarte en tan lastimosa tragedia, animo para hablarte en tan miserable sucesso, ni aliento para decirte, Dorotea, la mayor desgracia que ha sucedido á hombre de quantos ha tenido desdichados el mundo, desde que la resolucion soberbia de la ira executó las armas en la inocencia, el poder en la humildad, y quedó la injusta venganza introducida en la honra.

DOROTEA.

¡Hai! Dios! Laurencio, sino te viera las lagrimas en los ojos, que trahes mas sangrientos que la mas fina purpura, no pudiera persuadirme a que no me engañaban tus palabras; ¿pero qué palabras con lagrimas no fueron verdaderas en los hombres? quita el lienzo del rostro, esfuerza el aliento, que en tanto que nos hablas, Gerarda y yo lloraremos por tí.

GERARDA.

Y como si lloraremos, habla, hijo, que tienes nuestras vidas colgadas en el hilo del agua de tus lagrimas.

LAURENCIO.

Hai Dorotea, hai Gerarda, acabese mi vida en acabando de referiros la causa, de que soy tragi-

gico y desdichado nuncio, mas lloroso y con mas razon de dolor, que en el *Hypolito* de Seneca. Ya os havia dicho que mi señor Don Bela havia prometido a ciertos señores graves a Pie de hierro, mas desdichado caballo que el de Seyano, clavóle el herrador, que fue el primero yerro de este sucesso; no pudo por esta causa servir a la fiesta, escribieronle que lo havia hecho de industria, por no prestarle, en desprecio de quien le havia pedido, y con infamia de su palabra, que es la mayor de todas entre Españoles: a cuyo papel respondió la modestia, y calló la honra, que consultando con el temor el agravio, erró el consejo; porque no contentandose la ira de la satisfaccion de la inocencia, vinieron a nuestra casa dos hermanos, y le llamaron con un paje. Bajó al patio Don Bela con sola una ropa de levantar, que tenia puesta, y sin otra defensa de su persona mas que la verdad del caso. ¡O quánto yerra quien se fia de la soberbia de la ira en confianza de la razon! no porque no es justo, mas por la temeraria violencia de la condicion humana. A pocas palabras finalmente que le dixeron: no sé como ahora passan adelante las mias, sino des... el camino a la lengua para formarlas el confuso tropel de los sollozos, y el espesso diluvio de las lagrimas. ¿Pero qué me detengo mirando vuestro sentimiento?

DOROTEA.

Habla, Laurencio, que me matas.

LAURENCIO.

Sacaron las espadas, y entre los dos le han muerto.

DOROTEA.

¡Jesus, qué crueles hombres!

GERARDA.

Hai, Laurencio, bien pudieras escusar tan encarecido estilo de contar una desgracia, que bastaban las palabras sin las lagrimas, y los sentimientos sin los sollozos. Tenla essa mano que le ha dado mal de corazon, tenla, que se hará pedazos, mientras voy por agua.

LAURENCIO.

Si con agua ha de volver, ¿qué mas viva que la de mis ojos? cae sobre los suyos. ¿A, señora Dorotea?

SCENA ULTIMA.

THEODORA, PHELIPA, CELIA, LAURENCIO, LA FAMA.

THEODORA.

¿Qué voces son aquellas, Phelipa, y qué ruído? quién ha caído en la cueva?

PHELIPA.

Hai, señora, en la voz es mi madre, que iba por agua para Dorotea, que se há desmayado.

THEODORA.

¿No havia de donde mas cerca pudiera traherla? ¡Qué buena diligencia para un desmayo!

PHELIPA.

Baja, Celia, que me ha faltado el animo.

CELIA.

Tampoco yo le tengo. ¡O miserable espectaculo! Gerarda es muerta, mas ¿quién dixera que buscando agua?

PHELIPA.

¿Donayres, Celia? pues no se los debias.

CELIA.

Dios sabe que lo siento, reposa en paz cathedratica de amor, Seneca del concierto, consejera del pedir, consultora del dar, y la que mejor ha entendido en el mundo la practica de las mugeres, y el desuello de los hombres.

PHELIPA.

¿Qué vas diciendo por la escalera, muger sin alma? en otra cantes lo que en esta rezas. ¡Hai dulce madre mia!

CELIA.

Antes era salada.

PHELIPA.

¿Cómo han quedado aquellas honradas tocas?

CELIA.

Las tocas sanas: assi lo estuviera la cabeza; pero puedese consolar, que murió cayendo, como aquellos a quien levanta la fortuna.

PHELIPA.

Sentenciada te veas. ¿Ahora sentencias?

CELIA.

Nunca creí, como ahora, la santidad de Gerarda: el jarro en que iba por el agua, no se ha quebrado.

THEODORA.

Tan afligida me veo, que no acierto a preguntarte, Laurencio, la causa deste desmayo: ¿niña, niña?

DOROTEA.

¡Hai Dios, qué desdicha!

CELIA.

¿A qué muger llamáran niña, que no volviera del otro mundo?

DOROTEA.

¿Madre, qué quieres? mire esse afligido mozo llorando, y sabrá que su señor Don Bela es muerto.

CELIA.

Y que Gerarda le fue a buscar para saber, si le dejaba algun dinero.

THEODORA.

¿Tu señor muerto, Laurencio? aquel Alexandro Indiano? aquel caballero dadivoso? aquel galan lucido? aquel entendididissimo cortesano?

LAURENCIO.

Esse mismo, Theodora, para que veas qué se puede fiar de esto que llamán vida, pues ninguno, como dixo un sabio, la imaginó tan breve, que pensasse morir el dia que lo estaba imaginando.

NO HAY COSA MAS INCIERTA, que saber el lugar donde nos ha de hallar la muerte, ni mas discreta, QUE ESPERARLA EN TODOS.

LA FAMA.

Senado, esta es la DOROTEA, este fin tuvieron DON BELA, MARFISA y GERARDA. Lo que resta fue-

fueron trabajos de Don Fernando. No quiso el Poeta faltar a la verdad, porque lo fue la historia. Si ha cumplido con el nombre, advertid el exemplo, a cuyo efecto se ha escrito; y dadle aplauso.

CORO DEL EXEMPLO.

Alcmanios Euripideos.

Este fin a tus desvelos
loca juventud alcanza,
porque amor engendra zelos,
zelos, envidia y venganza:
assi marchitan los cielos
la mas florida esperanza.
Quanto el exemplo es mayor,
provoca a mas escarmiento;
todo deleyte es dolor,
y todo placer tormento,
que el mas verdadero amor
se vuelve aborrecimiento.
Quando del amor lascivo
el tragico fin contemplo,
no solo al deleyte escribo,
pero sentencioso templo
la doctrina en lo festivo,
y en el engaño el exemplo.

Lectionem sine ulla delectatione negligo.
Cic. II. *Tusc.*

Todo lo que contiene la DOROTEA, *se sujeta a la correccion de la Santa Catholica Romana Iglesia, y a la censura de los mayores, desde la primera hasta la letra ultima.*

FREY LOPE FELIX DE VEGA CARPIO.

IN-

INDICE ALPHABETICO DE LOS REFRANES,

QUE ESTAN ESPARCIDOS EN ESTE TOMO DE LA DOROTEA.

A

A carne de Lobo diente de perro.

A los bellacos mofallos.

Amor y señoria no quieren compañia.

Anillo en dedo honra sin provecho.

Arador de palma no le saca toda barba.

Arreboles de la mañana, a la noche son de agua.

Assi es redonda, y assi es blanca la luna de Salamanca.

Aunque la lima muerde, alguna vez se la quiebra el diente.

B

Beba la picota de lo puro, que el tabernero medirá seguro.

Berza y nabos, para en uno son entrambos.

Bien haya pan que presta, y moza que le come.

C

Campana cascada nunca sana.

Cara sin dientes hace a los muertos vivientes.

Casaron a Pedro con Mariguela, si ruin es él ruin es ella.

Cochino fiado, buen hibierno y mal verano.

Cojo y no de espina, calvo y no de tiña, ciego y no de nube, no hay maldad que no encubre.

Colorada mas no de suyo, que de la costanilla lo truxo.

Comer a gusto, y hablar y vestir al uso.

¿Cómo no riñe tu amo? Porque no es casado.

Con

Con un lobo no se mata otro.

Contigo me entierren, que sabes de cuentas.

Contra peon hecho dama no para pieza en la tabla.

Coscorron de la hornera no tiene pena.

Costumbres y dineros hacen los hijos caballeros.

D

De la baca flaca la lengua y la pata.

De los amores y las cañas las entradas.

Desde la desgracia primera ya soy doncella.

Dixo Mayo á Abril, aunque te pese me he de reir.

Donde hay voluntad, mejor es entrarse que llamar.

Donde no está el Rey no le hallan.

E

Escarvó el gallo, y descubrió el cuchillo.

Essa, Don Vasco, rapaosla del casco.

Escuderos de Hernan Daza, nueve debajo de una manta.

El dicho apruebo, y el proposito no entiendo.

El golpe de la sarten, aunque no duele, tizna.

El hurtar es cosa linda, si colgassen por la pretina.

El pan con ojos, el queso sin ojos, el vino que salte a los ojos.

El polvo de la oveja alcohol es para el lobo.

El mozo puede morir, y el viejo no puede vivir.

El mozo y el gallo un año.

El rozin en Mayo vuelvese caballo.

En año caro, harnero espesso y cedazo claro.

En casa del ruin la muger es alguacil.

Entre pupa y burujon Dios escoja lo mejor.

En Toledo el Abad a huevo, y en Salamanca a blanca.

Esse es de la boda, que duerme con la novia.

Esse

Esse niño me alaba, que come y mama.

Está el mono en la pared, dice de todos y todos dél.

Este tu hijo Don Lope, ni es miel, ni es hiel, ni vinagre, ni arrope.

Esto y nada lleváoslo en la halda.

F

Fuime a palacio, fui bestia y vine asno.

G

Galana es mi comadre, sino tuviera aquel Dios os salve.

Gavilan de Alcazar, mugeres, no tiene cascaveles.

Gragea a Güinea.

Gritad niños, que baja el vino, hoy a quatro, mañana a cinco.

Gota a gota la mar se apoca.

Ha-

H

Hacer bien nunca se pierde.

Haga quien hiciere, calle quien lo viere, mal haya quien lo dixere.

Hazte boba, Scheca de Segovia.

Hombres tan mirados no jueguen a los dados.

Hombron de hecho, y de pelo en pecho.

Hoy es dia de echad aqui tia.

I

Ida y venida por en casa de mi tia.

L

Labrar y hacer albardas, todo es dar puntados.

La casa quemada acudir con el agua.

La casada y la ensalada dos bocados, y dejalla.

La coz de la yegua no hace mal al potro.

La doncella y el azor, las espaldas al sol.

La flaca bayla en la boda, que no la gorda.

La muger del ciego ¿para quién se afeyta?

La muger y el huerto no quieren mas de un dueño.

La muger ha de ser como la muleta, la boca sangrienta.

La muger y la camuesa por su mal se afeytan.

La mula buena como la viuda, gorda y andariega.

La puerta pesada puesta en el quicio no pesa nada.

Las llaves en la cinta y el perro en la cozina.

Las malas tigeras hicieron a mi padre tuerto.

Las truchas y las mentiras, quanto mayores tanto mejores.

La vida del puerco corta y gorda.

Libro cerrado no saca letrado.

M

Malo Medellin, bueno Medellin, hele aqui vie-

 ne

Mas fuerte era Sanson y le venció el amor.

Mas vale dar buen trueno, que dinero a Maese Pedro.

Mas vale hazeña parada, que amigo molinero.

Mas vale rostro bermejo, que corazon negro.

Medicos errados, papeles mal guardados, y mugeres atrevidas quitan las vidas.

Mejor es dejar a los enemigos, que pedir a los amigos.

Mi hija hermosa el Lunes a Toro y el Martes a Zamora.

Mucho os quiero, Pedro, no os digo lo medio.

Mudanza de tiempos bordon de necios.

N

Nadie diga de esta agua no beberé.

Niña es Marina, quando la llevan por el diente a missa.

No cabe mas la taza, que no es saca de lana.

No

No des consejo, a viejo ni espulgues zamarro prieto.

No hay buena olla con agua sola.

No hay casa donde no haya su chiticalla.

No hay olla tan fea que no tenga su cobertera.

Ni perro negro, ni mozo Gallego.

No seais hornera, si teneis la cabeza de manteca.

No tan yus, ni tan sus, ni tu pan en tortas, ni tu vino en botas.

No tiene mas frio nadie, que la ropa que trahe.

Nuestro yerno, si es bueno, harto es luengo.

O

Obispo por Obispo sealo Don Domingo.

P

Paz de Gallego tenla por aguero.

Pesa presto Maria, quarteron por media libra.

Pide el goloso para el deseoso.

Ponte buen nombre Isabel, y casarte has bien.

Por el alabado dejé el conocido, y vime arrepentido.

Por el cabo de la cuchara sube el gato a la olla.

Q

Quando dan por los aladares, canas son que nó lunares.

Quando dieres vino a tu señor, no le mires al sol.

Quando el Guardian juega a los naypes, ¿qué harán los Frayles?

Quando estas sean canas, la luna tiene manchas.

Quando los Pedros están a una, mal para Alvaro de Luna.

Quando yo fuere Frayle, madre, madre, quando yo fuere Frayle.

¿Qué has de hacer mano sobre mano, como muger de escribano?

¿Qué tienen que hacer las bragas con el alcabala de las havas?

Que

Que quiera que no quiera, el asno ha de ir a la feria.

Quien al asno alaba, tal hijo le nazca.

Quitósele el suelo al cesto, y perdimos el parentesco.

Quien en un año quiere ser rico, al medio le ahorcan.

Quien no ha mesura, toda la villa es suya.

Quien se viste de verde, a su rostro se atreve.

Quien te gobernó, esse te enriqueció.

Quien tiene hijo varon, no dé voces al ladron.

Quien tunde el paño, quita la cresta al gallo.

R

Riñeme mi madre, y yo tromposelas.

Robles y pinos todos son primos.

Romeria de cerca, mucho vino y poca cera.

Sa-

S

Si sabe la falta, deje la causa.

Salíme al sol, dixe mal y oí peor.

Si como tiene orejas, tuviera boca, a muchos llamára la picota.

Si quieres que te siga el can, dale pan.

T

Tal sea mi vida, qual es la perdiz con lima.

Temas hay de gavilan, que está cocido y quiere volar.

Tocóse Mariguela y dejóse el colodrillo de fuera.

Topaste en la silla, por acá, tia.

¿Tose el padre Prior? bueno será el sermon.

Tres cosas hacen al hombre medrar; ciencia, mar y casa Real.

V

Un asno entre muchas monas, cocanle todas.

Un

Un cuchillo mismo me parte el pan y me corta el dedo.

Un ojo a la sarten y otro a la gata.

Un quartillo presto es ido, una azumbre tambien se sume, el arroba es la que abonda.

Uñas de gato, habito de beato.

Vieja que bayla, mucho polvo levanta.

Viene de la huesa y pregunta por la muerta.

Vieneme el mal que me suele venir, que despues de harto me suelo dormir.

Y

Y a su tiempo nabos en adviento.

ERRATAS.

Pagina.	*Linea.*	*Dice.*	*Lease.*
46.	24.	soltó	*saltó.*
49.	17.	ama	*alma.*
234.	13.	parace	*parece.*
252.	1.	gazaba	*gozaba.*
257.	12.	siemgre	*siempre.*
302.	2.	contentemos	*comentemos.*
373.	27.	durme	*duerme.*

00101853

Digitized with financial assistance from the
Government of Maharashtra
on 25 June, 2016